

TÍTULO: EL ÚLTIMO RITUAL.  
AUTOR: IRSA SIGURDARDÓTTIR.  
AÑO: 2005.  
TÍTULO ORIGINAL: Priôja tàkniô.



Este libro està dedicado a mi querido Òli.  
Gracias especiales a Harald Schmitt, que me prestò su nombre... y me dejó matarle.  
YRSA.

## 31 DE OCTUBRE

---

### INTRODUCCIÓN

Tryggvi, el conserje, mirò a su alrededor, alarmado. ¿Què había sido aquello? Por encima del murmullo de las limpiadoras oyò un sonido extraño. Al principio era muy bajo, pero se fue haciendo cada vez màs nítido. Siseò y las mujeres se pusieron a escuchar también. Se miraron unas a las otras con los ojos muy abiertos y dos de ellas se santiguaron. El conserje dejó la taza de café y se dirigió hacia el corredor.

Tryggvi estaba gozando de la soledad cuando llegaron las mujeres. Esperaba tranquilamente su café matutino, al lado de la cafetería. Las limpiadoras llegarían en cualquier momento. Llevaba màs de treinta años como conserje del edificio de la Facultad de Historia, y en aquellos años había vivido transformaciones increíbles.

Al principio, las mujeres eran todas islandesas y comprendían perfectamente lo que les decía. Ahora les tenía que indicar sus labores con gestos y òrdenes sencillas. Eran todas inmigrantes, y si no fuese por los profesores y los estudiantes, habría creído estar en Bangkok o en Manila.

Cuando el café estuvo listo, Tryggvi se acercò a la ventana exterior del edificio con la taza humeante en la mano, echò un vistazo fuera y contemplò el campus universitario cubierto de nieve. Hacía un frío desacostumbrado y la humedad blanca resplandecía. El silencio era absoluto. Aquello le recordò la fiesta de nacimiento del Salvador, que estaba a la vuelta de la esquina, y sintió que el corazón se le llenaba de calor. Siguió con la mirada un coche que entraba en el campus a bastante velocidad. Allà va Papà Noel, pensó. Tryggvi observò al conductor salir del vehículo, cerrar la portezuela y dirigirse hacia el edificio. Dejó caer la cortina y se apartò de la ventana.

Oyò el ruido que hacía el conductor al abrir la puerta del edificio. Catedráticos, adjuntos asociados, ayudantes o lo que fuera, pero con aquella persona Tryggvi no quería tener trato alguno. Se llamaba Gunnar y estaba siempre complicándole el trabajo. Tryggvi no soportaba sus ínfulas y torcía el gesto cuando le tenía cerca. Para empezar, aquel catedrático de Historia había acusado a las limpiadoras de robarle un viejo artículo, muy bien escrito, sobre los monjes irlandeses en Islandia. Al final, el artículo apareció y el asunto se fue apagando. Desde entonces, Tryggvi no sòlo le consideraba insoportable: le despreciaba. ¿Para què iban a robarle unas limpiadoras asiáticas nada menos que un artículo sobre monjes irlandeses? Ni el mismo Tryggvi tenía el màs mínimo interés por los escritos del catedrático. A sus ojos, aquello no había sido sino una mezquina agresión a unas personas incapaces de defenderse por sí solas.

A Tryggvi no le gustò nada que Gunnar fuera nombrado decano de la Facultad de Historia. El caso es que el nuevo decano enseguida se puso a discutir con èl diversos cambios que consideraba imprescindibles. Entre otras cosas, quería que las limpiadoras no dijese ni pìo mientras trabajaban. Tryggvi intentò sin éxito convencer a aquel presuntuoso de que las charlas de las buenas mujeres no molestaban a nadie, pues mientras ellas trabajaban no había ni un alma en el edificio. Excepción hecha de Gunnar, naturalmente. ¿Por què tenía que asomar èl por allí cada mañana antes de que empezaran incluso a circular los autobuses? ¿Tanto tenía que hacer? No es que todo el mundo estuviera precisamente en ascuas a la espera de las últimas noticias sobre los antiguos monjes. Tryggvi no siguió las instrucciones de Gunnar, así que no ordenò a las mujeres guardar silencio mientras trabajaban: no tenía ni idea de còmo comunicarles la orden, y además no le apetecía hacerlo. Aunque en ocasiones le fastidiaba la complicación que representaban sus lenguas, había aprendido a valorar la alegría vital de aquellas mujeres, que trabajaban muy duro. Aquella mañana no era distinta de lo habitual. Las mujeres entraron juntas a la salita donde tomaban el café y le dieron los buenos días a coro, con fuerte acento extranjero. Luego comenzó el intenso barullo habitual. Tryggvi no pudo evitar una sonrisa, como siempre. Las mujeres se despojaron de sus vistosos abrigos de colores, mientras èl permanecía a cierta distancia, observándolas. Un día de lo màs normal y corriente, que ahora parecía tomar un rumbo poco habitual.

Tryggvi se escurrió por entre el grupo de mujeres, en dirección al corredor. Sintió que el sonido se transformaba de gemido en alarido. Tryggvi no identificaba si se trataba de un hombre o de una mujer, ni siquiera estaba seguro de que fuera humano. ¿Podría ser que algún animal hubiera entrado en el edificio y se hubiera hecho daño? No tuvo tiempo de pensar en aquella idea hasta el final, pues al chillido se añadieron unos crujidos, como de algo haciéndose pedazos al caer. Tryggvi acelerò el paso por el corredor. El ruido parecía provenir del piso superior, de modo que girò hacia la escalera y subió los escalones de dos en dos. Las mujeres corrieron tras èl, habían empezado ellas a gemir también.

No cabía duda alguna de que los alaridos procedían de los despachos del departamento de Historia. Tryggvi echò a correr y las mujeres le siguieron casi pisándole los talones. Abrió de un empujòn la puerta a prueba de incendios que daba al pasillo de los despachos y se quedó inmóvil como una estatua... las mujeres se detuvieron apelotonadas detrás de èl. Tryggvi mirò fijamente al frente.

No fue la librería caída en el suelo, ni el decano a cuatro patas encima del montòn de libros desparramado por el pasillo lo que dejó a Tryggvi petrificado. A su lado yacía bien visible un cadáver medio metido en el cuarto de las impresoras. Tryggvi notò que se le revolvía el estòmago. ¿Qué demonios eran aquellos trapos en los ojos? ¿Había una cosa dibujada en el pecho? Y la lengua... ¿què le pasaba? Las mujeres miraban por encima de los hombros de Tryggvi, que notò còmo le tiraban de la camisa. Intentò soltarse sin éxito. El decano de Historia extendía las manos pidiendo ayuda. El hombre parecía totalmente fuera de sì por el terror y tenía una de las manos sobre el corazón, con el rostro lívido. Se derrumbò de lado. Tryggvi sintió la tentación de coger a las mujeres y salir corriendo. Dio una zancada hacia delante y las mujeres intentaron con màs afán todavía llevárselo de allí, pero èl consiguió quitárselas de encima. Se aproximò a Gunnar, que parecía estar intentando decirle algo a Tryggvi.

Apenas podía comprender nada en los murmullos inconexos que surgían del hombre. Sin embargo, logró entender que el cadáver (tenía que ser un cadáver, una persona viva no tenía ese aspecto) se le había venido encima a Gunnar al abrir la puerta del cuarto de las impresoras. Los ojos de Tryggvi contemplaron sin querer aquel horrible despojo humano. Dios mío santísimo. Las franjas negras sobre los ojos no eran tiras de tela.

CAPÍTULO 1

---

Pòra Guòmundsdóttir sacò a toda prisa un cheerio del bolsillo del pantalòn y se arreglò un poco el pelo y la ropa antes de entrar en el bufete. No estaba tan mal. El esfuerzo mañanero de llevar puntualmente al colegio a su hija de seis años y a su hijo de dieciséis quedaba ya atrás. Ahora la hija de Pòra se negaba a vestir de rosa, lo que no hubiera sido un grave inconveniente si no fuera porque toda su ropa era màs o menos de ese color. El hijo, en cambio, estaba encantado de ponerse la misma ropa rota y ajada durante todo el año, a condición de que en cada harapo quedara bien a la vista la marca del fabricante. Su gran hazaña consistía en despertarle. Pòra suspirò al pensarlo. No era fácil estar sola con dos hijos. Pero las cosas tampoco habían sido fáciles mientras estaba casada. La diferencia era que entonces había que añadir las peleas matrimoniales a la hora del desayuno. La sensación de que aquel tiempo ya había pasado la puso de mejor humor y una sonrisa se extendió por sus labios mientras abrìa la puerta.

-Buenos días –dijo alegremente.

La secretaria no respondió al saludo, y se contentò con una mueca. Ni siquiera apartò la mirada de la pantalla del ordenador ni dejó de manipular con el ratòn. Siempre tan alegre, pensò Pòra. En su interior maldecía algunas veces sus problemas con su secretaria. Sin lugar a dudas, le había costado al bufete màs de un negocio. Pòra no podía recordar a nadie que no se hubiese quejado de la chica aquella. No sòlo era descortés, sino total y absolutamente repelente. Su característica principal no era su obesidad, sino su total despreocupación por su aspecto externo. Encima, solìa estar siempre enfadada con alguien o con algo. Para empeorar las cosas aún màs, como por pura mala idea, los padres de la muchacha le habían puesto el nombre de Bella. Ojalà se despidiese voluntariamente. Pero què va, y eso que parecía de todo menos feliz de trabajar para ellos. Claro que Pòra no era capaz de imaginar un trabajo que pudiera llegar a gustarle a aquella chica. No sería fácil librarse de ella.

Cuando Pòra y su socio, Bragi, que además era mayor y con màs experiencia, juntaron las fuerzas y abrieron el bufete, el casero les encasquetò hábilmente, al establecer las condiciones de la renta, que emplearían a su hija como secretaria. Entonces no tenían forma de saber lo que les esperaba. La chica tenía magníficas recomendaciones de los inquilinos que les habían precedido en el local. Aunque ahora Pòra estaba convencida de que sus predecesores se habían mudado a Skòlavöròustigur, mucho màs lejos del centro, sòlo para librarse de aquella peste de secretaria. Todavía debían de estar retorciéndose de risa por las recomendaciones que habían regalado a Pòra y Bragi. Pòra estaba convencida incluso de que si llevaban el asunto a los tribunales podrían conseguir una sentencia favorable basándose en que la recomendación había sido, cuando menos, de sinceridad màs que dudosa. Pero con ello perderían la poca reputación que habían conseguido crearse. ¿Quièn iba a ir a un bufete de abogados que no se entera de la letra pequeña de sus propios contratos? Pero incluso si conseguían quitársela de encima, las buenas secretarías no abundaban precisamente.

-Llamò alguien –murmurò Bella pegada a la pantalla del ordenador.

Pòra, que estaba colgando su jersey, mirò extrañada.

-¿Y? –preguntò, añadiendo unas pocas esperanzas de respuesta-: ¿Tienes alguna idea de quièn podía ser?

-No. Hablaba alemán, creo. No le entendí ni una palabra.

-¿Crees que volverá a llamar?

-No lo sè. Colgué sin màs.

-Pues si se diera el improbable caso de que esa persona volviera a llamar aunque le hayas colgado el teléfono en las narices, ¿te parecería bien pasármelo a mí? Yo estudiè en Alemania y sè alemán.

-Pffua –rezongò Bella. Se encogió de hombros-. A lo mejor no era alemán. También podría ser ruso. Y era una mujer. Me parece. O un hombre.

-Bella, sea quien sea el que llame, una mujer de Rusia o un hombre de Alemania, incluso un perro de Grecia que sepa idiomas, haz el favor de pasármelo. ¿Vale?

Pòra no esperò a la respuesta (no quería ninguna), sino que se marchò directamente a su silencioso despacho.

Se sentò y encendió el ordenador. En la mesa no reinaba el desorden acostumbrado. El día anterior había dedicado una hora a ordenar los papeles que se le habían ido acumulando a lo largo del mes pasado. Tirò las cartas publicitarias y otras cosas parecidas enviadas por amigos y conocidos. Quedaron tres cartas: una de un cliente, otra de su amiga Laufey, que llevaba el título de A por el fin de semana y otra del banco. Maldita sea. Sin duda había superado el límite de la tarjeta, y seguramente también los reintegros. Decidió no abrir el correo para conservar la tranquilidad.

Sonò el teléfono.

-Abogados Centro. Pòra.

-Guten Tag, Frau Guðmundsdóttir?

-Guten Tag-. Pòra buscò papel y lápiz. Alemán. Se recordó a sí misma que siempre tenía que dirigirse a las señoras con Sie.

Pòra cerrò los ojos y confiò en que le viniera a los labios el alemán que había aprobado con tan buenas calificaciones cuando hizo el màster en Derecho en la Universidad de Berlín. Se esforzó cuanto pudo en la pronunciación.

-¿En què puedo ayudarla?

-Me llamo Amelia Guntlieb. Me dio su nombre el profesor Anderheiss.

-Sí, fue profesor mío en Berlín-. Pòra confiaba en haber utilizado la expresión adecuada. Notò que su pronunciación había perdido bastante. No había muchas ocasiones para practicar el alemán en Islandia.

-Sí –tras un penoso silencio, la mujer continuò-: Mi hijo ha sido asesinado. Mi esposo y yo necesitamos ayuda.

Pòra intentò pensar deprisa. ¿Guntlieb? ¿No se llamaba Guntlieb el estudiante alemán que había aparecido muerto en la universidad?

-¿Hola? –la mujer no parecía estar segura de si Pòra seguía al aparato.

Pòra se apresurò a responder.

-Sí, perdone. Su hijo. ¿Y eso sucedió aquí en Islandia?

-Sí.

-Creo que sè a què crimen se refiere usted, pero he de reconocer que sòlo sè lo que he oído en los medios de comunicación. ¿Està usted segura de que habla con la persona adecuada?

-Eso espero. No estamos satisfechos con la investigación de la policía.

-¿No? –dijo Pòra extrañada. Creía que la policía había solucionado el caso brillantemente. El asesino había sido capturado a las treinta y seis horas del horrible crimen-. Supongo que saben que la policía ha detenido a un hombre.

-Lo sabemos perfectamente. Pero no estamos convencidos de que sea culpable.

-¿Por què no? –preguntò Pòra, escéptica.

-Sencillamente, no estamos convencidos. Y no hay màs que decir –la mujer carraspeò-. Deseamos que se ocupe del caso alguien que no tenga ninguna relación con èl. Alguien que hable alemán. –Silencio-. Tiene que comprender lo difícil que nos resulta esto. –Nuevo silencio-. Harald era nuestro hijo.

Pòra intentò demostrar compasión bajando la voz y hablando màs despacio.

-Sì, sì, claro que lo entiendo. Yo también tengo un hijo. Me es imposible compartir plenamente el dolor con usted y su marido, pero les acompaño profundamente en el sentimiento. Pero, por otro lado, no estoy segura de poder ayudarles.

-Gracias por sus palabras –la voz era gélida-. El profesor Anderheiss, sin embargo, piensa que usted posee todas las condiciones que buscamos. Nos dijo que usted era tenaz, decidida y muy enérgica. –Silencio. Pòra pensò que el buen hombre no se había atrevido a decir “implacable”. La mujer continuò-. Y también comprensiva. Es un buen amigo de la familia y confiamos en èl. ¿Està usted dispuesta a encargarse del caso? Le pagaremos muy bien. –La mujer mencionò una cantidad.

Era increíble, y lo único que se podía añadir era sin incluìa el IVA. Unos honorarios por hora de màs del doble de lo que Pòra solìa cobrar. Además, la mujer le ofreció un plus si la investigación conducía a la detención de un hombre que no fuera el que estaba ya arrestado. El plus era superior al sueldo anual de Pòra.

-¿Por què me ofrecen tanto dinero? Yo no soy detective privado.

-Estamos buscando a alguien que pueda estudiar el caso desde cero, analizar las pruebas y evaluar adecuadamente la actuación de la policía. –La mujer hizo una pausa antes de continuar-. La policía se niega a hablar con nosotros. Eso nos pone muy nerviosos.

“Su hijo ha sido asesinado y las relaciones con la policía los ponen nerviosos”, pensò Pòra.

-Pensarè en el asunto. ¿Tiene un teléfono al que pueda llamarla?

-Sì. –La mujer le dio el número-. Le ruego que no tarde mucho tiempo en decidirse. Si no sè nada de usted hoy mismo, buscarè otra solución.

-No se preocupe. Se lo comunicarè enseguida.

-Señora Guòmundsdòttir, una cosa màs.

-¿Sì?

-Ponemos una condición.

-¿Qué es?

Carraspeò.

-Queremos ser los primeros en ser informados de todo lo que descubra usted. Sea importante o no.

-Antes de entrar en detalles hay que ver si puedo ayudarles.

Se despidieron y Pòra colgó el aparato. Estupendo, empezar el día haciendo de criada. Y haberse pasado con la tarjeta. Y con los reintegros. El teléfono volvió a sonar. Pòra descolgó el aparato.

-Soy del taller de coches. Oye, esto parece un poco peor de lo que pensábamos.

-¿Sigue vivo? –respondiò Pòra, fastidiada. El coche se había negado a ponerse en marcha cuando iba a hacer unos recados a mediodía del día anterior. Había intentado no sè cuántas veces arrancar sin éxito alguno. Al final no había tenido màs remedio que darse por vencida y la grúa se había llevado el coche al taller. El mecànico lo mirò con cara de pena y le prestò un trasto viejo mientras durase la reparación. El coche de repuesto estaba marcado en la parte de atrás y en la de delante con el nombre del Taller Mecànico Bibbi, y el suelo del asiento posterior y el del copiloto se encontraban llenos de toda clase de basura, especialmente envoltorios de repuestos y latas de Coca Cola vacías. Pòra no tenía màs remedio que usarlo, porque no podía estar sin coche.

-Pues no mucho –respondió fríamente-. Va a resultar un poquitín caro. –Vino entonces un discurso lleno de conceptos del mundo de la reparación de vehículos, del que Pòra apenas entendió nada. La cantidad que sonò a continuación, en cambio, no precisaba màs explicaciones.

-Gracias. Repáralo.

Pòra colgó. Durante varios minutos se quedó mirando el teléfono, pensativa. Las Navidades estaban a la vuelta de la esquina, con los consabidos gastos, adornos, gastos, regalos, gastos, fiestas, gastos, reuniones familiares, gastos y, què curioso, màs gastos todavía. No se podía hablar precisamente de grandes negocios en el bufete. Si tenía éxito en el caso del alemán le llegaría mucho màs trabajo. Además solucionarìa los problemas económicos, y muchas màs cosas. Incluso podría ir de vacaciones con los niños. Tendría que ser a un lugar adecuado para una niña de seis años, un chico de dieciséis y una mujer de treinta y seis. Además, tendría con què invitar a un hombre de veintiséis años para completar el grupo y ajustar la distribución de sexos. Levantò el teléfono.

No fue la señora Guntlieb quien contestò, sino una sirvienta. Pòra preguntò por la señora y enseguida escuchò sus pasos acercándose, probablemente por un suelo de parkèt encerado. Una voz fría se oyò por el teléfono.

-Hola, señora Guntlieb. Pòra Guðmundsdóttir, de Islandia.

-Sí. –Tras un breve silencio, quedó claro que de momento no pensaba decir nada màs.

-He decidido intentar ayudarles.

-Bien.

-¿Cuàndo quieren que empiece?

-Enseguida. Acabo de reservar una mesa para el almuerzo, para que discuta el asunto con Matthew Reich. Trabaja para mi esposo. Està en Islandia y posee la experiencia en investigación de la que usted carece. Èl puede informarla sobre el caso con màs detalle.

El tono de reproche de la palabra “carece” era tan duro como si Pòra hubiera aparecido borracha como una cuba a una fiesta infantil de cumpleaños. Pòra hizo como si no pasara nada.

-Sí, comprendo. Pero quiero repetir que no estoy segura de si podrè ayudarles.

-Ya se verà. Matthew llevará preparado el contrato que tiene usted que firmar. Tòmese el tiempo necesario para leerlo.

A Pòra le entraron ganas de decirle a la señora que se fuera al demonio. No toleraba semejante trato, ni semejantes brusquedades. Cuando su mente volò, sin que ella lo quisiera, hasta ella misma, los niños y un hombre de veintiséis años, todos juntos, al aire libre, se tragò el orgullo y murmurò unas palabras para mostrar su acuerdo.

-Vaya al hotel Borg a las doce. Matthew podrá contarle algunas cosas que no han aparecido en los periódicos. Algunas cosas no se pueden imprimir.

Pòra sintió un escalofrío al oír la voz de la mujer. Era brusca e insensible a la vez, pero al mismo tiempo había en ella algo como quebrado. Probablemente sonaba así en situaciones como èsta. Ella no dijo nada.

-¿Podrà ir? ¿Conoce el hotel?

Pòra casi se echò a reír: ¡que si conocía el hotel màs famoso de toda Islandia, una autèntica institución!

-Sí, creo que me las apañarè. Supongo que sí. –Aunque hubiera intentado dejar un cierto margen a la duda, Pòra sabía que estaría en el Borg a las doce. Sin falta.

## CAPÍTULO DOS

---

Pòra mirò el reloj y dejó el caso en el que estaba trabajando. Otro cliente que se negaba a afrontar el hecho de que su caso estaba perdido. Se sentía satisfecha de sí misma, había solucionado algunos asuntos menores y le quedaba tiempo antes de ir a ver a Herr Matthew Reich. Llamò a Bella por el intercomunicador.

-Tengo que ir al centro a ver a alguien. No sè cuánto tardarè, pero mejor que no cuentes conmigo durante un buen rato. –Al otro lado de la línea sonò un gruñido que Pòra tuvo que interpretar como expresión de acuerdo. Por Dios, ¿tanto le costarìa decir simplemente “sí”?

Pòra cogió un cuaderno y guardò la agenda en la cartera. Todo lo que sabìa era lo que habían dicho los medios de comunicación. Pero lo cierto es que no había seguido la noticia con especial atención. Lo que recordaba principalmente era lo siguiente: un estudiante extranjero había sido asesinado, el cuerpo mutilado de forma inexplicable y un traficante de drogas, que mantenía constantemente su inocencia, había sido detenido. De todo esto no había demasiado que sacar.

Mientras se ponìa el abrigo, Pòra se examinò en el espejo. Sabìa que era fundamental causar un buen efecto en el primer encuentro, muy especialmente cuando la persona en cuestión era alguien importante. Dime cómo vistes y te dirè quièn eres, afirman quienes saben del asunto. Y por tus zapatos te conocerán. Eso no había conseguido entenderlo nunca. Sus zapatos eran, en el mejor de los casos, algo màs que aceptables y el traje pantalòn era el propio de un auténtico abogado. Pòra se pasó los dedos por su largo y rubio cabello.

Rebuscò en la cartera, encontró por fin el lápiz de labios y se lo pasó a toda prisa. Por lo general no utilizaba maquillaje, apenas una crema hidratante y màscara para las pestañas. El lápiz de labios lo llevaba por si se presentaba alguna ocasión formal imprevista, como èsta. El lápiz tenía el color adecuado y la llenaba de confianza en sí misma. Estaba contenta de parecerse a su madre en vez de a su padre, al que una vez habían pedido que posara como doble de Winston Churchill. Desde luego, probablemente no se podía decir que fuera guapa y elegante, pero los pómulos altos y los ojos azules y almendrados hacían que siempre se la pudiese considerar atractiva. Además había tenido la fortuna de heredar la complexión de la parte materna de la familia, de modo que siempre estaba màs bien delgada.

Pòra le mandò un saludo a su socio y Bragi le respondió con un “que te vaya muy bien”. Le había hablado de la conversación con la señora Guntlieb y el posible encuentro con su hombre de confianza. A Bragi le había parecido de lo màs emocionante, pensaba que el hecho de que un cliente extranjero se pusiera en contacto con ellos era señal evidente de que estaban en el camino adecuado. Incluso había estado dándole vueltas a la posibilidad de añadir “International” o “Group” al poco significativo nombre del bufete. Pòra confiaba en que Bragi estuviera bromeando, pero no estaba segura.

El viento que soplabá en la calle acabò de despejarla. Hacìa un frío poco habitual en noviembre, que anunciaba un invierno largo y duro. Claro que servìa de compensación para el verano increíblemente templado que habían dejado atrás. Pòra estaba convencida de que el clima estaba cambiando, fuera a causa de variaciones climatológicas naturales o por el efecto invernadero. Por el bien de sus hijos, esperaba que se tratase de lo primero, pero en su fuero interno sabìa que no era así. Se protegió las mejillas con el cuello del jersey para no llegar a la reunión con las orejas congeladas. El Hotel Borg estaba

demasiado cerca para que valiese la pena coger el coche del taller. Sólo Dios sabía lo que pensaría el alemán si la viese con aquel cacharro. En ese caso, sus zapatos tendrían poco que decir, eso lo tenía bien claro.

No transcurrieron ni seis minutos desde que salió de la oficina hasta que atravesó la puerta giratoria del hotel.

Pòra vio delante de ella un elegante restaurante. Descubrió que junto a los grandes ventanales que daban hacia el Parlamento y Austurvöllur había ya poco que recordase a los años en los que casi todos los sábados por la tarde se reunía en el Borg con sus amigos... todos felices y contentos. Por entonces no tenía preocupaciones, excepto, quizá, cómo le quedaba el trasero con la ropa que llevaba esa tarde. El “efecto invernadero” no había captado aún su atención, excepto como nombre de un grupo de rock.

El alemán parecía tener unos cuarenta años. Estaba sentado con las piernas cruzadas en uno de los sillones tapizados y los anchos hombros ocultaban el respaldo en un efecto bonito. Estaba empezando a encanecer, lo que le otorgaba una clara respetabilidad. Parecía rígido y formal, vestido con un traje chaqueta gris y una corbata que no encajaba del todo con ese color. Pòra sonrió, esperando parecer simpática e interesante, pero no tonta. El hombre se puso en pie.

-Fray Guðmundsdóttir –dijo con una pronunciación dura y fría.

Se dieron la mano.

-Herr Reich –murmuró Pòra con la mejor pronunciación alemana de la que era capaz-. Llámeme Pòra simplemente –añadió-. Es más fácil de pronunciar y en Islandia todos nos tratamos por el nombre de pila.

-Siéntese –dijo el hombre, sentándose a su vez-. Y llámeme a mí Matthew.

Ella tomó asiento también con la espalda lo más recta posible y se preguntó qué pensarían los demás clientes de aquel dúo tan envarado. Quizá que se estaba celebrando la reunión fundacional de una asociación de personas con grapas metálicas en la columna.

-¿Puedo ofrecerle algo de beber? –le preguntó cortésmente el hombre en alemán. El camarero comprendió perfectamente lo que decía, porque se volvió hacia Pòra esperando su respuesta.

-Agua, por favor. Con gas. –Recordó de pronto lo aficionados que eran los alemanes al agua embotellada. Desde luego, su popularidad iba también en aumento en Islandia: diez años atrás a nadie en su sano juicio se le habría ocurrido pensar siquiera en pagar en un restaurante por un agua que corría permanentemente de los grifos. Por eso optó por el agua carbonatada.

-¿Hago bien en pensar que ya ha hablado del asunto con mis jefes, más exactamente con Fray Guntlieb? –preguntó Matthew Reich cuando se hubo alejado el camarero.

-Sí. Me dijo que usted me proporcionaría información más detallada.

Èl asintió con la cabeza y se humedeció los labios con el líquido transparente de su vaso. Las burbujas indicaban que èl también tenía agua con gas.

-He reunido la información y se la he puesto en una carpeta para que la pueda leer. Puede llevársela y mirarla más tarde, pero hay algunos pormenores que deseo repasar con usted ahora, si le viene bien.

-Faltaría más –respondió Pòra inmediatamente. Antes de que tuviera ocasión de continuar, se apresuró a añadir:- Bueno, lo cierto es que querría saber algo más preciso sobre estas personas para las que voy a trabajar. A lo mejor para la investigación carece de importancia, pero la posee para mí. Frau Guntlieb mencionó una cantidad muy considerable de remuneración. No tengo ningún interés en provocar más problemas a la familia si carecen de medios suficientes.

-Tienen medios suficientes –dijo èl con una media sonrisa-. Herr Guntlieb es banquero, el principal accionista del banco Anlagenbestand, en Baviera. El banco no es excesivamente grande, pero cuenta con



fuertes ingresos y clientes con fortunas considerables. No se preocupe. La familia Guntlieb es muy, muy rica.

-Comprendo –respondió Pòra, pensando que eso explicaba que fuera una sirvienta la que atendía las llamadas en su casa.

-Por otro lado, la familia Guntlieb no ha tenido la misma suerte con sus hijos. Tuvieron cuatro, dos hijos y dos hijas. El hijo mayor pereció en un accidente de automóvil hace unos diez años y la hija mayor nació totalmente inválida. Su enfermedad la llevó a la muerte hace unos años. Y ahora su hijo Harald ha sido asesinado y la hija menor, Elisa, es la única que queda. Todo esto ha sido una dura prueba para ellos, como podrá imaginarse.

Pòra asintió con la cabeza y preguntó con cierta vacilación:

-¿Qué hacía Harald en este país? Yo pensaba que en Alemania había suficientes universidades con buenos departamentos de Historia.

A juzgar por el rostro de Matthew, que el resto del tiempo no había mostrado gesto alguno, aquella pregunta le resultaba difícil de contestar.

-En realidad, no lo sé. Estaba interesado por el siglo XVII y me han dicho que realizaba ciertas investigaciones comparadas sobre Islandia y la Europa Continental. Vino aquí con un programa de intercambio que existe entre la Universidad de Múnich y la Universidad de Islandia.

-¿De qué clase de investigación comparada se trataba? ¿Acaso sobre formas de gobierno o algo por el estilo?

-No, más bien sobre algo del terreno de la religión. –Bebió un sorbo de agua-. Quizá deberíamos pedir antes de continuar. –Le hizo una seña al camarero, que apareció con dos cartas.

Pòra tuvo la sensación de que no debía de tratarse de una hambre repentina, que había un motivo más serio para aquellas prisas.

-Religión, dice usted –echó un vistazo a la carta-. ¿Y qué, exactamente?

Èl dejó sobre la mesa la carta abierta.

-No se habla de estos temas durante la comida, pero espero hacerlo enseguida. Aunque no estoy plenamente seguro de que el interés de Harald por ese tema tenga relación con el crimen.

Pòra frunció las cejas.

-¿Era sobre la peste? –preguntó.

-No, nada de pestes. –La miró a los ojos al decirlo-. Brujería. Torturas y ejecuciones. Nada especialmente atractivo. Desgraciadamente, Harald estaba muy interesado en estas cosas. Debe de ser cosa de familia.

Pòra asintió.

-Comprendo –aunque en realidad no comprendía nada-. Quizá deberíamos olvidar este asunto hasta después de la comida.

-En realidad no es necesario. Los pormenores más importantes están en la carpeta que usted podrá llevarse. –Volvió a coger la carta-. Más tarde le haré entrega también de unas cajas con objetos personales de Harald que devolvió la policía. Son cosas relacionadas con su tesis, y que podrán proporcionarle una idea más precisa. También esperamos su ordenador y otros objetos que quizá podrían ofrecer algunas indicaciones.

Estudiaron las cartas en silencio.

-Pescado –dijo Matthew sin levantar la mirada-. Aquí comen mucho pescado.

-Sí, sí que lo comemos –fue lo único que se le ocurrió a Pòra responder.

-A mí no me gusta nada el pescado –dijo èl.

-¿En serio? –Pòra cerrò la carta-. A mì sì que me gusta, y creo que voy a probar la platija a la plancha.

Èl finalmente decidió pedir platija al horno. Cuando el camarero se hubo marchado, Pòra preguntò por què creìa la familia que la policìa había detenido al hombre equivocado.

-Hay varias razones. En primer lugar, Harald no habría malgastado su tiempo peleándose con un camello. –La mirò a los ojos-. Consumìa drogas de vez en cuando; eso se sabìa. También bebìa alcohol. Era joven. Pero no era realmente un drogadicto ni un alcohólico.

-Naturalmente no es màs que cuestión de matices –dijo Pòra-. Para mì, el consumo reiterado de drogas es adiccìon.

-Algo sè sobre el abuso de las drogas. –Callò, pero se apresurò a continuar-: Pero no por experiencia propia, sino por una amiga mìa. Harald no era drogadicto... sin duda estaba en vias de serlo pero, cuando le asesinaron, aùn no lo era.

Pòra no tenía ni idea de què era lo que había llevado a aquel hombre a Islandia. Seguro que no había sido única y exclusivamente para invitarla a comer y saborear el pescado islandés.

-¿Què es lo que hace exactamente para esta familia? La señora Guntlieb dijo que trabajaba con su esposo.

-Me encargo de los asuntos de seguridad del banco. Eso incluye, entre otras cosas, el seguimiento de posibles empleados, solucionar cuestiones de seguridad de la empresa, asì como el transporte de fondos.

-¿No se incluye lo referente a las drogas?

-No. Me referìa a mi empleo anterior. Estuve doce años en la policìa de investigación de Mùnich. –La mirò directamente a la cara-. Sè algunas cosillas sobre asesinatos y no tengo la menor duda de que en la investigación sobre la muerte de Harald cometieron algùn error. No tuve que hablar demasiado con el comisario para darme cuenta de que no tiene la menor idea de lo que està haciendo.

-¿Còmo se llama?

Pòra comprendió a quièn se referìa, a pesar de la corrupta pronunciación: Àrni Bjarnason. Suspirò.

-Le conozco de otros casos. Es un imbécil. Mala suerte que lo pusieran al frente de la investigación.

-Hay otras razones màs por las que la familia considera que el camello no està relacionado con este crimen.

Pòra levantò los ojos.

-¿Còmo cuàles?

-Poco antes de su muerte, Harald sacò mucho dinero de la cuenta que tiene a su nombre. No ha habido forma de saber adònde fue a parar el dinero. Era mucho màs de lo que podía necesitar Harald para comprar droga. Incluso aunque hubiese querido pasárselo bien colocado una buena tira de años.

-¿No sería que pensaba invertir el dinero en el tràfico de drogas? –preguntò Pòra, que añadió-: ¿Contrabando a gran escala, o algo asì?

Matthew resoplò.

-Excluido. Harald no necesitaba ganar dinero. Èl también tenía su propia fortuna personal. Había heredado de su abuelo una buena suma.

-Comprendo. –Pòra no quería seguir insistiendo, pero se puso a pensar si habría podido haber otras razones, por ejemplo síndrome de abstinencia; o a lo mejor se trataba de pura y simple estupidez.

-La policìa no ha conseguido demostrar que el camello hubiese cogido el dinero. La única conexión de Harald con el mundo de la droga que consiguieron descubrir es que compraba droga de vez en cuando.

Llegò la comida y se pusieron a comer en silencio. Pòra se sintió un poco incòmoda. Aquel hombre no era, evidentemente, uno de esos con los que es fácil estar sin decir nada. Además, a ella nunca se le

había dado bien hablar por hablar, aunque el silencio resultase opresivo, de modo que decidió no decir nada.

Pidieron café y enseguida llegaron a la mesa dos humeantes tazas, un azucarero y una jarrita de plata con la leche.

Pòra tomò un sorbo de café y rompió el silencio.

-¿Podría echar un vistazo al contrato?

El hombre alargò el brazo para coger la cartera que estaba al lado de la mesa, y sacò una carpeta delgada. Se la pasò a Pòra por encima de la mesa.

-Quèdeselo. Podemos repasar mañana los cambios que quiera introducir, y yo informarè a los Guntlieb. Es un contrato razonable y dudo que tenga usted que estudiarlo demasiado. –Volviò a inclinarse y sacò otra carpeta màs gruesa. La puso en la mesa, entre los dos-. Llèvese también esto. Es la carpeta de la que le hablè antes. Creo que sería conveniente que la mirase un poco, aunque sea por encima, antes de marcharse. En este asunto hay algunos aspectos tristes y nada agradables que prefiero que conozca de antemano.

-¿Cree que yo sola no podrè? –preguntò Pòra un poco irritada.

-A decir verdad, no lo sè. Por eso le pido que eche un vistazo. Hay fotos de escenas que no son precisamente agradables y mucho material de lectura que no es mucho mejor. Empecè a dudar sobre algunos pasos de la investigación con la ayuda de una persona cuyo nombre prefiero no mencionar. –Puso la mano sobre la carpeta-. Aquí se encuentran datos también sobre la familia de Harald. Sòlo los conocen muy pocas personas y debe seguir siendo así. Confío en que si en algún momento decide usted abandonar, guardará silencio sobre estas cuestiones. La familia no desea en absoluto que se conozcan. –Levantò la mano de la carpeta y la mirò a los ojos-. No quiero aumentar sus penas.

-Comprendo –respondiò Pòra-. Puedo asegurarle que nunca voy por ahí contando cosas de mi trabajo. –Ella también le mirò fijamente y añadió con determinación-: Jamàs.

-Bien.

-Pero ya que ha recopilado todas estas cosas... ¿para què me necesitan a mì? Usted parece haber obtenido una información que yo habría sido incapaz de obtener.

-¿Quiere saber por què la necesitamos a usted?

-Creo que acabo de preguntarlo.

El hombre respirò sonoramente por la nariz.

-Le voy a decir por què. Yo soy extranjero en este país, y encima, alemán. Es necesario hablar con personas que jamàs me contarían nada de importancia. Yo no he hecho màs que arañar la superficie y la mayor parte de la información sobre cuestiones personales de Harald la obtuve en Alemania. A la gente no le gusta demasiado discutir detalles desagradables y difíciles con una persona como yo.

-Me lo puedo imaginar –dijo Pòra sin pensárselo.

Al instante, el hombre sonriò. Pòra si vio sorprendida al observar que su sonrisa era bonita, autèntica de alguna forma, a pesar de que los dientes eran artificialmente blancos y bien formados. No pudo menos que responder a la sonrisa, pero enseguida añadió, incòmoda:

-¿Què detalles desagradables son èsos que tendrè que discutir yo con esas personas?

La sonrisa del hombre desapareció tan rápidamente como había aparecido.

-Sexo con asfixia, autotortura, magia, alteraciones corporales y otras formas de conducta anormal, propias de individuos seriamente alterados.

Pòra se sintió totalmente perdida.

-No estoy segura de saber realmente a dònnde va todo esto. “Sexo con asfixia” es algo que nunca había oído. –A lo mejor se trataba de que la falta de sexo les producía como una especie de asfixia...

Cuando apareció la sonrisa por segunda vez, ya no era tan amistosa como antes.

-Bah, ya se enterará. No se preocupe lo más mínimo.

Terminaron el café sin decir una sola palabra; después Pòra cogió la carpeta y se dispuso a regresar a la oficina. Acordaron volver a verse al día siguiente y se despidieron.

Cuando Pòra estaba alejándose de la mesa, el hombre le puso una mano sobre el hombro.

-Una cosa más para terminar, Frau Guòmundsòttir.

Ella se dio la vuelta.

-Olvidè decirle por què estoy convencido de que el hombre que detuvo la policía no fue el asesino.

-¿Por què?

-No tenía los ojos de Harald.

### CAPÍTULO TRES

---

Pòra, por naturaleza, no tenía miedo a los ladrones, pero en el camino de regreso tras la reunión con Matthew procurò llevar la carpeta bien sujeta. No podía ni imaginarse tener que llamar a aquel hombre para anunciarle que le habían robado los papeles. Por eso se sintió tan aliviada cuando cruzò la puerta del bufete.

La recibió un fuerte olor a humo.

-Bella, sabes que està prohibido fumar aquí.

Bella se apartò sobresaltada de la ventana en un torpe intento de esconder algo.

-No estaba fumando. –Mientras lo decía, un hilo de humo se le escapò por la comisura de la boca.

Pòra suspirò.

-Pues tienes un incendio en la boca. –Y añadió:- Cierra la ventana y fuma en la sala del café. Te sentará mejor que tener que salir a dar vueltas a la manzana.

-No estaba fumando. Estaba echando del alfèizar a las palomas –respondió Bella, molesta. Se sentò en su escritorio sin mirar a Pòra.

Pòra decidió no remover más el asunto. La experiencia le había enseñado que no valía la pena desperdiciar saliva con aquella chica. Se fue a su despacho y cerrò la puerta con llave.

La carpeta que le había dado Matthew estaba repleta, y eso que se trataba del modelo más grueso. Era de color negro, lo que en cierto modo resultaba apropiado, a la luz del contenido. La tapa no tenía marca alguna, sin duda sería difícil encontrar un título de buen gusto. “Harald Guntlieb en vida y muerte”, murmurò Pòra de labios adentro al abrir la carpeta y contemplar el índice, impecablemente impreso. La carpeta estaba dividida en siete partes con separadores intermedios y, al parecer, las secciones se encontraban ordenadas cronológicamente: Alemania, Servicio Militar, Universidad de Mùnich, Universidad de Islandia, Cuentas Bancarias, Investigación policial. La séptima y última se llamaba Autopsia. Decidió ir estudiando la carpeta en el mismo orden en que estaba organizada. Mirò el reloj y vio que iban a dar las dos. Difícilmente podría verlo todo antes de las cinco, hora en que tenía que ir a recoger a su hija Sòley a la guardería... a menos que se diera mucha prisa. Pòra puso el móvil para que sonara a las cinco menos cuarto. Se propuso tener visto lo más importante de la carpeta antes de esa hora. Luego se llevaría la carpeta a casa, como hacía de vez en cuando si tenía mucho que hacer. El contenido, sin duda, no era el

màs apropiado para estudiarlo detenidamente en casa, a la vista de los niños. Fue a la primera hoja separadora y empezó a mirar.

En primer lugar había una fotocopia de la partida de nacimiento. En ella podía leerse que la señora Amelia Guntlieb había dado a luz a un niño sano, de sexo masculino, en Múnich, el 18 de junio de 1978. El padre estaba registrado como el señor Johannes Guntlieb, director de banco. Pòra desconocía el lugar de nacimiento. A juzgar por el nombre, no se trataba de ninguno de los grandes hospitales nacionales, e imaginò que sería alguna clínica privada carísima, o una maternidad para gente de mucho dinero. En la línea destinada a anotar la religión del niño habían escrito “católica romana”. Si la memoria no le engañaba, Pòra recordaba vagamente que alrededor de una tercera parte de los alemanes tenían esa religión, y que la mayoría vivían en el sur del país. Cuando Pòra estudiò en Alemania, la sorprendió el elevado número de católicos. Siempre había asociado a Alemania con la Reforma protestante y había pensado que los católicos se encontraban sobre todo en los países del sur de Europa, como Italia y España, sin olvidar Francia.

Pòra pasó la hoja.

Las siguientes páginas consistían en fundas de plástico. Estas contenían fotografías, la mayor parte de ellas de la familia Guntlieb en circunstancias variadas. En cada funda había recortes de papel con los nombres de las personas que aparecían en cada foto. Cuando Pòra fue repasando rápidamente las fotos, vio que en todas y cada una de ellas estaba marcado el nombre de Harald. Además de instantáneas familiares también había fotos escolares de èl a diversas edades, recién peinado y cepillado, como Dios manda. Pòra estuvo pensando el motivo por el que estaban aquellas fotos en la carpeta. La única explicación aceptable era que se trataba de recordarle que el asesinado había sido antes una persona viva. Y aquello tuvo el efecto deseado.

En las primeras fotos, que eran las màs antiguas, se podía ver a un muchachito de buen aspecto, bien con su hermano, que parecía tener dos o tres años màs que èl, bien con su madre. A Pòra le llamó la atención lo guapa que era Amelia Guntlieb. Aunque algunas de las fotografías eran bastante malas, saltaba a los ojos que era una de esas poquísimas mujeres que están siempre alegres sin que parezcan darle demasiada importancia al hecho. Especialmente evidente resultaba, pensó Pòra, una foto de madre e hijo en la que la señora Guntlieb estaba enseñando a su hijo a caminar. La foto había sido tomada en el jardín, al aire libre, y la señora Guntlieb llevaba a Harald de la mano mientras èste intentaba dar pasitos con el torpe caminar de los niños de un año de edad, con una de las piernas en el aire, bien doblada por la rodilla. La señora Guntlieb sonreía al fotógrafo y la felicidad chispeaba desde su hermoso rostro. La fría voz que Pòra había oído en el teléfono desde el otro lado del mar no parecía corresponder con aquella fisonomía. El chiquillo estaba todavía en la edad en la que el rostro aún no se encuentra bien definido en la barbilla, la nariz y las mejillas, pero pese a todo se podían ver rasgos del parecido de madre e hijo.

Las siguientes fotografías eran de Harald a los dos o tres años de edad. Ahora se parecía aún màs claramente a su madre, aunque no tanto como para resultar afeminado. Su madre aparecía también en las fotos, primero embarazada, luego sonriendo con un bebè en los brazos, bien envuelto en ropas y pañales. En la foto se veía a Harald junto a la silla en la que estaba sentada su madre, estirándose como para ver bien a aquel fardito blanco, su hermana. Su madre le tenía sujeto por los hombros. Por el papel que había debajo de la foto, Pòra supo que la niña fue bautizada con el nombre de su madre, además de un segundo nombre, Marià. Èsta era la chica que había muerto a causa de una enfermedad congénita. A juzgar por la foto, al principio la familia ignoraba la enfermedad. La madre parecía, por decir poco, feliz y despreocupada. En las siguientes fotos, en cambio, era como si algo hubiese cambiado. La señora Guntlieb, que mostraba una amplia sonrisa en las fotos, sin excepción, parecía remota y abatida. En una de las instantáneas había adoptado una sonrisa de circunstancias pero que no le llegaba a los ojos. Tampoco se

apreciaba aquel contacto físico entre ella y Harald que había sido tan característico de fotos anteriores. Al niño parecía más bien afligido y perdido. La niña no se veía por ningún lado.

Parecía que se habían saltado una parte de la historia familiar, y Pòra tuvo la certeza de que las siguientes fotos correspondían a por lo menos cinco años más tarde. El capítulo comenzaba con una foto de familia, todos muy bien colocados, la primera en la que se veía al señor Guntlieb. Era un hombre de aspecto respetable, de edad claramente mayor que su esposa. Todos los de la imagen vestían sus mejores ropas, pero ahora además había un bebé acostado en brazos de su madre. Era sin duda la hija más pequeña del matrimonio, el único de sus hijos que seguía con vida. La niña enferma estaba allí también, ahora en una silla de ruedas. No era necesario tener estudios de medicina para darse cuenta de lo horrible de su invalidez, viéndola allí sentada, amarrada a la silla, con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta. La mandíbula inferior no colgaba hacia abajo sino hacia un lado, lo que daba a entender que la niña apenas tenía control sobre ella. Lo mismo parecía suceder con las extremidades: un brazo estaba encorvado hacia arriba por el codo, y la mano colgaba doblada sobre el brazo de una forma que no parecía natural. Los dedos de esa mano estaban encorvados y le daban aspecto de garra. El otro brazo descansaba sobre su regazo, y daba la sensación de que no podía moverse. Detrás de la silla de ruedas estaba Harald, ahora con unos ocho años. Su gesto no se parecía a nada que Pòra hubiese visto en su hijo a aquella edad. Era como si el niño no existiese. Aunque los demás miembros de la familia, los señores Guntlieb, así como el hijo mayor, no habían salido precisamente alegres, el muchacho parecía patético en su desamparo. Algo había sucedido, evidentemente, y Pòra estuvo dándole vueltas a si un niño tan pequeño podía verse afectado de aquella forma por la enfermedad de su hermana menor. Quizá sólo tenía que luchar con problemas psicológicos, eso no era tan extraño en los niños. Tal vez había sido un niño depresivo y la competencia con la hermana pequeña por la atención de los padres había podido con él. Si era algo de ese estilo lo que había estado pasando por entonces, quedaba claro en las siguientes fotos, donde los padres eran siempre figuras lejanas. En ninguna de ellas mostraban al niño cercanía física alguna, él siempre estaba apartado del resto de la familia, excepto en unos pocos casos, en los que su hermano mayor estaba a su lado. Era como si su madre se hubiese olvidado de él, sin más, o como si estuviera tratando de ignorarle. Pòra se recomendó a sí misma no intentar sacar demasiadas conclusiones de aquellas fotos. Parecían simples instantes de la vida de aquellas personas y nunca podrían dar una imagen real de lo que pensaban o lo que hacían.

Llamaron a la puerta y asomó el rostro de Bragi, el copropietario del bufete.

-¿Tienes dos minutos?

Pòra asintió con la cabeza y Bragi entró. Estaba ya en los sesenta, grueso y de elevada estatura, uno de esos que no sólo son altos, sino sencillamente grandes. Para Pòra, la mejor forma de describirlo era diciendo que estaba ampliado dos tallas por todas partes, incluyendo dedos, orejas, nariz y todo lo demás. Se incrustó en la silla que había delante de la mesa de Pòra y atrajo hacia sí la carpeta que estaba estudiando.

-¿Qué tal fue?

-¿La reunión? Bien a secas, creo –respondió Pòra viendo a Bragi hojear descuidadamente las fotos de familia que había estado mirando ella.

-Este chico tiene una pinta extremadamente triste –dijo Bragi señalando a Harald en una foto-. ¿Es éste el asesinado, quizá?

-Sí –respondió Pòra-. Son unas fotos bastante peculiares.

-Pues no sé. Tendrías que mirar las fotos desde tu recuerdo de la infancia. Yo era un chico de lo más amargado. Desgraciado y, por decirlo en una sola palabra, perdido. Las fotografías de aquella época lo demuestran.

Pòra no respondió. Estaba acostumbrada a oír a Bragi decir toda clase de cosas raras. Eso de que había sido desgraciado y perdido cuando era un chaval no era màs que una tremenda exageración, igual que aquello otro de que mientras hacía la carrera de Derecho había tenido que trabajar como guardia nocturno en la bàscula del puerto por las noches y en los botes de remos los fines de semana. Sin embargo, aquel hombre le caía estupendamente. Siempre se había portado bien con ella, desde el momento en que la invitó a fundar con èl un bufete tres años atrás; ella dijo que sí con agradecimiento. Entonces trabajaba en un bufete de mediano tamaño y se sintió màs feliz de marcharse de allí; por eso no echaba de menos las conversaciones sobre pesca de salmòn y corbatas al lado de la màquina de café.

Bragi empujó la carpeta para devolvérsela a Pòra.

-¿Piensas encargarte de esto?

-Pues sí, me parece que sí –fue la respuesta-. Es un cambio. Siempre es divertido enfrentarse a cosas nuevas.

Bragi dejó escapar un gruñido.

-Todo es relativo, déjame que te lo diga. A mì no me pareció nada emocionante enfrentarme a un càncer de colon hace ahora un año, aunque se tratara de algo nuevo para mì.

Pòra no intentò seguir en esa direcciòn, y se apresurò a decir:

-Tù sabes a què me refiero.

Bragi se puso en pie.

-Sí, sí, claro. Sòlo querìa advertirte de que sì no te hagas demasiadas ilusiones. –Fue hacia la puerta pero en el umbral se dio la vuelta y añadió-: ¿Què, crees que podràs utilizar a Pòr en este caso?

Pòr era un abogado recién licenciado que llevaba alrededor de medio año trabajando para ellos. Era un tanto raro y poco sociable, pero todo su trabajo era ejemplar, de modo que Pòra no tenía objecciòn ninguna en que formara equipo con ella, si surgía la necesidad.

-Habìa pensado en utilizarlo màs bien para descargarme de otros asuntos y así tener tiempo para dedicarme a èste. Tengo mucha tarea que a èl no le será difícil terminar.

-Perfecto, haz como mejor te parezca.

Pòra volvió a coger la carpeta y pasó páginas rápidamente por las fotos que quedaban, para ver còmo iba creciendo Harald, còmo iba convirtiéndose en un hombre muy fotogénico, con el rostro claro de su madre. Su padre tenía las cejas de un color màs oscuro; uno de esos rostros que no se quedan bien en la memoria. La última página contenía exclusivamente dos fotografías, las dos tomadas al parecer en un estudio de fotógrafo. Una con ocasiòn del final de estudios, probablemente en la Universidad de Mùnich, y la otra con ocasiòn del comienzo o el final del servicio militar, al menos Harald iba vestido con el uniforme del ejército alemán. Pòra no sabía suficiente del tema como para hacerse una idea de a què arma del ejército había pertenecido. Se dijo que la explicaciòn se encontrarìa en la secciòn sobre el servicio militar que aparecía en el índice.

En las páginas siguientes se hallaban fotocopias de las calificaciones de Harald en diversos grados escolares, y saltaba a la vista que el chico había sido un estudiante extraordinario. Siempre obtenía sobresalientes, y Pòra sabía por experiencia propia que en el sistema escolar alemán èstos no se sacaban de la manga precisamente. La última hoja de calificaciones era de la Universidad de Mùnich, donde Harald se había licenciado en Historia, y era del mismo estilo. La tesina, además, había recibido la máxima calificaciòn. A juzgar por los años, era evidente que Harald se había tomado vacaciones de los estudios antes de matricularse en la universidad. Probablemente tenía algo que ver con el servicio militar. Pòra pensó que era bastante curioso que el joven hubiese decidido entrar en el ejército, habida cuenta de su magnífico expediente académico. Aunque en Alemania el servicio militar era obligatorio, librarse no era

difícil. Y ser hijo de unos padres con mucho dinero no habría sido ningún obstáculo precisamente. No les habría resultado difícil librarle de ese deber.

Pòra hojeò la segunda parte de la carpeta, que se titulaba Servicio militar. Este capítulo no era muy grueso, apenas unas pocas páginas. En la primera había una fotocopia de la hoja de alistamiento de Harald Guntlieb, en el año 1999, en la Bundeswehr, el ejército alemán. Parecía que se había alistado en Das Deutsche Heer, el ejército de tierra. La extrañò que no hubiese elegido la aviación o la marina. Pòra daba por seguro que con las influencias de su padre habría podido elegir cualquier arma del ejército. En la página siguiente había un recorte de prensa que decía que la unidad de Harald iba a ser enviada a Kosovo, y en la tercera y última estaba su salida del ejército, fechada siete meses después. No se daba explicación alguna, aparte de que estaba escrito, en estilo muy funcionarial, “medizinische Gründe”, esto es, razones médicas. En el espacio vacío de la fotocopia alguien había escrito un bonito signo de interrogación. Pòra imaginò que había sido Matthew; que ella supiera, era èl quien había recopilado todo aquello. Para no olvidarse, Pòra escribió una nota recordándose preguntarle más detalles sobre el cese en el ejército. Pasò al capítulo siguiente.

Igual que el capítulo sobre el servicio militar, èste empezaba con la hoja de matrícula, ahora de la Universidad de Mùnich. Pòra se dio cuenta de que estaba fechada apenas un mes después de la licencia del ejército. Eso indicaba que Harald había mejorado mucho después de dejar el ejército, si es que había sido una enfermedad el verdadero motivo de su salida. Después venían algunas páginas con las que Pòra no se aclaraba del todo; una era la fotocopia de la reunión fundacional de una sociedad de estudios históricos llamada Malleus Maleficarum, la segunda incluía una carta de recomendación de un tal profesor Chamiel que alababa a Harald en los términos màs encomiásticos, y en algunas había lo que parecían programas de asignaturas de Historia de los siglos XV, XVI y XVII. Pòra no tenía nada claro què iba a poder sacar de todo aquello.

Al final de esta parte se encontraba un recorte de periódico alemán sobre la muerte de unos jóvenes como consecuencia de ciertas actividades sexuales extrañas. Después de leerlo, Pòra pudo comprender que estas actividades consistían en apretar la tràquea con una cuerda mientras se practicaba la masturbación. Aquello debía de tratarse del sexo con asfixia del que había hablado Matthew. Realmente, debía de ser el no va màs para alcanzar el orgasmo en quienes tienen dificultades para conseguirlo a consecuencia del consumo frecuente de narcóticos, alcohol y cosas semejantes. En el papel no figuraba nada que pudiera relacionar aquel artículo con Harald, aparte de que uno de los muertos estudiaba en la misma universidad. No se citaba el nombre del estudiante ni había mención del año. Pero alguna conexión debía de existir, ya que el artículo estaba incluido en la carpeta. Pòra volvió atrás, a la foto de graduación de Harald, que se encontraba al final del primer capítulo. Estudiò la foto con detenimiento y lo único que encontró fue que había algo rojo en la parte que sobresalía del cuello de la camisa. Sacò la foto de la bolsa e intentò entender mejor lo que había en ella. La fotografía se hizo un poco màs clara cuando la extrajo del plástico, pero no lo bastante para que Pòra pudiera convencerse de que se trataba de una cicatriz. Anotò que debía acordarse de preguntar también a Matthew sobre aquel asunto.

Lo último que se encontraba en esta compilación, de por sí extraña, sobre los años de universidad de Harald en Mùnich era la primera página de su tesina para la licenciatura de Historia. A juzgar por el título, versaba sobre las persecuciones de brujas en Alemania, sobre todo de la ejecución de niños sospechosos de brujerìa. Pòra sintió un escalofrìo. Naturalmente, conocía las quemaduras de brujas por las clases de historia de sus años de bachillerato, pero no recordaba que nunca se hubiera mencionado a los niños en ese contexto. Sería difícil que le hubiese pasado desapercibido, aunque en aquella época la historia le aburrìa terriblemente. No había màs que aquella página de la tesina, y Pòra concibió la



esperanza de que la conclusión de la tesis fuera que no habían quemado a ningún niño. Sin embargo, en su interior sabía que no era así. Empezó a leer el capítulo sobre la Universidad de Islandia.

Aquí figuraba una carta de la universidad en la que comunicaban a Harald que había sido aprobada su participación en el programa de maestría de Historia, y se le daba la bienvenida al centro en el semestre del otoño de 2004. A continuación se encontraba una fotocopia de las calificaciones en las asignaturas que había cursado Harald. Pòra vio por la fecha de la fotocopia que las calificaciones habían llegado después de su muerte. Probablemente las había recogido Matthew. Aunque Harald no había podido cursar demasiadas asignaturas en el año aproximado que llevaba estudiando allí, todas las calificaciones eran muy altas, como sucedía con las anteriores. Pòra imaginò que debía de haberse autorizado a realizar los exámenes en inglés, pues suponía que no conocería el islandés. Calculò que le faltaban diez créditos, aparte de la tesina del màster.

Venìa a continuación una página con una lista de cinco nombres. Eran todos islandeses y detrás de cada uno estaba anotada la especialidad y lo que podía ser el año de nacimiento. No había màs, y Pòra supuso que aquellos serían amigos de Harald, pues casi todos tenían la misma edad que èl. Los nombres eran: Marta Mist Eyjòlfsdòttir, Estudios de la mujer, n.1981; Brjànn Karlsson, Historia, n.1981; Halldòr Kristinsson, Medicina, n.1982; Andri Pòrsson, Quìmica, n.1979 y Brìet Einarsdòttir, Historia, n.1983. Pòra pasó las páginas con la esperanza de que hubiera màs datos sobre aquellos jóvenes, pero no era así, pues inmediatamente después venìa una fotocopia del campus de la universidad y sus principales edificios. Habían trazado unos círculos en la Facultad de Historia y la Fundaciòn Àrni Magnùsson, además del edificio principal. Màs tarde verìa por què había incluido Matthew todo aquello en la carpeta, como si ella no conociese su propia universidad. Venìa a continuación otra fotocopia de la página web de la universidad; Pòra pasó por alto el texto, que estaba en inglés y hablaba de la facultad de Historia. Luego había otra página parecida sobre el acceso de estudiantes extranjeros. De todo aquello no se podía sacar nada.

La última sección de este capítulo era la fotocopia de un correo electrónico, enviado desde la dirección hguntlieb hi.is, que evidentemente era de Harald en la universidad. El correo estaba dirigido a su padre, fechado poco después de empezar los estudios en la primavera de 2004. Al leer el correo, le llamó la atención lo poco personal que era el mensaje, en comparación con lo que puede esperarse de una carta de un hijo a su padre. En un lenguaje conciso, la carta hablaba de lo contento que estaba Harald en Islandia, que acababa de mudarse a un piso de lo màs decente, etcétera. Al final del correo, Harald decía que había encontrado a un profesor para supervisar su tesis de maestría, el catedrático Probjörn Òlafsson. La tesis, de acuerdo con el correo, versaría sobre la comparación de la quema de brujas en Islandia y Alemania, partiendo del hecho de que la mayor parte de los condenados en Islandia fueron hombres, a diferencia de lo sucedido en Alemania, donde la mayoría la formaban las mujeres. La carta concluía con un saludo de despedida, y Pòra sintió que algo le saltaba en el pecho al ver una posdata debajo del nombre de Harald; decía: "Si te interesa seguir en contacto, aquí tienes mi correo electrónico". No demostraba excesivo cariño. Quizá la baja en el ejército tuviera algo que ver con aquella relación tan poco íntima. Su padre, al menos a juzgar por las fotografías, no parecía excesivamente comprensivo y debía de estar molesto con un hijo incapaz de cumplir las expectativas depositadas en èl.

En la página siguiente había una breve respuesta de su padre, también fotocopia de un correo electrónico. Decía: "Querido Harald, espero que no te dediques a ese tema de tesis. Es malo y nada adecuado para formar el carácter. Sè sensato con el dinero. Saludos", y debajo aparecía la firma de correo con el nombre completo del padre, su cargo y su dirección. Así que eso era, pensó Pòra, ¡què seco! Ni una palabra de que se alegrara de recibir noticias de su hijo, ni de que lo echase de menos en absoluto, ni siquiera había firmado con "papà" o algo semejante. Resultaba evidente que la relación era fría, si no

gélida. Pòra no sabìa si padre e hijo habían vuelto a comunicarse por email; al menos, en la carpeta no había ninguno màs.

Al final se encontraba la fotocopia de un documento de la universidad con la relación de asociaciones de estudiantes y los títulos de los periódicos editados por los alumnos de diversos departamentos. Pòra repasò la lista pero no vio nada de interés en ella, hasta que al final de la lista leyò: “Malleus Maleficarum: asociación de interesados en historia y etnografía”. Pòra levantò los ojos de los papeles. Era el mismo nombre que aparecía en el acta fundacional incluida en el capítulo sobre los estudios universitarios de Harald en Mùnich. Pòra volvió atrás para asegurarse, y así era. Vio que debajo del nombre de la asociación en la lista islandesa habían escrito con lápiz: “errichtet 2004”, fundada en 2004. Era después del comienzo de los estudios de Harald en la Universidad de Islandia. ¿A lo mejor el promotor de aquella asociación había sido èl? No era nada improbable, a menos que aquel “Malleus Maleficarum” fuera alguna cosa emblemática especialmente en historia y etnografía. Claro que no tenía ni idea de lo que podía significar: Pòra no sabìa nada de latìn. Pasò al capítulo quinto, el de las cuentas bancarias.

Consistìa en una abultada colección de extractos de una cuenta bancaria extranjera. Harald Guntlieb aparecía como titular, y movìa unas cantidades exorbitantes, aunque al final del último extracto el saldo se había reducido mucho. Habían marcado en color rosa con un rotulador los movimientos cuando se trataba de grandes reintegros, y en color amarillo los ingresos grandes. Pòra vio rápidamente que lo marcado en amarillo era siempre la misma cantidad, y que entraba a principios de cada mes. Se trataba de una auténtica fortuna, màs de lo que ganaba Pòra en seis meses... cuando había mucho trabajo. Debìa de tratarse de transferencias de la suma que, según dijo Matthew, había heredado Harald de su abuelo. Era probable que el pago de la herencia estuviera estipulado de forma que Harald recibiera regularmente una cantidad, en lugar de entregárselo todo a la vez. Esta manera de hacer las cosas era bastante habitual cuando el heredero era joven, y sòlo hasta que alcanzaba determinada edad. El límite de edad dependìa de la fiabilidad del cliente. A Harald Guntlieb no le debían haber considerado demasiado de fiar, pues Pòra calculaba que debìa de tener veintisiete años cuando murió... y aùn no había llegado al punto de poder hacerse con la herencia. Pese a todo, en la cuenta se había ido acumulando una cantidad considerable, y saltaba a la vista que los gastos de alojamiento y manutención de Harald quedaban muy por debajo del disponible de cada mes.

Los reintegros subrayados eran algo completamente diferente. Eran muy variables y no se habían realizado a periodos regulares, por lo que Pòra podía ver. Habían escrito anotaciones en la mayoría de ellos, y cuando no eran demasiado grandes, los revisò sòlo por encima. Pòra comprendìa algunas notas según las iba leyendo, pues aparecía por ejemplo BMW al lado de un reintegro muy elevado de principios de agosto de 2004, lo que le permitió comprender que Harald se había comprado un coche en Islandia. De otras anotaciones no entendía absolutamente nada. “Urteil G.G.” aparecía junto a un reintegro exorbitante de la época en que Harald estaba estudiando en Mùnich. Urteil significaba juicio, y lo primero que se le pasó a Pòra por la cabeza fue que Harald había tenido que pagar a alguien para ocultar las causas de su baja en el ejército. La fecha no encajaba en absoluto, sin embargo, y no podía imaginarse el significado de G.G. En otro reintegro ponìa “Schädel”, que significaba cràneo, en otro lugar “Gestell”, que no sabìa lo que querìa decir. Encontrò varios reintegros sin conexión ninguna, y pensò que era mejor no perder el tiempo con ellos.

La vista de Pòra se detuvo en dos movimientos que le llamaron poderosamente la atención. En uno, que era de hacía varios años y cuyo importe ascendía a 42.000 euros, volvìa a aparecer la frase latina “Malleus Maleficarum”, y en el otro, que era de los màs recientes y màs elevados, habían puesto un signo de interrogación. Se trataba probablemente del dinero que Matthew creìa que había desaparecido, unos 310.000 euros. Pòra calculò que aquello corresponderìa a màs de veinticinco millones de coronas

islandesas. No era extraño que Matthew dudase de que hubiera dedicado tal cantidad a comprar droga. Se habría podido comprar al traficante entero, aunque el lote hubiese llevado a Keith Richard de regalo. Además parecía claro, a juzgar por aquellos estados de cuentas, que a Harald no le había faltado dinero en ningún momento, a pesar de reintegros tan grandes como aquellos.

Pasò a las páginas siguientes, que mostraban los movimientos de las tarjetas de crédito de Harald un mes antes de su muerte. Las revisò rápidamente y vio que la mayor parte correspondían a bares y restaurantes, además de una única compra en una tienda de ropa. Todos los restaurantes tenían en común ser “fashion”, como diría su amiga Laufey. Una parte curiosamente pequeña correspondía a tiendas de alimentación. Pòra mirò detenidamente la elevada cantidad abonada en el hotel Rangà a mediados de septiembre, un movimiento señalado como escuela de vuelo, así como una cantidad muchísimo menor en un zoológico, nada menos, fechada a finales de septiembre. Había además muchos movimientos pequeños en tiendas de animales de compañía del centro de la ciudad. A lo mejor a Harald le gustaban los animales o había ligado con una madre soltera. Otro detalle para preguntarle a Matthew. El capítulo sobre los asuntos monetarios de Harald se cerraba con aquellos resúmenes. Pòra mirò el reloj y vio que no le sobraba demasiado tiempo.

Decidió descansar un poco de la carpeta, se dirigió al ordenador y buscò “Malleus Maleficarum” en la red. Màs de cincuenta y cinco mil páginas eran las que tenía a su disposición al concluir la búsqueda. Enseguida encontró una que parecía prometedora, y en el resumen sobre el contenido de la página se indicaba que significaba “martillo de brujas” y que era el título de un libro de 1486. Pòra siguió el enlace y en la pantalla apareció un texto en inglés. La única cosa rara de la página era un dibujo antiguo que mostraba a una mujer vestida con un manto y que parecía atada a una escalera. Dos hombres se afanaban en levantar al escalera para dejarla caer, junto con la mujer, sobre una enorme pira que ardía delante de la escalera. Era evidente que iban a quemarla viva. La mujer miraba al cielo con la boca abierta pero Pòra no tenía claro si la intención del artista era mostrarla invocando a Dios o ultrajándolo. Pero su desesperación estaba claramente representada. Pòra envió la página a la impresora y fue corriendo a recogerla antes de que Bella se llevase el papel. De aquella chica se podía esperar de todo.

## **CAPÍTULO CUATRO**

---

Las hojas que salieron de la impresora resultaron ser cinco, no una sola como creía Pòra. La *home-page* contenía obviamente más material del que cabía en la pantalla, y Pòra comenzó a leerla en el camino de vuelta al despacho.

En una breve introducción se contaba que el Malleus Maleficarum era sin duda uno de los libros más malditos de la historia de la humanidad. Fue publicado por primera vez en 1486 y se trataba de un manual para las investigaciones judiciales, que enseñaba a quienes trabajaban en ellas a identificar y acusar a las brujas. Se decía que el libro fue decisivo para que la magia negra y ciertas costumbres de la plebe pasaran a considerarse herejías, lo que en aquella época estaba castigado con la pena de muerte: quienes eran declarados culpables de ese pecado tenían que ser quemados en las hogueras. Señalaba además que el libro estaba dividido en tres partes. La primera había de convencer a la gente de que la magia y las brujas eran fenómenos reales, así como que se debían considerar innaturales y diabólicos. Además se indicaba que la mera incredulidad acerca de la existencia de la magia negra también era herejía, lo que ciertamente representaba una novedad. La segunda parte recogía una recopilación de espantosas

historias sobre las actividades de las brujas; entre ellas, las que incluían sexo con seres demoníacos eran consideradas las más atroces. En la parte tercera y última se establecían los fundamentos de la actuación legal contra las brujas. Se ponía de relieve que la tortura era un método permisible para obtener confesiones y que toda persona era considerada capaz de testificar contra los acusados del delito de brujería, sin tener en cuenta la reputación ni cualquier otra circunstancia que normalmente pudiera incapacitar a testigos, así como tampoco su posible parcialidad.

Se decía que los autores del texto eran dos monjes dominicos, Jakob Sprenger, que era por entonces rector de la Universidad de Colonia, y Heinrich Kramer, profesor de Teología de la Universidad de Salzburgo, y que había sido nombrado inquisidor del tribunal del Tirol. Se decía que este último era el responsable principal del texto, pues había actuado en numerosas ocasiones como acusador de brujas, comenzando en el año 1476. Se indicaba que la obra había sido escrita por encargo del papa de entonces, Inocencio VIII, que no parecía una persona especialmente encantadora, a juzgar por lo que se contaba de él. Se le consideraba el iniciador de las persecuciones de brujas en Europa con la promulgación de la bula papal del 5 de diciembre de 1484, titulada *Summis desiderantes affectibus*, código de investigación para la persecución legal de las brujas y la práctica de la brujería, condenada como herejía.

También se mencionaban algunos experimentos que hizo el papa en la vejez para evitar su propia muerte, bebiendo leche de los pechos de las mujeres o haciéndose cambiar la sangre. Aquello no le aseguró la perpetuación de su vida, sino que le llevó a la muerte treinta años antes de lo debido, por anemia.

Pòra vio que el libro había alcanzado enseguida una gran difusión con la llegada de la imprenta y porque sus autores eran clérigos conocidos y respetados. Los católicos, y también sus contrincantes, se apoyaron en él para su lucha contra las brujas. Algunas partes del libro se asentaron en las leyes del Sacro Imperio Romano Germánico, es decir, los territorios que son actualmente Alemania, Austria, Chequia, Suiza, Francia Oriental, los Países Bajos y parte de Italia. Pòra se quedó de piedra al comprobar que el libro aún se seguía editando regularmente.

Dejó los papeles. Se trataba de un libro ciertamente interesante, pero escrito hacia seiscientos años y que seguramente no arrojaría luz alguna sobre el asesinato de Harald Guntlieb. Miró el reloj y vio que ya sólo disponía de una hora. Juntó las hojas, las puso a un lado y volvió a coger la carpeta con la compilación sobre Harald. Pasó al sexto capítulo, el de la investigación policial.

A primera vista, la compilación no era suficientemente grande como para poder abarcar los informes en su totalidad. A lo mejor Matthew no había podido conseguir más que una parte; en realidad a Pòra ya le parecía un logro haber logrado todo aquello sin una solicitud formal. Hojeó el contenido, que parecía consistir en fotocopias de los interrogatorios de la policía, con sello de entrada de hacia quince días. Allí se encontraba en terreno conocido. Todo estaba en islandés y quizá fuera ése el motivo por el que la familia Guntlieb había decidido acudir a un islandés. Las hojas estaban muy manoseadas, era evidente que Matthew había escrito, en la esquina superior derecha de la mayor parte de los documentos, breves indicaciones señalando la persona interrogada en cada ocasión y la naturaleza de su relación con Harald. La mayoría de los documentos eran interrogatorios a Hugi Pòrison, que seguía en prisión provisional a la espera de una acusación formal. A Pòra le pareció curioso que desde los primeros interrogatorios tuviera la consideración de sospechoso, no de testigo: desde el primer momento debió de existir alguien que le acusara. De este modo, y de acuerdo con las leyes, no se suponía que pudiese declarar sobre el caso con verdad y rectitud, como se afirma de los testigos. Podía decir lo que quisiera, pero no le serviría de nada a la hora del juicio: los jueces tenían por costumbre poner muy mala cara cuando los acusados decían que habían estado cenando con el pato Donald, o cualquier otra cosa de parecida verosimilitud, precisamente a la misma hora en que se había cometido el crimen.

Pòra creyó descubrir còmo había conseguido Matthew todos aquellos papeles. El abogado defensor del sospechoso tiene derecho a acceder a las investigaciones de la policía. El abogado de Hugi Pòrisson, en consecuencia, era quien había tenido acceso a todo aquello. Pòra pasó de prisa las páginas de los informes en busca de alguien que hubiese estado con Hugi en algún interrogatorio, para saber de qué abogado se trataba. En los primeros interrogatorios Hugi estaba solo. Era lo más habitual, en general los acusados prefieren que no haya ningún abogado delante al principio de la investigación, probablemente porque consideran que con ello incrementan las sospechas. Pero en cambio, cuando se dan cuenta de que las cosas vienen mal dadas, empiezan las dudas, y lo más habitual es que al final se nieguen a declarar sin no disponen de alguien de confianza que les asista. Es lo que había pasado con Hugi, evidentemente, porque casi al final de la investigación tuvo el buen juicio de pedir un defensor. La asignaron a Finnur Bogason. Pòra conocía el nombre. Este Finnur era uno de los abogados que atienden casos asignados de oficio. En otras palabras, los que nadie busca voluntariamente. Pòra estaba convencida de que le debía de haber entregado los papeles a Matthew antes de lo debido. Satisfecha con su capacidad deductiva, empezó a leer los interrogatorios.

Las actas no estaban ordenadas cronológicamente, sino que se agrupaban según las personas interrogadas. Algunos testigos sólo fueron interrogados una vez. Entre ellos estaba el conserje de la universidad, las limpiadoras, el casero de Harald, el conductor del taxi que había llevado a este y a Hugi en la noche del crimen, así como algunos compañeros de estudios, y varios profesores. En cambio, el decano de la facultad de historia, el que encontró el cadáver, fue interrogado dos veces, porque la primera se encontraba en tal estado de turbación psicológica que no pudo obtenerse nada de él que tuviera sentido. Pòra compadecía al pobre hombre; aquello tuvo que ser una terrible experiencia para él, y el terror que se apoderó de él al caerle el cadáver en los brazos se traslucía en cada frase del segundo interrogatorio.

Luego venían aquellos a quienes se habían dirigido las sospechas, al menos temporalmente. Entre ellos estaba, naturalmente, Hugi Pòrisson, que mantuvo firme y constantemente su inocencia. Pòra se apresuró a leer el texto de los interrogatorios. Hugi dijo que se había encontrado con Harald la noche de autos en una fiesta de Skerjafjörður, se marcharon y luego se fueron cada uno por su lado, pues Harald quiso volver a la fiesta mientras Hugi quería bajar al centro. En los primeros interrogatorios, Hugi dio pocos datos de adónde habían ido los dos, recordaba muy vagamente un paseo a pie por el cementerio. En el último, cuando se dio cuenta de que le iban a acusar de asesinato, dijo que habían ido a su casa, en Hringbraut, para buscar droga que Harald quería comprarle. Juró por todo lo habido y por haber que no había vuelto a ver a Harald después de aquello, no había vuelto a salir, se había quedado en casa. Nunca pudo dar una cronología más precisa de aquellos sucesos, lo que justificaba como consecuencia del alcohol y las drogas que había consumido en la noche de autos. Dijo que pensaba que Harald quería volver a la fiesta. A la luz de las numerosas veces que preguntaron a Hugi si podía explicar más detalladamente dónde se encontraba hacia la una de la mañana de la noche de los hechos, el 30 de octubre, Pòra pensó que seguramente la autopsia habría puesto de manifiesto que aquella era la hora probable del deceso. Insistieron una y otra vez en por qué le había arrancado Hugi los ojos a Harald y dónde los había puesto. Hugi respondía una y otra vez que no había puesto los ojos en ningún sitio, que no tenía ojos; aparte de los suyos, naturalmente. Pòra no podía más que compadecer al tipejo si estaba diciendo la verdad. Empezó a sospechar que era así. Aunque había repasado el caso a toda velocidad, se le había ido instalando la sensación de que sería más que dudoso que un individuo tan poco inteligente como parecía ser el tal Hugi hubiera podido mantener cualquier cosa que no fuera la verdad en medio de la presión a la que estaba sometido y de los duros interrogatorios que padeció.

Los amigos y conocidos de Harald que estuvieron en la fiesta de Skerjafjörður estuvieron bajo sospecha al principio, pero luego fueron interrogados como testigos. Eran en total diez personas, entre

ellas cuatro de los cinco jóvenes de la lista que Pòra había encontrado antes en la carpeta. El único nombre que faltaba era el del estudiante de medicina, Halldòr Kristinsson.

Todos los participantes en la fiesta contaron lo mismo. La fiesta comenzó a las nueve y terminó a las dos, cuando bajaron al centro. Harald había desaparecido con Hugi a medianoche, pero nadie parecía saber por qué. Dijeron que estarían fuera sólo un momento y se marcharon en un taxi que llamó Hugi. Unas dos horas más tarde se habían hartado de esperar y decidieron irse al centro. Preguntados si no habían intentado llamarle por teléfono, todos volvieron a responder lo mismo. El teléfono de Harald se había quedado sin batería un poco antes aquella misma noche y Hugi no respondió a reiteradas llamadas, ni en el móvil ni en el teléfono de su casa. Nadie había contestado tampoco en casa de Harald cuando llamaron allí. Había también preguntas acerca de cuándo se habían ido a sus casas, pero por las horas a las que se referían, aquellas preguntas parecían más bien de relleno. Resultó que habían vuelto a sus casas a horas diferentes, todo antes de las cinco. Los últimos fueron los amigos de la lista de nombres, mientras el quinto, el estudiante de medicina, se había unido al grupo en el centro. Pòra siguió pasando páginas con la esperanza de que lo hubieran interrogado también a él. Parecía ser el único del grupo que no había estado en la fiesta a la hora a la que se había cometido el crimen. ¿Dónde estaría?, pensó Pòra.

La respuesta la encontró bastante más atrás, en el mismo capítulo. A Halldòr también lo habían interrogado, y resultó que había estado haciendo una sustitución en el hospital universitario de Fossvogur hasta medianoche: simultaneaba el trabajo con sus estudios. Por eso no había participado en la fiesta. No podía hacer más que unas cuantas guardias al mes, según afirmó Halldòr; iba cuando alguien estaba enfermo o no podía ir a trabajar por cualquier otro motivo. Se había llevado ropa para cambiarse y, después de ducharse en el hospital mismo, cogió el autobús al centro. Según contó, su coche estaba estropeado, y dio el nombre del taller donde se encontraba en reparación a la hora de los hechos. Halldòr dijo que en principio había pensado en cambiar de autobús y coger el que iba a Skerjafjörður, pero perdió este último por los pelos y decidió ir al centro y esperar con un café a los demás, cuando vinieran de la fiesta, en vez de tirar el dinero cogiendo un taxi o ir caminando. Indicó que les llamó por teléfono y le dijeron que estaban a punto de salir. Pensaba que sería en torno a la una cuando entró en el Kaffibrennslan y pidió una cerveza mientras esperaba. Hacia las dos se encontró por fin con los de la fiesta, que llegaron al centro en taxis.

Venían luego, una tras otra, declaraciones de diversos profesores de la Facultad de Historia. Trataban en su mayor parte de si conocían a Harald, y todos contaron lo mismo: que no lo conocían fuera de la universidad y que poco tenían que decir de él. Otra cosa que se preguntó fue tocante a la reunión en Àrnafarður, el edificio de la facultad, la noche en que asesinaron a Harald. Se celebró para dar la bienvenida a unos colegas de una universidad noruega que estaban de visita en relación con un programa Erasmus. Pòra leyó entre líneas que aquella reunión había sido más bien un cóctel y que duró hasta bien entrada la noche. Los últimos no se fueron antes de la medianoche. Pòra desconocía los nombres, excepto los de Gunnar, el decano, y Þorbjörn Ólafsson, el catedrático que dirigía la tesis de Harald.

En cuanto a las últimas declaraciones, correspondían a un camarero del Kaffibrennslan y al conductor del autobús en el que Halldòr fue desde Fossvogur hasta el centro. El camarero, que se llamaba Björn Jónsson, declaró que había servido a Halldòr por primera vez hacia la una de la noche de autos, luego varias veces más, durante la misma hora y, finalmente, por última vez, hacia las dos, cuando sus amigos se le unieron. Dijo que recordaba bien a Halldòr porque esa noche estuvo bebiendo a una velocidad poco habitual. El conductor del autobús declaró también que recordaba a Halldòr, como pasajero del último recorrido, pues en el vehículo había poca gente y se había puesto a charlar sobre la situación de la sanidad y de lo mal que estaban las cosas para los viejos. Pòra pensó que Halldòr tenía una coartada a prueba de balas, igual que todos los demás amigos de Harald, con excepción de Hugi.

Después de las declaraciones había varias páginas de fotos fotocopiadas, tomadas en el lugar de los hechos. Eran poco claras y en blanco y negro, pero se veía suficiente para darse buena cuenta del horripilante suceso. En ese momento Pòra comprendió todavía mejor la conmoción nerviosa del hombre que encontró el cadáver y se permitió dudar de que pudiera llegar a recuperar plenamente la normalidad algún día, después de aquel horror. El teléfono móvil le recordó que ya eran las cinco menos cuarto. Se apresurò a pasar al último capítulo de la compilación. “Pero què curioso”, pensó y se levantò. Detrás de la séptima hoja separadora no había nada. Estaba vacío.

## CAPÍTULO CINCO

---

Pòra llegó a la guardería justo a tiempo. Se encontró en el aparcamiento a la madre de una niña de la clase de su hija. La mujer mirò el coche del taller, con las marcas, y sonriò: era evidente que estaba segura de que Pòra andaba por ahí con algún Bibbi colgado del brazo. Pòra se moría de ganas de acercarse a la mujer a explicarle las cosas y convencerla de que su relación con Bibbi era puramente comercial. Pero lo dejó y en vez de eso, cruzò por el camino más corto el jardín de la escuela. Sòley iba a la M`yrarhùsaskòli, que no estaba muy lejos de Skòlavörròustigur, apenas diez minutos en coche. Al separarse de Hannes, unos dos años antes, Pòra había puesto mucho énfasis en conservar la casa de Seltjarnarnes, aunque le resultara un poco difícil pagarla. Pero podía dar gracias de que la casa se hubiese tasado antes de que se produjeran los grandes incrementos en el precio de la vivienda. Si intentara hacerlo ahora, no tendría posibilidad de comprarla. Aquello le había acabado atacando los nervios a Hannes, muerto de envidia al ver cómo la casa había aumentado su precio. Aunque ella no veía la casa como inversión sino como hogar, estaba contenta de habérsela quedado, pero, en realidad, lo que más le alegraba era que èl estuviese de los nervios por ese motivo. No se habían divorciado precisamente por las buenas, aunque intentaron mantener la relación en el nivel de los buenos modales en beneficio de los niños. Si se les tuviera que comparar con dos países, ella sería India y èl Pakistán: todo estaba siempre a punto de estallar, aunque raras veces llegara a hacerlo.

Pòra entrò y echò un vistazo a la sala. Evidentemente, la mayoría de los niños se habían marchado a sus casas. No le extrañò demasiado, y no pudo apartar de su cabeza la idea de que no se comportaba lo suficientemente bien con su hija. “Madre, mujer, doncella”, le pasó por la cabeza antes de darse cuenta de que lo de mujer no le encajaba del todo bien. Apenas había estado con un hombre en los dos años que había pasado desde el divorcio. De repente se desató en su mente un fuerte deseo de hacer el amor con un hombre. Se lo quitò de encima rápidamente; aquèl era el lugar menos apropiado que se podía imaginar para pensar en el sexo. ¿Pero cómo era capaz?

-¡Sòley! –gritó la cuidadora, que había visto a Pòra-. Ha llegado tu mamá.

La niña, que estaba sentada de espaldas a su madre, dejó la manualidad que estaba haciendo con unas cuentas y movió la cabeza en dirección a Pòra. Sonriò cansada y se apartò un mechòn de pelo de los ojos.

-Hola, mamá. Mira, estoy haciendo un corazón con cuentas. –Pòra sintió una punzada en el mismo corazón y se prometió a sí misma que al día siguiente recogería a la niña más temprano.

Después de una breve parada en la tienda de comestibles, madre e hija llegaron por fin a casa. Su hijo, Gylfi, estaba ya allí, no había duda. Lo indicaban las zapatillas de deporte tiradas en mitad del recibidor, así como la parka, que había colgado de la percha de al lado de la puerta con tanto descuido que èsta se había venido abajo.

-¡Gylfi! –gritó Pòra, mientras se agachaba para recoger los zapatos y colocarlos en el zapatero, y colgaba después el chaquetón-. ¿Cuántas veces tengo que decirte que cuelgues el abrigo al llegar a casa?

-¡No oigo! –se oyó desde dentro de la casa.

Pòra elevó los ojos al cielo. Como podía esperar que oyese; el estruendo de algún juego de ordenador no dejaba oír nada más.

-¡Baja eso! –le gritó-. ¡Te vas a destrozar los oídos!

--¡Ven! ¡No oigo nada!

-Ay, señor –masculló Pòra colgando su abrigo. Su hija se quitó enseguida la ropa de abrigo y Pòra se asombró por centésima vez de lo distintos que eran los dos. La hija era de lo más limpia y cuidadosa, de pequeña casi ni babeaba, pero el hijo prefería vivir sobre una pila de ropa hasta la hora de meterse en la cama a toda velocidad. Una cosa tenían en común, sin embargo, y es que eran increíblemente cumplidores en lo tocante al colegio y los deberes, lo que resultaba fácilmente comprensible en una personalidad como la de Sòley, pero Pòra veía totalmente anómalo que Gylfi, con sus largos cabellos despeinados, y sus ropas de rockero, se quedase desconsolado si se olvidaba en el colegio los deberes de ortografía o cualquier otra cosa por el estilo.

Pòra subió con cuidado a la habitación de su hijo. Gylfi estaba sentado, pegado a la pantalla de su ordenador, moviendo el ratón.

-Por el amor de Dios, Gylfi, baja eso –dijo Pòra a gritos, aunque estaba al lado de su hijo-. O oigo mis propios pensamientos con ese estruendo.

Sin quitar la mirada del ordenador ni dejar quieto el ratón mientras hacía algo que debía de ser interesantísimo, la mano izquierda de su hijo se extendió hacia el control de sonido y bajó el volumen.

-¿Mejor? –preguntó, todavía sin apartar la mirada del ordenador.

-Sí, mejor –respondió Pòra-. Ahora apaga y vente a cenar. He comprado pasta y estará lista en un momento.

-Primero voy a acabar este nivel –fue la respuesta-. Tardo dos minutos.

-Sólo dos minutos –dijo ella dando media vuelta-. Te recuerdo cómo se cuenta: uno, luego dos. Y no: uno, tres, cuatro, cinco, seis y dos.

-Vale, vale –respondió su hijo, un tanto molesto, mientras seguía con el juego.

Cuando la comida ya estaba lista en la mesa, un cuarto de hora más tarde, apareció Gylfi, que se dejó caer en su sitio habitual. Sòley ya se encontraba sentada, bostezando, mientras miraba su plato. Pòra no estaba dispuesta a empezar a comer con todos de morros por recriminarle a Gylfi que había tardado más de dos minutos en acabar el nivel. Estaba a punto de recordarles la importancia de aquel momento para toda la familia, cuando sonó su móvil. Se levantó para responder.

-Empezad a comer, sin pelearos. Los dos estáis mucho más monos cuando sois amigos. –Se estiró para coger el teléfono que estaba en el mostrador de la cocina y echó una rápida mirada al número que se veía en pantalla, pero no había nada. Salió de la cocina mientras apretaba el botón de respuesta-. Hola, soy Pòra.

-Guten Abend, Frau Guðmundsdóttir –se oyó decir a la seca voz de Matthew. Preguntó si la llamaba en mal momento.

-No, está bien –mintió Pòra. Estaba segura de que Matthew se sentiría mal si le decía la verdad, que estaba sentada a la mesa para la cena. Aquel hombre era de lo más, cómo decir, cortés.

-¿Ha tenido tiempo para mirar los documentos que le di? –preguntó él.

-Sí, desde luego, pero todavía no en detalle –respondió Pòra-. Aunque enseguida he podido comprobar que los informes de la policía no son ninguna maravilla. Propongo solicitar formalmente que nos los proporcionen. No es nada conveniente disponer sólo de una parte.



-Desde luego. –Comenzò otro insoportable silencio. Cuando Pòra estaba a punto de añadir algo màs, Matthew continuò-: ¿Podrìa decirme si ya ha tomado alguna decisiòn?

-¿Sobre el caso, quiere decir? –preguntò Pòra.

-Sì –respondiò èl secamente-. ¿Se encargará usted del caso?

Pòra dudò un instante, pero contestò afirmativamente. No había hecho màs que pronunciar la palabra cuando Matthew cambiò bruscamente de tono de voz; ahora parecía contento.

-Sehr gut –dijo, en una forma excepcionalmente amable.

-En realidad àun me queda por estudiar el contrato. Me lo traje a casa para leerlo esta noche. Si es cierto que es normal y veraz, no veo ningún obstáculo para firmarlo mañana.

-Estupendo.

-Por cierto, una cosa me llamò la atención: ¿por què no había nada en la carpeta de la autopsia? – Pòra sabìa que aquello podía esperar hasta el dìa siguiente, pero de todos modos querìa saber la respuesta ya.

-Es por culpa, sobre todo, de la forma en que obtuve los documentos, no los conseguí todos... tan sòlo los màs o menos relacionados con las cuestiones principales. Me fastidia este asunto, y he estado intentando acceder a la totalidad de los informes –respondiò Matthew-. Es evidente que el caso se complica un tanto porque yo no soy el representante de la familia, sino solamente una persona autorizada por ellos, pero a partir de ahora el caso està ya en mejores manos. Por eso he llamado ahora, en realidad, en vez de esperar hasta mañana, como acordamos.

-¿Còmo? –dijo Pòra, que no entendía bien la relaciòn.

-Tengo hora a las nueve de la mañana con el forense que realizò la autopsia de Harald. Va a entregarme la documentación y a comentar conmigo algunos detalles. Querrìa que viniese usted conmigo.

-Vaya –respondiò Pòra, sorprendida-. Bueno, bien. Irè.

-Bien, la recogerè en la oficina a las ocho y media.

Pòra se mordió la lengua para que no se le escapara decir que no podrìa llegar tan temprano.

-Ocho y media. Nos vemos entonces.

-Frau Guòmundsdòttir –dijo Matthew entonces.

-Llàmemme Pòra, es mucho màs sencillo –le interrumpió ella. Se sentía como una viuda de noventa años al oírse llamar con aquello tan solemne y tan poco islandés de Frau Guòmundsdòttir.

-Pòra, entonces –prosiguiò Matthew-. Sòlo una cosa para concluir.

-¿El què? –preguntò Pòra intrigada.

-No desayune mucho. No va a ser nada agradable.

---

## 7 DE DICIEMBRE

---

## CAPÍTULO SEIS

---

No cabe duda de que en este mundo hay cosas màs fáciles que encontrar sitio en el aparcamiento del Hospital Nacional. Matthew encontró uno por fin, a considerable distancia del edificio que alojaba el servicio de anatomía patológica. Pòra había llegado temprano a la oficina y había terminado la carta a la policía en la que solicitaba los informesk, como representante de la familia. Metió la carta en un sobre que

colocò en la bandeja de Bella y, aunque la secretaria tenía que ir hoy mismo a correos, Pòra decidió incrementar la posibilidad de que fuera pegando encima del sobre un post-it que decía: “¡No llevar a correos hasta después del fin de semana!”. Además, Pòra llamó a la escuela de vuelo para obtener información más detallada sobre el pago de la tarjeta de Harald en septiembre. Allí le informaron de que Harald había alquilado una avioneta con piloto para volar a Kòlmavìk, regresando el mismo día. Pòra buscò Hòlmavìk en la red y no tardò mucho en comprender lo que había atraído a Harald: había un museo de brujería en Strandir. Además había llamado al hotel Rangà para informarse de los viajes de Harald, y le contaron que había reservado y pagado dos habitaciones para dos noches... los nombres de la reserva eran Harald Guntlieb y Harry Potter. Explicaron a Pòra que este último nombre era un pseudónimo. Se lo contó a Matthew, así como el viaje de Harald a Hòlmavìk, mientras iban hacia el hospital por la circunvalación.

-No està mal –dijo Matthew mientras aparcaba en un lugar que acababa de quedar libre.

Fueron caminando en dirección al pequeño edificio, situado detrás del bloque principal. Había nevado durante la noche y Matthew chapoteaba sobre las huellas de las pisadas anteriores. Hacía muy mal tiempo, y una fuerte brisa del norte levantaba el pelo de Pòra. Esa mañana había decidido llevarlo suelto, pero ahora lamentaba aquella decisión, porque el viento se lo hacía volar en todas direcciones. “Menuda pinta tendré cuando lleguemos”, pensó. Se detuvo un instante, dio la espalda al viento e intentó protegerse el pelo envolviéndose la cabeza en la bufanda. No ayudaba demasiado contra el frío, pero al menos consiguió proteger el pelo. Después fue tras Matthew a pasos rápidos.

Cuando llegaron por fin al edificio, èl dejó de mirar, por primera vez, el lugar donde habían dejado el coche. Se quedó, sin darse cuenta, mirándola fijamente con la cabeza envuelta en la bufanda. Ella podía imaginarse perfectamente lo elegante que debía de parecer, y vio confirmada su idea cuando èl levantò las cejas y dijo:

-Menudas barbaridades son capaces de hacer ustedes.

Pòra se contuvo, aunque se moría de ganas de tirarle algo. En vez de eso, se limitò a esbozar una sonrisa falsa y abrió la puerta. Se aproximò a una mujer que estaba dejando en el suelo un cubo de metal vacío y le preguntò dònde podrían encontrar al mèdico forense que habían venido a ver. Después de preguntar si tenían cita con èl, la mujer les invitò a pasar a un despacho al final de un corredor. Les pidió que esperasen un momentito mientras comprobaba si el doctor había vuelto ya de su reunión matinal.

Pòra y Matthew tomaron asiento en dos sillas arrimadas a la pared del pasillo.

-No pretendía molestarla. Perdone –dijo Matthew sin mirar a Pòra.

Pòra no tenía ningún interés en discutir acerca de su aspecto, y no respondió nada. Se quitò la bufanda de la cabeza con toda la dignidad que le fue posible y se la puso sobre las piernas. Alargò un brazo para coger el montòn de revistas medio rotas que había encima de una mesita colocada entre las sillas.

-¿Pero a quièn le puede interesar leer estas cosas? –murmurò mientras miraba las revistas.

-Supongo que los que vienen aquí no lo hacen precisamente en busca de lectura –respondió Matthew. Estaba sentado muy estirado, mirando fijamente hacia delante.

Pòra, molesta, dejó el montòn de revistas.

-No, quizá no. –Mirò el reloj y dijo impaciente-: Pero, ¿dònde se ha metido este hombre?

-Ya vendrà –fue la cortante respuesta-. En realidad me están entrando remordimientos por hacerla venir a esta reunión.

-¿Què quiere decir? –preguntò ella, molesta.

-Me temo que esto va a resultar de lo más desagradable –respondió, volviéndose a ella-. Usted no tiene experiencia en este gènero de cosas y no estoy nada seguro de que esto sea sensato. Lo mejor sería que yo le contase a usted de què va todo.

Pòra entornò los ojos.

-He parido dos hijos con los correspondientes dolores, sangre, placenta, secreciones y Dios sabe què màs. Sobrevivirè a esto. -Cruzò las piernas y le dio la espalda-. Y usted, ¿què ha hecho?

Matthew no parecía demasiado impresionado por la fenomenal experiencia de Pòra.

-Pues bastante. Pero se lo ahorraré; a diferencia de usted, yo no necesito defenderme con uñas y dientes.

Pòra apretò los ojos. El alemán aquel no era precisamente la persona màs jovial que había conocido. Decidió enfrascarse en la lectura de La Atalaya, en vez de intentar una conversación con èl. Habìa leído la mitad de un artículo sobre la influencia de la televisión en la juventud, cuando un hombre de bata blanca apareció en el pasillo en dirección a ellos. Había cumplido ya los cincuenta, las sienes habían empezado a encanecer, pero estaba muy moreno por el sol. Sus ojos estaban rodeados por unas marcas blancas, que indicaron a Pòra que se había pasado una buena temporada al sol. Se detuvo delante de ellos, y Pòra y Matthew se pusieron en pie.

-Buenos días –saludò el hombre, extendiendo la mano-. Pràinn Hafsteinsson.

Pòra y Matthew saludaron y se presentaron.

-Entren –dijo el forense en inglès, para que pudiera entenderle Matthew, y abrió la puerta de su despacho-. Discúlpenme por llegar tan tarde –añadiò en islandés, dirigiéndose a Pòra.

-No se preocupe –respondiò ella-. Ahì al lado hay montones de revistas interesantísimas, habría preferido esperar màs –le sonriò.

El mèdico la mirò extrañado.

-Sì, claro. –Entraron en el despacho, donde el ambiente que les recibió no era demasiado atractivo. Las paredes, en su mayor parte, estaban cubiertas de estanterías con libros técnicos y revistas de todos los tamaños y formas, y entre medias había varios archivadores. El mèdico fue hacia el gran escritorio donde todo estaba pulcramente ordenado y en su sitio, y les invitò a sentarse en unas sillas colocadas delante-. Bueno. –Puso las dos manos sobre el borde del escritorio al tiempo que lo decía, como queriendo dar a entender que en aquel momento daba comienzo realmente la reunión-. Imagino que seguiremos hablando en inglès. –Pòra y Matthew asintieron. Continuò-: No me resultará demasiado difícil, porque realicè mis estudios de posgrado en Estados Unidos. En cambio, el alemán no lo he vuelto a hablar desde que pasè el examen oral en la selectividad universitaria, hace ya tiempo, de modo que les ahorraré tener que oírme en esa lengua.

-Como le expliquè por teléfono, el inglès me parece perfecto –dijo Matthew, y Pòra intentò que su fuerte acento alemán no la hiciera sonreír.

-Bien –dijo el mèdico, que alargò el brazo para coger un fichero situado encima del montòn de papeles de su mesa, delante de èl. Se lo puso delante e hizo ademàn de abrirlo-. Ahora tendría que empezar disculpándome por el tiempo que fue necesario para conseguir el permiso para enseñarles el informe de la autopsia en su integridad. –Sonriò para excusarse-. El papeleo que acompaña a estas cosas es siempre enorme, y no siempre resulta fácil de resolver cuando las circunstancias son infrecuentes, como en esta ocasión.

-¿Infrecuentes? –dijo Pòra, inquisitiva.

-Sì –respondiò el mèdico-. Infrecuentes en el sentido de que las partes interesadas prefieren nombrar un representante para conocer los pormenores de la autopsia, así como que se trata de ciudadanos extranjeros. Durante un tiempo lleguè a creer que haría falta la firma del difunto para conseguir el permiso, con tanta maraña burocrática. –Les sonriò de nuevo.

Pòra le devolvió cortésmente la sonrisa y de refilòn pudo ver que el rostro de Matthew estaba como petrificado.

El mèdico desviò la mirada y continuò.

-Bien, el papeleo que hubo que superar no era, en realidad, lo único que convertía el caso en especial, y prefiero que ustedes lo comprendan bien antes de que empecemos. –El forense les mirò y volvió a sonreír-. Y es que èsta ha sido probablemente la autopsia màs insòlita, màs rara, en la que he participado, o que haya visto desde que terminè la carrera.

Pòra y Matthew no dijeron nada, en espera de que continuara. Ella visiblemente màs intrigada que Matthew, que bien podría haber sido una estatua.

El forense carraspeò y abrió el archivador.

-Sin embargo, empezaremos por lo que podemos llamar màs o menos convencional.

-Naturalmente. –En el interior de Matthew se hizo audible una especie de murmullo, pero Pòra intentò ocultar sus expectativas. Querìa llegar a lo insòlito.

-Bueno, la causa de la muerte fue la asfixia por estrangulamiento –dijo el mèdico, dando un golpecito sobre la cubierta amarilla del archivador-. Cuando hayamos terminado les entregarè una copia del informe de la autopsia, y asì podrán apreciar las circunstancias de forma detallada, si lo desean. Lo principal, por lo que respecta a la causa de la muerte, se refiere a còmo fue estrangulado el difunto, y en ese sentido pensamos que se utilizò un cinturòn de tela, no de cuero. El que lo hizo, o la que lo hizo, empleò mucha fuerza al apretar, pues dejó huellas muy profundas en el cuello. Tampoco es improbable que la presión se mantuviese màs tiempo del necesario para causar la muerte, por algùn motivo... suponemos que por un acceso de furia o rabia.

-¿Còmo pueden saberlo? –preguntò Pòra.

El mèdico trasteò en la carpeta y extrajo de ella dos fotografías. Las puso sobre la mesa, delante de èl, y las volvió a Pòra y Matthew. Mostraban el maltratado cuello de Harald.

-Pueden comprobar que en los bordes de las marcas que dejó el objeto utilizado para el estrangulamiento la carne cediò sòlo en algunos puntos, asì como que la piel està quemada por la fricción. Eso apunta a que la superficie del objeto era un poco rugosa. Observen, además, que fuera lo que fuese, no parecía tener forma regular: diferentes anchuras, a juzgar por el ancho irregular de la herida. –El forense hizo una pausa mientras señalaba la otra fotografía-. Otra cosa digna de mención es que aquí abajo, en el cuello, se encuentran señales de lesiones anteriores, aunque de ninguna manera tan graves, pero llamativas en todo caso. –Les mirò a los ojos-. ¿Saben algo sobre eso?

Matthew se adelantò.

-No, nada. –Pòra se mantuvo en silencio, aunque sospechaba còmo podrían haberse producido.

-Sin duda, no tienen relación con el crimen. Pero nunca se sabe. –El mèdico parecía contentarse con la respuesta de Matthew, por lo menos no volvió a insistir. Señalò la otra foto, que era también del cuello de Harald, pero muy ampliada-. Esta fotografía es muy buena, y en ella se ve còmo un trozo de metal, un cierre de cinturòn màs bien extraño o algùn otro objeto desconocido que había en la ligadura utilizada penetrò en el cuello del interfecto. Si miran esto atentamente, podrán ver que se parece a una pequeña daga... aunque puede haber sido algo completamente distinto; naturalmente esto no es un molde de yeso.

Pòra y Matthew estiraron la cabeza hacia la fotografía para ver mejor. El hombre tenía razón. En el cuello se apreciaba bien la huella de algùn objeto. Comparándolo con una escala situada en la parte baja de la fotografía, parecía una pequeña daga o una cruz.

-¿Què es esto? –preguntò Matthew, señalando unas heridas a ambos lados de la huella.

-Esa cosita parece haber estado rodeada por algo de bordes afilados, que al apretar raspò la piel. Màs no puedo decir.

-¿Què fue del cinturòn, o lo que fuese? –preguntò Matthew-. ¿Lo encontraron?

-No –respondiò el forense-. El atacante se deshizo de èl. Sin duda pensò que en èl podríamos encontrar ADN, huellas o algo asì.

-¿Y habrían podido? –preguntò Pòra.

El forense se encogió de hombros.

-¿Quièn sabe? Por lo menos, està claro que si se encontrase ahora, tanto tiempo después del crimen, se podría ya obtener muy poco ADN. –Se aclarò la garganta-. Y hemos estimado la hora de la muerte. Es una cuestión muchísimo màs técnica. –El mèdico hojeò el archivador y sacò varias hojas-. No sè hasta què punto estarán familiarizados con los procedimientos, es decir, còmo los medimos. –Mirò a Pòra y a Matthew.

-Yo no sè nada –se apresurò a decir Pòra. Vio que sus palabras ponían nervioso a Matthew, que no dijo una sola palabra, pero a ella le dio igual.

-Entonces, seguramente lo mejor será que le explique brevemente de què se trata, para que sean conscientes de que las conclusiones no son ni simples conjeturas ni demostraciones inalterables. Se trata solamente de una probabilidad, y la precisión de las conclusiones està en función de una serie de indicaciones o claves que es preciso reunir.

-¿Reunir? –preguntò Pòra.

-Sì, para elaborar estas medidas necesitamos reunir unas claves que se encuentran sobre el cadáver mismo o dentro de èl, o en la proximidad o el entorno del lugar en el que fue encontrado. Nos valemos asimismo de ciertos datos sobre la vida del difunto, por ejemplo si se la ha visto antes de la muerte, cuàndo comió por última vez, què costumbres tenía, etcétera. Esto es especialmente importante cuando se trata de muertes repentinas, como en este caso.

-Desde luego –dijo Pòra, dirigiendo al forense una sonrisa.

-Estas pistas o claves se utilizan de diversos modos para hallar la aproximación a la hora en que se produjo la muerte.

-¿Y còmo? –preguntò Pòra.

El forense se reclinò en la silla, visiblemente satisfecho por el interés de la mujer.

-Los procedimientos son de dos tipos: por un lado se basan en medir las alteraciones del cuerpo, que se producen a una velocidad conocida, como por ejemplo el rigor mortis, la temperatura corporal y la putrefacción. Por otra parte hay procedimientos basados en la comparación de las indicaciones con puntos temporales conocidos: cuàndo consumió el difunto los alimentos que tiene en el estòmago, el punto en el que se encuentra la digestión, y cosas por el estilo.

-¿Cuàndo murió? –Matthew fue directo al grano.

-A grandes preguntas... -respondió el mèdico, sonriendo-. Para continuar con lo que estaba diciendo, lo mejor es repasar primero los datos que utilizamos para establecer la hora de la muerte. No recuerdo si ya se lo he mencionado, pero cuanto menos tiempo haya transcurrido entre la muerte y el hallazgo del cuerpo, tanto màs precisos serán estos datos. En este caso pasaron unas treinta y seis horas, lo que no està mal. Según la investigación de la policía, la última vez que Harald fue visto por un testigo independiente fue a las 23:42 horas de la noche del sàbado, cuando pagò y despidió el taxi en la calle Hringbraut. Puede decirse que èste es el punto inicial del marco temporal dentro del cual tuvo lugar el posible momento de la muerte. El punto final de este marco, naturalmente, es el momento en el que se descubrió el cadáver, esto es, a las 7:20 horas de la mañana del lunes 31 de octubre.

Callò y les mirò. Pòra asintió con la cabeza para indicar que le seguía y que podía continuar. Matthew permanecía como una estatua.

-Cuando la policía llegó al lugar donde se había producido el hallazgo del cadáver, se midió la temperatura de èste y resultò ser la misma que la temperatura ambiente. Eso indicò que había transcurrido cierto tiempo desde el fallecimiento. La velocidad a la que se enfría depende de diversos factores: si la persona es delgada, por ejemplo, se produce màs deprisa que si es gruesa, pues el descenso

de la temperatura por centímetro cuadrado es comparativamente mayor en una persona delgada. –El mèdico extendió las manos-. También influyen la ropa y los objetos que pueda llevar encima, así como su posición y el movimiento del aire en el entorno y su fuerza, y otras cosas más. Los datos sobre todos estos asuntos son parte de las claves que mencionè antes.

-¿Y què resultò de todo ello? –preguntò Matthew.

-Nada, en realidad. Con todo esto lo único que pudimos hacer fue limitar aún más el marco temporal. Es una buena muestra de que estos procedimientos sòlo nos permiten hallar unas indicaciones sobre la hora de la muerte cuando la temperatura del cuerpo es distinta a la temperatura ambiente – exhalò un profundo suspiro-. Una vez que el cuerpo ha alcanzado esta temperatura, variará de acuerdo con la misma temperatura ambiente, como podrán comprender. Pero sí que podemos calcular cuánto tiempo tarda el cuerpo en alcanzar la temperatura ambiente y, así, saber que ha transcurrido al menos ese tiempo desde el fallecimiento. –Pasò los ojos por la página-. Aquí està; en este caso, el análisis redujo aún más el marco temporal, de modo que estimamos que habían transcurrido veinte horas desde la muerte.

-Todo esto es muy interesante, de eso no hay duda –dijo Matthew-. Pero lo que yo quería saber es cuándo se estima que murió Harald y cómo se llegó a esa conclusión. –No mirò a Pòra.

-Sí, claro, perdone –respondió el mèdico-. La rigidez cadavérica indicò que la muerte se había producido al menos veinticuatro horas antes del hallazgo del cadáver, lo que limitò aún más el marco temporal. –El mèdico mirò alternativamente a Matthew y a Pòra-. ¿Quieren que les explique con más detalle la rigidez cadavérica? Puedo hacerlo en dos palabras, si les interesa.

-Naturalmente –respondió Pòra a la vez que Matthew decía: “No, gracias, no es necesario”.

-¿No es norma elemental de cortesía acceder a los deseos de las señoras? –dijo el mèdico dirigiendo una sonrisa a Pòra. Ella le sonrió a su vez, felicísima. Matthew la mirò fijamente, bastante molesto, según le pareció a Pòra, que siguió impertèrrita.

-La rigidez cadavérica o rigor mortis es, como su nombre indica, el endurecimiento del cuerpo después de la muerte. Esta circunstancia origina una transformación química en las proteínas de los músculos como consecuencia del descenso del nivel de acidez del tejido muscular después de la muerte. No hay oxígeno, no hay glucosa y el pH de las células se desploma. Cuando, en consecuencia, la cantidad de nucleótido ATP desciende por debajo de un determinado valor crítico, aumenta el llamado rigor mortis, pues el ATP protege contra la unión de actina y miosina.

Pòra iba a preguntar más detalles sobre aquellas actina y miosina tan curiosas pero se detuvo inmediatamente cuando Matthew le pisò con fuerza un pie, así que se limitò a decir: “Comprendo”, lo que, naturalmente, era sòlo una verdad a medias. Vio de reojo cómo la estatua de Matthew sonreía por primera vez aquella mañana.

El forense continuò.

-La rigidez cadavérica comienza en los músculos más utilizados y luego va extendiéndose a todos los demás. Cuando ha alcanzado el máximo, el cuerpo està rìgido y en la posición en que estaba cuando fue afectado por la rigidez. Ese grado, en realidad, no dura mucho tiempo, porque la rigidez cadavérica cede y el cuerpo vuelve a quedar flexible. En condiciones ambientales normales, la rigidez alcanza su nivel máximo a las doce horas de la muerte y comienza a desaparecer pasadas entre treinta y seis y cuarenta y ocho horas. En realidad, en un caso como el de Harald, en el que la causa de la muerte es la asfixia, el proceso comienza algo más tarde. –El mèdico hojeò los documentos, extrajo una fotografía y se la entregò-. Como pueden ver, el cuerpo de Harald estaba completamente rìgido cuando fue encontrado.

Matthew fue el primero que extendió el brazo para coger la foto, que era del tamaño A4. La mirò sin hacer el menor gesto y se la pasò a Pòra.

-Es bastante desagradable –le dijo cuando ella cogió la foto.

“Desagradable” no era en absoluto suficiente para describir lo que Pòra tenía ante sus ojos. La fotografía mostraba al joven que Pòra conocía como Harald Guntlieb por las fotos familiares tumbado en el suelo en una postura extrañísima que había visto ya en las fotos de la carpeta de los informes. Pero aquèllas estaban tan mal fotocopiadas que casi se podrían haber mostrado en el programa infantil de televisión, en comparación con lo que tenía ante sus ojos en aquel momento. Uno de los brazos de Harald se doblaba hacia arriba desde el codo, como si estuviera señalando algo en el aire. No había nada que mantuviese el brazo en esa posición o que le sirviera de apoyo. Sin embargo, en la foto se veía con claridad que Harald Guntlieb estaba muerto. El rostro estaba hinchado y tumefacto y tenía un color extraño, que Pòra no atribuyó precisamente a una mancha de revelado. Pero lo que más le llamó la atención fueron los ojos o, más exactamente, las cuencas de los ojos. Se apresuró a devolverle la foto a Matthew.

-Como pueden ver, el cuerpo estuvo apoyado probablemente sobre algo, seguramente una pared, y el brazo quedó rígido en esa posición. Sabrán, sin duda, que el crimen no se perpetró en el pasillo. Cayó allí desde un cuartito cuando uno de los profesores abrió la puerta el lunes por la mañana. A juzgar por la declaración de ese hombre, el cuerpo estaba allí dentro y había caído sobre la puerta, o lo habían asesinado allí y cayó al abrir la puerta. Como se ve en la foto, el cuarto en cuestión da al pasillo.

Matthew observó la foto y asintió en silencio. Pòra se dio por satisfecha; no le apetecía lo más mínimo volver a mirar aquella foto.

-Pero todavía no nos ha dicho cuándo se estima que murió –dijo Matthew mientras devolvía la fotografía.

-Sí, perdone –replicó el médico pasando páginas en el archivador. Se incorporó cuando encontró lo que estaba buscando-. Habida cuenta del análisis del contenido del estómago y la cantidad de anfetaminas en la sangre, la hora del óbito se estima entre la 1:00 y la 1:30. –Levantó la vista y lo explicó con más detalle-. Se conocía el momento de la ingesta del alimento y de las anfetaminas. Había comido pizza a las nueve de la noche y había esnifado anfetaminas antes de abandonar la fiesta, esto es, a las once y media. –Pasó a Matthew otra fotografía que cogió del montón. La digestión de la pizza se conoce, y se ha descrito bastante bien.

Matthew observó la fotografía sin mostrar reacción alguna. Luego levantó la vista, con autosuficiencia, y se la pasó a Pòra. Sonrió por segunda vez aquella mañana.

-¿Le apetece una pizza?

Pòra cogió la foto que mostraba el contenido del estómago de Harald. Pasaría tiempo antes de que volviera a encargarse una pizza. Intentó no parecer alterada en lo más mínimo y le devolvió la foto a Matthew.

-Los análisis relativos a las anfetaminas fueron realizados en el Instituto de Farmacología y Toxicología de la Universidad. Ellos mismos les proporcionarán un informe con el resultado de los análisis. En realidad, en su estómago se encontraron también pastillas de éxtasis a medio digerir, pero no se sabe cuándo las ingirió, de modo que no sirven para establecer la hora de la muerte.

-Estupendo –exclamó Matthew.

El médico continuó.

-De los resultados de la autopsia se desprende que el cadáver fue transportado allí después de la muerte, unas horas después. Lo pudimos comprobar por una especie de contusiones que se forman en los puntos más bajos del cuerpo al tiempo que cesa la hemorragia. Entonces empieza a concentrarse la sangre en una especie de charcos a causa de la fuerza de la gravedad. Comprobamos que esas tumefacciones post mortem se encontraban en lugares no relacionados entre sí, esto es, en la espalda, las nalgas y en la parte trasera de las pantorrillas, así como también en los talones, los dedos de la mano y el mentón. Las zonas mencionadas en primer lugar estaban más tumefactas, lo que indica que el cuerpo estuvo tumbado sobre

la espalda en un principio, y que unas horas más tarde fue situado en posición vertical. Además, sus zapatos muestran señales de que el cuerpo fue arrastrado un cierto trecho; seguramente quien lo hizo lo sujetó por las muñecas y los pies fueron arrastrando. Por qué se hizo es desconocido. La explicación más plausible, a mi modo de ver, es que el asesino mató a Harald en su propia casa pero no pudo deshacerse del cadáver inmediatamente, seguramente por embriaguez. Por qué decidió llevarlo hasta el Àrnagarður es otro misterio. No es precisamente el primer sitio que se le ocurriría a alguien que se encontrase ante este problema.

-¿Y los ojos? –preguntó Matthew.

El forense carraspeó.

-Los ojos. Ése es otro misterio para el que no hallo explicación. Como bien sabe la familia, fueron extirpados tras la muerte de Harald, lo que es un cierto consuelo para los familiares, en mi opinión. Por qué se hizo tal cosa es algo que ignoro.

-Pero, ¿cómo se le extraen los ojos a un cadáver? –dijo Pòra, que enseguida se arrepintió de la pregunta.

-Sin duda, puede hacerse de diversas formas –respondió el forense-. Pero parece que nuestro asesino utilizó para ello una herramienta lisa. Todas las huellas, o quizá mejor la ausencia de las mismas, parece, por lo menos, apuntar en esa dirección. –El médico empezó a repasar las fotos.

Pòra se apresuró a detenerlo.

-Le creemos, no tenemos ninguna duda. No necesitamos ver las fotos.

Matthew la miró y sonrió. Era evidente que le divertía que todo aquello le resultase a Pòra tan desagradable, después de su conversación en el pasillo.

Aquella sonrisa la molestó y decidió mostrarle su temple.

-Dijo usted al principio que la autopsia había sido extraña e insólita. ¿A qué se refería?

El médico se inclinó hacia delante, parecía encantado. Evidentemente, estaba ansioso por hablar de aquello.

-No sé lo cercanos que estaban ustedes a Harald Guntlieb; quizá ya sabían todo esto. –Hurgó en el archivador y sacó varias fotos-. Esto es a lo que me refiero –dijo poniendo las fotos sobre la mesa, en frente de Pòra y Matthew.

Pòra necesitó un momento para darse cuenta de lo que estaba viendo, pero cuando lo comprendió fue incapaz de reprimir un escalofrío.

-Ah, vaya, ¿y qué es esto? –preguntó con un hilo de voz.

-Es normal que lo pregunte –respondió el médico-. Harald Guntlieb practicaba evidentemente la llamada *body modification*, transformaciones en el propio cuerpo. Al principio pensamos que lo que tiene en la lengua era parte de las mutilaciones del crimen, pero luego comprobamos que se habían realizado cierto tiempo antes... esto es algo bastante más fuerte que los piercings en la lengua, tengo que reconocerlo.

Pòra miró una foto repulsiva tras otra. Sintió una violenta náusea y se levantó de la silla.

-Perdonen –dijo como pudo, con los dientes apretados y corrió hacia la puerta. Cuando salió al pasillo escuchó a Matthew decirle al médico, con falso asombro:

-Qué raro, pero si ha parido dos niños.



En el Alpojòôahùs no había demasiada gente. Pòra había elegido ese café porque allí se podía charlar con màs calma que en casi cualquier otro local del centro. Ella y Matthew podrían conversar sin preocuparse de si les oían los clientes de las mesas vecinas. Se sentaron a una mesa apartada. Sobre la superficie de mosaico de la mesa que los separaba descansaba el archivador amarillo con los informes de la autopsia, que el forense le había entregado a Matthew.

-Se sentirà mejor después de tomar un café –dijo Matthew azorado, mirando hacia la puerta por la que acababa de salir la chica con la comanda.

-Me siento perfectamente –respondiò Pòra, cortante. Y en realidad era completamente cierto; la nàusea que se había apoderado de ella en el despacho del mèdico había desaparecido. Salió de allí y se metió en un aseo que encontró en el pasillo, y consiguió recuperarse echándose agua fría en la cara. Siempre había sido bastante propensa a las nàuseas y aquello le había hecho recordar lo mal que le sentaban los libros de estudio que su ex marido abría de par en par cuando estudiaba medicina. Y eso que las fotos de aquellos libros no eran ni la mitad de desagradables que las que había visto aquella misma mañana; quizá porque las de los libros eran en cierto modo impersonales. Añadió en un tono màs suave:- No sè lo que me ha pasado. Espero no haber molestado al doctor.

No son fotos especialmente agradables –dijo Matthew-. Màs exactamente, la mayoría son espantosas. No tiene que preocuparse lo màs mínimo por el forense. Le dije que acababa de salir usted de una enfermedad que le producía vómitos, y que por eso no estaba en el mejor momento para mirar ese gènere de cosas.

Pòra asintió.

-¿Pero què monstruosidad era todo aquello? Creìa haberlo entendido casi todo, pero después de pensarlo un poco no estoy segura de haber captado el contenido de las fotos.

-Cuando usted salió, estuvimos mirándolas una a una –dijo Matthew-. Y parece ser que Harald se hizo practicar toda clase de aberraciones en su propio cuerpo. Según el mèdico, las màs antiguas son de hace unos años, pero las màs recientes tienen escasos meses.

-¿Por què lo hizo? –preguntò Pòra. Era incapaz de comprender lo que habría podido empujar a un joven a deformarse a sù mismo.

-Dios sabe por què –respondiò Matthew-. Harald no fue nunca una persona como las demás. Desde que conozco a la familia, siempre fue a remolque de algún grupo social marginal. Una vez eran los ecologistas, otra época un grupo opuesto a los países del G8. Cuando se volcó finalmente en la historia, pensé que por fin había encontrado su camino. –Dio un golpecito sobre la cubierta amarilla-. Por què se dedicò a esto, està màs allà de mi capacidad de comprensión.

Pòra no dijo nada mientras pensaba en las fotos y en el dolor que habría tenido que soportar Harald.

-¿Què es eso exactamente? –preguntò, y añadió apresuradamente:- Puedo oírlo sin que me pase nada.

En ese momento llegó la chica con el café y los platos ligeros que habían encargado. Dieron las gracias y, en cuanto se fue, Matthew dijo:

-Eran cortes e intervenciones, de todo tipo. Lo que màs me impactò fue la lengua. Seguramente se daría cuenta de que una de las fotos era de la boca de Harald. –Pòra asintió y Matthew continuò-. Se la hizo cortar en dos, digamos que la dividió a lo largo. Sin duda quiso que se pareciera a la lengua de una serpiente, y he de reconocer que lo consiguió perfectamente.

-¿Podía hablar de forma natural después de hacerlo? –preguntò Pòra.

-Segùn el forense, es bastante probable que se le hubiera quedado un cierto deje extraño como consecuencia de ello, pero no podía afirmarlo con toda seguridad. Además, conjeturaba que aquellas intervenciones no fueran un caso aislado. Naturalmente, eran de lo màs infrecuentes, pero Harald no era en absoluto un pionero en estas cosas.

-¿No se lo hizo èl a sÌ mismo? ¿Quièn practica intervenciones como èsta? –preguntò Pòra.

-El forense estimaba que se había hecho hacia bastante poco tiempo, porque àun no estaba cerrada por completo. No tenía ni idea de quièn la había llevado a cabo, pero añadió que cualquiera que entendiese de anestésicos, lenguas y bisturÌs, podría hacer esa operación en un momento. Mencionò médicos, enfermeras quirúrgicas y dentistas. Añadió que en realidad quien la practicara tendría que estar en posición de recetar antisépticos y analgésicos, o cuanto menos tener acceso a ellos.

-Dios mìo, prefiero no decir nada –comentò Pòra-. Y todo lo demás: bolas, aros, huellas y cuernos y Dios sabe què màs, ¿què era todo eso?

-Segùn el forense, Harald se había hecho introducir debajo de la piel diversos objetos para que resaltaran sus perfiles y se vieran desde fuera. Entre esos objetos estaban los cuernecitos o pinchitos que sobresalían de los hombros. El forense dijo además que había retirado treinta y dos cosas màs, empezando con bolitas como las que vio usted en los òrganos sexuales. –Matthew mirò a Pòra enseguida, con preocupación. Ella dio un sorbo a su café y sonriò para indicar que eso no la alteraba lo màs mínimo. Matthew continuò-. Había también símbolos de todas clases; todos resultaron estar relacionados con la magia negra y el satanismo. Harald no había perdido un momento; en su cuerpo no había muchos sitios, ni muy grandes, que no estuviesen marcados de alguna forma. Matthew hizo una pequeña pausa para tomar un bocado. Luego siguió-. Parece que no consideraba dignos los adornos convencionales de la piel, porque los tatuajes que tenía eran cicatrices.

-¿Cicatrices? –preguntò Pòra-. ¿Se hizo borrar los tatuajes?

-No, no. Se trata de tatuajes que se hacen cortando la piel o quitándola para que las cicatrices formen patrones o símbolos. Hacer esas cosas es una decisión irreversible. Segùn me contò el forense, es imposible deshacerse de esos tatuajes excepto con un transplante de piel, que deja otras cicatrices àun mayores.

-Bueno, pues vaya –dijo Pòra asombrada. Todo le resultaba nuevo. Cuando era joven le parecía una osadÌa tener tres agujeros en las orejas.

-El forense dijo además que unas rajadas que tenía Harald se tenían que haber hecho cuando ya estaba muerto. Al principio creyeron que no era màs que uno de los tatuajes màs recientes, pero al examinarlo màs detenidamente resultò que no era asÌ. Era un símbolo que parecía un signo mágico y que le habían hecho en el pecho. –Matthew sacò una pluma del bolsillo de la chaqueta y cogió una servilleta blanca. Trazò el dibujo y luego girò la servilleta hacia Pòra-. Este signo es desconocido, dijo el mèdico, o por lo menos la policÌa no ha conseguido averiguar nada, de modo que a lo mejor lo único que pasò es que el asesino se lo inventò en el momento. Probablemente fueron las circunstancias lo que le alterò, de modo que el símbolo acabò saliendo como se ve. No es fácil practicar cortes en la piel.

Pòra levantò la servilleta y examinò el dibujo. Estaba compuesto por cuatro trazos que formaban una caja, una especie de molinillo. Había trazos cruzados en los extremos de las líneas que sobresalían de la caja, y en su interior había dibujado un pequeño círculo.

Pòra le devolviò la servilleta a Matthew.

-Desgraciadamente no tengo ni idea de signos mágicos. En tiempos llevè un collar con una runa, pero no recuerdo lo que simbolizaba.

-Tenemos que hablar con alguien que sepa de estos temas. Quièn sabe si la policÌa encontrò algo al investigar el símbolo. –Matthew rompiò la servilleta en cuatro-. Por lo menos, algo pretendía el asesino al

hacerlo. La mayor parte de ellos, lo único que piensan es en poner tierra de por medio lo antes posible después de cometer un crimen.

-A lo mejor el asesino està loco –interrumpiò Pòra-. No es precisamente señal de cordura ponerse a trazar símbolos mágicos en el cuerpo y sacarle los ojos. –Se estremeciò-. Bueno, o a lo mejor estaba bajo los efectos de las drogas. Lo que podría ser perfectamente el caso del pobre diablo que tienen encerrado.

Matthew se encogió de hombros.

-Quizà –tomò un sorbo de café-. O quizá no. Lo cierto es que tenemos que llegar hasta èl lo antes posible.

-Me pondrè en contacto con su abogado –dijo Pòra-. Tiene que darnos permiso para entrevistarnos con èl, y supongo que pensarà que desbrozarnos el terreno le resultarà beneficioso. Nuestros intereses coinciden. Si conseguimos encontrar al asesino que la policía no logró identificar, habremos librado a su defendido. También le he enviado a la policía un escrito formal solicitando la cesiòn de los informes. Eso es de lo màs habitual y, por lo que yo sè, los parientes suelen recibirlos prácticamente en todos los casos, sin que ello suponga prolongar la instrucción, excepto en ocasiones excepcionales.

Matthew tomò otro bocado y mirò el reloj.

-¿Què le parece echar un vistazo al apartamento de Harald? Tengo las llaves y la policía ha devuelto sus cosas que se llevaron en el registro. Quizà podríamos mirar los trastos a ver si sacamos algo en claro.

A Pòra le pareció bien la idea. Enviò un SMS a su hijo pidiéndole que fuera a buscar a su hermana a la guarderìa en cuanto saliera del colegio. Pòra se sentía mejor sabiendo que Sòley estarìa pronto en casa, y de vez en cuando le encargaba a su hijo que fuese a buscarla antes de lo habitual. Hacìa lo posible por no abusar de la bondad de Gylfi con estos encargos, aunque èl solìa aceptarlos de buen grado. Pòra se dio cuenta de que no había hecho màs que apretar el botón de enviar cuando llegó la respuesta de Gylfi. Abrió el fichero de mensajes y leyò: “Ok. Cndo vns a ksa? Pòra respondiò de inmediato que llegarìa sobre las seis y reflexionò un instante si sería sòlo por curiosidad por lo que Gylfi siempre querìa saber exactamente cuàndo pensaba ella llegar a casa. A lo mejor era solamente para poder jugar tranquilamente al ordenador, pero no dejaba de llamarle la atención que se lo preguntase tantas veces.

Antes de que Pòra dejase el teléfono, llamò a la oficina para informar que no podría ir por el momento. Nadie respondiò, pero tras la quinta llamada se conectò el contestador. Pòra dejó el mensaje informando de su ausencia y colgó. Una de las ocupaciones principales de Bella era atender el teléfono, pero de las pocas veces que Pòra tenía que telefonar al bufete, sòlo contestaba la mitad. Pòra suspirò, sabìa que de nada servirìa volver a hablar del tema con aquella secretaria del demonio.

-De acuerdo, ya estoy –le dijo a Matthew, que había aprovechado el rato para terminar la comida que le quedaba. Pòra bebió el último trago de café que quedaba en la taza antes de levantarse y ponerse el abrigo.

Fueron a la caja, donde Matthew pagò la cuenta antes de salir los dos del café. Puso de relieve que todo aquello era a costa de la familia Guntlieb, pero ella no veìa del todo claro si lo hacìa para dejar bien claro que la invitación estaba incluida en las citas, o si lo decìa simplemente porque tenía necesidad de explicárselo. Se limitò a asentir despreocupadamente con la cabeza y a dar las gracias.

Salieron al frío del aparcamiento, donde habían dejado el coche de alquiler. El apartamento de Harald estaba en la Bergtaôastraeti, así que no había mucho camino desde Hverfisgata. Pòra conocìa bien el barrio de Phingholt desde que empezó a trabajar en Skòlavörôustigur, así que pudo indicarle a Matthew el camino sin vacilaciones: aunque el barrio no tuviera demasiadas calles, resultaba bastante complicado para quienes no lo conocían bien circular por esas calles bastante estrechas y de dirección única. Encontraron un sitio justo delante de la esplèndida casa blanca de piedra en Bergtaôastraeti donde Matthew dijo que se encontraba el apartamento de Harald. Era uno de los mejores edificios del barrio,

muy bien conservado, y Pòra pudo imaginarse la cantidad en la que podría tasarse. Aquello explicaba por lo menos la exorbitante cuenta de alquiler que había visto en los papeles de Harald.

-¿Ha estado aquí antes? –preguntò Pòra cuando subieron a la entrada lateral del edificio. La entrada principal, que daba a la calle, correspondìa, según contò Matthew, a otro apartamento de la planta baja, donde vivian los propietarios.

-Sí, en realidad varias veces –respondiò Matthew-. Aunque èsta es sòlo la segunda que entro por mis propios medios, si así puede decirse. Las otras veces vine con la policía. Necesitaban un testigo cuando se llevaron papeles y otras cosas con motivo de la investigación, y otra vez cuando los devolvieron. Pero estoy seguro de que nuestra inspección del apartamento será màs concienzuda que la que hizo la policía. Enseguida dieron por hecho que el asesino había sido ese Hugi, e inspeccionaron el apartamento màs que nada por cubrir el expediente.

-¿El apartamento es tan extraño como el inquilino? –preguntò Pòra.

-No, es de lo màs normal –respondiò Matthew mientras metìa en la cerradura de la puerta exterior una de las dos llaves. Las llaves colgaban de un llavero de acero con la bandera islandesa, y Pòra sacò la conclusión de que el llavero había sido adquirido, especialmente para aquellas llaves, en una de las tiendas para turistas del centro. No le resultaba fácil imaginarse a Harald en ese tipo de tiendas, rodeado de jerséis de lana y cosas por el estilo-. Si es tan amable –dijo Matthew al abrir la puerta.

Antes de que Pòra llegase a poner un pie dentro, apareció por la esquina una mujer joven que se dirigió a ellos en un inglès impecable.

-Disculpen –dijo tapándose bien con la rebeca para protegerse del frìo-. ¿No serán ustedes parientes de Harald?

A juzgar por la ropa de la mujer, Pòra llegó a la conclusión de que debía de haber salido del otro apartamento. Matthew le alargò la mano y dijo en inglès:

-Sí, claro, hola, nos conocimos cuando fui a su casa a recoger las llaves, soy Matthew.

-Sí, eso me pareció –dijo la mujer; le estrechò la mano y sonriò. Era muy elegante, delgada, con el cabello y la cara bien cuidados, saltaba a la vista que le sobraba el dinero. Cuando sonriò, Pòra pudo comprobar que a lo mejor no era tan jovencita como le había parecido al principio, pues la sonrisa dibujò numerosas arrugas alrededor de sus ojos y su boca. La mujer dio la mano a Pòra-. Hola, me llamo Guôrùn –dijo, y añadió:- Mi marido y yo èramos los caseros de Harald.

Pòra se presentò y devolvió la sonrisa.

-Sòlo veníamos a echar un vistazo. No sè cuànto tardaremos.

-Oh, perfecto –se apresurò a decir la mujer-. Solo vine a preguntar si tenian alguna idea de cuàndo van a dejar libre el piso. –Sonriò otra vez, ahora como pidiendo disculpas-. Ya nos han preguntado varias personas, ya comprenden.

Pòra no lo comprendìa del todo, pues, por lo que sabìa, la familia Guntlieb seguía pagando el alquiler y no debería estar nada mal alquilar un piso de aquel valor sin tener que padecer molestia alguna por parte del inquilino. Se volvió hacia Matthew, quien probablemente podría responder a la mujer.

-Desgraciadamente no podrá ser de inmediato –respondiò lacónico-. El contrato sigue en vigor, creo que se lo comentè la última vez que hablamos del tema.

La mujer se apresurò a disculparse.

-Sí, claro, claro... no me malinterprete... sigue en vigor. Simplemente nos gustaría saber cuàndo cree que la familia podrá dejarlo libre. Esta propiedad es bastante cara y no siempre se pueden encontrar inquilinos que paguen un precio tan alto. –La mujer mirò a Pòra apurada-. Es que tenemos una oferta de una empresa de exportación que es tan buena que resulta difícil rechazarla. Necesitan el piso en el plazo de dos meses, por eso les pregunto cuànto tiempo necesitaràn. Ya comprenden a què me refiero.

Matthew asintió con la cabeza.

-Comprendo sus problemas pero, por desgracia, no puedo prometerle nada por el momento –dijo-. Todo depende de lo que hagamos con las pertenencias de Harald. Quiero asegurarme de que no vaya a parar a un cajón alguna cosa que pueda resultar de importancia para el caso.

La mujer, que había empezado a temblar de frío, movió enérgicamente la cabeza para mostrar su asentimiento.

-Si puedo hacer algo para aligerar el asunto, hágamelo saber, por favor. –Le dio la tarjeta de una empresa de importación que a Pòra le resultò completamente desconocida. En ella podía leerse el nombre de la mujer y su número de teléfono, incluyendo el del móvil. Pòra sacò su propia tarjeta del bolsillo y se la dio a la mujer.

-Tome también la mà y llámeme si usted o su marido recuerdan algo que pudiera sernos útil. Estamos intentando averiguar quièn asesinò a Harald.

La mujer abrió mucho los ojos, asombrada.

-¿Y què hay del hombre que detuvo la policía?

-Tenemos nuestras dudas de que sea el asesino –respondió Pòra como sin darle importancia. Notò que al oír aquello la mujer se estremeció. Se apresurò a añadir:- No creo que tenga usted por què preocuparse: sea quien sea, no creo que se le ocurra venir por aquí –sonrió.

-No, no era por eso –dijo la mujer precipitadamente-. Es sòlo que creía que ya se había terminado todo.

Se despidieron y Pòra y Matthew entraron en el edificio. En el vestíbulo se encontraron con una escalera pintada de blanco que subía al segundo piso, donde estaba el apartamento. Había otra puerta màs y Matthew le dijo que era un lavadero compartido. Subieron por la escalera y Matthew abrió la puerta del apartamento con la segunda llave del llavero de la bandera. Lo primero que le llamó la atención a Pòra al entrar fue que Matthew había sido poco fiel a la realidad al decirle que el apartamento era de lo màs normal. Pòra mirò extrañada a su alrededor.

## CAPÍTULO OCHO

---

Gunnar Gestvík, decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Islandia, se dirigía con àgiles zancadas hacia el despacho de la presidenta del Instituto Àrni Magnússon, y al pasar saludò con una inclinación de cabeza a un joven historiador que se cruzò en su camino. El joven sonrió azorado y Gunnar vio reafirmada de este modo su recién ganada popularidad dentro de su universidad y sus diversos departamentos. Al parecer no había mucha gente capaz de olvidar que fue èl a quien se le vino encima el cadáver de Harald Guntlieb, o que no recordasen el shock nervioso que resultò de aquel hallazgo. Nunca había sido tan popular, si podía expresarse así, aunque muy pocos de los que se aventuraban a buscar ahora su compañía pudieran llamarse exactamente amigos. Aquella situación tendría que pasar, naturalmente, pero sòlo Dios sabía lo harto que estaba ya de tener que responder a tantas preguntas idiotas de tanta gente sobre aquel suceso, preguntas que no obedecían nada màs que a pura curiosidad. En cuanto juntaban fuerzas para preguntarle algo, se les ponía cara de asco. Era un gesto destinado a indicar a la vez tristeza por la temprana pèrdida de un hombre joven y compasión por Gunnar, pero el resultado era invariablemente muy diferente. En los rostros de la gente se leía única y exclusivamente interés por lo morboso y alegría porque aquello le hubiera pasado a otro en vez de a ellos mismos. ¿Quizà habría debido

seguir el consejo del rector y tomarse dos meses de permiso para investigar? Vaya, no estaba seguro. Seguramente, con el paso del tiempo, la gente acabaría por perder todo interés, pero por otro lado el interés florecería de nuevo en cuanto el caso llegase a los tribunales. Entonces tendría que posponer lo irremediable y tomarse unos días libres. Así daría pie a interminables habladurías de que estaba tratándose de los nervios, que estaba en casa borracho como una cuba, o cosas peores. No, seguramente rechazar el permiso y dejar que las cosas pasaran era la decisión correcta. Al final la gente se cansaría del tema y todos volverían otra vez a no hacerle caso alguno.

Gunnar llamó suavemente a la puerta de la directora, Maria Einarsdóttir, más por cuestión de cortesía que por otro motivo, pues abrió la puerta nada más llamar, sin esperar respuesta indicándole si podía pasar. Maria estaba al teléfono, pero con un movimiento de la mano dio a entender a Gunnar que se sentara, lo que éste hizo. Se sentó y esperó impaciente mientras ella concluía su conversación telefónica, que parecía tener que ver con un pedido de tóner para impresoras, el cual no había sido entregado aún.

Gunnar intentó dejar patente lo nervioso que le ponía aquello. Cuando Maria le llamó minutos antes, le dijo que el asunto era serio y expresó el deseo de que fuera a verla inmediatamente. Él había dejado el trabajo en el que estaba enfrascado en aquel momento, una solicitud de fondos Erasmus para la Facultad de Historia en colaboración con la Universidad de Bergen. La solicitud tenía que presentarse en inglés, y Gunnar había conseguido empezar a cogerle el tranquillo a la lengua, justo cuando llamó Maria. Si aquel asunto suyo tan serio se refería al tóner, le iba a soltar unas cuantas cosas bien elegidas cuando ella colgó y dirigió su atención hacia él.

Antes de empezar a hablar, miró meditabunda a Gunnar... como si estuviera buscando las palabras. Los dedos de su mano derecha marcaron un ritmo rápido sobre el borde del escritorio, y suspiró profundamente.

-¡Cojonudo! –dijo al fin.

“Obviamente no había aprovechado el tiempo para preparar su discurso”, pensó Gunnar, intentando no dejar traslucir lo inapropiado que le parecía que la directora del Instituto Àrni Magnússon pronunciase una palabra como aquella. Los tiempos habían cambiado mucho desde que Gunnar era joven, cuarenta años atrás. Entonces parecía deseable preparar cuidadosamente lo que se iba a decir; ahora a todo el mundo aquello le parecía una pérdida de tiempo y una memez. Pero aún, que precisamente una mujer como Maria, de elevada cultura y que ya no estaba en la flor de su edad, dejase correr por su boca expresiones como aquella, Gunnar carraspeó.

-¿Qué era eso tan apremiante, Maria?

-¡Cojonudo! –repitió ella, pasándose los dedos de ambas manos por el cabello, que llevaba muy corto. Había empezado justo a encanecer y aquello hacía resbalar algo de cabello plateado hacia las sienes cuando lo removía de aquel modo. Sacudió entonces la cabeza y por fin entró en materia.

-Falta una carta antigua. –Hubo un breve silencio y prosiguió-: La han robado.

La cabeza de Gunnar se echó hacia atrás y él no pudo ocultar su asombro y su desaprobación.

-¿A qué te refieres? ¿Robada? ¿De la colección?

Maria suspiró.

-No. De la colección no. De aquí... de dentro.

Gunnar estaba boquiabierto. ¿De dentro?

-¿Cómo puede ser eso?

-Buena pregunta; que yo sepa, es la primera vez que sucede aquí algo parecido –reforzó el tono de su voz y añadió-: Quién sabe, quizá han desaparecido más cosas, y no sólo esta carta. Como sabes, aquí se conservan manuscritos y fragmentos de manuscritos del siglo XVI pertenecientes a la colección de Àrni Magnússon, además de todas las cartas antiguas de esa colección y unos ciento cincuenta manuscritos del

grupo del Konungsbòk. Pues sì, y otros sesenta manuscritos y cartas de aquí y de allà. –Hizo una pequeña pausa y mirò a Gunnar directamente a los ojos-. Puedes estar seguro de que vamos a controlar hasta el último legajo y comprobaremos si han desaparecido màs documentos. Pero quería hablar contigo a solas antes de que se haga público. En cuanto ordene el inventario, todo el mundo se darà cuenta de lo que està pasando.

-¿Por què quieres consultarlo conmigo? –preguntò Gunnar, molesto y algo enfadado. Como decano de la facultad, no necesitaba tener demasiada relación con el instituto y no colaboraban demasiado estrechamente-. ¿No estaràs acusándome de haber cogido yo la carta?

-Por todos los dioses, Gunnar. Será mejor que te lo explique antes de que me preguntes si sospecho del rector. –Le pasò una carpeta que estaba sobre la mesa-. ¿Recuerdas los documentos que nos prestò la Biblioteca Nacional danesa?

Gunnar sacudió la cabeza. Frecuentemente, el instituto recibìa en préstamo materiales extranjeros relacionados con los temas de investigación que se llevaban a cabo en Islandia. Gunnar solìa enterarse la mayoría de las veces, pero no los guardaba especialmente en la memoria excepto cuando se trataba de documentos relacionados con las àreas de interés de su especialidad. Aquella colección de cartas danesas, evidentemente, no estaba entre ellas. Leyò por encima la carta, escrita por un tal Karsten Josephsen, jefe de sección de la Biblioteca Nacional danesa. Estaba escrita en danès, y en ella recordaba que había concluido el plazo para restituir los documentos. Devolvió la carta a Maria.

-No tengo la màs mínima idea.

Maria cogió la carta y volvió a ponerla en el mismo sitio de la mesa, justo enfrente de ella.

-Puede ser. Era una colección de cartas a los sacerdotes de la Iglesia Episcopal de Roskilde. Todas pertenecían al periodo 1500-1550. Tengo entendido que no había en ellas demasiado que llamara la atención de nuestro especialistas, aunque las cartas datadas en torno a la fecha de la Reforma luterana en el país, 1536, resultaron interesantes. Sin embargo, la carta desaparecida no era una de ellas.

-¿Cuàl era el tema de la carta? –preguntò Gunnar, aùn ignorante de su papel en el asunto.

-Naturalmente, no sè exactamente lo que decía la carta que ha desaparecido; pero recuerdo que era del año 1510 y estaba escrita por Stefàn Jònsson, obispo de Skàlholt por entonces, a un sacerdote del obispado de Roskilde. Es la información que pude obtener del inventario que acompañaba a la colección cuando llegó aquí. Es así como descubrí, en realidad, que la carta había desaparecido; utilicè el inventario para comprobar si todo estaba bien empaquetado para proceder a la devolución de los documentos a Dinamarca.

-¿No puede ser que nunca llegara aquí... que hubiera faltado desde el principio? –preguntò Gunnar.

-Descartado –fue la respuesta-. Yo estaba presente cuando se recibió la colección el año pasado, y se comprobò cuidadosamente con el inventario que la acompañaba. Todo se encontraba en correcto orden, todo estaba en su sitio.

-¿No será que la carta se ha prestado a alguien de algún otro sitio? –preguntò Gunnar-. ¿No puede ser que se haya mezclado con otros documentos por error?

-Pues mira –respondió Maria-, si no hubiera habido otras cosas màs, habría sido una posibilidad, efectivamente. –Callò un momento y siguió con énfasis-: Cuando descubrí la desaparición fui inmediatamente al ordenador a ver la carta; supongo que sabràs que escaneamos todos los documentos, sin excepción, que caen en nuestras manos, nos pertenezcan a nosotros o los recibamos en préstamo. –Gunnar asintió y Maria continuò-. Imagínate... habían borrado el archivo... única y exclusivamente esta carta.

Gunnar reflexionò un instante.

-Espera un momento. ¿No querrà eso decir que la carta no estaba incluida en el envìo? ¿No se escanearon las cartas nada màs recibirlas?

-Pues sì, se hizo al dìa siguiente. Pero la carta sì que estaba y se escaneò. Lo veo por el número que utilizamos para identificar los ficheros electrónicos. La colección recibe un determinado número de identificación y cada documento recibe además números correlativos que se ubican en el fichero según su antigüedad: el màs antiguo va el primero. –Se pasò otra vez los dedos por el pelo-. Falta el número de serie asignado a esta carta.

-¿Y què pasa con el archivo de seguridad de la red? Siempre nos están machacando con la seguridad frente a los accidentes informáticos. ¿No puedes encontrar el fichero en uno de esos archivos de seguridad?

Maria sonriò con desgana.

-Acabo de comprobarlo. Según el director de nuestra red, este archivo no se puede encontrar ni en los ficheros de seguridad de ningún dìa de la semana ni en el del último mes. Dice que hace como una semana han sobrescrito el archivo semanal, pues existe un archivo de seguridad especial del lunes, otro del martes y así sucesivamente. En esos ficheros provisionales nunca hay archivos de màs de una semana. Lo mismo sucede con las copias mensuales, también se sobrescriben, tenemos copias de un mes de antigüedad. De moso que este archivo se borrò hace màs de un mes. En realidad, en la base de datos del instituto se conservan las copias de seis meses. Aùn no he ordenado que la busquen allí, porque hasta ahora no tenía claro lo serio que es en realidad este asunto.

Aùn no me has dicho què tengo yo que ver con todo esto. –Fue lo único que se le ocurrió decir a Gunnar. Ordenadores y redes informáticas no se contaban precisamente entre sus entretenimientos favoritos.

-Naturalmente, he comprobado quiènes trabajaron con esta colección. Como sabes, todo està registrado y archivado. De acuerdo con estos datos, la última persona que tuvo acceso a ella fue un estudiante de tu departamento. –El gesto de Maria se tornò màs sombrìo-. Harald Guntlieb.

Gunnar se llevó una mano a la frente y cerrò los ojos. ¿Y ahora què? ¿Nunca iba a acabar aquello? Respirò profundamente y se esforzó por hablar despacio y con calma, sin perder el control de su voz.

-Tiene que haber habido otros màs que estudiaran la colección. ¿Còmo puedes estar tan segura de que fue Harald quien se llevó la carta y no cualquier otro antes que èl? Aquí trabajan ahora quince personas a tiempo completo, además de varios visitantes y estudiantes que están investigando.

-Oh, estoy segura –dijo Maria con voz firme-. Quien examinò la colección antes que èl fui yo misma, y cuando trabajè con ella estaba todo. Además, metieron otro papel en la funda que alojaba la carta, para no dejarla vacía. Aquello llamò la atención inmediatamente. Ese papel despeja cualquier duda. –Cogiò una funda que había sobre la mesa y se la pasò a Gunnar con un rápido movimiento de la mano, que dejaba patente su irritación por el cariz que estaba tomando el asunto-. Espero que te des cuenta de que los estudiantes de la facultad de historia tienen acceso a nuestras propiedades, manuscritos y documentos, bajo la responsabilidad de la facultad. Tù, como decano, no puedes eludir esa responsabilidad. El instituto no puede permitirse el lujo de consentir que anden diciendo que perdemos valiosos documentos antiguos. Nuestro trabajo se basa en buena medida en la cooperación con otros institutos semejantes de los países nórdicos, y no me puedo ni imaginar que esa cooperación naufrage por la falta de honradez de vuestros alumnos.

Gunnar tragò saliva y mirò el papel que Maria le había entregado. Nada habría deseado tanto como poner el grito en el cielo y salir de allí como una exhalación. Era una impresión de la lista de alumnos con indicación de sus especialidades, y el nombre de Harald Guntlieb aparecía marcado claramente en lo màs alto de la página. Gunnar dejó el papel sobre sus rodillas.



-Si Harald ha robado la carta y la ha sustituido por este papel, es el peor ladròn de nuestra època. Tenía que suponer que esto lo acusarìa. –Gunnar levantò el papel y lo enarbolò.

Maria se encogió de hombros.

-¿Còmo voy a saber lo que pensaba? A lo mejor tenía intención de devolverlo. Tù sabes mejor que nadie lo que se lo impidió... accedió a la colección de documentos sòlo un mes antes de salir del armario y caérsete encima. Sin duda vio por el archivo de la pantalla que nadie había tocado la colección en dos meses. Todos los que la necesitaban habían acabado de estudiarla de cabo a rabo. Calculò correctamente que tendría tiempo de sobra antes de que se descubriera el asunto, asì que podría reponerla sin problema. Lo que pensaba hacer mientras tanto con el documento no puedo ni imaginármelo. Pero digamos que no tuvo tiempo de devolverla. No consigo imaginar otra explicación para este suceso.

-¿Y què quieres que haga yo? –preguntò Gunnar con la voz desmayada.

-¿Que hagas? –dijo Maria destemplada-. No he recurrido a ti en busca de apoyo moral. Quiero que encuentres el documento –agitò las manos-. Busca en su puesto de lectura y en otros sitios donde pueda haber dejado el documento para ocultarlo. Tù sabes mejor que yo dònnde buscar. Era alumno tuyo.

Gunnar apretò los dientes. Maldijo el día en que concedieron el ingreso en el departamento a Harald Guntlieb, y recordò que èl había sido el único en oponerse a su visita de estudios. Había tenido de inmediato una sensación fastidiosa, en especial cuando vio el tema de su tesina, que trataba de la persecución de las brujas en Alemania. Enseguida supo que aquel joven no traerìa nada bueno. La democracia triunfò, sin embargo, y allí estaba èl, ahora, con todos los horrores que había causado aquel joven.

-¿Quiènes están informados de esto?

-Yo. Tù. No he informado a nadie màs, excepto al encargado de la red, y èl no conoce toda la historia. Cree que se trata sòlo de un problema de ordenadores –vacilò un instante-. También preguntè a Bogi; èl trabajò con la colección nada màs llegar aquí e intentè someterle al tercer grado. Tiene una vaga idea de que no todo va como debería. No creo que piense que la carta estè en paradero desconocido, no dejè traslucir mis sospechas de que la habían robado.

Bogi era uno de los especialistas fijos del instituto. Era un hombre reposado, y Gunnar consideraba poco probable que airease el asunto.

-¿Cuàndo tiene que estar la colección de vuelta en Dinamarca? ¿Qué plazo tengo para encontrar la carta?

-Puedo tapar el asunto como mucho una semana. Si la carta no ha aparecido hasta entonces, no tendrè otro remedio que informar de su desaparición. Me temo que tu nombre tendrá que aparecer màs de una vez. Harè todo lo que estè en mi mano para que la culpa la tengáis vosotros, y no nosotros. Un pajarito me contò que no sería la primera vez que desaparecen documentos y que se habla de tu facultad. –Le mirò interrogante.

Gunnar se puso en pie con las mejillas rojas.

-Comprendo. –No se atrevìa a decir nada màs, una vez llegados a este punto, pero al alcanzar la puerta se volvió para preguntar la única cosa que le estaba quemando... aunque lo que màs deseaba era salir enfurecido, dando un tremendo portazo-. ¿Tienes idea de què decía esa carta? Dices que has estudiado la colección, alguien tiene que recordarlo.

Maria sacudió la cabeza.

Bogi se acordaba muy vagamente. En realidad, estaba trabajando en una investigación referente a la fundación del obispado de Selandia y su influencia en la historia clásica de Islandia. Eso sucedió bastante después de la fecha de la carta en cuestión, de modo que no la estudiò con detenimiento. Sì que recordaba

que no era muy comprensible, algo sobre el infierno, la peste y la muerte de un emisario. Fue lo único que conseguí sacarle sin que sospechara por dònde iban las cosas.

-Estarè en contacto –dijo Gunnar al despedirse. Salió y cerrò la puerta tras de sì sin esperar al saludo de despedida de Maria.

Una cosa estaba clara. Tenía que encontrar aquella carta.

## CAPÍTULO NUEVE

---

Pòra fue girando lentamente en redondo sobre el reluciente parquè del inmenso salòn. Estaba decorado en el estilo minimalista que ahora se consideraba el màs refinado. Los pocos muebles que había dejaban ver que habían costado un buen pico. Dos sofàs negros de cuero, grandes y de depurado estilo, estaban colocados en el centro del salòn; eran bastante màs bajos que los sofàs a los que Pòra estaba acostumbrada. Le entraron unos deseos tremendos de sentarse en uno de ellos, pero no quería que Matthew viese lo atractivos que le resultaban. Entre los dos había una mesa màs baja que los sofàs, que a Pòra le parecía imposible que tuviera patas: era màs bien como si la mesa descansara directamente en el suelo. Buscò objetos de decoración y lo único que pudo descubrir fue lo que había en las paredes. Aparte de una gran pantalla plana en una de ellas, había obras de arte, todas ellas de siglos de antigüedad. Había además varios objetos antiguos, entre otras cosas un viejo mamotreto de silla de madera que Pòra imaginò autèntica, no de imitación. Empezó a pensar si Harald habría tenido algo que ver personalmente en la decoración, o si había sido un decorador de interiores quien se había encargado de todo. Combinar cosas tan antiguas con otras tan modernas convertía el espacio en algo de lo màs infrecuente y le daba un toque personal.

-¿Què le parece? –preguntò Matthew despreocupadamente. El tono daba a entender que, a diferencia de Pòra, èl estaba acostumbrado a la opulencia.

-Es un apartamento realmente esplèndido –respondiò, y fue hacia una de las paredes pintadas de blanco para contemplar una plancha de cobre enmarcada, que parecía muy antigua. Mirò detenidamente la imagen y al momento dio un paso atrás: ¿Pero, què es este horror? –La plancha estaba repleta de figuras, y el artista había tenido que esforzarse para poder meter en aquel cuadro sin colores a toda aquella gente, especialmente varones, ordenadamente distribuidos por parejas, en las que uno se dedicaba a torturar al otro o a castigarlo de una u otra forma.

Matthew fue hasta ella y mirò el grabado.

-Ah, ya. –Hizo una mueca y continuò: Esto es una plancha de cobre que Harald heredò de su abuelo. Es alemana y muestra còmo eran las cosas en Alemania hacia 1600, cuando estaban en su apogeo las persecuciones por motivos religiosos. Como puede ver, no se andaban con chiquitas. –Matthew se dio la vuelta y se alejó de la plancha-. Lo que la convierte en algo especial es que procede de la misma época y no es una interpretación, por así decir, posterior a los hechos representados. Esas otras representaciones suelen ser menos realistas y màs exageradas. Claro que quizá esta plancha es un poco de ese estilo.

-¿Màs exageradas? –preguntò Pòra, asombrada. ¿Què podía haber màs exagerado que aquello?

-Sì, ya, bueno –respondiò Matthew encogiéndose de hombros-. A base de trabajar para la familia Guntlieb, he llegado a conocer esa época como si me fuera algo en ella; èsta de aquí no es, ni de lejos, una de las piezas màs tremendas de la colección. –Sonriò fríamente-. En comparación con las peores, èsta podría ponerse de adorno en el cuarto de los niños.

-Mi hija tiene en la pared un póster de Minnie –dijo Pòra, y se acercò al siguiente cuadro-. Puede estar seguro de que un cuadro como èse no colgarà nunca de una pared en su cuarto, ni en ninguna parte de mi casa.

-No, no es para todos los públicos –respondiò Matthew, y siguió a Pòra hasta el cuadro que representaba a un hombre al que estaban desarticulando sobre un potro, delante de unos hombres encapuchados. Èstos estaban sentados en un apretado grupo observando con cara de suficiencia a dos verdugos que hacían girar, aparentemente sin gran esfuerzo, una rueda sujeta al potro. La intención era, evidentemente, tensar los miembros del hombre para hacerle sufrir cada vez màs. Matthew señaló el centro del grabado-. Èste muestra las torturas que se aplicaban en las investigaciones judiciales, y procede también de Alemania. Para ellos tenía gran importancia obtener confesiones, como puede ver. –Mirò a Pòra-. Seguramente será interesante para usted, como abogada que es, comprender las raíces de la tortura, pues sus principios en Europa pueden considerarse parte del sistema judicial, bueno, hablando en sentido amplio.

Pòra se preparò para otra ofensa a su profesión: había tenido que acostumbrarse a que la trataran así desde que empezó la carrera de Derecho.

-Sì, faltarìa màs... los abogados somos los únicos responsables de todo esto.

-No, de veras –respondiò Matthew-. En la Edad Media el poder de acusar estaba en manos de los individuos. De forma que quien se consideraba ofendido o perjudicado injustamente por la conducta criminal de alguien tenía que realizar la acusación por sì mismo y ejercer de acusador en el caso. Los procesos judiciales eran casi de broma. Si el acusado no confesaba sin màs ante el tribunal o si no había algo que demostrara claramente su culpabilidad, el veredicto de culpabilidad se dejaba en manos de Dios. Se sometía al acusado a una serie de pruebas, como hacerle caminar sobre carbones encendidos, arrojarle al agua atado de pies y manos, o cosas por el estilo. Si, digamos, sus heridas se habían curado en cierto plazo, o si se hundía en el agua, se le consideraba inocente. En ese caso, quien le había acusado se encontraba en una situación màs bien funesta, porque el juicio se volvía entonces en su contra. Como se puede comprender, la gente era màs bien reacia a acusar al prójimo, pues al hacerlo corrían el riesgo de que el caso se volviera contra ellos. –Matthew señaló al hombre torturado en el potro-. Este sistema se modificò cuando las autoridades y los eclesiásticos se dieron cuenta de que por este procedimiento los crímenes, fuese en el campo terrenal o en el espiritual, aumentaban de forma exorbitante a causa de la incapacidad de los tribunales. A fin de reducir el número de delitos recurrieron a las leyes romanas, donde tanto el sistema de acusación como la realización del proceso estaban organizados de forma completamente distinta. Se centraban en la investigación, que se denominaba instrucción, nombre que seguimos dándole. Fue la Iglesia la que inaugurò el nuevo sistema, y a remolque de ella lo hicieron también los tribunales laicos, y la persona afectada por el delito dejó de tener que ser el que realizaba la acusación y llevaba el caso a los tribunales. –Matthew sonriò a Pòra-. Ergo... los abogados.

Pòra le devolvió la sonrisa.

-Hace ya demasiado tiempo para echarle la culpa de esas barbaridades a la justicia. –Ahora le tocaba a ella señalar al pobre hombre tendido en el potro-. Pero tampoco veo muy clara la relación entre la instrucción y las torturas, perdóneme.

-Ya –respondiò Matthew-. Por desgracia fue culpa del nuevo sistema. Para poder declarar culpable a alguien era preciso disponer de dos testigos del delito, o bien conseguir una confesión del acusado. Para algunos delitos, como la herejía, era difícil encontrar testigos incuestionables, de modo que todo dependía de la confesión. Èsta la tenían que obtener los jueces, y lo mejor era usar la tortura. A eso se llamaba instrucción de sumario.

-Repugnante –dijo Pòra, que dio la espalda al grabado y mirò a Matthew-. ¿Y còmo sabe usted todo eso?

-El abuelo de Harald era increíblemente versado en ese periodo y su pasión le hacía hablar de èl sin parar. Era muy entretenido oírle, pero en comparación con el viejo, yo no tengo màs que un conocimiento superficial de estas cosas.

-Ya veo –dijo Pòra-. ¿Todos estos grabados los ha visto antes?

Matthew recorrió con los ojos las paredes.

-La mayoría, creo. En realidad, esto no es màs que una fracción de los grabados y otras cosas pertenecientes a la colección. Es obvio que Harald sòlo se llevó una parte. Su abuelo dedicò una buena parte de su vida a coleccionar todas esas cosas, por no hablar del dinero que gastò en ellas. Diría que debe de tratarse de una de las colecciones màs importantes del mundo sobre la tortura y las persecuciones a lo largo de los siglos. En ella se encuentra un conjunto casi completo de las ediciones del Malleus Maleficarum.

Pòra mirò alrededor.

-¿Y toda la colección era para colgar de las paredes del salòn?

-¡Què va, usted està loca! –respondió Matthew-. Los libros y otros documentos, cartas y demás, están guardados en una caja fuerte del banco, porque son muy valiosos. Además, en casa de la familia Guntlieb hay dos salas especiales que albergan la parte expuesta de la colección. Parte de lo que ve aquí procede de ellas. Supongo que no les importará demasiado perder de vista una sección de las piezas. Harald era el único descendiente que compartía el interés de su abuelo por estas cosas. Sin duda alguna, èse fue el motivo por el que su abuelo le legò la colección.

-¿Y Harald podía llevársela de un país a otro según le pareciese? –preguntò Pòra.

Matthew sonrió.

-Pues yo diría que, en realidad, se la habría llevado consigo aunque no la hubiese heredado. Supongo que para los padres de Harald ha sido un auténtico alivio librar su casa de estas cosas, aunque sòlo fuera una parte de la colección.

Pòra asintió.

-¿Esta silla es de la colección? –Señalò la vieja silla de madera colocada en la esquina del salòn.

-Sí –respondió Matthew-, es una silla de inmersión, utilizada para sumergir a la gente en agua. Es un buen ejemplo de la tortura de castigo, que es completamente diferente a las torturas que se practicaban durante la instrucción legal. Procede de Inglaterra.

Pòra fue hacia la silla y pasò los dedos por los relieves de su respaldo. No podía leer la inscripción, pues las letras estaban casi borradas, además no conocía la caligrafía. En el asiento de la silla había un gran agujero, y en los brazos había argollas y cintas de cuero retorcido que evidentemente tenían la función de amarrar las manos de quien estuviera sentado en ella.

-El agujero es para hacer pasar agua por èl, de modo que la silla se hundiese bien a fin de llevar a la gente al borde de la asfixia. Estaba pensado para hacerlo de manera discontinua, pero a veces acababa con la muerte por ahogamiento de la persona que ocupaba la silla, por un descuido de los encargados de la inmersión.

-Es magnífico no haber vivido en aquella época –dijo Pòra, soltando la silla. Había llegado a un punto en que le resultaba cada vez màs difícil callar cuando algo la afectaba íntimamente.

-Èste es uno de los mejores instrumentos de la colección –dijo Matthew-. La creatividad de los que inventaron estos instrumentos es incomparable. El ansia de torturar dio rienda suelta a su imaginación.

-Prefiero salir de este salòn tan coqueto; creo que deberíamos continuar.

Matthew se mostrò de acuerdo.

-Vamos, le enseñaré otra habitación. En realidad no son mucho mejores, en lo que respecta a estas cosas. Pero la cocina está libre de todo esto, empecemos por allí.

Fueron a la cocina, a la que se accedía desde el vestíbulo. No era tan enorme, pero contaba con los electrodomésticos más modernos. En los estantes había filas y filas de botellas de vino.

Pòra empezó a dudar de que Matthew conociese mucha "gente normal". Su propia cocina era el yin, si ésta era el yang. Había una gran cocina de gas, un enorme mostrador de acero, un lavaplatos, un fregadero al estilo de los que tienen las cocinas de los barcos, cubetas para enfriar vino y un frigorífico doble, de los más grandes.

-Siempre he querido tener una nevera así.

-¿Y por qué no se compra un refrigerador de estos? –preguntó Matthew.

Pòra se giró hacia él, volviéndose de espaldas al refrigerador.

-Por la misma razón por la que no me he comprado otras cosas caras que me apetecen. Porque no tengo para estas cosas. Aunque a usted le resulte difícil imaginarlo, resulta que en algunas casas el dinero no sobra, precisamente.

Matthew se encogió de hombros.

-Un refrigerador no es precisamente un capricho.

Pòra prefirió no responder. Fue hacia el armario y miró el interior. En uno de los estantes inferiores se veía un conjunto de cacerolas de acero con tapaderas de cristal, tan deslumbrantemente limpias que dudó que se hubieran utilizado alguna vez.

-Parece que Harald no guisaba mucho, a pesar de tener una cocina tan espléndida –dijo, cerrando el armario. Se despezó.

-Pues no, si le conozco bien, yo diría que se habrá dedicado a comprar comida preparada, o a comer fuera.

-Eso indican los extractos de su tarjeta de crédito. –Miró a su alrededor y no vio nada que pudiera proporcionarles información alguna. Además, la puerta de la nevera estaba vacía: no había imanes ni tampoco, en consecuencia, notas. El frigorífico de su casa se utilizaba como una especie de central de comunicaciones del hogar. Casi ni recordaba de qué color era: estaba todo cubierto de horarios de clase, tarjetas de invitación y otras cosas parecidas.

-¿Echamos un vistazo al resto? –preguntó Pòra, que ya se había cansado de la cocina-. Dudo que encontremos aquí nada que pueda servirnos de ayuda.

-A menos que alguien le haya matado para quitarle el refrigerador –dijo Matthew, y añadió en tono de broma-: ¿Dónde estaba usted la noche en la que se perpetró el asesinato?

Pòra se limitó a sonreírle irónica.

-En el extracto de la tarjeta de crédito había varios cargos menores de una tienda de animales de compañía... ¿Harald tenía alguna mascota?

Matthew sacudió la cabeza, extrañado.

-No, aquí no había animales ni nada que pudiese indicar que los hubiera habido.

-Pues estaba segura de que había estado comprando cosas para su mascota. –Pòra miró en los armarios de la cocina en busca de comida para gatos y otros alimentos para animales. Nada.

-Telefónelos –propuso Matthew-. A lo mejor ellos lo recuerdan... ¿quién sabe?

Eso hizo ella. Buscó el número de la tienda, telefoneó, habló con el empleado y colgó.

-Qué raro –le dijo a Matthew-. Le recuerdan, aseguran que compró varios hámsteres varias veces. ¿Está usted seguro de que no había jaulas de hámster por aquí?

-Sin ningún género de duda –respondió Matthew.

-Què raro –dijo Pòra-. El chico con el que he hablado me ha contado también que Harald había intentado comprarles un cuervo.

-¿Un cuervo? –exclamò Matthew, escandalizado-. ¿Para què?

-El chico no tenía ni idea. No venden cuervos, de modo que el asunto no fue a màs. Pero le había parecido extraño, y por eso se acordaba de Harald.

-No me extrañaría que Harald considerase ese pájaro como alguna clase de símbolo de las estupideces esas de la magia –dijo Matthew.

-Quizà –respondiò Pòra-. Pero difícilmente podría decirse lo mismo de los hámsteres.

Abandonaron la cocina y entraron en el pasillo al que se abrían las demás habitaciones del piso. Matthew abrió el cuarto de baño, y Pòra mirò dentro: no parecía albergar ningún secreto. Igual que la cocina, estaba puesto a la última moda, y era de estilo refinado, pero por lo demás no había nada interesante. Entraron en el dormitorio de Harald, que resultò ser mucho màs interesante.

-¿Ha intervenido alguien aquí, o es que èl siempre era así de pulcro? –preguntò Pòra, señalando la cama, perfectamente hecha. Èsta era tan anormalmente baja como el sofà.

Matthew se sentò a los pies de la cama. Sus rodillas le llegaron a la barbilla. Acomodò las piernas y las dejó extendidas delante de èl.

-Tenía una asistenta que lo ordenò todo el fin de semana que fue asesinado, para gran disgusto de la policía. Naturalmente, en aquellos momentos ella no tenía ni idea del asesinato, como nos pasaba a todos. Hablè con ella, y contaba maravillas de Harald. Aunque, a decir verdad, señaló que pocas mujeres de la empresa para la que trabaja quisieron encargarse de este piso.

-Pues no me lo explico –dijo Pòra con ironía, señalando con un leve movimiento de la mano los cuadros colgados en las paredes. Eran del mismo tipo que los del salòn, aunque èstos eran sobre todo mujeres a las que estaban sometiendo a tortura, o castigos, o ejecutando. La mayor parte estaban desnudas de cintura para arriba, otras por completo-. Esto es como cualquier dormitorio de un hombre normal.

-Quizà sòlo ha tenido usted relaciones con hombres equivocados –se apresurò a responder Matthew con una sonrisa.

-Estaba bromeando –respondiò Pòra-. Naturalmente que nunca he estado en un dormitorio tan peculiar como èste. –Fue hacia una gran pantalla fija en la pared, delante de la cama-. Me intriga saber què cosas pondría –dijo inclinándose sobre el reproductor de DVD que estaba colocado en una cómoda debajo de la pantalla. Lo encendió, apretò el botón de extracción de disco y el cargador salió vacío.

-Yo saquè el disco –dijo Matthew, que había seguido desde la cama lo que estaba haciendo Pòra.

-¿Y què había estado viendo? –preguntò Pòra, volviéndose hacia Matthew.

-El Rey Leòn –respondiò Matthew sin el màs mínimo gesto y se puso de pie-. Venga, le enseñaré el despacho. Es allí donde tendremos màs oportunidades de encontrar algo que pueda ayudarnos.

Pòra se incorporò y le siguió, pero decidió probar suerte y mirar la mesilla de noche de Harald. Abrió el único cajòn. Estaba repleto de frascos y tarros de crema que se habían utilizado obviamente para cuidados personales, así como un paquete de preservativos abierto, en el que faltaban varios condones. “Había mujeres a las que no les molesta la decoración de las paredes”, pensó Pòra. Cerrò el cajòn y siguió a Matthew.

## CAPÍTULO DIEZ

---

Laura Amaming mirò el reloj. Eran las tres menos cuarto: tenía tiempo de sobra para acabar sus tareas y llegar puntualmente, a las cuatro. Tras llevar un año viviendo en Islandia, por fin había accedido, el otoño pasado, a matricularse en un curso de islandés para extranjeros. Le horrorizaba llegar tarde. Le venía estupendamente que las clases fueran en el edificio central de la universidad, a un tiro de piedra de Àrnagarður, donde trabajaba. Le habría resultado prácticamente imposible asistir a clases en cualquier otro sitio: no terminaba de trabajar hasta media hora antes de empezar la clase, y no tenía coche para desplazarse de un sitio a otro.

Laura metió la bayeta en la pila y quitò buena parte de la suciedad bajo el grifo de agua caliente. Murmurò de labios para adentro “caliente” y “frío” en islandés y maldijo mentalmente la difícil pronunciación.

Enjuagò la bayeta y la metió en el barreño lleno de lejía para los trapos sucios. Se estirò para alcanzar el limpiacristales y tres paños limpios para secar. Ese día tenía que limpiar todas las ventanas del interior del ala norte del segundo piso, y no se podía hacer con una sola bayeta. Salió de la habitación y subió al segundo piso.

Tuvo suerte: los tres primeros despachos estaban vacíos. Se limpiaba mucho mejor cuando no había nadie presente. Sobre todo cuando se trataba de limpiar ventanas, porque tenía que encaramarse a una silla o cualquier otro mueble para llegar a la parte de arriba. Le resultaba incomodísimo hacerlo con espectadores con los que no podía charlar. Sería más fácil cuando pudiese manejarse ya en el idioma. En Filipinas siempre era decidida y hasta atrevida. Aquí nunca conseguiría manejarse a gusto excepto entre sus compatriotas... en el trabajo solía sentirse, en realidad, como un objeto más que como una persona; la gente hablaba y se comportaba como si ella no estuviese. Todos menos el supervisor de limpiezas, el señor Triggvi. Aquel hombre se comportaba siempre con una cortesía exquisita, hacía todo lo que estaba en su mano para relacionarse con Laura y sus compañeras, aunque la mayoría de las veces no llegaba más allá de unos gestos que no había forma de desentrañar. Pero tampoco parecía que el hombre se partiese de risa cuando ellas intentaban adivinar qué podía estar intentando decir. Era un tipo estupendo, y Laura esperaba con alegría el momento en que pudiese decirle algo en su propia lengua, dentro de poco. Pero una cosa sí que era indudable: jamás podría pronunciar su nombre, aunque se apuntase a todas las clases de lengua islandesa que se ofrecían. Decía en voz baja “Triggvi” y acababa sonriendo por lo que salía.

Laura fue hacia el cuarto despacho. Era una estancia grande que pertenecía a los estudiantes y se utilizaba como una especie de club social. Dio un golpecito en la puerta y entrò. En el destartalado sofá de la sala estaba sentada una chica que Laura reconoció como miembro del grupo de amigos del estudiante asesinado. Era fácil, en realidad, reconocer a aquellos jóvenes, siempre parecían nubes de tormenta, tanto por sus gestos como por sus ropas. La chica pelirroja estaba ensimismada en una conversación por teléfono móvil, y aunque hablaba en voz baja, resultaba evidente que el tema de conversación no era nada divertido. La muchacha mirò disgustada a Laura y se puso la mano delante de la boca y la parte inferior del teléfono, como para asegurarse de que Laura no la oyera. Se despidió de su interlocutor, metió el teléfono en una funda protectora de color de camuflaje, se puso en pie y se fue, pasando ensimismada al lado de Laura. Èsta intentò sonreírle, y se esforzó enormemente en decirle adiós cuando salía. La chica se dio la vuelta en el umbral, asombrada por la despedida, y dijo entre dientes algo incomprensible antes de salir y cerrar la puerta. “Làstima”, pensó Laura. Era una chica muy maja, se podía decir incluso que guapa, si hiciese el más mínimo esfuerzo de mejorar su aspecto, si se quitase aquellos espantosos aros de las orejas y sonriese aunque sólo fuera de vez en cuando. Bueno, y qué, las ventanas esperaban y el tiempo

pasaba. Laura se puso manos a la obra. Echò limpiacristales sobre el primer panel de la ventana y pasò el paño en repetidos círculos sobre el cristal. No había demasiada suciedad como para tener que utilizar un método más enérgico. Aquellas ventanas casi siempre tenían las cortinas echadas, y por eso no caía nada sobre los cristales. Fue limpiando las ventanas una tras otra, pero cuando estaba a punto de terminar con la última, se percatò de la primera suciedad seria. En realidad no estaba en el cristal mismo, sino que era una manchita marròn al lado de la manija de acero que servìa para abrir la ventana.

La mujer volvió a sacar el paño sucio que acababa de meterse en el bolsillo de la bata. No era necesario enguarrar el paño que tenía en la mano en esos momentos; àun estaba immaculado. Esparció el líquido sobre la manija y pasò el paño por èsta y por debajo. Evidentemente las limpiadoras más jóvenes pasaban de limpiar los lugares que no estaban a la vista, y Laura vio que aquella porquerìa, fuera lo que fuese, estaba metida también por debajo del acero. Se alegrò de haberle echado la vista encima a aquello; sòlo faltaría que alguno de aquellos sucios estudiantes que usaban la sala abriese la ventana, notase el acero manchado y fuera a quejarse inmediatamente por lo mal que limpiaban la estancia.

Laura refunfuñò por la conducta de los que utilizaban aquel sitio: la manija no era sino un ejemplo más del comportamiento de aquellos guarros. Pero, ¿quién podía tener las manos tan sucias? Fuese lo que fuese aquello, se quitaba como si nada, y Laura pasò la bayeta por otros sitios, simplemente por cubrir el expediente. Mirò satisfecha el acero limpio: sintió como si acabara de obtener una pequeña victoria sobre Gunnar. Cuando estaba a punto de volver a meterse el paño en el bolsillo, vio con claridad la mancha que se había formado dentro. Era de color rojo oscuro. El color parduzco se había diluido en el paño. Aquello era sangre, no cabía duda alguna. ¿Pero còmo había llegado hasta la manija? Laura no recordaba haber visto sangre en el suelo; quien hubiera agarrado la manija tenía que haber sangrado en algún otro sitio. Pensò si aquello podía tener alguna relación con el asesinato, pero le pareció poco probable. Las ventanas se habían limpiado varias veces desde entonces. Le apremiò una idea. No recordaba haber limpiado aquellas ventanas ella misma, lo que quería decir que lo había hecho alguna otra persona. Intentò quitarse la idea de la cabeza: ¿no habían limpiado aquella ala este después del asesinato? Claro que sí, què ocurrencias. Naturalmente que lo habían hecho: la policía, encima, había interrogado a una de las chicas más jóvenes, esa Gloria que hacía los turnos del fin de semana.

¿Pero què estupidez estaba haciendo? No le faltaba más que intentar explicar aquella ocurrencia en islandés. Para eso no bastaba con decir frìo y caliente. Además podía verse en problemas con las autoridades, simplemente por haber quitado aquello de la manija, eliminando las posibles huellas dactilares del asesino. También podía meterse en líos si intentaba hacer una montaña de cualquier cosa que pudiese tener una explicación sencilla. Aquello era un completo absurdo. Recordaba perfectamente la que montò Gloria con el interrogatorio al que la sometieron: hasta soltò unas cuantas làgrimas al contarles lo dura que había sido la policía con ella. En aquel momento, Laura pensò que las làgrimas habían sido más bien de cocodrilo, pero ahora ya no estaba tan segura. Repasò el suelo con la vista en busca de sangre. Si la encontraba, el asunto quedarìa resuelto, porque ella en persona había fregado aquel local varias veces después de cometerse el asesinato. Así que habría tenido que tratarse de algo muy reciente, que tendría su explicación natural.

En el suelo no había nada de sangre, ni siquiera entre las rendijas entre las tablas. Laura se mordió el labio inferior, pensativa. Se animò a sí misma. La policía ya había detenido al asesino. Aquello no tenía la menor importancia. Si la sangre tenía alguna relación con el asesinato, no sería una prueba más en contra del culpable. Laura respirò hondo. Pensò en los periódicos que le solían mostrar con grandes aspavientos al llegar de Filipinas; traían entrevistas con una persona, su hijo o su hija, así como fotos suyas, en las que contaban las cosas más increíbles, como si tuviesen la necesidad urgente de decirlas a los cuatro vientos. Laura no podía verse a sí misma con la manija de la ventana al lado de su mejilla, en la foto, en uno de esos



periódicos. No, aquello no era màs que una locura y una tontería por su parte: alguno de los estudiantes había sangrado por la nariz, se mareò y quiso respirar un poco de aire fresco. Laura respirò tranquila durante un minuto, hasta que recordò a sus propios hijos cuando sangraban por la nariz. Se iban enseguida al baño... no a abrir una ventana.

Da igual. No había nada que indicase que el asesino del estudiante alemán hubiera intentado abrir la ventana, sino simplemente que alguno que no tenía nada que hacer con aquello se había hecho una herida y había decidido buscar aire fresco. Laura cogió el paño y decidió comprobar si había sangre entre las tablas del suelo: además, si en aquel lugar había habido una agresión, se podía pensar que, por mucho que limpiasen, algo habría tenido que quedar, sucede siempre. Quien no tiene costumbre de limpiar se daría cuenta demasiado tarde. Se santiguò y decidió que si no aparecía màs sangre en el paño, aquello sería una prueba màs de que no tenía que sacar las cosas de quicio. Claro que tenía intención de contárselo a la policía, aunque aquello significara incordiar al bueno de Triggvi. Laura se arrodillò y fue avanzando junto a las paredes de la sala. Nada. El paño salía siempre limpio de debajo de las tablas, aparte de pelusas y otras suciedades corrientes. Se sintió mejor y se puso en pie. Menuda tontería... naturalmente que había alguna explicación natural para aquella sangre. Que le hubiese podido pasar por la cabeza una cosa como aquèlla tenía que ver, sin duda, con el shock que sufrió cuando descubrieron el cadáver... aquel cadáver ultrajado y horroroso. Volvió a santiguarse.

Cuando iba a salir de la habitación, los ojos se le quedaron fijos en el umbral. La rendija allí era mayor que entre las tablas del suelo, y Laura se inclinò para pasar el paño por ella. Se atascò en algo. Se agachò para ver cuál era el obstáculo. Había algo brillante, de color plateado, y buscò algo para sacarlo de allí debajo. Vio una regla sobre una de las mesas y la cogió. Luego intentò empujar aquella cosita y lo consiguió finalmente, tras varios intentos. La sacò y se puso en pie. Era una estrellita de acero, del tamaño de la uña del dedo meñique. Se la puso en la palma de la mano y la estudiò. La estrella le resultaba familiar, pero no podía recordar exactamente. ¿Dònde la había visto antes? No disponía de mucho tiempo para eso, tenía que seguir limpiando ventanas si no quería que se le hiciera demasiado tarde. Se metió la estrella en el bolsillo, decidida a entregársela a Triggvi. Quizá èl sabría de dònde era. Aquello no debía de tener ninguna relación con el asesinato... como tampoco la sangre de la manija, que sin duda debía de tener una explicación natural. ¿O no? Su dedo se movió hacia la frente. Se persignò y apartò su cabeza del recuerdo de aquel horror. Tomò la decisión de hablar de ello solamente con Gloria. La chica tendría que trabajar sin peligro los festivos y Laura también. Además, bien podría ser que supiese màs de lo que les había contado a ellos y a la policía.

Marta Mist estaba apoyada en la pared del pasillo, cabreada por lo que tardaba la limpiadora. No es que hubiese precisamente mucho que limpiar allí dentro: sacar unas cuantas latas, fregar algunas tazas y lavar manchones de líquidos. Mirò el reloj de su móvil. Maldita sea... a aquel imbécil no se le había ocurrido nada mejor que tumbarse en el sofà. Marta Mist buscò en su teléfono el número de Briet y llamò con rápidos movimientos de los dedos. Màs le valía que lo cogiera; pocas cosas sacaban tanto de quicio como imaginar que la persona a la que estaba llamando miraba la pantalla, veía que era ella quien llamaba y no contestaba. Su preocupación resultò injustificada.

-Hola –respondió Briet.

Marta Mist dejó a un lado las cortesías.

-No la encuentro –dijo enfadada-. ¿Estàs segura de que la pusiste en el cajòn?

-Shit, shit, shit –repitió Briet con desaliento en la voz-. Estoy completamente segura de que la dejè allí. Tù me viste hacerlo.

Marta Mist riò burlona.

-Olvidalo, ni siquiera sabìa que te veìa.

-La puse allí. Lo sè –respondiò Brìet recalcando las palabras. Suspirò profundamente-. ¿Què voy a decirle a Dòri? Se pondrá como una furia.

-Nada. No le dices ni una mierda.

-Pero...

-Nada de peros. No està allí, ¿y ahora què? ¿Què vas a hacer?

-Bueno... no lo sè –respondiò Brìet, derrotada.

-Es mejor para ti que sea yo quien lo sepa –dijo Marta Mist al momento-. Acabo de hablar con Andri, y èl està de acuerdo conmigo: no decimos nada, porque no se puede hacer nada. –Prefiriò no decirle a Brìet que había necesitado veinte minutos para decirle a Andri que no se lo contase a Halldòr. Añadiò con voz màs suave-: No te preocupes. Si esto tuviese alguna importancia, ya habrìa salido a la luz.

La puerta del despacho se abrió y salió la mujer de la limpieza. A juzgar por su rostro, algo grande estaba pasando en el mundo de las limpiadoras. La mueca de su boca indicaba que seguramente le habían hecho tragarse algo gordo. “Menudo lìo”, pensò Marta Mist apartándose de la pared.

-Brìet –dijo en el teléfono-. La que limpia acaba de salir. Voy a buscar mejor. Voy a buscar mejor. Luego te llamo. –Colgò sin darle a Brìet oportunidad de despedirse. Un demonio, como siempre.

## **CAPÍTULO ONCE**

---

Pòra estaba sentada en el escritorio de Harald Guntlieb repasando el contenido de los cajones. Dejó de mirar las hojas y levantò la vista, se girò hacia atrás y dirigió la mirada hacia Matthew. Èste se encontraba hundido en una butaca de un rincón del estudio, haciendo lo mismo. Habían decidido empezar mirando las cosas que se había llevado la policía en el registro de la casa y que acababan de devolver. Eran tres grandes cajas de cartón llenas de toda clase de papeles, y después de una hora de lectura, Pòra había perdido de vista el sentido de aquella ocupación. Los documentos eran de lo màs variopinto, la mayor parte estaban relacionados con los estudios de alguna forma u otra, aparte de los papeles de los bancos, extractos de tarjetas de crédito y cosas por el estilo. Como la mayor parte estaba en islandés, Matthew no podía sacar mucho de aquellos papeles y se dedicaba a separar cosas para que Pòra las estudiase màs tarde.

-Y, en realidad, ¿què estamos buscando aquí? –preguntò ella de repente.

Matthew dejó sobre la mesa el montòn de papeles que tenía en las manos y se restregò los fatigados ojos.

-En primer lugar, estamos buscando algo que pueda dirigirnos en alguna dirección, algo que se le pasara por alto a la policía. Algo que explique, por ejemplo, què fue del dinero que Harald se hizo enviar a Islandia. También podríamos toparnos con...

Pòra le interrumpió.

-Eso no me ayuda. A lo que me referìa es a que quizá podríamos conjeturar quiènes podrían estar relacionados con el crimen, o quièn podría salir beneficiado de èl. No tengo demasiada experiencia en la investigación de asesinatos, y preferirìa tener las cosas mínimamente claras antes de seguir adelante. No es que me apetezca mucho tener que volver a empezar desde el principio si después se nos ocurre alguna idea brillante.

-Ya, entiendo –dijo Matthew-. Pero no estoy del todo seguro de què responderle. No estamos buscando algo específico. Por desgracia. Quizá ni siquiera estamos buscando nada en realidad. Sòlo

estamos intentando orientarnos acerca de la vida de Harald antes de su asesinato, a fin de poder hacernos una idea de los incidentes y las circunstancias que desembocaron en este... si entretanto encontramos alg que nos indique quièn pudo ser el asesino, tanto mejor. Si le ayuda un poco a estrechar el marco, puede decirse que lo que suele llevar a la gente a cometer asesinatos son los celos, la ira, los beneficios económicos, la venganza, los ataques de locura, la defensa propia, los desòrdenes sexuales.

Pòra esperò que siguiera, pero era evidente que Matthew ya había concluido su enumeración.

-¿Nada màs? –preguntò Pòra-. Tiene que haber algo màs.

-Yo no he dicho que sea especialista en esto –respondiò Matthew, molesto-. Claro que hay màs motivos, pero èsos son los únicos que he recordado en este momento.

Pòra reflexionò sobre esas palabras antes de hablar.

-Pues muy bien, digamos que son las motivaciones màs importantes. ¿Cuàl de ellas podría tener relación con el asesinato de Harald? Por ejemplo, ¿tenìa relaciones con alguna mujer? ¿Los celos podrían tener algo que ver con el caso?

Matthew se encogió de hombros.

-Tengo entendido que era bastante promiscuo y poco amigo de compromisos. Pero claro, los celos siempre habrían podido tener algo que ver. Quizá amaba a alguien sin ver correspondido su amor. –Callò por un momento, pero al instante añadió-: En realidad, tengo entendido que cuando asesinan a alguien, las mujeres no suelen hacerlo por estrangulamiento, de manera que es improbable que se tratase de un ataque de celos.

-No –dijo Pòra, pensativa-. A menos que se trate de un crimen pasional cometido por otro hombre. ¿Harald era gay?

Matthew se encogió de hombros.

-No, estoy seguro de que no.

-¿Còmo lo sabe? –preguntò Pòra.

-Porque lo sè –respondiò Matthew. Vio el gesto de duda en el rostro de Pòra y añadió-: Es una especie de intuición: enseguida noto si un hombre es de la acera de enfrente. No sè a què se debe, pero lo huelo al instante.

Pòra decidió no decir nada màs, aunque sabia por experiencia propia que existian todas las probabilidades de que Matthew no fuera mejor que otro en adivinar las tendencias sexuales de la gente. Su ex marido creìa tener el mismo don, pero muchísimas veces Pòra pudo comprobar que se había equivocado. Cambiò de tema.

-Esto no tiene pinta alguna de ser una violación, y no se encontraron huellas de agresión sexual, de modo que podemos excluirlo.

-Con ello, el número de posibles motivaciones se reduce un poco –respondiò Matthew sonriendo tranquilo a Pòra-. Ahora ya va a estar todo clarísimo.

Ella le mirò impertèrrita.

-¿Por què cree que le mataron?

Matthew se quedó mirándola un momento antes de responder.

-Lo màs probable es que tenga que ver con el dinero. Sin embargo, no puedo librarme de la sensación de que puede existir alguna relación con sus investigaciones sobre la magia. Eso de los ojos y el signo mágico que tenía grabado en el cuerpo apuntan claramente en esa dirección. Pero no consigo imaginarme la causa, y eso me fastidia. ¿Por què cometer un asesinato por algo relacionado con la magia, o por unos sucesos que tuvieron lugar hace muchos siglos?

-¿No es bastante improbable? La policía no hallò nada que pudiese indicar que el crimen tuviera algo que ver con la brujerìa, pese a lo que hicieron con el cuerpo. Tienen que haber barajado esa

posibilidad –dijo Pòra, que se apresurò a añadir-: Y no me diga que es que son tontos; eso no es màs que una simpleza demasiado burda.

-Tiene toda la razón –dijo Matthew-. Investigaron si podía establecerse alguna relación. Creo que no llegaron a ningún indicio de que la investigación de Harald fuese màs allà del tratamiento académico del tema. Entraron aquí, vieron las cosas que había en las paredes y la conclusión que sacaron fue que Harald no era màs que un inútil medio chiflado. Para ellos, estas valiosas antigüedades eran abominaciones, lo que no està, seguramente, demasiado lejos de su propio punto de vista. –Matthew esperò una contestación de Pòra, pero como èsta no dijo nada sobre su último comentario, siguió hablando-. No encontraron nada útil hasta que se descubrió la droga en la sangre. A ojos de la policía, se trataba de un drogadicto trastornado y obsesionado con la tortura, al que se había visto por última vez en compañía de un individuo de su misma ralea. Èste no pudo presentar coartada alguna y además se había drogado hasta no saber ni quièn era. Todo eso es de lo màs razonable, realmente, aunque a mì no me basta en absoluto. Quedan demasiadas preguntas por responder.

-¿Usted cree que las investigaciones de Harald sobre brujería y quema de brujas tienen relación con el crimen? –preguntò Pòra, esperando que contestase que no. Si no tuvieran relación con el caso, podrían dejar inmediatamente de lado la mitad de todo aquello.

-Bueno, no estoy nada seguro –respondiò Matthew-. Pero tengo fuertes sospechas al respecto. Mire esto, por ejemplo. –Escarbò entre los papeles que tenía sobre las piernas y le pasó a Pòra un email impreso de Harald.

Ella leyò el correo. Por la referencia, vio que lo había enviado Harald a un tal Malcolm gruniv.uk, que estaba escrito en inglès y fechado ocho días antes del crimen.

Hola Mal,

Bueno, amigo, siéntate. FANTÀSTICO. A partir de ahora me tendràs que tratar de excelentísimo señor. Lo sabìa, lo sabìa, lo sabìa... y no es que quiera restregarte por las narices todas tus dudas. Nada de eso... Sòlo queda repasar algunos detalles nimios –es el idiota ese del demonio, que se quiere echar atrás-. En todo caso –preparate para la gran noticia- es para coger un señor pedo y màs, ya sabes a què me refiero. Sigue en contacto, cabroncete.H.

Cuando acabò de leer, Pòra mirò a Matthew.

-¿Cree que esto puede significar algo?

-Quizà –respondiò Matthew-. Quizá no.

-Bueno, siempre podemos ponernos en contacto con este tal Malcolm. No iban a contentarse con imprimir el mensaje.

-Y si sabìa algo sobre ese idiota del demonio al que alude ahì.

Pòra dejó a un lado el email.

-¿Dònde està su ordenador? Tenía que tener ordenador. –Señalò la alfombrilla del ratòn sobre el escritorio.

-Sigue en poder de la policía –respondiò Matthew-. Lo devolverán en su momento, con las demás pertenencias de Harald.

-Quizà encontremos màs emails como èste –dijo Pòra, esperanzada.

-O quizá no –respondiò Matthew sonriendo. Se puso en pie y alargò una mano hacia la estantería que colgaba encima del escritorio-. Tome, llévese esto a casa para leerlo. Es buena lectura si quiere entrar en el mundo mental de Harald. –Le dio el *Martillo de las brujas* encuadernado en tapa dura.

Pòra cogió el libro y mirò a Matthew, asombrada.

-¿Existe en tapa dura?

Èl asintió.

-Aùn se edita. Supongo que hoy en día la gente lo comprará más por curiosidad que por cualquier otro motivo. Pero mientras lo lee, no olvide que no siempre fue así.

Pòra metió el libro en el bolso. Se levantò y se desperezò.

-¿Hay algún problema si uso el cuarto de baño?

Matthew volvió a sonreír.

-Quizà. Quizá no –se apresurò a añadir-: no, creo que no habrá problema. Si la policía aparece de repente para hacer un registro más a fondo, los retendrá hasta que acabe usted.

-Muy amable de su parte. –La mujer salió al pasillo y se dirigió al baño. Tardò en llegar más de lo que había calculado, pues en las paredes del pasillo colgaban más cuadros y antigüedades que despertaron su curiosidad. En realidad, más que curiosidad propiamente dicha, lo que le producían era un escalofrío. Desde luego, no podía negarse que aquellos objetos tenían un poderoso atractivo. Era sin duda el mismo sentimiento que se le presenta a la gente cuando pasa en su coche al lado de un accidente. Los cuadros procedían evidentemente de la colección del abuelo, pues el tema era el mismo que en las pinturas del salón y el dormitorio: la muerte y el demonio.

En el cuarto de baño había poco que recordase las aficciones del anterior inquilino de la vivienda, a diferencia de las demás estancias. Las pocas cosas que había estaban colocadas de forma muy sistemática en estantes sin puerta... todo de diseño. Pòra se mirò en el immaculado espejo que había encima del lavabo y se pasó los dedos por el pelo para mejorar un poco su aspecto. Se percatò de un cepillo de dientes en uno de los estantes. Parecía completamente nuevo. Mirò críticamente a su alrededor. Tenía que haber en el piso otro cuarto de baño que fuera el que usaba Harald, èste estaba demasiado impoluto. No podía ser de otro modo.

Cuando volvió al escritorio, Pòra se detuvo en el umbral y dijo:

-Tiene que haber otro baño en este piso.

Matthew levantò la mirada, extrañado.

-¿Qué quiere decir?

-El baño del pasillo està prácticamente sin usar. Es totalmente imposible que no tuviera ni siquiera el hilo dental en un bote que desentonara con los colores de la decoración.

Matthew le sonriò.

-Pues vaya. Y luego dice usted que no sabe de registros. –Señalò en dirección a la parte de la vivienda que habían atravesado antes-. Del dormitorio sale una puerta. Èse es el baño.

Pòra dio media vuelta. Recordaba la puerta, que había pensado que daría a un vestidor, y quiso ver el aspecto que tenía ese baño. Además, no le apetecía lo más mínimo sentarse a seguir mirando papeles. Sonriò al entrar en el aseo. No había bañera, sòlo ducha, pero por lo demás era como cualquier otro baño de una casa normal. Había toda clase de artículos de aseo desperdigados sobre el lavabo. Echò un vistazo al interior de la ducha. En un estante de plástico pegado a la pared había dos frascos de champù, uno boca abajo, maquinilla de afeitarse, jabòn usado y un tubo de pasta de dientes. En los grifos colgaba una especie de frasco de marca "Shower Power". Aquello se acercaba más a lo que esperaba encontrar, y sintió cierto alivio. Lo que más la alegrò fue el montòn de revistas al lado del inodoro: nada más típico de personas que viven solas. La curiosidad le empujó a comprobar què tipo de revistas leía Harald, y echò un vistazo a las del montòn. Era un muestrario de lo más variado: unas cuantas revistas de coches, una de historia, dos ejemplares del Der Spiegel, una revista de tatuajes que Pòra abandonò rápidamente, así como un ejemplar de Bunte. Pòra lo mirò extrañada. Bunte era una revista típicamente femenina, que hablaba de gente famosa, del mismo tipo que la inglesa Hello y la española Hola. Nunca se le habría pasado por la cabeza que Harald leyese ese tipo de revistas. Un famoso actor y su última mujer enviaban una sonrisa desde la revista, proclamando a los cuatro vientos lo felices que les hacía su próxima paternidad. La espera de un

niño por una pareja de actores tenía para Pòra tanto interés como un artículo sobre el cultivo del pepino, de modo que volvió a dejar la revista en su sitio.

-Lo sabía –dijo Pòra, segura de su triunfo, cuando volvió.

-Yo también lo sabía –respondió Matthew-. Pero no sabía que usted lo supiera.

Pòra iba a contestarle algo cuando sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo.

-Mamá –dijo la voccecita de su hija Sòley-. ¿Cuàndo vienes?

Pòra miró el reloj. Era más tarde de lo que había imaginado.

-Ya muy pronto, corazón. ¿Pasa algo?

Silencio, y después:

-No, no. Es que me aburro. Gylfi no quiere hablar conmigo. No hace más que saltar en la cama y no quiere dejarme entrar.

Pòra no conseguía hacerse una idea clara de la situación, pero resultaba evidente que Gylfi no era tan buen canguro como debería.

-Escucha, corazón –dijo suavemente al teléfono-. Irè a casa enseguida. Dile a tu hermano que deje de hacer el tonto y que te haga caso.

Se despidieron y Pòra volvió a dejar el teléfono en el bolso. Allí se topó con la nota con las preguntas que quería hacerle a Matthew sobre los informes de la carpeta. La sacó y la abrió.

-Quería preguntarle algunas cosas más o menos relacionadas con los documentos que había en la carpeta.

-¿Más o menos? –dijo èl, molesto-. Espero que sea más que menos... aunque sea poco. Venga, suéltelas.

Pòra miró con cierto recelo la lista. Demonios, ¿tantas eran las cosas de las que no se había enterado? Intentó aparentar frialdad.

-Se trata de las cuestiones más importantes. Los detalles eran demasiados para anotarlos todos. –Le sonrió y continuó-. Por ejemplo, el ejército. ¿Por qué se ha incluido en la carpeta esos documentos? ¿Y estaba Harald realmente enfermo para terminar el servicio militar?

-El servicio militar, ya. Lo incluí simplemente para que pudiese hacerse la mejor idea posible de la vida de Harald. Quizá carezca de toda relevancia, pero nunca se sabe dónde se pueden juntar los hilos.

-¿Cree que el crimen tiene algo que ver con el ejército? –preguntó Pòra-. A juzgar por lo que se cuenta de èl, más bien parece que estaría en contra de todo lo que tuviera que ver con el ejército, en vez de aceptar hacer la mili.

-Tiene toda la razón. Le llamaron a filas y en circunstancias normales habría decidido, sin duda, prestar el servicio social sustitutorio. ¿Sabe que se puede optar a eso? –Ella asintió-. Pero no lo hizo. Su hermana Amelia había muerto muy poco tiempo antes y a èl lo afectó mucho. No pretendo insinuar que tomara esa decisión en una crisis psicológica. Era a comienzos de 1999 y en noviembre o diciembre de ese año se había decidido enviar tropas a Kosovo. Harald fue con una sonrisa en los labios. No conozco los detalles de su permanencia en el ejército, pero sé que se consideraba un soldado ejemplar, recio y duro consigo mismo. Por eso vio el cielo abierto con la oportunidad de ir a Kosovo con el ejército.

-¿Y? –preguntó Pòra.

Matthew esbozó una sonrisa.

-Es una historia bastante jodida... digamos. Sobre todo si se piensa que esa expedición a Kosovo fue la primera que realizaba el ejército alemán desde la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, los militares alemanes solamente habían salido de Alemania para servir en misiones de paz. Por eso era de la máxima importancia que nuestros soldados fueran un ejemplo para los demás.

-Y Harald no lo era, ¿no? –preguntó Pòra.

-Sí que lo era, sí. Quizá lo único que pueda decirse es que tuvo muy mala suerte. Cuando llevaba allí unos tres meses, su unidad capturó a un serbio sospechoso de poseer información sobre un atentado con explosivos que había costado la vida a tres militares alemanes y que había dejado inválidos a otros más. El serbio estuvo arrestado en el sótano de la casa donde estaba acuartelado el ejército. Harald era uno de los encargados de vigilar al detenido. Él estaba solo de guardia la segunda o tercera noche de interrogatorios al detenido... que no había dicho ni una sola palabra. Indicó a su oficial que sabía alguna que otra cosilla sobre interrogatorios y consiguió permiso para intentar sacarle algo a aquel hombre durante la noche. – Matthew miró a Pòra-. El hombre que le había autorizado a hacer el intento no tenía ni idea, naturalmente, de que Harald era un experto en historia de la tortura. Seguramente pensó que se limitaría a asomar por allí de vez en cuando para hacerle al detenido unas cuantas preguntas inocentes.

Pòra abrió mucho los ojos.

-¿Torturó a aquel hombre?

-Dejémoslo en que el serbio habría estado encantado de caer en manos de los que hicieron la pirámide de Abu Ghraib. No voy a hablarle del escándalo que se formó, pero el resultado fue como una escena de la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos, en comparación con lo que aquel desdichado tuvo que padecer esa noche. En el cambio de guardia, a la mañana siguiente, Harald había conseguido sacarle a aquel hombre todo lo que sabía... e incluso más. Pero en lugar de la condecoración de la que, según estaba convencido, se había hecho merecedor, Harald fue expulsado del ejército al momento... en cuanto sus superiores vieron en el suelo del calabozo aquel despojo bañado en su propia sangre. Naturalmente se silenció al asunto, no era una noticia recomendable. En todos los documentos oficiales se indicó que Harald había causado baja en el ejército por motivos de salud.

-Y entonces, ¿cómo lo sabe usted? –preguntó Pòra, contenta de poder preguntar por algo relativamente normal.

-Conozco a los hombres –respondió Matthew, con gesto de broma-. Así que tuve una charla con Harald en cuanto volvió de Kosovo. Era un hombre distinto, eso se lo puedo asegurar. Si fue por la experiencia en el ejército o por el sabor de la sangre que tenía en la boca, no lo sé. Se volvió todavía mucho más extraño que antes.

-¿En qué sentido? –preguntó llena de curiosidad.

-Simplemente, más extraño –respondió Matthew-. De aspecto y de conducta. Ciertamente es que después de aquello entró enseguida en la universidad: huyó de casa para que no se le pudiese ver con la misma frecuencia de antes. Por las pocas ocasiones en que nos encontramos, quedaba perfectamente claro que había entrado en una espiral... descendente. Seguramente no mejoró nada la situación el que su abuelo muriese poco después, pues habían estado muy unidos.

Pòra no sabía qué decir. Harald Guntlieb no era una persona normal, desde luego. Miró el papel y pensó en preguntar por lo de la víctima del sexo con asfixia de la que se hablaba en el recorte de prensa. Pero estaba ya más que harta de todo aquello. Miró el móvil y vio que ya era bastante tarde.

-Matthew, tengo que irme a casa. Mi lista no se ha acabado, pero de momento tengo suficiente para ir digiriéndolo.

Ordenaron por encima lo que habían desordenado en el estudio. Tuvieron especial cuidado en no alterar los montones de papeles que habían estado examinando. La idea de volver a pasar por todo aquello resultaba insoportable.

Cuando Pòra estaba colocando el último montón de papeles en un lado, con mucho cuidado, se dio la vuelta hacia Matthew y preguntó:

-¿Harald no había hecho testamento? Porque sus propiedades eran más que numerosas.

-Sí, sí que dejó testamento... además hace bastante poco –respondió Matthew-. Siempre lo había tenido, pero lo cambió a mediados de septiembre. Hizo un viaje ex profeso a Alemania para reunirse con el abogado de la familia Guntlieb y rehacerlo. Pero en realidad nadie sabe cuáles son los términos.

-¿Y eso? –preguntó Pòra, extrañada-. ¿Por qué no?

-Tenía dos partes, con instrucciones de que la segunda se abriese en primer lugar. Y resultó que decía que la otra parte no podría abrirse hasta que no estuviese sepultado... lo que aún no ha sido posible, por el estado del caso.

-¿Y eso fue lo único que incluía? –preguntó Pòra.

-No, había también instrucciones sobre dónde quería que lo enterraran.

-¿Y dónde era?

-En Islandia... Lo que resulta un tanto extraño habida cuenta del poco tiempo que llevaba aquí. Parece que el país le había tocado alguna cuerda en el alma. Otra cosa que figuraba allí es que sus padres tenían que estar presentes en el entierro y permanecer junto a la fosa al menos diez minutos, a los pies del ataúd, cuando éste se encontrara ya en el agujero. Si no se hacía así, todos sus bienes irían a un pequeño local de tatuajes de Múnich.

Pòra preguntó por qué.

-¿Pensaba que no lo cumplirían, acaso?

-Evidentemente –dijo Matthew-. Pero fue muy hábil al poner esa condición: a sus padres no les apetecería lo más mínimo aparecer en los periódicos porque su hijo hubiera donado una enorme suma de dinero a un taller de tatuaje.

-¿Cree que ellos son los herederos? –preguntó Pòra-. Es decir, si cumplen las condiciones.

-No –respondió Matthew-. Eso les resultaría más bien indiferente: lo que no quieren es acabar en la prensa amarilla. No, creo que la heredera de buena parte de sus bienes será su hermana Elisa. Aunque una parte del dinero irá a alguien de este país: el abogado lo dio a entender muy claramente cuando se le preguntó. La última parte del testamento tiene que abrirse en Islandia, de acuerdo con las instrucciones de Harald.

-¿Y quién puede ser? –preguntó Pòra con curiosidad.

-Ni idea –respondió Matthew-. El que sea, o la que sea, tendría al menos un buen motivo para matar a Harald.. si lo hubiera sabido, claro está.

Pòra se sintió aliviada cuando salieron de la vivienda. Estaba cansada y deseaba ir a casa con sus hijos. Sin embargo, se sentía algo inquieta. Tenía la sensación de haber pasado por alto alguna cosa. Pero por mucho que intentó hacer memoria cuando ya estaba sola en el coche del taller, no lo consiguió. Y cuando detuvo el vehículo en la entrada de su casa, lo que fuera estaba ya olvidado.

## CAPÍTULO DOCE

---

El divorcio no implica solamente ventajas. Pòra ya tenía claro desde hacía tiempo que también acarrearía inconvenientes. Por ejemplo, antes la familia la llevaban dos personas y ahora una sola. Antes era de lo más sencillo cubrir gastos y costearse las comodidades, o por lo menos Pòra no recordaba haber tenido las dificultades habituales al dejar de ser estudiante pobre para convertirse en asalariada. Pero otra cosa muy distinta fue cuando sus caminos se separaron, como pudo comprobar enseguida. Hannes, su ex marido, era especialista en medicina de urgencias: en otras palabras, tenía un buen empleo y un sueldo elevado. Con el divorcio, Pòra se había visto obligada a abandonar muchas cosas que había llegado a considerar



incuestionables. Ahora ya no era tan habitual salir a cenar, viajar de vacaciones al extranjero, comprar ropa cara y otras cosas que caracterizan la vida de quienes no tienen que preocuparse por el dinero. A pesar de que las desventajas no atañían solamente a los aspectos económicos (la no-vida sexual acudía inmediatamente a la mente de Pòra), lo que màs echaba de menos era la mujer que iba a su casa dos veces por semana a limpiar. Cuando Pòra y Hannes se separaron, había tenido que decirle que no volviera, porque las cuentas ya no le cuadraban. Por eso ahora se encontraba al lado del armario de los trastos de la limpieza intentando volver a cerrarlo sin dañar la aspiradora, que no hacía màs que moverse impidiendo que la puerta se cerrase. Finalmente lo consiguió, y suspirò aliviada. Había estado pasando la aspiradora por todos los suelos de una amplia vivienda de doscientos metros cuadrados y estaba bastante satisfecha de sí misma.

-¿No tienen un aspecto totalmente distinto? –le preguntò a su hija Sòley, que se hallaba en la cocina, enfrascada dibujando.

La niña levantò la vista.

-¿El què? –preguntò con curiosidad.

-Los suelos –respondiò Pòra-. Acabo de pasar el aspirador. ¿No han quedado bien?

Sòley mirò al suelo debajo de ella y luego a su madre.

-Te olvidaste este sitio. –Señalò con un lápiz verde de cera una manchita debajo de una de las patas de la silla en la que estaba sentada.

-Oh, perdone la señora –dijo Pòra besando a su hija en la coronilla-. ¿Què es eso tan chulo que està dibujando?

-Somos tù y yo y Gylfi –respondiò Sòley, señalando con el dedo tres figuras de distinto tamaño que ocupaban el papel-. Tù tienes un vestido muy bonito y yo también, y Gylfi lleva pantalones cortos. –Mirò a su madre-. En el cuadro es verano.

-Què guapa estoy –dijo Pòra-. Pues mira, para este verano, me comprarè un vestido como èse. –Echò un vistazo al reloj-. Ven. Tienes que lavarte los dientes. Es hora de acostarse.

Mientras Sòley guardaba sus lápices, Pòra fue a la habitación de su hijo. Dio unos golpecitos en la puerta antes de entrar.

-¿No està completamente distinto? –preguntò, indicando el suelo del dormitorio de su hijo. Gylfi tardò en contestar. Estaba tumbado en la cama hablando por el móvil. Se despidió a toda prisa en cuanto vio a su madre y le prometió a su interlocutor, en voz baja, que volvería a llamar. Se levantò y dejó el teléfono. Parecía un poco mareado.

-¿Te pasa algo? Estàs muy palido.

-¿Eh? –preguntò Gylfi-. No, no, todo està bien. Todo perfecto.

-Pues estupendo –respondiò Pòra-. Sòlo venìa a saber si te gustaba màs tu cuarto después de todo el tiempo que he estado pasando la aspiradora. Bueno, y a ver si me lo pagabas con un beso.

Gylfi se levantò. Mirò a su alrededor pensando en otra cosa.

-Anda, es verdad. Què chulo.

Pòra mirò escrutadora a su hijo. Saltaba a la vista: algo no iba como debería. La reacción natural del muchacho habría sido encogerse de hombros o farfullar algo como que el suelo le importaba un pimiento. La mirada estaba como perdida, y evitaba mirar a su madre. Pasaba algo, y Pòra sintió una punzada en el estòmago. No le había prestado la atención que merecía. Gylfi había pasado de ser un niño a una especie de medio hombre desde que se produjo el divorcio, y ella había estado ocupada consigo misma y sus propios problemas para prestarle suficiente atención a su hijo. Ahora ni siquiera sabía cómo comportarse. Lo que màs deseaba era abrazarle y pasarle los dedos por el pelo innecesariamente largo, pero no sería demasiado inteligente: esa época había desaparecido.

-Eh –dijo poniéndole una mano en el hombro. Tuvo que estirar la cabeza para verle la cara, pues el muchacho estaba mirando hacia el suelo-. Algo sí que pasa. Puedes contármelo. Te prometo que no me enfadaré.

Gylfi la miró pensativo pero no dijo nada. Pòra vio que en su frente se habían formado diminutas gotas de sudor y eso le hizo pensar que el chico tenía la gripe.

-¿Tienes fiebre? –preguntó, levantando la mano para ponerle el dorso sobre la frente.

Gylfi se escurrió con facilidad.

-No, no. Nada. Es sólo que me han dado malas noticias.

-¿Y eso? –preguntó ella con prudencia-. ¿Con quién estabas hablando?

-Con Sigga... no, con Siggi –respondió Gylfi sin mirar a su madre a los ojos. Añadió rápidamente -: el Arsenal ha perdido en Liverpool. –Pòra no era tan tonta y se dio cuenta perfectamente de que aquello era una excusa buscada a toda prisa. No le sonaba ningún Siggi en el grupo de amigos de Gylfi... claro que Gylfi tendría un montón de amistades que ella no conocía ni siquiera de nombre. En cambio, conocía a su hijo suficientemente bien para saber que no era tan aficionado al fútbol para que un traspies en la liga inglesa fuera capaz de afectarle de aquel modo. Recapitó para decidir qué hacer, si intentar sonsacarle o hacer como si no pasara nada. Decidió al final que lo mejor era disimular... por el momento.

-Ay, ay, qué mal. Ese maldito Liverpool siempre se sale con la suya. –Miró fijamente a su hijo a los ojos-. Si quieres charlar conmigo o si necesitas hablar conmigo de eso, Gylfi, cariño, prométeme que no esperarás más tiempo del debido. –Cuando vio que el chico se aprestaba a la huida, se apresuró a añadir -: Quiero decir, hablando del partido. El Arsenal ese. Sabes que puedes contar conmigo, corazón. Yo no podré solucionar todos los problemas del mundo, pero puedo intentarlo con los que entran en casa.

Gylfi la miró sin decir nada. Esbozó una débil sonrisa y farfulló algo de tener que acabar los deberes. Pòra también musitó algo y salió del dormitorio, cerrando la puerta. No era capaz de imaginar qué podía alterar de aquel modo a un chico de dieciséis años: nunca se había encontrado en aquella situación, y además no se acordaba demasiado bien de los años de su propia adolescencia. Lo único que recordaba eran las cosas típicas de chicas. Quizá estaba enamorado de alguna que no correspondía con sus sentimientos. Pòra decidió intentar enterarse con sutileza: podría ir dejando caer, como si nada, unas cuantas preguntas inocentes al día siguiente, a la hora del desayuno. Quizá para entonces ya se habría pasado la crisis. A lo mejor no era más que una tormenta en un vaso de agua... un shock hormonal.

Después de que Sòley se lavara los dientes y de leerle un cuento, Pòra se instaló en el sofá, delante del televisor. Llamó por teléfono a su madre: sus padres estaban pasando un mes de vacaciones en las islas Canarias. Siempre que llamaba se encontraba con alguna queja. La última vez había sido el trauma de perder a sus difuntos padres, ahora era el Discovery Channel del televisor del hotel, al que se había vuelto adicto su padre. Se despidieron y su madre dijo fatigada que iba a apoltronarse por ahí al lado de su padre a aprender cómo se apareaban las lombrices. Pòra sonrió, colgó y volvió a perder la mirada en la televisión. Cuando estaba a punto de dormirse con un horrible reality show, sonó el teléfono. Se incorporó en el sofá y alargó el brazo hacia el aparato.

-Diga –respondió, preguntándose si su voz no delataría que estaba medio dormida.

-Hola, soy Hannes. –Se oyó al otro lado de la línea.

-Ah, ya, hola. –Pòra pensó que nunca llegaría el momento en que dejara de sentirse incómoda al hablar con su ex marido. Aquella dolorosa relación tenía sus raíces, sin duda, en el cambio que implica pasar de un trato muy íntimo a una mera cortesía forzada, como cuando se encontraba con un antiguo novio o algún hombre con el que se había acostado en sus años de juventud... algo inevitable en un país pequeño como Islandia.

-Oye, es sobre el fin de semana, a ver si puedo ir a recoger a los niños màs tarde el viernes. Quiero llevar a Gylfi a las carreras de coches y creo que sería mejor salir después de la hora punta, como a las ocho.

Pòra respondió que sí, aunque sabía perfectamente que el retraso no tenía nada que ver con las carreras. Sin duda, Hannes tendría que trabajar hasta màs tarde o quería echarse la siesta después del trabajo. Uno de los motivos de sus constantes grescas desde el divorcio era precisamente que Hannes parecía incapaz de responsabilizarse de nada. Pero ahora el problema no era suyo sino de Klara, la mujer que vivía con èl actualmente.

-¿Qué vais a hacer el fin de semana? –preguntò Pòra por decir algo-. ¿Tengo que ponerles algo especial en la bolsa?

-Sí, a lo mejor montamos a caballo, de modo que estaría bien que llevaran ropa adecuada –respondió Hannes.

Klara era aficionada a los caballos y había iniciado a Hannes en ese deporte. A Sòley y Gylfi les causaba autèntico pavor, porque habían heredado de su madre ser de lo màs miedosos, de forma que padecían terror congénito, si bien es cierto que las cosas crecen al pasar de madres a hijos. Pòra tenía miedo de patinar, a subir montañas, a montar en ascensor, a comer comida cruda y a todo lo que pueda imaginarse que pudiera tener alguna consecuencia negativa. Por algùn motivo incomprensible, sin embargo, no tenía el màs mínimo miedo a volar. Equipò adecuadamente a sus hijos, aunque a los dos les aterraba la simple idea de montar, convencidos de que cada paseo representaría el último momento de sus vidas. Hannes, por su parte, era incapaz de reconocer que aquello fuera un estado permanente, y se pasaba la vida intentando convencer a los niños de que todo era cuestión de acostumbrarse.

-¿Estàs seguro de que es sensato? –le preguntò, aunque sabía perfectamente que no conseguiría enterarse de los planes de Hannes-. Gylfi està un poco mustio en estos momentos, y no estoy nada segura de que un paseo a caballo sea precisamente lo que necesita ahora.

-¿Qué tontería –respondió Hannes con aspereza-. Llegarà a ser todo un jinete.

-Lo diràs tù. Pero intenta hablar un poco con èl. Sospecho que anda en llios de faldas y tù sabes de eso màs que yo.

-¿Llios de faldas? ¿Y què sè yo de eso? –preguntò Hannes, extrañado-. Acaba de cumplir dieciséis. No puede ser nada serio.

-No, quizá no. Pero estate atento, de todos modos, e intenta sonsacarle de què se trata.

-¿Sonsacarle? ¿El què? ¿A què te refieres?. –Su ex marido ya había perdido la calma y Pòra sonrió.

-Ya sabes, cualquier cosa que pueda ayudarle a enfrentarse con las dificultades de la vida. –La sonrisa de Pòra se hizo aùn màs amplia.

-Estàs bromeando –dijo Hannes, confiando en que fuera así.

-No, de verdad que no –respondió ella-. Esperaba que tù pudieras encontrar algùn remedio. Yo harè lo mismo por nuestra hija cuando empiece con problemas de chicos. Puedes intentar quedarte a solas con èl durante el paseo, por ejemplo, y charlar tranquilamente mientras montàis.

Cuando concluyeron la conversación, Pòra estaba bastante segura de que había conseguido, al menos, hacer algo menos probable la excursión a caballo. Pòra intentò enfrascarse de nuevo en la irrealidad de la televisión. No lo logró, porque enseguida volvió a sonar el teléfono.

-Perdone que llame tan tarde, pero imaginè que estaría pensando en mì –dijo Matthew màs tranquilo después de los saludos preliminares-. Decidì dejar que oyera mi voz.

Pòra se quedó pasmada... no tenía claro si Matthew había perdido un tornillo, o si estaba borracho, o si bromeaba.

-Pues precisamente no estaba haciendo nada de eso que dice. –Estirò la mano para coger el mando a distancia del televisor y bajar el volumen, a fin de que Matthew no pudiera escuchar la atrocidad que estaba viendo-. Estaba leyendo.

-¿Y què lee? –preguntò èl.

-Guerra y paz, de Dostoievski –mintiò Pòra.

-Vaya, bueno –dijo Matthew-. ¿Es como Guerra y paz de Tolstoi?

Pòra, enfadada, se dio un puñetazo a sì misma por no haber mencionado a Laxness o a cualquier otro escritor islandés que èl no conociera. Nunca se la había dado bien mentir.

-Tolstoi, quería decir. Pero aparte de eso, ¿hay algo especial? No creo que llame para discutir de literatura.

-No, para eso està claro de que me he equivocado de número –respondiò Matthew, burlòn. Como Pòra no contestò, añadió:- No, perdone, llamè porque el abogado del hombre al que detuvo la policia acaba de ponerse en contacto conmigo.

-¿Finnur Bogasson? –preguntò Pòra.

-Sì, aunque usted pronuncia el nombre incomparablemente mejor que yo –contestò Matthew-. Me informò de que podemos ver mañana a su chico, si queremos.

-¿Nos han dado permiso? –inquiriò Pòra extrañada. Los presos preventivos no obtenían nunca permiso de visita, en ningún caso.

-Este Finnur –Matthew lo pronunciaba con un fuerte acento alemán- consiguiò convencer a la policia de que íbamos a trabajar con èl en la defensa del muchacho, lo que no es del todo cierto, naturalmente.

-¿Y què le empujò a decir algo así?

-Digamos que le di un empujoncito.

Pòra no siguió ahondando en el tema, pues no tenía ninguna intención de participar en irregularidad alguna. No sabìa si Matthew se había dedicado a amenazar al abogado, pensó que probablemente le habría prometido cualquier recompensa a cambio de la entrevista... lo que en el mejor de los casos se consideraría una inmoralidad. Lo mejor para ella era imaginar que estaban ayudando al defensor.

A la porra con la moralidad y la inmoralidad. Tenía que hablar con ese tal Hugi. Quizá a fin de cuentas sì era culpable. No había nada como poder ver a la gente cara a cara. No había nada como mirar a los ojos al que estaba dando su versión y observar sus movimientos y su lenguaje corporal.

-Pues mejor que nos movamos. Claro que tenemos que hablar con èl.

-De acuerdo. Sólo tengo que avisar a Finnur.

-¿Por què le llamò tan tarde? –preguntò Pòra-. No creo que la autorización haya llegado esta tarde.

-No, no. Me dejaron un mensaje aquí en el hotel y yo acababa de llegar. No quiero darle mi número de teléfono a demasiada gente.

A Pòra le fastidiò sentir un deseo acuciante de saber adònde había ido Matthew cuando se despidieron... aunque, en realidad, lo màs probable es que hubiera ido al centro a comer algo.

Decidieron que Matthew la recogería a las nueve en el despacho e irían juntos a Litla-Hraun. Ella mirò sin querer por la ventana y vio la nieve que caía en gruesos copos, y confiò en que Matthew supiera conducir en condiciones invernales. Si no, tendrían problemas.

Pòra se encontraba sentada frente al ordenador del bufete cuando llegó Matthew a las nueve a recogerla. Estaba terminando de contestar emails que se habían acumulado el día anterior y que solucionò en su mayor parte reenviándoselos a Pòr. Bragi la había recibido sonriente esa mañana. Seguía acariciando la idea de que el caso del alemán podría abrirles las puertas al extranjero: podría convertirse en una fuente inagotable de trabajo. Pòra no intentò cortarle las alas, porque estaba encantada de poder concentrarse en aquel caso de asesinato sin tener que ocuparse al mismo tiempo de otros asuntos menores. Había enviado un email al desconocido amigo de Harald, Mal, en el que le explicaba en pocas palabras la muerte de Harald y que Matthew y ella estaban investigando el caso en nombre de la familia Guntlieb. Al final del mensaje le solicitaba cortésmente que se pusiera en contacto con ella, pues a lo mejor poseía información de interés para el caso. Cuando Bella la llamó para avisarle de la llegada de Matthew, Pòra aún tenía un par de cosas pendientes, de modo que le dijo que le pidiera que aguardase un rato en la sala de espera, que estaría con èl en cinco minutos. Se había propuesto dejar libre la mesa antes de marcharse, para no tener que volver a pasar por el despacho. Se dio prisa en terminar, lo logró justo en los cinco minutos prometidos y apagò el ordenador satisfecha del resultado de aquel breve rato. Pensò si no sería conveniente ir màs temprano por las mañanas. Aunque supusiera un cierto problema en casa, aquel rato daba muchísimo de sí, pues no tenía la molestia del teléfono antes de la hora oficial de apertura del bufete.

Sacò de uno de los cajones de la mesa una pequeña grabadora, para utilizarla en el interrogatorio de Hugi. Mientras comprobaba si las pilas estaban completas, pensò en su hijo, que aquella mañana había amanecido absolutamente hecho polvo. Fuese cual fuese el problema, parecía que se había pasado la noche entera dándole vueltas, como también acostumbraba a hacer Pòra, por cierto. El muchacho tenía la cabeza en otro sitio, y Pòra sòlo consiguió arrancarle unas pocas palabras. En cambio, Sòley estuvo hablando sin parar, como solía hacer todas las mañanas, de modo que Pòra no encontró el momento para tener una charla a fondo con su hijo. Decidió dejarle tranquilo hasta la noche, cuando Sòley se hubiera ido a la cama. Apartò de su cabeza estos pensamientos, metió la grabadora en el bolso y salió del despacho.

Pòra se quedó sin habla al llegar a la recepción. Allì estaba Matthew, sentado junto a la mesa de Bella, enfrascado en una animada conversación con la secretaria, que estaba radiante a màs no poder. Ni siquiera se dieron cuenta de que Pòra estaba allì, y tuvo que carraspear para llamar su atención.

Matthew la mirò.

-Ah, es usted, creì que tardarìa un poco màs. –Sonriò a Pòra y le guiñò un ojo.

Pòra no podía apartar su atención del rostro de Bella, que se había vuelto anchísimo de oreja a oreja. Resultaba hasta guapa, con un gesto tan alegre.

-Bueno, deberíamos irnos –dijo Pòra mientras cogía su abrigo-. Me alegro de verte tan contenta, Bella –añadiò, dedicando a su secretaria su mejor sonrisa.

La sonrisa de Bella desapareció como el rocìo al salir el sol. Obviamente, los encantamientos que había estado intentando Matthew con la secretaria no habían funcionado.

-¿Cuàndo vuelves? –preguntò agria.

Pòra intentò que no trasluciera su decepción por no poder quedarse a gozar de su compañía.

-No creo que pueda volver hoy, pero te llamarè si cambian las cosas.

-Sì, sì, claro –respondiò Bella, fastidiosa, dando a entender con el tono de sus palabras que Pòra acostumbraba con demasiada frecuencia no dejarse ver... lo que, efectivamente, sucedìa de vez en cuando.

-Ya oíste lo que dije. -Pòra fue incapaz de disimular, aunque sabía perfectamente que sería lo más sensato-. Vamos, Matthew.

Cuando ya entraban en el coche, Pòra se puso el cinturón de seguridad y se volvió hacia Matthew.

-¿Sabe conducir en terreno resbaladizo?

-Ya lo veremos -respondió Matthew mientras sacaba el coche del aparcamiento. Cuando vio el gesto en el rostro de Pòra, añadió:- No se preocupe, soy buen conductor.

-Si el coche patina, no se le ocurra frenar -dijo ella, totalmente convencida de que Matthew no tenía ni la menor idea del tema.

-¿Quiere conducir usted?

-No, gracias -respondió Pòra-. No me aclaro bien con esa regla del freno: si el coche empieza a patinar, yo hundo el pie en el freno sin querer... aunque sé que no debo hacerlo. Tengo muchas limitaciones a la hora de conducir.

Fueron alejándose del centro y estaban ya en el páramo cuando la mujer no pudo seguir conteniendo la curiosidad sobre la conversación entre Matthew y Bella.

-¿De qué estaban hablando ustedes dos?

-¿Nosotros dos? -preguntó Matthew extrañado.

-Sí, usted y Bella, mi secretaria. Por lo general, esa chica es un auténtico callo.

-Ah, sí. Hablábamos de caballos. Me apetece montar mientras estoy aquí; se cuentan tantas maravillas de los caballos islandeses. Me estaba aconsejando.

-¿Y ella qué sabe de caballos? -preguntó Pòra, extrañada.

-Es amazona, ¿no lo sabía?

-No, no lo sabía. -Sintió lástima por los caballos que tuvieran que aguantar el peso de Bella-. ¿Qué caballos usa? ¿Hipopótamos?

Matthew miró a Pòra de reojo.

-¿Está celosa? -preguntó burlón.

-¿Y usted borracho? -soltó ella, a su vez.

Atravesaron el malpaís en silencio, en dirección a Prengslir. Pòra contemplaba el paisaje por la ventanilla; aunque quizá pocas personas estarían de acuerdo con ella, aquel le parecía uno de los lugares más bellos del país, especialmente en verano, cuando estaba en su esplendor el musgo verde... suaves líneas de paramera cubierta de musgo que formaban un contraste total con las punzantes aristas de la lava. Ahora la región estaba toda cubierta de nieve y carecía de tridimensionalidad, y así no era tan impactante como en verano. Sin embargo, sobre toda la comarca se extendía una calma que inundaba a Pòra. Rompió el silencio.

-¿No le parece bonito?

Matthew echó una rápida mirada y evaluó el entorno. Prácticamente no había tráfico.

-Mucho. -Sonrió como para hacer las paces.

-No somos buen equipo, usted y yo -dijo ella, en referencia a los constantes piques que caracterizaban su relación-. Quizá deberíamos intentar una nueva táctica.

Matthew le sonrió de nuevo.

-¿Eso cree? Totalmente de acuerdo. Empecemos por tutearnos, si te parece. Eres una compañía mucho más entretenida que las que acostumbro a tener en mi trabajo. Los innumerables hombres y las pocas mujeres con las que suelo tratar son tan estirados que si haces una broma se descomponen.

Ahora le llegó el turno a Pòra de sonreír.

-Eres mejor que Bella, eso te lo aseguro. –Callò por un instante-. Dime una cosa. En la carpeta había un recorte de periódico alemán que trataba de la muerte de un joven mientras practicaba el sexo con asfixia. ¿Por qué lo incluiste?

-Ahhh –Matthew alargò la palabra-. Esa mierda. El que se menciona en el artículo era buen amigo de Harald. Se conocieron en la universidad de Mùnich y sin duda eran almas gemelas y andaban juntos en las imbecilidades con las que se entretenían. No sè cuàl de los dos empezó con esas pràcticas extrañas, pero Harald juraba que era su amigo quien había empezado. Harald estaba presente cuando murió aquel joven, y se vio envuelto en largos interrogatorios y en habladurías de lo màs molestas. Aunque sea una vergüenza decirlo, creo que logró librarse de las consecuencias a base de dinero... quizá te diste cuenta del gran desembolso que hay en esa época y que señalè de forma especial. –Pòra asintió-. Lo incluí porque Harald murió estrangulado. Aquello podía ser de importancia para el caso. Quièn sabe... a lo mejor murió de la misma forma que su amigo, aunque es màs bien dudoso.

Dejaron el coche en el aparcamiento delante de la verja de la prisión de Litla-Hraun y se dirigieron al ala destinada a las visitas. El guardia les indicò que pasaran a una pequeña sala de espera en el segundo piso.

-Pensamos que podrían verse aquí, estarán muy bien, mucho mejor que en la sala de interrogatorios –les dijo-. Hugi es tranquilo y no tendría por qué causarles ningún problema.

-Muchas gracias, està muy bien –respondió Pòra mientras entraba. Se instalò en el sofà de cuero marròn y Matthew se sentò a su lado. Ella se extrañò de que se sentase allí, habiendo como había sillas de sobra.

Matthew la mirò.

-Si Hugi se sienta ahì, delante de nosotros, lo mejor es que nos sentemos así. Quiero verle la cara. –Enarcò las cejas dos veces seguidas-. Y además se està estupendamente sentado aquí, tan cerquita de ti.

Pòra no llegó a responder, porque la puerta volvió a abrirse y apareció Hugi Pòrisson acompañado de un funcionario. Èste sujetaba por los hombros al joven, que iba encorvado totalmente, y lo hizo pasar el umbral. Estaba esposado, pero Pòra indicò que sin duda aquella precaución era totalmente innecesaria. El funcionario le dijo algo al joven y èste levantò la vista por primera vez. Se apartò el pelo largo de los ojos y Pòra vio que era muy guapo, con un aspecto totalmente distinto al que había imaginado. Le parecía increíble que tuviera veinticinco años: diecisiete parecía màs cercano a la realidad. Tenía cejas oscuras y grandes ojos, pero lo màs llamativo de su rostro eran los pómulos prominentes, probablemente a causa de su extrema delgadez. Si había sido èl quien asesinò a Harald, habría tenido que emplear todas sus fuerzas, pensò Pòra. A primera vista al menos, no parecía capaz de arrastrar un cadáver de ochenta y cinco kilos una distancia larga.

-¿Te vas a portar bien, eh, amigo? –le preguntò amistosamente el guardia. Hugi asintió con la cabeza y el vigilante lo atrajo hacia sì y le quitò las esposas. Volvió a poner las manos sobre los hombros del preso y lo condujo hacia la silla que había enfrente de Pòra y Matthew. El muchacho se sentò allí, aunque, màs exactamente, se dejó caer en la silla. Evitò mirar a los ojos a sus visitantes, bajò la cabeza y fijò su atención en un punto del suelo al lado de la silla en la que estaba sentado, o màs bien derrumbado.

-Estamos ahì, en la habitación de al lado, por si nos necesitan. No debería intentar nada raro. –El vigilante dirigió sus palabras a Pòra.

-Estupendo –respondió ella-. Sòlo lo retendremos el tiempo necesario. –Mirò su reloj-. Tenemos que acabar antes del mediodía.

El funcionario los dejó solos y después de cerrar la puerta no se oyò nada, excepto la respiración de los tres y el susurro que se produjo cuando Hugi se puso a golpearse rítmicamente las rodillas de los pantalones militares que llevaba puestos. El chico seguía sin mirarles.

Obviamente, los presos podían vestirse con su propia ropa, no como en las cárceles americanas, que Pòra conocía por la televisión y el cine, donde aparecían ataviados con unos monos que parecían hechos de cáscaras de naranja. El chico seguía sin mirarlos.

-Hugi –dijo Pòra con la voz màs risueña que pudo. Siguió hablándole en islandés, porque le parecía una tontería empezar la conversación en inglés. Ya habría tiempo de ver si era posible. No podían tirar a la basura aquella oportunidad por problemas de idioma; si el muchacho no entendía bien el inglés, tendría que llevar el asunto ella sola-. Supongo que sabes quiénes somos. Yo me llamo Pòra Guðmundsdóttir y soy abogada, y él es Matthew Reich, de Alemania. Estamos aquí por el asesinato de Harald Guntlieb, que investigamos independientemente de la policía. –Ninguna reacción. La mujer continuó-: Queríamos hablar contigo porque no estamos seguros de que tengas algo que ver con el crimen. –Respiró hondo para dar mayor énfasis a lo que iba a decir-. Estamos buscando al asesino de Harald, y creemos posible que no seas tú. Nuestro objetivo es descubrir quié le mató, y si esa persona no eres tú, entonces te conviene ayudarnos. –Hugi levantó los ojos y miró a Pòra, pero no abrió la boca, ni dio ninguna indicación de que fuera a hablar, así que ella continuó-: Seguro que comprendes que si conseguimos demostrar que quié le mató a Harald fue otro, y no tú, quedarás libre de todos los cargos.

-Yo no le maté –dijo Hugi en voz baja-. Nadie me cree, pero yo no le maté.

Pòra prosiguió.

-Hugi, Matthew es alemán. Tiene experiencia como investigador pero no comprende el islandés. ¿Crees que podrías hablar con nosotros en inglés, para que pueda entenderte? Si no, no hay ningún problema. Queremos que entiendas las preguntas y que puedas responderlas sin dificultad por culpa del idioma.

-Claro que sé inglés –fue la respuesta, pronunciada de nuevo entre dientes.

-Estupendo –dijo Pòra-. Si no entiendes algo de lo que decimos, o si tienes problemas para contestar, volveremos a hablar en islandés, sin ningún problema.

La abogada se volvió hacia Matthew y le dijo que podían seguir en inglés. No se lo dejó repetir dos veces, se inclinó hacia delante y tomó la palabra.

-Hugi, ahora vas a empezar apoyándote en el respaldo y poniéndote enfrente de nosotros. Quítate de la voz ese tono de lloriqueo y compórtate como un hombre, aunque no sea màs que el rato que estemos aquí.

Pòra suspiró en su interior, ¿qué forma de hablar a lo macho era aquella? Estaba segura de que el muchacho se pondría en pie y exigiría que le volvieran a llevar a su celda, pues si estaba allí era por su propia voluntad. Pero no tuvo ocasión de intervenir, porque Matthew continuó sin pausa.

-Tienes problemas muy serios, no necesito ni repetírtelo. Solo tienes una esperanza de librarte de ellos, y por eso vas a poner todo tu empeño en ayudarnos y nos vas a responder con total sinceridad. En tu situación es fácil sentir lástima por uno mismo, pero ahora ha llegado el momento de comportarte como un hombre y de responder con franqueza a todo lo que te preguntemos. Lo único que te va a ayudar es comportarte como un hombre. Demuéstralo.

Pòra observó con asombro que Hugi hacía como Matthew había dicho. Se irguió hasta apoyarse en el respaldo y se esforzó al máximo para adoptar un porte viril. Su rostro de adolescente se lo ponía difícil, pero el cambio fue notable. Cuando empezó a hablar, la voz era màs rotunda y clara.

-Me es difícil miraros a los ojos. Estoy tomando unas medicinas que me dejan un poco atontado. – Pòra lo vio en sus ojos; se movían involuntariamente de acá para allá y en ellos se apreciaba una apatía que sólo se conseguía con tranquilizantes-. Pero intentaré responderos.

-¿Cómo conociste a Harald? –preguntó Pòra.



-Lo conecí en la zona de marcha del centro. Charlé un poco con él y resultó ser de lo más divertido. Se lo presenté a Dòri poco después.

-¿Quién es Dòri? –preguntó Pòra.

-Halldór Kristinsson. Está en Medicina –respondió Hugi, con voz no exenta de orgullo-. Somos amigos desde pequeños. Y vecinos en Grafarvogur. Es asquerosamente listo, pero no va por ahí dándose las de profe, está siempre de marcha.

Pòra lo anotó. Se trataba del joven que intentó ir a la fiesta a la que acudió Harald la noche en que lo mataron... el que decidió quedarse en Kaffibrennslan a esperar que llegasen los de la fiesta.

-¿Erais muy amigos Harald y tú?

Hugi se encogió de hombros.

-Sí, sí. Aunque no tanto como Harald y Dòri. A veces, Harald me compraba... -Hugi cortó a media frase y puso gesto de preocupación.

-A todo el mundo le da igual que vendieras droga, tal como están las cosas. Continúa –dijo Matthew con aspereza.

-Vale. A veces decía que yo era su mejor amigo: pero era en broma nada más, y sólo lo decía cuando quería comprarme algo. Pero era muy simpático; completamente distinto a los demás que conozco.

-¿Y eso? –preguntó Pòra.

-En primer lugar, tenía un montón de dinero, y siempre estaba invitándome a una copa o a cualquier cosa. Además tenía un apartamento y un coche de locura. –Pensó un instante antes de seguir-. Pero ése no es el asunto. Era muchísimo más cool que todos los demás. No tenía miedo a nada, siempre se le ocurrían los mejores planes y se llevaba a todo el mundo de calle. Era un tipo frío de los que no quedan, con todos esos trastos en el cuerpo; ni uno solo de nosotros nos atrevíamos a imitarle. Ni siquiera Dòri, que se moría de ganas. Pero pensaba que le perjudicaría en un futuro, lamentaba un pequeño tatuaje que llevaba en el brazo. En cambio, a Harald no podía serle más indiferente el futuro.

-Y al final se vio que no tenía ninguno –dijo Matthew-. ¿Qué hacíais? ¿De qué charlabais?

-No me acuerdo de lo que hablábamos.

-¿Habló alguna vez de sus investigaciones sobre la quema de brujas? –preguntó Pòra, esperanzada.

-Brujas –dijo Hugi con un estremecimiento-. Al principio no hablaba de otra cosa. Cuando empecé a salir con ellos, Harald me pidió que formara parte de su asociación de magia.

Matthew le interrumpió bruscamente.

-¿Asociación de magia? ¿Qué asociación de magia?

-Malleus no sé qué. Iba a ser una asociación de personas interesadas en investigar sobre brujas y cosas históricas. –Rehuyó la mirada de Pòra, se ruborizó y dirigió sus palabras a Matthew-. Pero era distinto. No al estilo de Harry Potter, creedme. Iba de cuatro cosas: sexo, magia, droga y más sexo. –Sonrió-. Por eso me gustaba participar. A mí no me importaba lo más mínimo la historia ni las brujas ni los signos esos de magia ni los conjuros que soltaban. Lo único que quería era pasármelo bien. Las chicas eran de lo más guay. –Hugi se quedó absorto... poder pasar un buen rato con chicas guays-. Algunas de las historias sobre quema de brujas eran entretenidas, eso sí. Recuerdo una en la que echaban a la hoguera a una mujer embarazada y el niño nació en medio de las llamas. Unos curas sacaron vivo al niño, pero luego decidieron que podía estar infectado por las brujerías de su madre y lo volvieron a echar al fuego. Harald dijo que eso era totalmente cierto.

Pòra hizo una mueca y la borró al instante.

-¿Quiénes formaban parte de la asociación? ¿Cómo se llamaban esas chicas tan guays?

-El presidente era Harald; y luego Dòri, que era su autèntica mano derecha; Brìet, que hacìa Historia en la universidad: era la única que estaba en el asunto completamente en serio, eso pensaba yo; Brjànsi o Brjànn, que también estudiaba Historia; Andri, que estudiaba Quìmica, y Marta Mist, que estaba en no sè què estudios de mujeres. Era insoportable, siempre lloriqueando por no sè què de las mujeres, y que todo era una injusticia para ellas. Con esa manìa suya casi nos fastidiaba la diversión. Harald le tomaba el pelo que daba gusto, siempre la llamaba Nebel, lo que la ponìa de los nervios. Significa niebla en alemán. Como el islandés Mist, ¿entiendes? -Pòra hizo un gesto de que comprendìa, pero Matthew seguía como petrificado-. Èste era el núcleo del grupo, algunas veces venían algunos nuevos pero los que estábamos siempre èramos nosotros. En realidad, yo no me enteraba muy bien de lo que hacían, como ya he dicho, no me interesaba nada la magia... sòlo lo que venìa después.

-Dices que Dòri era su mano derecha, ¿a què te refieres? -preguntò Pòra.

-Andaban siempre juntos haciendo algo, los dos. Creo que Dòri le ayudaba con sus traducciones y eso. Y luego era obvio que èl sería el sucesor de Harald cuando èl volviera a su país. Dòri estaba entusiasmado; estaba coladito por Harald.

-¿Dòri es gay? -preguntò Matthew.

Hugi sacudió la cabeza.

-No, què va, en absoluto. Sòlo que los ojos le hacían chiribitas y eso. Dòri viene de una familia pobre, como yo, vamos. Harald le soltaba dinero a puñados, regalos caros y todo eso, y Dòri lo admiraba un montòn. Se notaba que a Harald le encantaba aquello. Aunque en realidad no trataba muy bien a Dòri: se empeñaba en humillarlo delante de nosotros. Pero siempre se las arreglaba para solucionar el asunto luego, y que Dòri no lo mandase a la mierda. Era una relación bastante increíble.

-¿Còmo te sentaba que Dòri hiciese todo eso, que estuviese tan encandilado con Harald, porque has dicho que era amigo tuyo de la infancia? ¿No estabas celoso? -preguntò Pòra.

Hugi sonrió.

-No, què va. Seguíamos siendo amigos. Harald estaba en Islandia sòlo temporalmente y yo sabìa que eso pasarìa. En realidad, si acaso, me resultaba divertido ver a Dòri haciendo de admirador perdido. Hasta entonces siempre había sido yo quien le admiraba a èl; aquello era todo un cambio, como verle detrás de mì todo el rato, y eso. Y no es que Dòri no arremetiese contra mì de vez en cuando, igual que Harald contra èl, por mi pinta o mis costumbres. -El gesto de Hugi se nublò de repente, preocupado-. Yo no lo matè para recuperar a mi amigo. No fue así.

-No, quizá no -dijo Matthew-. Pero dime una cosa. Si no le mataste tù, ¿quièn lo hizo? Debes de tener alguna sospecha. Sabes que no puede ser suicidio ni accidente.

Los ojos de Hugi volvieron a posarse en el suelo.

-No lo sè. Si lo supiera, claro que lo diría. No quiero seguir aquí.

-¿Crees que tu amigo Dòri puede haberle matado? -preguntò Pòra-. ¿Le estàs protegiendo?

El joven negó con la cabeza.

-Dòri nunca matarìa a nadie. Y a Harald menos que a nadie. Ya os he dicho que lo admiraba.

-Sì, pero también dijiste que Harald le había humillado muchas veces delante de vosotros. A lo mejor se enfadó y no pudo dominarse. Esas cosas pasan -dijo Pòra.

Hugi levantò los ojos, con màs determinación que antes.

-No. Dòri no es así. Està estudiando para mètico. Quiere ayudar a las personas, no matarlas.

-Mi querido Hugi, creo que estoy obligado a decirte que, a lo largo de los siglos, ha habido mèticos que han matado a la gente. Todas las profesiones tienen su manzana podrida -dijo Matthew medio en broma-. Pero si no fue Dòri... entonces, ¿quièn fue?

-Quizà Marta Mist –murmurò el chico sin convicción. Ciertamente, esa chica no era demasiado popular-. A lo mejor es que Harald la llamó Nebel demasiadas veces.

-Ya. Marta Mist –dijo Matthew-. Es una sospecha magnífica, si no fuera porque tiene una coartada perfecta. Como todos los demás es la más débil. Es totalmente imaginable que pudiera salir un momento de ese Kaffibrennslan... que matara a Harald y volviera a seguir bebiendo sin que nadie se diera cuenta.

-¿Y sentarse en el mismo sitio? ¿En el Kaffibrennslan un sábado por la noche? No creo –respondió Hugi; ahora el tono burlón era el suyo.

-¿Y no se te ocurre nadie más? –preguntó Pòra.

Hugi llenó de aire las mejillas y lo fue soltando despacio.

-Quizà alguien de la universidad. No lo sé. O alguien de Alemania. –Tuvo cuidado de no mirar a Matthew mientras lo decía, como si pensase que Matthew amaba locamente a su país-. Sé que Harald tenía algo entre manos esa noche. Me lo dijo, quería comprarme droga para celebrar el día, o algo así.

-¿O algo así? –preguntó Matthew con brusquedad-. Tendrás que ser más claro. ¿Qué dijo exactamente?

El joven puso gesto pensativo.

-¿Exactamente? No recuerdo nada exactamente, pero iba de algo que había conseguido encontrar por fin. Gritó algo en alemán y levantó el puño. Y luego me dio un abrazo y me apretó a lo bestia y dijo que necesitaba unas buenas pirulas, porque se sentía cojonudamente y quería montárselo bien.

-¿Fue entonces cuando os marchasteis de la fiesta? –preguntó Pòra-. ¿Después de abrazarte y pedirte las pirulas?

-Sí, al poco de eso. Yo estaba bastante colocado; había bebido demasiado y había intentado, sin ningún éxito, descolocarme con una raya. Demasiado. Así que cogimos un taxi hasta mi casa y sólo recuerdo que no encontré las pirulas; en realidad, ya ni sabía lo que hacía, no habría podido encontrar la leche en la nevera. Recuerdo también que Harald se enfadó bastante y dijo que menuda mierda de paseo para nada. Me acuerdo también de que me eché en el sofá porque todo empezó a darme vueltas.

Pòra interrumpió a Hugi.

-¿Has dicho que tú no le diste la pastilla de éxtasis?

-No la encontré –respondió el chico-, estaba que no me enteraba de nada, os lo acabo de decir.

Ella miró a Matthew, pero no dijo nada. En el informe de la autopsia se decía que en la sangre de Harald se habían encontrado restos de éxtasis, de modo que en algún momento de la noche había conseguido encontrarla.

-¿Puede ser que la hubiese comprado antes, esa misma noche? ¿O que la encontrara en tu casa mientras tú dormías la mona?

-En la fiesta no había tomado nada de éxtasis; eso es seguro. No estaba así, yo conozco perfectamente los efectos. También está excluido que la encontrara en mi casa, porque la poli encontró las pirulas en mi trastero del sótano cuando hicieron el registro. Las había escondido allí y tenía la llave en el bolsillo. Difícil que Harald hubiera ido al sótano a buscarlas; dudo hasta que supiera que había sótano. A lo mejor fue a su casa y la cogió de allí. Sé que tenía algunas, pero decía que no eran muy buenas. ¿Por qué preguntáis tanto sobre eso?

-¿Estás seguro de que Harald no te rebuscó en el bolsillo y cogió la llave? A lo mejor no lo recuerdas, y si lo recordaras, ¿nos lo dirías? –preguntó Matthew-. Intenta recordar. Estabas tumbado en el sofá y todo te daba vueltas, ¿y entonces?

Hugi apretó los ojos y, a todas luces, hizo todos los esfuerzos posibles por rescatar aquel instante de la memoria. De pronto abrió los ojos y les miró extrañado.

-Sí, ya me acuerdo. En realidad yo no dije nada, pero Harald sí que me dijo algo a mí. Se inclinó sobre mí y me dijo algo en voz baja; recuerdo que tuve muchas ganas de responderle y pedirle que me esperara, pero no pude.

-¿Qué? ¿Qué dijo? –preguntó Matthew impaciente.

El chico les miró con gesto de duda.

-A lo mejor me equivoco, pero recuerdo que dijo: “Duerme tranquilo, chiquillo. Ya tendrás tiempo de alegrarte. Vine a Islandia en busca del infierno, y adivina: lo he encontrado”.

## CAPÍTULO CATORCE

---

No seas idiota. –Marta Mist se puso la boquilla en los labios y dejó escapar una gran bocanada de humo. Sacudió la ceniza del cigarrillo a medio fumar y luego lo apagó, harta ya-. Estás poniendo las cosas peor de lo que están, y ni te imagines que le estás haciendo un favor a nadie con esto. –Miró con el enfado de sus almendrados ojos verdes, al joven que estaba sentado, o, más exactamente, repanchingado, en una silla al otro lado de la mesa, quien le devolvió la mirada del mismo estilo sin decir nada. Marta Mist se irguió y se pasó los dedos delgados por el largo cabello rojizo-. Cariño, no me mires así. Estás en esto con nosotros, y no sueñes con ponerte a hacer de repente el papel de ciudadano modelo lleno de remordimientos. –En busca de apoyo miró a su amiga, que estaba sentada a su lado. La muchacha rubia se contentó con asentir con la cabeza, con los ojos muy abiertos. Tenía el pelo rapado a lo chico, pero nadie la hubiera podido confundir con un hombre. Era menuda y muy delgada, a excepción de unos abultados pechos. Vista desde detrás habría podido ser un niño, sentada al lado de Marta Mist, que era de elevada estatura, y que aún no había dicho la última palabra-. Es una memez de machos tan enorme que me dan ganas de vomitar. Achantarse cuando llega el momento de la verdad. –Volvió a reclinarsse hacia atrás en su silla, satisfecha consigo misma. Su amiga no se atrevía a mirarlos a ninguno de los dos, concentrada en su refresco.

-¡Por todos los dioses! –exclamó Dòri, pasándose los dedos por la garganta-. No estaría de más que dejaras de repetir una y otra vez la misma estupidez. –Su rostro reflejaba su enfado, y cuando miró fijamente a Marta Mist, el labio superior se levantó involuntariamente mostrando los blancos dientes. Dejó de mirarla y aspiró una calada. Cuando dejó escapar el humo, el ataque de furia se le había pasado, y añadió en un tono más tranquilo:- Pero deberías alegrarte si fuera a la policía. ¿No crees que estarías muerta de miedo en la cárcel para mujeres? Todo mujeres. –Le sonrió burlón.

Marta Mist respondió en idéntico tono.

-Pues entonces podemos llamarlos e intercambiar historias bien bonitas. Tú serás de lo más popular en Litla-Hraun, chiquitín mío, un chiquito tan lindo. –Le devolvió la sonrisa burlona.

-Ay, parad ya –dijo Briet por fin. Los otros no respondieron y se limitaron a mirarla extrañados, así que volvió a concentrarse en su vaso, ahora con las mejillas encendidas. Luego se la oyó refunfuñar para sí: : Pues lo que es yo, no tengo ninguna gana de ir a la cárcel de mujeres, y tampoco quiero que vayas tú a Litla-Hraun. –Levantó la vista y dirigió la mirada hacia Dòri-. Todo esto me da un miedo espantoso.

Dòri le dirigió una sonrisa cariñosa. Le gustaba, en realidad mucho más que eso: se daba cuenta de que estaba colado por ella... aunque aún no tenía muy claro si era algo más que pura cuestión sexual.

-Nadie va a ir a la cárcel. –Miró a Marta Mist-. Ya ves lo que has conseguido; meterle el miedo en el cuerpo a Briet con tus tonterías.

Marta Mist puso gesto de ofendida.

-¿Yo? ¡Venga! Fuiste tù quien empezó a hablar de la cárcel, no yo. –Dirigiò una mirada a Brìet, puso los ojos en blanco y suspirò-. ¿Y a quièn se le ocurrió venir aquí, en realidad?

Estaban en el Hotel 101, en la calle Hverfisgata, sentados al lado de la chimenea en frente de la barra, donde estaba permitido fumar. Era un lugar que había sido muy popular entre los amigos de Harald y ellos mismos, e iban allí constantemente mientras èl estuvo, por así decir, dirigiendo aquel peculiar grupo. Al perderlo era como si el local hubiera perdido su habitual encanto.

Dòri dejó caer la cabeza y la sacudió molesto.

-Por todos los dioses, Marta. Vamos a dejarlo. ¿No podemos hablar como amigos? Pensè que tù podrías ayudarme. Me parece horrible que Hugi tenga que estar allí metido. Tienes que ser capaz de entenderlo. –Levantò la vista sin mirarla a los ojos y alargò un brazo hacia la cajetilla de cigarrillos que estaba en el centro de la mesa-. Y me estoy volviendo loco con esta tensión. ¿Y cuàndo demonios va a ser el entierro?

Brìet mirò preocupada a Marta; saltaba a la vista que confiaba en que su amiga cambiara de rumbo, y su deseo se vio satisfecho. Marta Mist suspirò profundamente, pero abandonò la arrogancia que había caracterizado su comportamiento desde que se reunieron allí, un cuarto de hora antes.

-Ay, Dòri. –Se inclinò sobre la mesa y le cogió por la barbilla, obligándole a mirarla a los ojos-. ¿No somos amigos? –Èl asintió, mohíno-. Pues escùchame. No vas a ayudar a Hugi involucrándote tù mismo en el asunto. –Èl la mirò decidido y ella continuò con tranquilidad-. Piénsalo. Por mucho que te atormentes no vas a cambiar su situación así. Lo único que conseguiríamos sería vernos metidos hasta el cuello. Eso sucedió mucho después de que lo mataran. A la poli no le interesa. A ellos les interesa el momento de la muerte. Nada màs. –Le sonrió-. El entierro tendrá que ser pronto, y entonces quedaràs libre de todo. –Dòri apartò la mirada y ella tuvo que levantarle la cabeza a la fuerza para que la mirase antes de continuar-. Yo no le matè, Dòri. Y no estoy dispuesta a sacrificarme en el altar de esos remordimientos tuyos. Eso de ir a la policía es la peor idea que has tenido jamás. En cuanto digas las palabras droga y alcohol, estaremos con la mierda hasta el cuello. ¿Entiendes?

Dòri la mirò fijamente y asintió con la cabeza.

-Pero quizá... -No tuvo ocasión de acabar la frase. Marta Mist le dijo que se callara.

-Nada de quizá. Ahora escùchame tu a mì. Eres un chico listo, Dòri. ¿Crees que la Facultad de Medicina te seguiría abriendo las puertas si supiera que tomas drogas, por no hablar de otras cosas? –Sacudiò la cabeza, apartò la mirada de Dòri y la dirigió a Brìet, que observaba absorta lo que pasaba, lista a mostrarse de acuerdo con quien dijese la última palabra, como de costumbre. Marta Mist se volvió para mirar a Dòri y dijo tan tranquila:- No te comportes como un niño pequeño. Como digo yo, lo único que le interesa a la bofia es quièn matò a Harald. Nada màs. –Hizo mucho énfasis en estas últimas palabras, y las repitió para mayor seguridad:- Nada màs.

Dòri estaba como hipnotizado. Mirò fijamente a los ojos verdes que le observaban sin parpadear desde debajo de unas cejas atravesadas por un aro. Moviò la cabeza levemente, en señal de asentimiento: las manos de Marta Mist seguían sujetándole la barbilla e hicieron fuerza para obligarle a hacerlo. Por eso precisamente había dicho que iba a ir a la policía: sabìa que ella siempre conseguía imponerle sus ideas. Apartò de su mente aquel pensamiento.

-Vale, vale.

-Ah, estupendo –murmurò Brìet enviándole una sonrisa a Dòri. Ya se sentía mucho mejor y le dio un pellizco de alegría a Marta en el brazo. Nada indicò que Marta Mist lo notase: su atención siguió centrada en Dòri, y su mano continuò en la barbilla del joven.

-¿Què hora es? –preguntò ella sin soltarle.

Briet se apresurò a pescar el mòvil rosa de un bolso que colgaba del respaldo de su silla. Desconectò el bloqueo y anunció:

-Va a ser la una y media.

-¿Què vas a hacer esta tarde? –preguntò Marta a Dòri.

-Nada –fue la breve respuesta.

-Vente a casa... yo tampoco tengo plan –respondiò Marta-. Hace mucho que no pasamos un rato juntos, y sè que te gusta estar en *petit comité* –enfaticò las últimas palabras.

Briet se rebullò incòmoda en su silla.

-¿Y si nos vamos al cine? –Mirò esperanzada a Marta, que no devolvió la mirada. Briet notò que algo le pisaba con fuerza el empeine, y cuando mirò hacia abajo vio que la bota de cuero de Marta ocultaba por completo su precioso zapato. Se sonrojò, comprendió que aquella tarde no se deseaba su presencia.

-¿Quieres ir al cine? –preguntò Marta a Dòri-. ¿O prefieres pasarte un rato tranquilamente por mi casa? –Ladeò la cabeza.

Dòri asintió.

Marta sonrió:

-¿Cuàl de las dos cosas? Aùn no me has contestado.

-A tu casa. –La voz de Dòri sonò ronca y pesada. Ninguno de los tres ignoraba de què iba todo aquello.

-Me alegro. –Marta soltò la barbilla de Dòri y dio una palmada. Hizo una señal al camarero, que pasaba cerca, y pidió la cuenta. Dòri y Briet no dijeron nada. Le acababan de hacer un feo considerable. Tampoco Dòri tenía nada que añadir. Sacò del bolsillo un billete de mil, lo dejó sobre la mesa y se puso en pie.

-Se me ha hecho demasiado tarde. Nos vemos. –Saliò y las dos chicas se volvieron para verle irse.

Cuando se hubo ido, Marta se dio la vuelta y dijo:

-Vaya culo de mal asiento que es el chico. Tendría que dejarnos en paz màs a menudo. –Mirò a su amiga, que la observaba herida-. Por todos los dioses. No vayas a ponerte de morros ahora. Dòri tiene los nervios a flor de piel estos días, y eso es de lo màs peligroso. –Le dio un cachetito a Briet en la parte superior del brazo-. Està colado por ti y esto no va a cambiarlo.

Briet esbozò una débil sonrisa.

-No, quizá no. Pero me pareció que estaba de lo màs contento contigo.

-Cariño, eso no tiene nada que ver con andar colado con alguien. Eres tù la que encandila a los tíos. Yo... bah... yo soy buena en la cama. –Se puso en pie y le lanzò una mirada gélida-. ¿Sabes una cosa? –No hubo respuesta-. Yo gozo del instante. Tù también podrías intentarlo. Deja de querer salvarte tù sola: goza de la vida.

Briet cogió su cartera. A aquello no tenía nada que responder. Ella, que había participado en toda clase de inventos con aquel grupo de gente... se sonrojò sòlo de pensarlo. ¿Aquello no era gozar de la vida? ¿Habìa dado a entender alguna vez que quería salvarse ella sola? ¿Què tontería era èsa? Cuando salian las dos juntas, la consolaba que los chicos fueran a por ella. No a por Marta. Pero era demasiado arriesgado intentar mortificarla hablando de las virtudes femeninas de cada una y estableciendo comparaciones. A Marta se la vio enseguida como una especie de Harald en femenino. Tenía dominado a Dòri. Briet no quería ir a la cárcel de mujeres. No, gracias... a la mierda con Dòri. Podría recuperarle màs tarde. Briet enderezò la espalda para destacar aùn màs sus pechos. Al ir las dos hacia la puerta, disfrutò cuando los tres hombres trajeados sentados junto a la ventana se quedaron embobados mirándola... a ella, no a Marta. Briet sonrió para sí. Las victorias pequeñas suelen ser las màs dulces.

## CAPÍTULO QUINCE

---

-Nada –dijo Pòra y, cansinamente, apartò la vista de la pantalla del ordenador y la dirigió a Matthew. Habían ido al bufete después de visitar a Hugí, entre otras cosas para comprobar si había llegado a su ordenador alguna respuesta del desconocido “Mal”.

Èl se encogió de hombros.

-¿Quièn sabe? A lo mejor no contesta nunca.

A ella le resultaba difícil rendirse tan fácilmente como Matthew.

-Pero a lo mejor Harald tiene información sobre èl en el ordenador.

Matthew enarcò las cejas.

-¿Tù tienes información sobre tus amigos en el ordenador?

-Venga, ya sabes a què me refiero, el archivo de correo electrónico donde figura la gente con la que se tienen màs contactos.

Matthew volvió a encogerse de hombros.

-Sí, sè perfectamente a què te refieres. A lo mejor Harald tenía un archivo de èsos. Nunca se sabe.

Pòra puso de nuevo el monitor en su posición habitual.

-¿Què tal si llamas a la policía para preguntar por el ordenador de Harald? –Mirò la hora de la pantalla-. No son màs que las dos, de modo que la oficina està abierta. –La carta en la que solicitaba la entrega de los informes ya no estaba en la bandeja de Bella por la mañana, de modo que todo indicaba que la había puesto en el correo el día anterior. Así que seguramente habría llegado a su destino, aunque no estaba tan claro que ya hubiesen podido tomar una decisión al respecto. Lo màs sensato sería esperar uno o dos días antes de llamar, y así resolver las dos cosas a un tiempo, el ordenador y la documentación. Pòra se quitò de la cabeza tanta sensatez y permitió que triunfase la impaciencia. De todos modos, tampoco quedaban muchas màs opciones en la reserva. Había buscado los números de móvil de los amigos de Harald en el directorio de la red y había conseguido encontrar los de Marta Mist, Briet y Brjànn. Todos se negaron a hablar con ella cuando contactò con ellos (Briet casi histèrica), alegando que ya habían informado a la policía. A Pòra y Matthew les quedaban pocos recursos, por el momento-. Llámales –reiterò.

Matthew se puso a ello y el resultado fue que podían ir a la comisaría a buscar el ordenador en cuanto quisieran. Les atendería un policía llamada Markùs Helgason.

En la comisaría, el tal Markùs saludò a Pòra en islandés, pero luego se dirigió a Matthew y le dijo en inglés con un fuerte acento islandés:

-Nos hemos visto dos veces usted y yo, en el registro domiciliario y luego vino usted a hablar con el comisario, Àrni Bjarnason. –El policía sonriò turbado-. No conectaron demasiado bien, de modo que se ha tomado la decisión de que sea yo quien les reciba esta vez. Espero que no tengan ninguna objeccìon.

Se trataba de un hombre joven, vestido con una camisa azul claro y los pantalones negros del uniforme de la policía. Era de estatura bastante baja, claro que hacía ya tiempo que se habían reducido las tallas para la policía. Por otra parte, Markùs tenía un aspecto de lo màs corriente, ni guapo ni feo, de pelo castaño y unos ojos grisáceos que no llamaban demasiado la atención. Sonriò al estrecharles la mano y aquel gesto produjo un cambio radical en la primera impresión que la había dado a Pòra. Tenía unos preciosos dientes blanquísimos, y ella deseò, en beneficio de èl mismo, que siempre tuviera motivos suficientes de alegría.

Matthew y Pòra le aseguraron que no tenían objeccìon alguna a no poder reunirse con el comisario, y el joven policía volvió a tomar la palabra, muy contento.

-Creo que estaría bien que habláramos un rato. Tenemos entendido que están investigando las circunstancias que rodearon el crimen, y puesto que nuestra investigación no está concluida formalmente, lo más lógico sería que nos sentáramos a hablar un poco. –Vaciló un momento y luego añadió, con cierto apuro-: Andan buscando el monitor de la caja donde tenemos varios ordenadores que vamos a devolver. Así que, de todos modos, no tendrán más remedio que esperar un poquito. Podemos sentarnos en mi despacho.

Pòra mirò de reojo a Matthew, que con un simple movimiento de hombros dejó ver que no tenía nada contra aquella charla. Sabía perfectamente que lo del ordenador y la caja no era más que una excusa... un manco no necesitaría más de tres minutos para realizar una tarea tan difícil como aquella. Ella no dejó traslucir nada, se limitó a poner sonrisa de foto y dijo que le parecía muy bien. El policía se sintió visiblemente aliviado y les condujo a su despacho.

No había objetos personales, con excepción de una jarra de café con el escudo y el nombre del Manchester United. El policía les pidió que se sentaran, pero esperó a hacerlo él hasta que ellos hubiesen ocupado sus sitios. Nadie dijo nada en el transcurso de esto preparativos, y el silencio había llegado a hacerse un poco embarazoso cuando por fin estuvieron todos listos para empezar.

-Bueno, ustedes dirán –dijo el policía en tono artificialmente afable. Pòra y Matthew se limitaron a sonreír, pero de momento no dijeron nada. Ella quería que fuera el policía quien diera comienzo a la conversación, y los labios apretados de Matthew indicaban a las claras que era de idéntica opinión. El policía se dio cuenta de la situación-. Tenemos entendido que han estado en Litla-Hraun esta mañana para ver a Hugi Pòrissón.

-Sí, es cierto –dijo Pòra.

-Perfecto –respondió el policía-. ¿Qué sacaron en limpio? –Miró a uno y otra alternativamente, esperando-. Es bastante extraño eso de presentarse como representantes de los deudos como hicieron aquí y a la vez como defensores del sospechoso... lo que tengo entendido que hicieron ustedes esta mañana en la prisión central.

Pòra miró a Matthew, que se volvió a ella con la palma de la mano extendida, para indicarle que debía ser ella quien respondiera.

-Digamos que las circunstancias son extrañas e inhabituales y que nosotros nos comportamos, simplemente, en consonancia con ese hecho. Sin embargo, lo que está claro es que trabajamos para la familia de Harald, aunque resulta que los intereses de Hugi Pòrissón son coincidentes con los de la familia. –Hizo una pequeña pausa para permitir al policía hacer alguna objeción, lo que éste no hizo, así que continuó-: No estamos del todo convencidos de que sea culpable. Si algo hemos sacado de nuestra conversación con él esta mañana, ha sido una mayor certidumbre en nuestra opinión.

El policía enarcó las cejas, extrañado.

-Tengo que confesar que no entiendo bien por qué están tan seguros. Todo lo que se ha podido averiguar en nuestra investigación apunta precisamente a lo contrario.

-Vemos demasiadas preguntas aún sin contestación –respondió Pòra.

El policía asintió, parecía de acuerdo.

-Eso es totalmente cierto; pero, como les digo, nuestra investigación no ha concluido. Claro, que me resultaría totalmente inesperado que saliera a la luz cualquier cosa que diera al traste con la convicción de que fue Hugi Pòrissón quien asesinó a Harald. –Extendió un dedo de una mano y fue enumerando mientras cogía uno a uno los dedos de la otra mano, que tenía abierta-. En primer lugar, estuvo con el difunto justo antes de perpetrarse el asesinato. En segundo, se encontró sangre de Harald en las ropas que llevaba el sospechoso la noche de autos. En tercer lugar, encontramos una camiseta, oculta en un armario de su casa, que se había utilizado para limpiar una cantidad considerable de sangre... que resultó ser asimismo



del difunto. En cuarto lugar, era miembro de esa asociación de magia creada por el difunto, y por ello tenía conocimientos de los signos mágicos como el grabado en el cuerpo. Y por último, estaba suficientemente obnubilado por las drogas aquella noche como para poder sacarle los ojos a un cadáver. Créanme: nadie hace esas cosas si está en su sano juicio. Se dedicaba a la venta de droga y seguramente esperaba convertirse en importador al por mayor. El muerto tenía dinero de sobra para permitirle montar el negocio, y de su cuenta corriente desapareció una bonita suma poco antes de perpetrarse el crimen. Sin dejar rastro. Eso no sucede en condiciones normales. Siempre es posible rastrear el dinero de una u otra forma. –El policía se mirò las manos. Había extendido ya todos los dedos de la mano izquierda con ayuda de la derecha-. Puedo responder a su objecciòn... por regla general hacen falta menos pruebas para condenar a alguien. Lo único que nos falta es la confesiòn, pero hay que reconocer que en circunstancias como èstas sería bastante fácil de conseguir.

Pòra intentò permanecer inmutable. Aquello de la sangre en la ropa de Hugi la había cogido totalmente por sorpresa. No había encontrado referencia alguna a tal cosa en los informes de la policía ni en los otros documentos del caso a los que había tenido acceso. Se apresurò a tomar la palabra, para que el policía no percibiera su desasosiego.

-¿No es para preocuparse que no haya consentido en confesar el crimen?

El policía la mirò con franqueza.

-No, en absoluto. ¿Sabe por què? –Continuò en cuanto ella dio muestras de que no iba a contestarle-: No recuerda nada. Se emperrea en ello con la esperanza de no haberlo hecho. ¿Por què iba a confesar un delito del que no guarda recuerdo alguno por mucho que intente recordar? Sòlo pregunto.

-¿Còmo explican el traslado del cadáver a la facultad? –preguntò Matthew-. El camello este no creo que tuviera acceso a las dependencias. Era día festivo y probablemente todo estaría cerrado.

-Robò las llaves de Harald. Muy sencillo. Encontramos un llavero en el cuerpo... en èl estaba, entre otras, la llave o, màs exactamente, la llave de seguridad, porque tienen una alarma antirrobo. Viendo el sistema fue fácil comprobar que la llave se había utilizado para entrar muy poco después del crimen.

Matthew carraspeò.

-¿Què quiere decir con muy poco después del crimen? ¿No podría haber sido muy poco antes del crimen? Las cronologías no son tan exactas en casos como èste.

-Claro que no, pero eso no cambia las cosas –respondiò el policía, màs seco que antes.

Matthew continuò... no estaba dispuesto a dejarle en paz tan fácilmente.

-Supongamos que Hugi robò la llave y transportò el cadáver desde su casa, que en realidad està bastante màs cerca, hasta el edificio de la universidad. ¿Còmo creen que se realizò el traslado? El cuerpo de un hombre adulto no es algo que se pueda meter en el bolsillo... ni llevarse en taxi.

El policía sonriò.

-Transportò el cadáver en su bicicleta. La encontramos delante del edificio de Àrnagaròur y, por si fuera poco, en ella apareció el ADN de Harald. Se encontró sangre suya en el manillar. Afortunadamente la habían dejado apoyada sobre un costado y bajo la cornisa, de modo que no se cubrió de nieve.

Matthew no dijo nada, así que fue Pòra quien hablò.

-¿Còmo saben que la bicicleta era de Hugi? –Se apresurò a añadir-: Y si lo era, ¿còmo se sabe que la dejó allí la noche de autos?

El policía sonriò àun màs satisfecho que antes.

-Apoyò la bicicleta sobre el depòsito de los cubos de basura, y allí seguía, apoyada contra la puerta. La basura se vacía el viernes, y los trabajadores del servicio de recogida de basuras del distrito están todos de acuerdo en que cuando pasaron por allí no había bicicleta alguna. El mismo Hugi reconoció la bicicleta y admitió que había estado sin tocar en el almacén de bicicletas del edificio donde vive todo el sábado... en

ello coincide la señora de la casa, que señala que la bicicleta estaba en su sitio cuando fue al trastero con su hijo pequeño a buscar el carrito a la hora de la cena.

-¿Y cómo demonios sabe un testigo que la bicicleta está en su sitio y cuál no? Porque yo he vivido en un edificio de pisos y difícilmente habría podido decir nada sobre el cuarto de las bicicletas, aunque esté allí muchas veces –dijo Pòra.

-La bicicleta llamaba la atención y Hugi la utilizaba mucho. Invierno, verano, primavera y otoño. Carecía de toda formación profesional, así que no tenía mucho donde elegir. No era tampoco excesivamente cuidadoso al dejarla en el almacén: el día de autos la había colocado encima del carro de la señora. Ella la recuerda bien, pues tuvo que levantarla para recuperar el carrito.

Matthew carraspeó.

-Si Hugi robó la llave y ésta era del sistema antirrobo, entonces imagino que también se apoderó del código, o número de acceso. ¿Cómo lo consiguió?

-Se trata precisamente de una de las dudas que teníamos al principio, pero que conseguimos resolver –respondió el agente-. En los interrogatorios a los amigos de Harald, se averiguó que al parecer les había comunicado esos datos a todos.

Pòra le miró escéptica.

-¿Y quién puede creer tal cosa? ¿Por qué demonios iba a hacerlo?

-Tengo entendido que había pensado un número rebuscadísimo. Y es que eligió el 0666, número que para él parecía poseer un especial poder demoníaco.

-En realidad, es cosa de magia, no tiene nada que ver con el demonio –puntualizó Matthew. Enseguida cambió de tema, para evitar una larga discusión sobre la naturaleza de la magia-. Hay una cosa que quizá podría usted decirnos. Encontramos la impresión de un mensaje electrónico de Harald, lo había enviado a un tal “Mal”. ¿Averiguaron algo por ese punto?

El policía le miró sin responder.

-He de reconocer que no lo recuerdo. Repasamos una cantidad enorme de documentos. Si lo desean, puedo revisar el asunto e informarles.

Pòra le explicó a grandes rasgos el mensaje, aunque estaba segura de que no les habría resultado demasiado revelador. Si hubieran sacado algo en limpio del mensaje, el policía seguramente se acordaría. Pero el agente prometió comprobar si habían hecho algo para localizar al receptor del mensaje, aunque no concedía demasiado interés a lo que Harald había encontrado.

-Sin duda tenía que ver con alguna chica a la que estuviera persiguiendo, o algo por el estilo –dijo-. Pero, cambiando de tema, ¿piensan seguir con esto mucho tiempo? –Miró alternativamente a los dos.

-Todo el que consideremos necesario –respondió Matthew con gesto ambiguo-. Aún no estoy convencido de que hayan detenido al verdadero culpable... a pesar de todo lo que nos ha indicado. Naturalmente, podría estar equivocado.

El policía sonrió con desgana.

-Les estaríamos agradecidos si nos permitieran seguir sus averiguaciones mientras la investigación siga abierta. No queremos que se produzca un conflicto entre nosotros, de modo que lo mejor sería que pudiéramos hablar de colaboración.

Pòra aprovechó la ocasión.

-Tenemos parte de los informes, pero nos faltan muchas cosas. Les envié una carta, que supongo que les llegará hoy por la mañana, en la que solicitamos poder revisar todos los informes en beneficio de los familiares... ¿Ve algún inconveniente?

El policía se encogió de hombros.

-En sì, ninguno; pero no es responsabilidad mia. No es habitual este modo de proceder, pero no obstante imagino que se les concederà la autorización. Podía llevar cierto tiempo reunirlo todo. Naturalmente, lo intentaremos... -No continuò porque llamaron a la puerta-. Pase -dijo en voz alta, y la puerta se abrió. En el umbral había una mujer policía joven, con una caja de cartón en brazos. Por el borde asomaba un ordenador negro de sobremesa.

-Aquì està el ordenador que me pediste -dijo la joven, y entrò. Dejó la caja sobre la mesa y sacò de ella un papel metido en una funda de plástico transparente-. El monitor està abajo, en recepción; lo traen directamente del almacén, porque no lo necesitábamos para nada. En realidad, es una tontería llevárselo -le dijo al policía, muy envarada-. Casi convendría avisar a los que hacen estos registros de que aunque los documentos informáticos y otras cosas como de èsas formen parte de la documentación, no es así en sentido literal. Todo està dentro del ordenador, que se puede utilizar con cualquier monitor. -Dio un golpecito sobre el aparato.

El policía no pareció demasiado contento de ver a la joven y con que utilizara aquellos modos delante de Pòra y Matthew. La mirò con ojos de reproche.

-Gracias por las aclaraciones. -Le quitò la funda de plástico y extrajo de ella un documento-. Si no le importa firmar el recibo -le dijo a Matthew-. El resto de los documentos que se cogieron en el registro están también ahì.

-¿De què documentos se trata? -preguntò Pòra-. ¿Por què no se devolvieron con los demás?

-Se trataba de efectos que preferimos estudiar màs detenidamente, una selección. En realidad no nos proporcionaron nada especial. No sè si ustedes encontraràn allì algo sustancioso, pero lo dudo. -Se puso en pie, anunciando así que la conversación había llegado a su fin.

Pòra y Matthew se levantaron de sus asientos y èste cogió la caja en brazos después de firmar la entrega.

-No olvide el monitor -dijo el policía, sonriéndole a Pòra. Èsta le devolvió la sonrisa y le aseguró que se lo llevarìa.

Fueron hacia el coche, Pòra con el monitor y Matthew con la caja. Ella cogió el montòn de documentos antes de acomodarse en el asiento del copiloto. Pasò la mirada por algunas páginas al azar mientras Matthew ponìa en marcha el coche.

-¿Què demonios es esto? -dijo asombrada, y mirò a Matthew.

## **CAPÍTULO DIECISÈIS**

---

Pòra sostenía en la mano una funda para documentos de cuero ocre que había sacado del montòn de papeles. Èsta estaba cerrada con unas cintas que desató para estudiar el contenido. El cuero conservaba una textura suave al tacto, como de guante, aunque probablemente tenía ya muchos años. Por lo menos tenía sesenta años, si significaba algo la marca que tenía impresa: NHG 1947. Pero fue el contenido, màs que la funda, la causa de su asombro.

-¿Pero què es esto? -preguntò, mirando extrañada a Matthew. Señaló unas cartas viejas que aparecieron al abrir la funda; unas cartas antiguas, para ser màs exactos, pues a juzgar por su aspecto y su escritura, eran mucho màs antiguas que su envoltura.

Matthew mirò desconcertado la funda.

-¿Estaba eso en el montòn de cosas de la caja?

-Sí –respondió Pòra mientras iba levantando la parte superior de las cartas con la yema del dedo, para comprobar cuántas eran. Dio un respingo tremendo cuando Matthew vociferó algo incomprensible y le arrebató la funda.

-¿Estás loca? –exclamó muy alterado, cerró la carpeta y puso un elástico además de las cintas. Lo hizo con bastantes dificultades, porque el volante entorpecía sus movimientos y por el escaso espacio disponible en el asiento delantero.

Pòra no sabía a qué venía aquello y se limitó a seguir en silencio las manipulaciones. Cuando él tuvo bien cerrada la funda, la depositó cuidadosamente en el asiento trasero. Luego se despojó del abrigo y lo colocó encima de la funda de modo que la carpeta quedara bien cubierta sin asomar por debajo.

-¿No convendría mover el coche? –preguntó Pòra para romper el silencio. Él se levantó a medias del asiento y se asomó fuera para ver la calle.

Agarró el volante con las dos manos y resopló.

-Perdona el arrebato. No me esperaba para nada ver aquí estos documentos, en una simple caja de cartón de la policía. –Llegó a la calle y siguieron.

-¿Y qué son esas cosas, si me está permitido preguntar? –inquirió Pòra.

-Son unas cartas antiquísimas, pertenecientes a la colección del abuelo de Harald, algunas de sus piezas más valiosas. En realidad, no son ni siquiera tasables, y es absolutamente incomprensible que Harald se las trajera a Islandia. Estoy convencido de que la compañía aseguradora sigue convencida de que están en la caja fuerte del banco, como estaba estipulado. –Matthew colocó el espejo retrovisor para no perder de vista aquel valioso cargamento-. Las escribió un aristócrata de Innsbruck en el año 1485. Las misivas de la campaña de Heinrich Kramer contra las brujas de la ciudad, antes de que la caza de brujas estuviera tan generalizada como llegaría a estarlo más tarde.

-¿Y quién era ese Heinrich Kramer? –Pòra tuvo la sensación de conocer aquel nombre, pero no podía recordar exactamente quién era.

-Uno de los autores del Martillo de las Brujas, que era una especie de manual para la caza de brujas –respondió Matthew-. Era magistrado jefe del tribunal de la inquisición en los territorios que, hoy en día, pertenecen a Alemania en su mayor parte; sin duda una persona poco recomendable, que, entre otras cosas, tenía especial aversión a las mujeres. Además de ocuparse de las imaginarias hechiceras, dedicó sus esfuerzos a la lucha contra los judíos y herejes, y en realidad contra casi todos los grupos de gente que no estaban en condiciones de defenderse.

Pòra recordó el compendio que encontró en la red.

-Sí, es cierto. –Y entonces añadió, intrigada-: ¿Estas cartas tratan de él?

-Sí –respondió Matthew-. Fue a Innsbruck. Ese individuo. Pero no venció. En realidad, se marchó... puso en marcha una investigación caracterizada por la violencia y por un uso desenfrenado de la tortura, y las sospechosas, unas cincuenta y siete mujeres, no obtuvieron los beneficios de la defensa legal, que nunca se concedía durante la instrucción, la llevasen los clérigos o las autoridades laicas. Kramer llegó a tal punto de rigurosidad cuando tenía que vérselas con las actividades sexuales de aquellas supuestas brujas, que el obispo se escandalizó y acabó expulsándole de la ciudad. Las mujeres que habían tenido encarceladas fueron liberadas inmediatamente después, pero para entonces se hallaban ya en un estado incalificable, a causa de las constantes torturas. Las cartas hablan de su maltrato a la esposa del escritor de las cartas. Como es fácil imaginar, no es una lectura muy divertida.

-¿Y a quién estaban dirigidas en realidad? –preguntó Pòra.

-Todas las cartas están dirigidas al obispo de Brixen, Georg II Gosler. El mismo obispo que acabó de expulsar de la ciudad a Kramer. Desconozco si las misivas tuvieron algún papel en ello.

-¿Cómo se hizo con ellas el abuelo de Harald?

Matthew se encogió de hombros.

-En la Alemania de la posguerra se puso en venta toda clase de cosas. La familia Guntlieb se las organizò de tal modo que el banco no sufrió pérdidas por la devaluación que trajo consigo la guerra y que arruinò a casi todo el mundo. No es un banco corriente: la gente normal no tiene cuentas en èl, nunca las ha tenido. Por muchos motivos, hay que agradecer al abuelo de Harald que los principales socios no se quedaran en la ruina en aquellos años. Fue suficientemente despierto para darse cuenta del cariz que estaban tomando las cosas... y por eso pudo poner a salvo los fondos sin que se los arrebatasen. Así se encontró en una magnífica situación para hacerse con diversas cosas cuando empezaron a cambiar las circunstancias.

-¿Pero de quièn eran las cartas para que pudiese venderlas? Las cartas del siglo XV no son cosas que la gente conserve durante tantísimos años para luego darles un puntapié en cuanto humean las ruinas a su alrededor.

Matthew se encogió de hombros.

-No tengo ni idea. Estas cartas no están catalogadas en ningún sitio, ni se dispone de ninguna fuente de ellas... de modo que podrían ser falsificaciones. Muy buenas falsificaciones, si se diera el caso. El abuelo de Harald no podía explicar la compra en detalle. Las iniciales de la funda son suyas: Niklas Harald Guntlieb, de modo que no dicen nada sobre su anterior dueño. En realidad, sospecho que fueron robadas a la iglesia en algún momento. -Matthew conducía por Snorrabraut y puso el intermitente para cambiar de carril. Se dirigían a Bergstaðstraeti, habían acordado que lo mejor sería llevar allí el ordenador. Para eso tenían que girar a la izquierda. Nadie le cedía el paso a Matthew; parecía como si los otros conductores hubieran decidido impedir por todos los medios aquel cambio de dirección y quisieran obligarle a continuar hasta Fossvogur-. ¿Pero qué querèis? -farfullò, dirigiéndose a los otros conductores.

-Cambia de carril, sin màs -dijo Pòra, acostumbrada a aquel modo de conducir-. Sus propios coches les interesan màs que adònde quieras ir tù.

Matthew se lanzó y se llevó un susto por el tremendo bocinazo de un automóvil que se vio obligado a esquivar.

-Jamàs me acostumbrarè a conducir aquí -dijo asombrado.

Pòra se limitò a sonreír.

-Pero, ¿qué se decía en las cartas... qué la pasó a la mujer?

-La torturaron -respondió Matthew-. De forma atroz.

-No me hago a la idea de que se pueda torturar de otra forma -dijo Pòra, que esperaba una explicación màs detallada-. ¿Qué le hicieron?

-El autor de la carta contaba que las manos y un pie habían quedado inutilizados al oprimirlos con una bota de hierro. Además le cortaron las dos orejas. Sin duda hubo màs cosas, pero que no llegaron al papel. Cortes y cosas de èsas. -Matthew apartò la vista un momento de la calle y la dirigió a Pòra-. Recuerdo que la conclusión del autor en una de las últimas cartas era algo de este estilo: "Ved que el mal no se halla en los despojos de mi amada, una mujer joven e inocente. Habita en aquellos que pretenden acusarla".

-Dios mío santísimo -exclamò Pòra, que no pudo evitar un estremecimiento-. Sì que lo recuerdas bien.

-Uno no olvida fácilmente lo que sale allí -respondió èl con voz seca-. Naturalmente que eso no es lo único que se cuenta en las cartas. Hay toda clase de argumentos para conseguir su liberación, desde razones legales hasta lo que se puede llamar amenazas puras y simples. El hombre se encontraba en una situación espantosa: amaba a su esposa màs que a su propia vida, pues se trataba de una muchacha bellísima, si damos crédito a lo que se dice en las cartas. No llevaban mucho tiempo casados.

-¿Pudo ir a verla a la prisión? ¿No escribió las cartas mientras ella aún estaba bajo arresto? – preguntò Pòra.

-No y sì –respondiò Matthew-. No: no le autorizaron a verla, pero uno de los guardias observò el lamentable estado en que se encontraba la mujer y transmitió los mensajes de uno a otro... mensajes que fueron haciéndose màs desgarradores cada vez y desesperanzados, según las cartas. Por lo que respecta a la última pregunta, todas las cartas, menos una, fueron escritas mientras ella estaba encarcelada y el esposo intentaba liberarla. De modo que de todas las cartas, sòlo una està escrita después de la liberación de la mujer. Y es esa misiva la que muestra la dureza del destino de aquellas personas, un destino que haríamos bien en recordar cuando nos enfurecemos por las dificultades a las que nos enfrentamos nosotros mismos.

-¿Y por què? –preguntò Pòra, aunque en realidad no quería saber la respuesta.

-Tienes que recordar que en esa época la medicina no se parecía en lo màs mínimo a la que conocemos hoy en día, en realidad no era màs que charlatanería. Puedes imaginarte perfectamente los sufrimientos que habían de padecer enfermos y heridos, por no hablar del sufrimiento psicológico de una mujer joven que había sido la niña de los ojos de todos los hombres y que, entre otras cosas, era admirada por su belleza física. Cuando la liberaron, uno de sus pies y todos los dedos de sus manos, estaban pulverizados. El cuerpo cubierto de cicatrices de las cuchilladas que le habían infligido en busca de lugares por los que no sangrara, y otras cosas que se insinúan pero no se explican. ¿Què harías tù? –Matthew se volvió a mirar a Pòra.

-¿Tenìa hijos? –preguntò Pòra. Involuntariamente, su mano derecha se alzò hacia la oreja... nunca se había dado cuenta cabal de la importancia que tenía para ella la apariencia física.

-No –respondiò èl.

-Entonces se suicidò –dijo ella sin pensárselo dos veces-. Por los hijos se pueden aguantar torturas y dolores, pero no por muchas otras cosas.

-Bingo –exclamò Matthew-. Vivían en unas tierras propias junto a un riachuelo y fue cojeando hacia allí una noche, al poco de volver a casa, y se arrojò al agua. Si hubiese estado en mejores condiciones, quizá habría podido decidirse por la vida, pero vestida con los gruesos ropajes que se usaban en aquella época, sería incapaz de hacer nada, teniendo las manos y el pie inutilizados.

-¿Y èl què hizo? ¿Lo decía en la carta? –preguntò Pòra, procurando apartar de su mente cualquier pensamiento sobre aquella joven.

-Sì, en realidad en la carta dice que le ha arrebatado al inquisidor Kramer lo màs valioso que tenía en su vida, del mismo modo que èste le había despojado a èl de lo màs valioso de su propia vida... y que ya estaba en el largo camino hacia la perdición –respondiò Matthew-. La historia ignora què fue de la venganza, o a què demonios se refieren estas palabras. Las fuentes contemporáneas no proporcionan detalles màs precisos. Luego le dice al obispo que puede dormir tranquilo: que no atendió a tiempo su ruego, como conviene de un siervo de Dios. Cita luego algo del Antiguo Testamento.. que, como sabes, trata de todo menos del perdón. No puedo explicarlo muy bien, pero en esas palabras finales se escondía una especie de amenaza que ignoro si se cumplió.. el obispo murió varios años después. Bien puede ser que se deshiciese èl mismo de las cartas, pues no le apetecería mucho que se conservaran entre los documentos de la iglesia.

-Me parece una explicación un tanto improbable –dijo Pòra-. Si quería deshacerse de ellas... ¿por què no las quemò? Precisamente el fuego no era lo que le faltaba.

Matthew estaba dedicado a encontrar apacamiento cerca del apartamento de Harald. Las plazas de al lado de la casa estaban ocupadas.

-No lo sè... Quisà vio ante èl a Pedro con sus llaves y a Dios en persona... tal vez no querìa llamar la atención sobre el contenido de las cartas quemándolas.. el humo sube a los cielos, ya lo sabes.

-¿De modo que no crees que las cartas sean falsas? –preguntò ella.

-No, no he dicho eso. En ellas hay cosas que no encajan.

-¿Còmo cuàles?

-Principalmente en lo tocante a unas referencias al horrible libro de Kramer. El autor de las cartas lo dice con un estilo florido y barroco que no llega a ocultar el demoniaco origen de su contenido.

-¿No puede haber tenido acceso al Martillo de las Brujas? Kramer debìa llevarlo consigo.

-No encaja –respondiò Matthew-. La historia afirma que ese libro tan entretenido no se publicò hasta el año siguiente, 1486.

-¿Se ha comprobado el papel y la tinta? –preguntò Pòra.

-Sì, correspondian màs o menos, pero eso no importa demasiado. Los falsificadores utilizan papel y tinta antiguos, o pintura, para engañar a los que investigan estas cosas.

-¿Tinta antigua? –preguntò la abogada llena de dudas.

-Sì, màs o menos. Preparan la tinta con materiales antiguos o sacan la tinta de algo antiguo que no sea demasiado fácil de vender. El resultado es el mismo.

-Pues menuda complicación –dijo Pòra, feliz y contenta por no ser falsificadora.

-Mmmm –murmurò èl y bajaron del coche.

-¿Pero por què tenìa Harald estas cartas? –preguntò ella-. ¿Creìa que eran las autènticas o pensaba que eran falsificaciones?

Matthew cerrò la puerta del lado del conductor y abrió la de atrás. Se inclinò para coger la caja, pero antes envolvió la funda en su chaquetón y la colocò cuidadosamente sobre la caja. Si sintió frìo al quedarse sòlo con el jersey, no lo aparentaba.

-Harald estaba convencido de que eran autènticas; le apasionaba el problema de què podìa ser lo que perdiò Kramer por la venganza que se menciona en la carta. Se dedicò a rastrear por todas partes, en busca de la màs mínima indicación, y estudiò documentos de todo tipo por todas partes de Alemania, e incluso visitò la Biblioteca del Vaticano. Pero no consiguiò encontrar nada que le diese la menor pista. Por lo demás, no se sabe tanto sobre Kramer; fue un desconocido durante quinientos años.

Pòra vio en la nieve unas huellas que daban la vuelta a la esquina del edificio... en dirección a la puerta principal de la casa de Harald. Con la barbilla le indicò a Matthew aquellas señales recientes de que alguien había pasado por allí; las huellas iban sòlo en una dirección, de modo que no podìa tratarse del cartero ni del chico de los periódicos.

Delante de la puerta había un hombre. Se había alejado un poco de la entrada para intentar ver por las ventanas del piso superior. Se sobresaltò cuando sonaron en la esquina los pasos de Matthew y Pòra. Se quedó mirándolos boquiabierto y empezó a balbucear algo antes de encontrar por fin las palabras que querìa decir:

-¿Conocian ustedes a Harald Guntlieb?

## **CAPÍTULO DIECISIETE**

---

-Buenas tardes. Me llamo Gunnar Gestvík, soy el decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Islandia.

Se le veía muy inquieto, no sabía en qué pierna apoyarse, como si le dolieran los pies; llevaba un elegante chaquetón de una marca que Pòra reconoció del ropero de su ex marido. Por debajo del abrigo iba vestido con traje de chaqueta y, sobresaliendo por el cuello, se podía ver un nudo de corbata de colores, muy bien hecho, y un cuello de camisa azul claro. Su porte mostraba a un hombre compuesto y bien situado. Y que las costuras de su compostura se le habían abierto en aquel momento. Saltaba a la vista que aquel Gunnar no se esperaba aquel encuentro y que le estaba costando mucho decidir cuál sería su siguiente paso. Pòra sabía que se trataba del hombre que había encontrado el cadáver de Harald, o que lo había acogido entre sus brazos, para ser más precisos. Pero no podía imaginarse siquiera qué es lo que podía querer para ir a la casa de su antiguo alumno. ¿Sería quizá una actividad terapéutica recomendada por su psicólogo?

-Pasaba por aquí cerca y decidí comprobar si había alguien –dijo Gunnar, indeciso.

-¿Aquí? ¿En casa de Harald? –preguntó Pòra, extrañada.

-Naturalmente que no pensaba encontrármelo a él –se apresuró a añadir-. Pensaba que podría haber alguien por aquí, un portero o algo así.

Matthew no comprendía una sola palabra y dejó que Pòra siguiera la conversación, aunque el nombre sí lo había entendido. Se colocó subrepticamente enfrente de Pòra, a espaldas de Gunnar, y le indicó con toda clase de guiños que invitara al hombre a entrar. Sacó sus llaves del bolsillo y abrió la puerta exterior.

Gunnar se dio cuenta de los gestos de Matthew, que parecía extrañamente excitado.

-¿Tienen ustedes acceso a la vivienda? –preguntó a Pòra.

-Sí, Matthew trabaja para la familia Guntlieb y yo soy, digamos, su abogada. Venimos de la policía, e íbamos a deshacernos del cargamento. ¿Quiere entrar? Nos encantaría charlar un momento con usted.

Obviamente, a Gunnar no le resultó nada fácil esconder lo contento que le puso aquella invitación. Aceptó y les dio las gracias, tras mirar su reloj de pulsera y calcular el tiempo que podía dedicarles. Dejó pasar primero a la mujer, pero pese a lo cuidado de sus ropas, no parecía un auténtico caballero: por lo menos, no se ofreció a ayudarla a subir el pesado monitor hasta el piso de arriba.

La reacción de Gunnar fue muy distinta a la que mostró Pòra al entrar en el apartamento la primera vez. Ni siquiera cayó en la cuenta de quitarse el chaquetón y colgarlo en el perchero, sino que entró hipnotizado en el salón y se puso a mirar lo que colgaba en las paredes. Matthew y Pòra se lo tomaron con más tranquilidad; dejaron el cargamento y se quitaron los abrigos. Matthew sacó de la caja la funda de cuero de cartas antiguas, la extrajo del chaquetón en el que la había envuelto y se fue con ella por el pasillo hacia el dormitorio. Pòra se quedó atrás para hacer los honores a Gunnar. Fue hacia él y se situó a su lado, aunque sin poner obstáculo alguno a su contemplación de las antiguas obras de arte.

-Es una interesante colección de arte –dijo ella. Trató de acordarse de lo que le había contado Matthew sobre los cuadros, aunque no estaba segura de poder repetirlo todo, de modo que decidió no dárselas de entendida.

-¿Cómo consiguió todo esto? –preguntó Gunnar-. ¿Lo robó?

Pòra se quedó confundida. ¿Cómo podía ocurrírsele semejante idea a aquel hombre?

-No. Todo lo heredó de su abuelo –vaciló, pero continuó-. ¿Se llevaba mal con Harald?

Gunnar se sobresaltó.

-No, qué va, válgame Dios. Me llevaba estupendamente con él. –El tono de voz no indicaba precisamente una sinceridad absoluta, y el decano pareció darse cuenta. Hizo ímprobos esfuerzos por corregirlo-. Harald era un joven excepcionalmente inteligente y que dominaba magníficamente la historia. Y sus métodos de trabajo eran auténticamente ejemplares, de lo que ya no queda, por desgracia.

Pòra no estaba convencida todavía.



-¿De modo que fue un alumno modélico?

Gunnar forzó una sonrisa.

-Quizà pueda expresarse así. Por supuesto que era de lo menos convencional en su aspecto y su comportamiento, pero uno es incapaz de juzgar la moda de la gente joven. Me acuerdo de los Beatles y la moda causada por su fama. Mis mayores no la tenían en muy buen concepto precisamente. Yo ya soy lo bastante mayor para comprender que la rebeldía de los jóvenes puede adoptar imágenes muy distintas.

Era demasiado eso de comparar a Harald con los Beatles.

-Pues a mì no se me había ocurrido ver así las cosas. –Dirigiò a Gunnar una sonrisa de foto-. Pero claro, yo no le conocía personalmente.

-Usted dijo que era abogada, ¿què le ha encargado la familia? ¿Los asuntos de la herencia? Lo que hay en estas paredes tiene un valor en absoluto escaso.

-No, no tiene nada que ver con eso –respondiò ella-. Estamos revisando la investigación del crimen: la familia no està del todo satisfecha con los informes de la policía.

Gunnar se quedó mirándola, perplejo. La nuez subió y bajò por su garganta.

-¿Què quiere usted decir? ¿No han encontrado ya al asesino... el vendedor de drogas ese?

Pòra se encogió de hombros.

-Consideramos que hay algunas cosas que hacen pensar que el asesino no fue èl. –Percibiò por varios indicios que Gunnar no se alegraba demasiado de oír la noticia. Añadió-: Todo acabará por saberse. Quizá estemos equivocados nosotros... o quizá no.

-Tal vez no sea asunto mìo, pero ¿què es lo que apunta a la inocencia de ese hombre? ¿Saben ustedes algo que la policía ignora?

-No estamos ocultando nada a la policía, si eso es lo que quiere usted insinuar –replicò Pòra, molesta-. Sencillamente, no estamos satisfechos con sus conclusiones en algunas cuestiones de peso.

Gunnar suspirò.

-Perdone; no puedo estar del todo sereno cuando se trata de este caso. La verdad, me gustaría que todo esto acabase de una vez. Para mì ha sido terriblemente difícil, y encima ha salpicado a la facultad.

-Lo comprendo –dijo Pòra-. Pero no se trata de acusar a la persona equivocada, por mucho que el asunto haya salpicado a la facultad... ¿verdad?

Gunnar se recompuso y se apresurò a contestar:

-No, no, no. Claro que no. Uno tendría que dejar de pensar sòlo en sus propios intereses, todo tiene límites. No me malinterprete.

-Y cambiando de tema, ¿por què vino usted aquí? –preguntò ella. No sabìa què era lo que retenìa a Matthew.

Gunnar apartò su mirada de Pòra y contemplò uno de los cuadros.

-Realmente esperaba poder ponerme en contacto con alguien que atendiese las cosas de Harald. Parece que lo conseguí.

-¿Por què?

-Cuando Harald fue asesinado, acababa de... còmo expresarlo... bueno, acababa de recibir en préstamo un documentod de la universidad que no ha sido devuelto. Estoy buscándolo. –Gunnar no apartaba la mirada del cuadro.

-¿De què documento se trataba? –preguntò Pòra-. Aquí hay muchos.

-Es una carta antigua dirigida al obispo de Roskilde, del siglo XVI. La tenemos en préstamo de Dinamarca y por eso es importantísimo que no se nos despiste.

-Suena bastante serio –dijo la abogada-. ¿Por què no informó a la policía? Sin duda habrían podido encontrar el documento.

-No se ha sabido hasta ahora... yo no tenía ni idea del tema cuando me interrogaron; si no, les habría pedido que me devolvieran el documento. Al venir aquí, tenía la esperanza de que me permitieran buscarlo sin necesidad de alertar a la policía, a fin de solucionar de forma sencilla un problema grave. No tengo especiales deseos de dar más explicaciones. Es algo que la experiencia ha ido enseñándome a lo largo de la vida. Esto no tiene ninguna relación con el asesinato, eso puedo prometérselo.

-Quizà no –dijo Pòra-. Pero desgraciadamente no hemos encontrado ninguna carta. Claro que no hemos concluido la inspección de todos los documentos de Harald. Es posible que aparezca durante la búsqueda.

Matthew apareció a toda prisa con unos papeles en la mano y se sentò en el precioso sofà. Con un amplio gesto de la mano les indicó que hicieran lo mismo. Pòra se instalò en el sillòn y Gunnar se dirigió al otro sofà, que estaba justo delante de Matthew, y tomò asiento allí. Pòra explicó a Matthew lo que el decano había ido a hacer allí, y aquèl se limitò a repetir las palabras que Pòra acababa de pronunciar: no había encontrado el documento, pero eso no significaba de modo definitivo que no pudiera estar allí. Dicho eso, puso los papeles sobre la mesita. Se dirigió entonces a Gunnar.

-Usted estaba encargado de supervisar la investigación de Harald, ¿me equivoco?

-No y sì, màs o menos –respondió Gunnar, cauteloso.

-¿Què quiere decir eso? –preguntò Matthew con hosquedad-. ¿No se encarga cada cual de unos alumnos a la hora de escribir la tesis.

-Sì, sì, claro que sì –se apresurò a decir el profesor-. Pero es que èl no había llegado aùn al punto en que se revisa el trabajo un representante de la facultad. Sòlo me referìa a eso. Se había hecho cargo de èl el profesor Porbjörn Òlafsson. Yo lo seguía desde lejos, si se puede expresar de ese modo.

-Comprendo. Pero a pesar de todo supongo que habría presentado algún borrador, o una idea del tema de la investigación, ¿o no?

-Sì, sì. Entregò un resumen... si recuerdo bien, se hizo al principio de su primer semestre en la facultad. Revisamos el tema y estuvimos de acuerdo a grandes rasgos, y luego Probjörn dio los siguientes pasos. El tema entraba en su campo.

-¿De què se trataba la tesis? –preguntò Pòra.

-Una comparación de la persecución de brujas en Islandia y otras partes de Europa, especialmente en los territorios que ahora conocemos como Alemania. La plaga alcanzò allí su máxima virulencia, si se puede decir así. Harald ya había trabajado en una investigación relacionada con las brujas... con ocasión de su tesina de Historia de la Universidad de Mùnich.

Matthew asintió con la cabeza, pensativo.

-¿Me equivoco en que la quema de brujas en Islandia tuvo lugar durante el siglo XVII?

-Fue entonces, sì. En realidad hay fuentes sobre personas condenadas por brujería antes de esa época, pero la caza de brujas propiamente dicha no comienza hasta ese siglo. La primera quema conocida tuvo lugar en el año 1625.

-Sì, eso tenía entendido –dijo Matthew, que parecía confuso. Extendió los documentos que había puesto sobre la mesita-. Curiosamente, entre los papeles de Harald encuentro muy pocas cosas sobre la quema de brujas en Islandia, y no comprendo por què estaba tan interesado en sucesos que tuvieron lugar con anterioridad. Quizá pueda usted ilustrarme, tal vez pueda ver usted alguna relación histórica que nosotros ignoramos.

-¿A què sucesos se refiere? –preguntò Gunnar, inclinándose sobre los papeles, que eran artículos impresos y fotocopiados.

Mientras el decano examinaba por encima los papeles, Matthew iba enumerándolos.

-Erupción del Hekla, año 1510; peste en Dinamarca, hacia 1500; Reforma protestante, año 1550; cuevas de monjes irlandeses antes de la colonización de Islandia y cosas por el estilo. Por lo que a mí respecta no veo relación, pero claro, no soy historiador.

Gunnar siguió repasando los papeles. Después de considerar el contenido de todos los documentos, tomó por fin la palabra.

-Pues resulta que todo esto no tiene una relación directa con la tesis. Harald podría haberse hecho con estos artículos para otras asignaturas en las que estaba matriculado. Naturalmente, he de reconocer que la colonización de Islandia es el tema de mi especialidad, y Harald no asistía a mis clases, lo que quizá habría podido explicar este artículo sobre los monjes irlandeses. A pesar de todo, la conclusión que puedo sacar es que estas cosas están relacionadas con los estudios que seguía mientras escribía la tesis.

Matthew miró secamente a Gunnar.

-No, ése no es el asunto. La mayor parte de estas cosas procede de una carpeta titulada Malleus... supongo que el nombre le es conocido. -Matthew señaló unas perforaciones en el margen de las páginas-. Yo saqué la conclusión de que había reunido estas cosas por su investigación en relación con la brujería.

-Sí, claro que me suena ese nombre... ¿no podía haber puesto todo eso en una carpeta vieja sin quitar el título antiguo? -preguntó Gunnar.

-Sin duda -respondió Matthew-. Pero, por algún motivo, creo que no fue así.

El profesor volvió a mirar el montón de papeles.

-Tengo que confesar que no es nada obvio. Lo único que saco a primera vista es cierta relación con la Reforma protestante... en cierto modo es un antecedente de la caza de brujas, igual que en otras muchas partes de Europa. Las creencias se modificaron y la gente sufrió una especie de crisis de fe por tantos cambios. Por lo que se refiere a la erupción del Hekla y a la peste, Harald estaría comprobando la relación entre las persecuciones y el escenario económico del momento. Los fenómenos naturales y las enfermedades tuvieron gran influencia en aquella época. Claro que hay otras erupciones, por ejemplo, la del Hekla en 1636 y otras epidemias más próximas en el tiempo de las persecuciones, y habría sido más normal estudiar éstas en vez de las que se discuten en estos artículos. -Dio un golpecito sobre el montón de papeles.

-¿De modo que esto no es algo que discutiera usted o ese Probjörn en las reuniones para hablar de la tesis? -preguntó Pòra.

-No, conmigo no. Pero tampoco Porbjörn recuerda algo así de las reuniones que tuvo con Harald en mi ausencia -respondió Gunnar, que añadió enseguida-: Como les he dicho, el tema de tesis de Harald estaba en fase de desarrollo. Sus principales puntos parecían estar cambiando: ciertamente le indicó a Porbjörn que incluso le interesaban más los efectos de la Reforma que las quemaduras de brujas, aunque no había avanzado aún mucho en esa línea cuando lo mataron.

-¿Y eso es normal? -preguntó ella-. ¿Es normal cambiar así de opinión?

Gunnar asintió.

-Sí, es muy habitual. La gente se pone en marcha, llena de interés, luego ve que el tema no es tan atractivo como pensaba al principio y opta por otro asunto. Además, tenemos una larga lista de temas interesantes de investigación que podemos ofrecer a nuestros alumnos cuando se quedan sin ideas.

-A juzgar por la pasión de Harald por los asuntos de magia en general -dijo Matthew, señalando las paredes del salón para dar más peso a sus palabras-, pasión que le acompañaba desde una edad muy temprana, me parece más bien dudoso que la Reforma llegase a resultarles más interesante todavía.

-Harald era católico, como sin duda saben ustedes -respondió Gunnar y sus dos interlocutores asintieron con la cabeza-. Lo que le atraía era, sobre todo, que con el luteranismo, aquí en Islandia, hacia 1550, empeoraron las condiciones de vida de la gente, especialmente las de las clases más desfavorecidas.

La Iglesia católica conservò todas sus propiedades en el país, pero con la Reforma propiedades y tierras eclesiales fueron a parar al rey de Dinamarca, y con ello el país sufrió un serio empobrecimiento. Además, la Iglesia católica practicaba la caridad, proporcionando a los más necesitados albergue y comida. Todo eso se acabò al llegar el luteranismo. Esto le pareció a Harald de lo más interesante, pues la Iglesia católica no suele verse nunca a esa luz. También estaba entusiasmado con que los clérigos y obispos católicos pudiesen tener concubinas e hijos... lo que no era el caso en otros obispados de Europa en esa época, y en realidad ahora tampoco.

Matthew no parecía muy convencido.

-Sí, quizá. ¿No puede ser que sus reuniones con ese tal Porbjörn no entraran en el fondo de su investigación? ¿Que Harald estuviera trabajando en algo que Porbjörn, y quizá usted también, pudieran ignorar?

-De eso no tengo ni idea, como se puede imaginar –respondió el decano-. Pero cuanto menos, no era esa la sensación que tuve en su momento. Más no puedo decirles. Naturalmente, podía haber estado mirando toda clase de cosas sin que yo me enterase... yo no seguía todos sus pasos, no se espera de mí nada por el estilo. Los alumnos de maestría van mucho a su aire y trabajan de forma muy independiente. Pero calculo que esto podrán hablarlo con Porbjörn, si quieren más detalles sobre el tema. Yo puedo asistir también a la reunión, si lo desean.

Matthew mirò a Pòra, que asintió con la cabeza para mostrar su conformidad.

-Pues sí, gracias, aceptamos la idea –dijo Matthew-. En cuanto sepa usted cuándo tiene Porbjörn un rato libre, puede telefonarme. También si recuerda cualquier cosa que pudiera ser importante. –Le entregò a Gunnar su tarjeta.

Pòra sacò también su tarjeta del bolso y se la dio.

-Y miraremos si la carta que està buscando se encuentra entre los papeles que tenemos ahora entre manos.

-Me encantaría; es una auténtica complicación para la facultad, y lo último que querría es darla por perdida. Desgraciadamente no llevo mi tarjeta encima, pero me pueden localizar fácilmente en el teléfono del despacho. –Se puso en pie.

-Acerca de los amigos de Harald –dijo Matthew-, ¿podría ponernos en contacto con ellos? Querriamos poder hablar con quienes mejor le conocían; quizá puedan arrojar alguna luz sobre el caso y contarnos en qué andaba metido Harald. Intentamos contactar con alguno de ellos esta mañana, pero se niegan a hablar con nosotros.

-Supongo que se refiere a los jóvenes que formaban parte de esa asociación suya –dijo Gunnar-. Pues sí, podría hacerlo. La asociación tiene su sede en la facultad y de vez en cuando me cruzo con alguno de ellos. En realidad, tenía la esperanza de que la asociación se desbandara con la desaparición de Harald. No me parecía que redundara en beneficio de la reputación de la facultad, y en consecuencia no me hacía ninguna gracia prestarles apoyo con la cesión de la sede. Pero las cosas no las decido yo solo, así que tengo que acatar la decisión. Puedo reunirme con los dos alumnos nuestros que participan en la asociación. Ellos podrían ponerles a ustedes en contacto con otros estudiantes que tenían trato con Harald.

-Le estaríamos muy agradecidos. –Pòra le sonrió-. ¿Por qué le desagrada tanto la asociación?

Gunnar pareció pensar qué contestación darles.

-Fue como hace medio año o así. Yo estaba convencido, y sigo estándolo, de que estaba relacionado con esa asociación, pero no puedo demostrarlo, por desgracia.

-¿Qué sucedió? –preguntò Matthew.

-No sé si debería hablar mucho de ello –dijo el decano, buscando con cuidado las palabras-. El asunto se silenció y no se le dio la publicidad debida.

-¿El què? –preguntaron Matthew y Pòra al unísono.

Gunnar se agitò, incòmodo.

-Encontramos un dedo.

-¿Un dedo? –Otra vez coincidieron Matthew y Pòra, ahora en su asombro.

-Sì, una de las mujeres de la limpieza encontró un dedo justo delante del local de la asociación. Aùn tengo en los oídos el chillido que pegò la buena mujer. Enviamos el dedo para que lo investigaran en el departamento de Patología de la universidad y resultò ser de un anciano... no fue posible determinar el sexo, pero muy probablemente pertenecía a un varòn. Estaba necrosado.

-¿No se informó a la policía? –preguntò Pòra, desconcertada.

Gunnar se ruborizò.

-Me encantaría poder responderles que sì, pero como nosotros mismos nos enfrascamos en investigar el origen del dedo, y el motivo es que estaba dentro de nuestra facultad, nos pareció poco prudente darle publicidad al asunto, tanto tiempo después de que apareciese, ya comprenden. Y además llegaron las vacaciones de verano y esas cosas.

Pòra no creyò que las vacaciones de verano tuvieran mucho que ver. Podían dar gracias, quizá, de que no hubiera nadie con permiso de maternidad cuando apareció el cadáver de Harald. O de que la Facultad de Historia no hubiese decidido investigar el asesinato por su cuenta.

-Pues vaya.

-¿Y què hicieron con el dedo? –preguntò Matthew.

-Mmmm, pues nos deshicimos de èl –farfullò Gunnar. El rubor le subió por las mejillas y alcanzò la raíz de sus cabellos-. Pero està claro que eso no tiene ninguna relación con el crimen, de ahì que no hubiese motivo para ir a soltarle ese desdichado incidente a la policía. Tenían otras cosas en què pensar.

-Pues vaya –repitiò Pòra. Un dedo, ojos, una carta sobre orejas cortadas... ¿què será lo siguiente?

## **CAPÍTULO DIECIOCHO**

---

Pòra se desperezò y volvió a apoyarse en el respaldo de la silla. Acababa de conectar el último cable al ordenador y ya no quedaba sino encenderlo. Ella y Matthew se encontraban en el estudio de Harald; por fin se había ido el inoportuno Gunnar Gestvik.

-He de reconocer que esa intuición tuya y de la familia Guntlieb sobre el asesino desconocido me resulta cada vez màs alejada de cualquier sentido común. –Manipulò el ordenador y de inmediato oyò un zumbido que indicaba que el aparato estaba iniciándose-. Eso de la sangre en la ropa de Hugi, por ejemplo. ¿Còmo encaja eso con vuestras intuiciones? –Matthew no respondió, así que Pòra continuò-. Y lo de los papeles... no veo ninguna relación entre el crimen y la tesis, especialmente porque Harald no parecía tener las ideas claras a la hora de consultar sus fuentes.

-Yo estoy seguro de lo que pienso –dijo Matthew sin mirarla directamente.

Algo en su comportamiento llamò poderosamente la atención de Pòra. No era propio de èl no mirarla a los ojos, pero aparte de ese detalle, se percatò de còmo miraba la pantalla de su teléfono móvil: como si estuviera esperando alguna llamada y temiese que la conversación con ella se la hiciese perder. Pòra enlazò las manos y aguzò la vista.

-Me estàs ocultando algo.

Matthew seguía observando la pantalla, a la espera de algo.

-Sí, pero la verdad, espero que en el poco tiempo que hace que nos conocemos no haya dejado al descubierto todos mis secretos –dijo Matthew con una artificial ironía en la voz.

-No digas tonterías; sabes perfectamente lo que quiero decir. Tiene que haber algo escondido, además del dinero que desapareció y de los ojos. –A Pòra le seguía resultando difícil hablar de la desaparición de los ojos del cadáver. Aùn no había sido capaz de construir una sola frase al respecto que diera impresión de naturalidad. Por lo que fuese, las palabras no conseguían expresar nada cuando se trataba de aquel tema.

-De verdad, no hay nada màs... bueno, unos cuantos mensajes de correo electrónico que de por sí no dicen nada, y ahora ese dedo de la universidad, que puso a los catedráticos tan nerviosos que acabaron tirándolo a la basura. –Matthew se metió el móvil en el bolsillo-. Y aunque te estuviera escondiendo algo... ¿estàs dispuesta a aceptar mi palabra de que Hugi no puede ser el asesino o de que, por lo menos, no lo perpetrò èl solo?

Pòra soltò una risilla:

-No... realmente no.

Matthew se puso en pie.

-Una pena. Pero te dirè que no puedo tomar decisiones sobre ciertos asuntos por mi cuenta y riesgo –dijo, apresurándose a añadir-: Es decir, si realmente hubiese algo màs.

-Sí imaginamos que es asì... e imaginamos que quien puede tomar la decisión de que yo participe quizá lo permitiría... ¿no estaría bien que lo reconocieras tù ya?

Matthew la mirò y salió al pasillo. Ella se percatò de que tenía otra vez el móvil en la mano. Al parecer había sonado. Pòra prestò atención pero sòlo pudo escuchar a duras penas que se estaba produciendo una conversación en el pasillo. Renunciò a seguir intentándolo y se volvió hacia el ordenador. Una cajita gris en medio de la pantalla le decía que escribiese el password del Administrador. Pòra ignoraba la clave y tuvo que ensayar una palabra tras otra: harald, malleus, Windows, hexen y otras por el estilo. Nada. Se echò hacia atrás y mirò desesperada a su alrededor, en busca de inspiración. En una estantería que había encima del escritorio había una fotografía enmarcada y la cogió. Era la foto de una mujer joven, invàlida, sentada en una silla de ruedas. No hacìa falta ser muy listo para darse cuenta de que era la hermana de Harald, la que había muerto unos años antes. ¿Pero còmo se llamaba? ¿No le habían puesto el nombre de su madre? ¿Anna? No, pero era algo que comenzaba por A. no era Agata, ni Angelina. Amelia: se llamaba Amelia Guntlieb. Pòra escribió el nombre. Nada. Suspirò, pero decidió volver a intentarlo, ahora escribiendo el nombre en minúsculas.. quitando la mayúscula del principio... amelia.

¡Bingo! El ordenador produjo la archiconocida melodía de Windows y Pòra ya estaba dentro. Pensó en cuànto tiempo habría necesitado la policía para encontrar la clave, pero se dio cuenta de que ellos debían de tener algún especialista en informática que entrara por la puerta de atrás. No perdían el tiempo con pruebas inútiles. La imagen de la pantalla era bastante poco corriente, y Pòra precisó de un rato para comprender lo que mostraba. No todos los días tenía la oportunidad de ver una boca abierta en una pantalla de diecisiete pulgadas. Y no digamos una boca cuya lengua estaba separada por los lados, sujeta por dos pinzas de acero inoxidable y con una hendidura de color rojo fuego en el centro de la punta de la lengua, o màs exactamente, de las dos puntas de la lengua. Aunque a ella le resultara asqueroso pensarlo, era evidente que la foto se había tomado cuando estaban rajando la lengua. O la operación estaba aùn en marcha o acababan de terminarla. Pòra habría apostado lo que fuera con quien fuera a que sabía quièn era el propietario de aquella lengua. Tenía que ser Harald en persona. Tosió para librarse de las nàuseas.

En el ordenador había aproximadamente cuatrocientos documentos de texto. Pòra los ordenò por antigüedad, de modo que los màs recientes apareciesen en primer lugar. Los nombres eran reveladores. En las primeras posiciones estaban archivos que tenían en común contener el título de Hexen. Como se había

hecho ya bastante tarde, Pòra metió la mano en su bolso y sacò su Pendrive USB. Copiò en èl los archivos de brujería para poder mirarlos tranquilamente en casa por la noche... si Matthew le confiaba lo que la familia Guntlieb le había estado ocultando hasta aquel momento. Si no lo hacía, dedicaría la velada a considerar si no tenía ya motivo màs que suficiente para mandarlos a freír espárragos. No le apetecía lo màs mínimo trabajar de figurita de adorno.

Matthew seguía sin dar señales de vida, así que Pòra decidió ver los archivos codificados que pudiera haber en el ordenador. Con la màs exquisita de las cortesías, le pidió al perrito que le enseñara todos los archivos que acabaran en .pdf y obtuvo como recompensa unos sesenta. Los ordenò cronológicamente e hizo copias de los màs recientes, que incorporò al pendrive. Tenía ya tarea de sobra para la noche, eso ya estaba màs que claro. Pensò en echar un vistazo a las fotos que hubiera en el ordenador y las recuperò. Aparecieron cien archivos pero los nombres no le dijeron nada, pues el ordenador, por su cuenta y riesgo, les había asignado códigos numéricos. Harald no se había entretenido en dar nombre a los archivos, pero tampoco Pòra lo hacía cuando descargaba las fotos en su propio ordenador. Decidió elegir la opción de vista previa para poder hacerse a una idea, con un vistazo rápido, de lo que había en cada foto. Como las veces anteriores, las ordenò cronológicamente. Vio que las fotos màs recientes se habían tomado en el apartamento. La temática de aquellas imágenes era un tanto peculiar... en realidad ninguna era una foto de nada, hablando con propiedad, la mayoría estaban tomadas en la cocina durante la preparación de la comida, fotografiada por arriba y por abajo. No se veía a nadie en las fotos, pero en dos de ellas se podía reconocer unas manos, y Pòra las copiò en el pendrive, por si se diera el caso de que las fotos mostrasen al asesino. Nunca se sabe. Las otras fotos, de viejos platos de pasta en diferentes estados de su preparación, las dejó en paz.

Pòra fue recorriendo con la vista y vio que muchas de las fotos podían ser un tanto incòmodas para los que aparecían en ellas, pues habían sido tomadas en distintas actividades sexuales. Se sonrojò en nombre de los participantes cuando vio màs de aquellas fotos circulando por la pantalla. No se atrevió a ampliarlas, aunque sentía unas enormes ganas de hacerlo, por miedo a que entrase Matthew y se dedicara a espiarla. Además se encontró con un montòn de fotos de la operación de la lengua: entre otras, la que Harald había elegido como fondo de pantalla. No se podía distinguir quiènes estaban presentes, pero se veían los troncos de varias personas, de modo que Pòra metió en su USB una copia de esas imágenes. Otras mostraban toda clase de instantáneas tomadas en fiestas en las que, al parecer, pasaba de todo y entre medias había fotos de la naturaleza islandesa de excursiones al interior. Algunas estaban muy oscuras y no dejaban ver mucho, aparte de unos farallones grises... Al ampliar una de ellas, Pòra tuvo la sensación de que podía distinguir una cruz grabada en uno de ellos. Una tarjeta entera parecía tomada en una aldea que Pòra no reconoció, muchas de las fotos en un museo que parecía exponer unos manuscritos, así como un pequeño pedrusco grisáceo dentro de una vitrina de cristal. Una de aquellas fotos era un cartel, que Pòra amplió para saber si se podía distinguir de què museo se trataba, pero lo único que consiguió fue màs confusión; solamente ponía: "Prohibido hacer fotos". Pòra dejó las imágenes un momento, había llegado a algunas bastante antiguas que difícilmente podrían tener alguna relación con el caso. Abrió el correo electrónico para ver què contenía. En la carpeta de mensajes recibidos había siete sin abrir. Seguramente habían llegado algunos màs desde el asesinato de Harald, pero la policía debía de haberlos abierto.

Matthew entrò y Pòra levantò la vista, dejando el correo electrónico. Èl se sentò en su silla y le sonriò con despreocupación.

-¿Bueno? -dijo ella en tono inquisitivo, esperando lo que tuviera que llegar.

-Also –dijo Matthew, echándose hacia delante en la silla. Apoyò los codos sobre las rodillas y juntò las manos como si fuera a ponerse a rezar-. Antes de decirte lo que crees que necesitas saber –puso especial énfasis en la palabra crees- tendràs que prometerme una cosa.

-¿Cuàl? –Aunque Pòra ya conocía la respuesta.

-Lo que voy a decirte es total y absolutamente confidencial y nadie màs puede saberlo. Antes de decírtelo, me tienes que dar tu palabra de que guardaràs el secreto. ¿Entendido?

-¿Còmo voy a saber si puedo guardarlo sin tener la menor idea de lo que se trata?

Matthew se encogió de hombros.

-Pues me tienes que dar tu palabra. Puedo decirte con total sinceridad que desearàs poderlo contar.. para que sepas que no pretendo tenderte ninguna trampa.

-¿Y a quièn voy a quererle contar eso? –preguntò Pòra-. Creo que es una cuestión importante.

-A la policía –respondiò èl sin vacilar.

-¿Tù o la familia de Harald sabéis algo que podría alterar el resultado de la investigación del caso, y que habéis decidido mantener en secreto? ¿Lo he comprendido bien?

-Pues sì –respondiò Matthew.

-Pues enseguida te digo –dijo Pòra. Reflexionò. Se daba cuenta de que había unas normas èticas que la obligaban a poner en conocimiento de la autoridad cualquier testimonio que pudiera afectar a un caso legal abierto. De modo que tenía que rechazar aquella condición e informar a la policía de que Matthew estaba ocultando pruebas u otros detalles relacionados con el caso. Por otra parte, comprendía con meridiana claridad que si rechazaba las condiciones, su participación en la investigación del caso habría concluido. Eso no beneficiarìa a nadie. De forma que si adoptaba una postura ética màs bien laxa, bien podía llegar a la conclusión de que tenía que jurar que no abrirìa la boca, para luego intentar por todos los medios solucionar el misterio al que se enfrentaban, utilizando como arma aquellos valiosísimos datos nuevos. Todos contentos. Pòra rumiò en silencio la conclusión de sus razonamientos. Una conclusión màs que dudosa, pero era la mejor en aquella situación... los principios èticos tenían que saber adaptarse a las circunstancias ambientales, ya que el fin justificaba los medios. Si no... pues entonces ya iba siendo hora de cambiarlos-. Muy bien –dijo por fin-. Te prometo que no le dirè nada a nadie... ni siquiera a la policía... sea lo que sea lo que vas a decirme.

Matthew sonriò, satisfecho, y ella se apresurò a añadir, antes de que èl pudiera levantar el velo del misterio:

-Pero, a cambio, tù me tendràs que prometer que ese secreto tuyo demuestra la inocencia de Hugi, y que no podríamos demostrarla de ninguna otra forma... y que entregaremos a la autoridad la información necesaria antes de que se lleve el caso a juicio. –Matthew iba a abrir la boca, pero Pòra le interrumpió:- Y que la autoridad no podrá saber que yo he sido testigo de todo esto. Y...

Matthew la detuvo.

-Nada màs, y... gracias. –Ahora era su turno de reflexionar. Mirò fijamente a Pòra, sin parpadear siquiera-. De acuerdo. Tù no dices nada y yo informo a la policía sobre la carta si no conseguimos demostrar la inocencia de Hugi con tiempo suficiente, antes de que se abra el juicio oral.

¿La carta? ¿Otra carta màs? Pòra había empezado a pensar que el caso no era màs que una pura farsa, a no ser por las fotos de la autopsia, que aún conservaba bien frescas en la memoria.

-¿A què carta te refieres? –preguntò-. Cumplirè lo prometido.

-La carta que recibió la madre de Harald poco después del crimen –respondiò Matthew-. Esa carta demostró a los padres de Harald que el detenido no podía ser el culpable, pues se había enviado después de que Hugi pasara a prisión provisional, con lo que no le resultaba posible ir a correos. Dudo que la policía



le hubiese dado permiso para mandar aquella carta... sobre todo porque es de suponer que antes habrían comprobado su contenido.

-¿Y cuál era el contenido? –preguntò ella llena de impaciencia.

-Lo que decía no era excesivamente interesante... con la excepción de que el texto era lo bastante poco respetuoso con la madre de Harald. Pero la carta estaba escrita casi toda en islandés y con sangre... la sangre de Harald.

-¡Vaya! –exclamò Pòra sin poderse contener. Intentò imaginar cuál sería la sensación de recibir una carta escrita con la sangre de tu propio hijo muerto, pero fue incapaz de evocar semejante emoción-. ¿De quièn era la carta... se supo? ¿Y còmo sabéis que era la sangre de Harald?

-La carta estaba firmada con el nombre de Harald, pero el perito grafólogo estimò que no era su letra. Sin embargo, no pudo confirmarlo con total seguridad, pues la escritura era bastante burda y no ofrecía un punto de comparación con la caligrafía de Harald. La carta se envió a analizar, de todos modos, entre otras cosas para intentar comprobar si la sangre era suya. Resultò serlo... sin ningún gènero de dudas. Claro que se encontraron también restos de sangre de pájaro, que al parecer había sido mezclada con la de Harald, según indicò el laboratorio.

Pòra abrió los ojos de par en par. ¿Sangre de pájaro? Aquello le chocò aùn màs que la presencia de sangre humana.

-¿Pero què decía la carta? –preguntò-. ¿La tienes?

-No tengo el original, si te refieres a eso –respondió Matthew-. Su madre quiso desprenderse de ella, ni siquiera permitió que se hiciera una copia. Habría sido capaz de matar a alguien por aquello. Era una carta bastante repugnante.

Pòra le mirò consternada.

-¿Y entonces? Necesito saber lo que decía. ¿Alguien os la tradujo?

-Sí. Era un poema de amor que empezaba de forma bastante hermosa pero enseguida se volvía de lo màs desagradable. –Mirò a Pòra y sonriò-. Seguramente te alegrarà saber que conseguí copiarlo... pues fue precisamente a mì a quien le encargaron la traducción... con ayuda de un diccionario islandés-alemàn. Seguramente no me darán ningún premio por la traducción, pero al menos pudimos entender lo que decía. –Mientras hablaba, Matthew sacò del bolsillo de la chaqueta una hoja DinA4 plegada de papel. Se la entregò a Pòra-. A lo mejor no supe escribir bien algunas letras... aùn no las conocía todas, pero esto debería de estar próximo a la realidad.

Pòra leyò el poema en voz alta. ¿Còmo podrían haber escrito esto con sangre? No podía imaginarse la cantidad de sangre que habría sido necesaria para escribir todas aquellas letras. Matthew las había transcrito en mayúsculas... probablemente de acuerdo con el original. En la hoja ponìa:

Yo te miro  
Y tù depositas tu fè en mi  
Cariño y amor  
Con tu alma entera  
No estaràs tranquila  
Todo te será insoportable  
Si no me amas  
Por eso ruego a Odìn  
Y a todos quienes  
Los arcanos femeninos  
Sabèn descifrar

Que en este mundo  
Todo te sea insoportable  
Que nada pueda mejorar  
Si no me amas  
Con toda tu alma  
Asì ardas entera  
Hasta los huesos  
Y en tu carne  
Sufras aùn màs  
Padeceràs la desdicha  
Si no me amas  
Se congelaràn tus pies  
No hallaràs nunca paz  
Ni consuelo  
Arde para siempre  
Que se pudra tu cabello  
Que se rajen tus ropas  
A menos que con todas tus fuerzas  
Ansies mi compañía.

Pòra levantò la mirada, asombrada por lo que acababa de leer... el poema era extrañísimo. Mirò a Matthew.

-Desgraciadamente no lo conozco. ¿Quièn puede haber escrito una cosa asì?

-Te juro que no lo sè –respondiò Matthew-. Era aùn màs repugnante en el original, estaba escrito sobre una piel... una piel de cordero. Sólo un enfermo es capaz de hacerle algo asì a la madre de un hombre muerto.

-¿Por què a la madre? ¿La carta no estaba dirigida también al padre de Harald?

-Habìa màs, pero estaba en alemán. No lo anotè pero recuerdo màs o menos el contenido.

-¿Qué decía? –preguntò ella.

-Era un texto breve... algo de este estilo: “Mamà, espero que te gusten el poema y el regalo. Tu hijo Harri”. La palabra hijo estaba subrayada dos veces.

Pòra mirò a Matthew.

-¿Què regalo? ¿Habìa algo màs, aparte de la carta?

-No, al menos según dijeron los señores Guntlieb, y les creo. Se quedaron anonadados cuando apareció esto, y no estaban en condiciones de mentir de forma convincente.

-¿Por què estaba firmado como Harri? ¿Se quedarìa sin tinta el autor de la carta?

-No. Harri es como le llamaba su hermano mayor cuando eran pequeños. Muy poca gente sabe ese nombre... es uno de los motivos por los que la carta produjo tanto efecto en su madre.

Pòra mirò a Matthew.

-¿Su madre se portaba mal con èl? ¿Es eso? –De pronto había recordado las fotos de un muchacho triste y apartado.

Matthew tardò en responder. Cuando empezó a hablar lo hizo eligiendo las palabras cuidadosamente, procurando expresar exactamente lo que quería decir... pues se trataba de comentar asuntos íntimos de sus jefes, a los que respetaba en grado sumo.

-Juro que no lo sè. Pero era como si su madre le evitase. Aunque, eso sì, estoy seguro de que si sus relaciones hubieran sido normales, ella habría remitido la carta a la policía islandesa. Era màs que evidente que la carta había alcanzado su punto débil. –Permaneciò en silencio un momento y mirò pensativo a Pòra antes de continuar-: Me pidió que te dijera que le gustaría hablar contigo. De madre a madre.

-¿Conmigo? –Pòra se quedó estupefacta-. ¿Para què? ¿Para excusar algún comportamiento extraño hacia su hijo?

-Eso no lo dijo –respondió Matthew-. Solamente me hizo saber que le gustaría hablar contigo, aunque no especificò de què. Lo único que buscaba era sentirse mejor.

Pòra no contestò nada. Naturalmente que hablaría con aquella mujer si se lo pedía, pero difícilmente podría consolar a una mujer que había sufrido la pèrdida de un hijo.

-No comprendo el objetivo de la carta –dijo para cambiar de tema.

-Yo tampoco –respondió Matthew de inmediato-. Es una aberración tal hacer creer que lo ha enviado Harald en persona, que estoy convencido de que el asesino debe de estar completamente desequilibrado.

Ella mirò fijamente el papel.

-¿Puede ser que quien la escribiera hubiese querido dejar bien claro que Harald estaba muerto y quería acusar a su madre?

-¿Para què? –preguntò èl-. ¿A quièn puede beneficiar torturarla de ese modo?

-A Harald, naturalmente, pero estaba muerto –dijo Pòra-. Quizá a su hermana... ¿puede ser que la madre también se portase mal con ella?

-No –respondió Matthew-. No se portaba mal con ella... eso puedo jurarlo. Es la niña de los ojos de su madre y de su padre.

-¿Y a quièn beneficiaría, entonces? –preguntò desalentada.

-A Hugí desde luego que no. A menos que haya estado compinchado con alguien.

-Una làstima no haber sabido de la sangre de sus ropas antes de hablar con èl esta mañana. –Pòra mirò el reloj-. Quizá logre que me permitan hablar con èl por teléfono. –Marcò el 118 y le informaron del número de la prisión de Litla-Hraun. El supervisor de guardia autorizò hablar con Hugí, con la condición de que la conversación fuera breve. Esperò impaciente durante varios minutos mientras sonaba una versión electrónica de Para Elisa, hasta que oyò en el auricular la voz de Hugí.

-Diga.

-Hola, buenas tardes, Hugí. Soy Pòra Guòmundsðóttir, la de esta mañana. No te voy a retener mucho rato. Quería preguntarte por la sangre que se hallò en tu ropa. ¿Tienes alguna explicación?

-Esa mierda –suspirò el preso-. Ya me interrogò la policía sobre eso. No tenía ni idea de què camiseta manchada de sangre estaban hablando, y les expliquè lo de la sangre de mis ropas por lo de esa noche.

-¿Què pasò? –preguntò ella.

-Harald y yo entramos en el baño para esnifar un poco durante la fiesta. Le salió sangre por la nariz y me cayò a mì encima. Era un váter minúsculo.

-¿Y no pudiste hacer que lo confirmasen los testigos? –preguntò Pòra-. ¿El resto de la gente de la fiesta no se acordaba... de que saliste del baño cubierto de sangre?

-Hombre, no estaba cubierto de manchas de sangre. Además, todos estaban borrachos y colocados. Nadie se fijò en mì. No creo que nadie se diera cuenta.

“Menuda estupidez”, pensò Pòra.

-Pero eso de la camiseta con sangre en tu armario... ¿sabes algo de còmo llegó allí?

-Ni idea. –Se produjo un breve silencio y luego añadió-: Imagino que sería la poli quien la puso allí. Yo no maté a Harald ni limpié ninguna sangre con una camiseta. Ni siquiera sé si la camiseta es mía o de quien. Nunca me dejaron verla.

-Son acusaciones serias, Hugi, y te tengo que advertir de que la policía no hace ese tipo de cosas. Tiene que existir alguna otra explicación, si es cierto lo que me estás contando. –Después se despidieron y ella le explicó la conversación a Matthew.

-Bueno, pero tiene una explicación a medias –dijo éste-. Tendremos que comprobar con los demás asistentes a la fiesta si recuerdan algo de la hemorragia nasa.

-Sí –convino Pòra con pocas esperanzas de que aquello pudiera proporcionar resultado alguno-. Pero aunque lo hagan, seguirá faltando una explicación para la camiseta del armario.

“Ping”, se oyó un sonido procedente del ordenador, y los dos miraron a la pantalla al mismo tiempo. “Tienes un email”, apareció en un recuadro en la esquina inferior derecha. Pòra cogió el ratón e hizo clic en la imagen del pequeño sobre.

Apareció un mensaje de correo: el remitente era Mal.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

---

*Hola, difunto Harald*

*¿Qué está pasando? Me ha llegado un mensaje de alguien que dice ser de la policía de Islandia, y otra de una especie de picapleitos (Pòra no pudo evitar una sensación de irritación... pese a que en el ejercicio de la abogacía la habían llamado de todo). Según esos gilipollas estás muerto... a lo mejor sí, a lo mejor no. Escríbeme una línea... esto es un poquitín fastidioso.*

*Saludos*

*Mal*

-Bien, bien –dijo Matthew-. Contéstale mientras aún está delante del ordenador.

Pòra se apresuró a pulsar “responder”.

-¿Y qué le digo? –preguntó mientras introducía el encabezamiento: “Estimado Mal”.

-Cualquier cosa –respondió Matthew como loco. Pòra decidió escribir:

*Desgraciadamente, lo de la muerte de Harald es cierto. Fue asesinado. Yo soy la picapleitos que intenté escribirte, pero hasta ahora no he podido disponer del ordenador de Harald. Trabajo para la familia Guntlieb: están muy interesados en encontrar al asesino. Ahora hay detenido un joven que según todos los indicios es inocente de este horrible crimen, y tengo la impresión de que tú puedes proporcionarnos información que nos sería de gran ayuda. ¿Sabes qué es lo que Harald creía haber encontrado y quien es “ese idiota del demonio” del que hablaba en el último mensaje que te envié? Lo mejor sería que me enviases un número de teléfono para que pueda ponerme en contacto contigo.*

*Saludos de Pòra.*

Matthew leyó nervioso mientras ella escribía, y en cuanto terminó agitó las manos impaciente y ordenó: “Enviar, enviar”.

Pòra envió el mensaje y esperaron en silencio durante varios minutos. Por fin apareció el aviso de que había llegado un mensaje. Se miraron expectantes antes de que Pòra lo abriese. Los dos sufrieron idéntica decepción.

*Picableitos, vete al infierno. Llévate también a la familia de Harald. Sois una puta mierda. Prefiero morir antes que ayudaros.*

*Saludos con odio*

*Mal.*

Pòra resoplò. Pues vaya. Mirò a Matthew.

-¿Puede ser que estè tomàndonos el pelo?

Matthew se encontró con su mirada sin saber si era ella la que se burlaba. Supuso que así era.

-Segurísimo... sin duda enviarà otro mensaje con uno de esos signos sonrientes que aparecen en la pantalla, diciendo que ama profundamente a la familia Guntlieb –suspirò-. Vaya fastidio, es obvio que Harald no les hablaba demasiado bien a sus amigos de sus padres. Creo que lo mejor será olvidarnos de este individuo.

Pòra suspirò.

-¿No es una pèrdida de tiempo seguir aquí? Por ejemplo, podríamos pasarnos por el Kaffibrennslan y charlar con el camarero que confirmò la coartada de Halldòr, si està de servicio ahora. Estoy totalmente de acuerdo contigo en que su testimonio es un tanto endeble. Si no està trabajando, pues nos tomamos un café.

Matthew aceptò encantado la oferta y se puso en pie. Pòra se apresurò a desconectar el pendrive, se lo metió en el bolso y apagò el ordenador.

En el Kaffibrennslan no había mucha gente, de modo que Pòra y Matthew pudieron elegir sitio. Se sentaron en una mesa al lado de la barra, en el piso de abajo. Mientras ella estaba atareada colocando su chaquetón de pluma en el respaldo de la silla, Matthew intentò atraer la atención del camarero, que resultò ser una mujer joven. Ella le mirò y sonriò, dando así a entender que acudirìa enseguida. Matthew se volvió entonces a Pòra.

-¿Por què no te pusiste el abrigo que llevabas esta mañana? –preguntò, extrañado, al ver el enorme chaquetón que se extendía a ambos lados de la silla: las mangas estaban tan llenas de plumas que se alzaban casi tias a los lados.

-Tenìa frìo –respondiò Pòra, molesta-. El abrigo lo guardo en la oficina... me pongo el chaquetón por las mañanas y me lo llevo a casa por las tardes. ¿No te parece suficientemente elegante?

Matthew puso un gesto que expresaba todo lo necesario acerca de su opinión sobre el plumífero en cuestión.

-Sì, elegantísimo... para trabajar midiendo el espesor de una capa de hielo en la Antàrtida.

Pòra puso mala cara.

-Hola, chiquita –dijo èl sonriendo a la camarera que había aparecido al lado de su mesa.

-¿Què os apetece? –preguntò la muchacha, con una sonrisa. Llevaba un delantal negro corto, atado a su esbelta cintura, y en la mano portaba un cuadernito... lista para anotar la comanda.

-Oh, sì, gracias –respondiò Pòra- yo tomarè una taza de café doble. –Se volvió hacia Matthew-: ¿Te apetece un tè en taza de porcelana?

-Ja, ja. Muy graciosa –dijo Matthew, que se dirigió a la camarera para pedirle lo mismo que Pòra.

-De acuerdo –dijo èsta sonriente sin anotar nada-. ¿Algo màs?

-No y sì –contestò Pòra-. Nos preguntàbamos si Björn Jònsson estaría trabajando ahora. Necesitàbamos hablar con èl un momentito.

-¿Bjössi! –preguntò la chica, extrañada-. Sì, tiene que venir. –Mirò el reloj que colgaba en la pared-. Su turno empieza dentro de poco. ¿Querèis que vaya a buscarle? –Pòra le pidió por favor que lo hiciera y la joven se marchò en busca de Bjössi y de los cafès.

Matthew mirò a Pòra y le sonriò dulcemente.

-No parece que dieras tanta importancia al tamaño cuando estabas de palique con Bella. Ella también es grande.. tan grande que tiene su propia fuerza de la gravedad. Las grapas de la oficina acaban todas pegadas a ella. Quizá deberías comprarte tù también un chaquetón de èstos. Son de lo màs pràcticos.

-No puedo –respondiò Matthew sonriéndole-. Entonces tendrías que sentarte en el asiento de atrás, y eso sería una pena. No existe posibilidad alguna de meter dos plumíferos como el tuyo en el asiento delantero.

La continuación de aquella conversación sobre plumíferos tendría que esperar mejores tiempos, porque la chica acababa de llegar con el café. La acompañaba un hombre joven. Era guapo, de una forma un tanto femenina... el pelo pulcramente cortado y pulcro, y no se le veía ni la màs mínima sombra en la mejilla.

-Hola, ¿queriais hablar conmigo? –preguntò con una voz de agradable timbre.

-Sì, ¿tù eres Björn? –dijo ella mientras cogía una de las tazas de café. El joven dijo que sì, y Pòra le explicó quiènes eran. Había decidido no complicarle mucho las cosas al muchacho haciéndole hablar en inglès, de modo que se dirigió a èl solamente en islandés. Matthew no prestò ninguna atención, se limitò a seguir bebiendo su café-. Querriamos hacerte unas preguntas sobre la noche en que se cometió el crimen, y sobre Halldòr Kristinsson.

Bjössi asintió, con gesto muy serio.

-Sì, no hay problema... pero ¿puedo hablar con vosotros sin que haya lios? No contraviene ninguna norma, ¿verdad? –Pòra le aseguró que no había ninguna pega, y el joven continuò:- Como dije en su momento estaba aquí trabajando, en realidad èramos varios. –Mirò a su alrededor, el local estaba medio vacío-. Los fines de semana no es como ahora. Entonces està de bote en bote.

-¿Pero le recuerdas claramente? –preguntò ella, procurando que su pregunta no le sonara a que dudaba de su testimonio.

-¿A Dòri? Pero por favor –dijo Bjössi con cordialidad-. Si le conozco.. bueno, màs o menos. Èl y su amigo, ese extranjero que asesinaron, venían mucho por aquí, y era imposible no fijarse en ellos. El extranjero en cuestión era bastante especial. Nunca me llamaba otra cosa que Bär, que significa Oso en alemán, igual que Björn en islandés. Dòri también venía solo en ocasiones y entonces se sentaba en la barra y charlábamos.

-¿Estuvo charlando contigo aquella noche? –preguntò Pòra.

-No, no pudo ser. Había tanto que hacer que yo andaba como loco de aquí para allà, sirviendo. Pero sì que le dije hola y cruzamos unas palabras. Aunque en realidad estaba bastante cabreado, de modo que no perdí mucho tiempo charlando.

-¿Còmo puedes saber exactamente cuàndo vino? –inquiriò ella-. A juzgar por lo que dices, apenas tuviste tiempo para darte cuenta de la hora que era... ni oportunidad de hacerlo.

-Ah, eso –replicò Bjössi-. Abrió una cuenta al llegar... ya sabes, para no tener que andar pagando cada vez que pedìa una bebida. Siempre apuntamos cuando empieza un cliente una de esas cuentas y cuàndo la cierra y la liquida. –Bjössi dirigió a Pòra una sonrisa de complicidad-. Fue muy sensato por su parte abrir una cuenta esa noche, porque no bebió precisamente poco. La tarjeta habría acabado por rompersele de tanto pasar por la màquina.

-Comprendo –dijo Pòra- ¿Pero estás seguro de que estuvo aquí sentado plimplando todo el rato hasta que llegaron sus amigos, a eso de las dos? ¿No habría podido escaparse un rato sin que tú te dieras cuenta?

Bjössi se lo pensó antes de responder.

-Bueno, naturalmente no puedo asegurar que estuviera aquí todo el rato sin interrupción. Creía estar seguro y eso es lo que le dije a la policía, pero después de pensarlo, lo cierto es que eso pude habérmelo construido a partir de las consumiciones que hizo en ese tiempo, claro, no todas las llevé yo. A lo mejor le pidió a alguien que usara su cuenta... no lo sé. –Moviò las manos señalando a su alrededor-. Pero el local no es demasiado grande y, sinceramente, creo que me habría dado cuenta si hubiese salido. Por lo menos eso es lo que yo creo.

En realidad, Pòra ya no sabía qué más preguntarle al camarero en relación con aquella noche. A fin de cuentas siempre acababa en lo mismo, y a su entender, su testimonio sobre la coartada de Halldòr salía reforzado del interrogatorio. Dio las gracias a Bjössi y le entregò su tarjeta, por si se acordaba de alguna cosa especial, aunque no lo creía muy probable. Se volvió hacia Matthew y el café, que se había quedado ya un poco frío, y entre sorbo y sorbo le explicó lo que le había contado el camarero. Terminaron sus cafés y Pòra vio que se había hecho hora de irse a casa. Se levantaron y cogieron el coche.

Eran cerca de las cinco y el tráfico todavía era escaso. Había poca gente en la calle, porque hacía frío y soplaban el viento. Los pocos que se aventuraban a salir caminaban deprisa y no dedicaban mucho tiempo a mirar a su alrededor o a contemplar los escaparates. Pòra decidió no pasar por la oficina, y le pidió a Matthew que la llevara directamente al garaje para irse a casa desde allí. Telefonò a Bella para decirle que no la esperasen hasta el día siguiente y para comprobar si mientras estaba ausente había habido algo que la afectara a ella.

-Diga –fue la respuesta por teléfono; ni una sola palabra de la actividad a la que se dedicaban, ni una indicación de quién había respondido.

-Bella –dijo Pòra, intentando poner su mejor tono de voz-. Soy Pòra, tampoco puedo ir hoy. Pero mañana estaré allí a las ocho.

-Ah –fue la escueta respuesta.

-¿Hay algún recado para mí?

-¿Cómo voy a saberlo? –respondió Bella.

-¿Qué cómo? Bueno, es que yo soy una adivina tan buena que se me ocurrió que como secretaria y telefonista quizá habrías anotado por casualidad algún mensaje. Naturalmente, es una estupidez por mi parte.

Al otro lado se produjo un breve silencio y Pòra creyó oír a Bella contando hacia atrás a media voz, al otro lado de la línea.

-Son las cinco... ya no tengo que seguir hablando contigo. Mi jornada ha terminado por hoy. –Bella colgó.

Pòra se quedó mirando embobada su teléfono móvil y dijo, más a sí misma que a Matthew.

-¿No será que Bella es en realidad ese tal Mal?

-¿Eh? –Matthew había llegado al garaje y metido el coche.

-Ay, nada –dijo ella mientras se soltaba el cinturón de seguridad-. Y por cierto, ¿qué haces por las tardes?

-Pues un poco de todo –respondió Matthew-. Salgo a comer, a veces me paso un rato en un bar del centro... algunas veces voy también a los sitios para turistas y cosas de esas.

Pòra le compadeció... debía de ser algo bastante solitario.

-Mañana es viernes y los niños van a casa de su padre. Te invito a comer el fin de semana, ¿te viene bien?

Matthew sonrió.

-Vale, si prometes no invitarme a pescado. Si vuelvo a comer pescado me saldrán agallas.

-No, pensaba en algo más casero... como encargar una pizza –dijo Pòra antes de salir del coche. Confiaba en que él se marcharía antes de que tuviera que entrar en el coche del taller. Si el plumífero resultaba ridículo, le daría un ataque de risa al ver el vehículo que usaba. Su deseo no se vio satisfecho: Matthew esperó a verla dentro del coche, y cuando ella abrió con su llave la puerta del conductor, oyó que la llamaba. Miró y le vio asomado en la ventanilla abierta.

-Me estás tomando el pelo –dijo en voz alta-. ¿Es eso tu coche?

Pòra evitó que las risas de Matthew la pusieran nerviosa y le dijo a su vez:

-¿Quieres cambiar?

Matthew sacudió la cabeza y subió el cristal. Se marchó riendo, según le pareció a Pòra.

La tarde anterior, Pòra se puso de acuerdo para que su hija fuera del colegio a casa de su amiga. Así que fue a toda prisa a recoger a Sòley, dio las gracias a la madre de su amiga, una mujer joven y simpática, por el favor, y ella le respondió que no era nada... que en realidad era mejor tenerlas a las dos juntas, porque se tenían mucho aprecio. Pòra volvió a darle las gracias y dijo que seguramente no tendría más remedio que repetir, si le parecía bien. Añadió finalmente que esperaba poder devolverle el favor alguna vez. Alguna vez, cuando el sol saliera por el oeste.

En la puerta de su casa había toda una congregación: unos amigos de Gylfi habían estado de visita y en aquel momento se estaban yendo. Había repartidas por el suelo un montón de parkas... y zapatillas deportivas y mochilas elegantísimas que servían de cartera para el colegio. Los propietarios, tres chicos larguiruchos que Pòra conocía bien y una chica que conocía menos, estaban dedicados a recuperar sus abrigos y a buscar la pareja de sus zapatillas.

-Hola –dijo Pòra en plan buen rollo, e hizo lo posible por pasar en medio del grupo. Su hijo estaba en el umbral del vestíbulo contemplando los preparativos. Tenía un aspecto tan mortecino como por la mañana-. ¿Estabais estudiando? –preguntó Pòra, consciente de que no era nada probable. A esa edad, los chicos no se reúnen para estudiar juntos... si a alguien se le ocurriera una cosa semejante, lo marginarían al momento. Pero su obligación de progenitora era hacer comentarios de ese estilo.

-Eh, no –respondió Patti, el mejor amigo de Gylfi desde hacía muchos años. Era un chico estupendo, cuya peculiaridad más destacada era que en cualquier momento era capaz de indicar cuántos meses, días y horas quedaban hasta que pudiera hacer el examen de conducir. Varias veces, Pòra había comprobado los números, y por regla general el chico no se equivocaba prácticamente nada.

Luego Pòra le sonrió a la chica, que bajó los ojos con timidez. No conseguía recordar cómo se llamaba, aunque últimamente la había visto cada vez más por casa. Gylfi había madurado mucho, y a lo mejor a su hijo le gustaba aquella chica, ¿quizá incluso eran novios? Era una chica de lo más linda, pero bastante más pequeña que Gylfi y sus amigos.

Sòley, que había entrado con su madre, acababa de quitarse los zapatos y el chaquetón y de dejarlo todo bien puesto en su sitio. Miró a los muchachos, se puso en jarras y preguntó como una señora:

-¿Estuvisteis saltando en la cama? Eso no se puede hacer: estropea el edredón.

Su hermano enrojeció de vergüenza y vociferó:

-¿Por qué tengo que tener una familia tan anormal? No hay quien os aguante a ninguna de las dos. –Salió corriendo como una exhalación y su camino se vio acompañado por una sucesión de portazos. Sus amigos se quedaron de lo más azorados, y el barullo que formaban recuperando sus cosas aumentó el doble.



-Bye, bye –se despidió Patti antes de cerrar la puerta de fuera, una vez hubo salido todo el grupo. Antes de que la puerta encajase en sus goznes, debió de pensárselo mejor y volvió a asomar la cabeza para informar-: No sois ni la mitad de raras que mi familia... lo único que pasa es que Gylfi està algo cabreado estos días.

Pòra le sonriò y le dio las gracias. Por lo menos había sido un intento de mostrar cierta cortesía... aunque el deseo de mostrarse fino tuvo màs éxito que sus palabras.

-Bueno –le dijo a su hija-, ¿vamos a preparar la cena? –La pequeña asintió muy juiciosa con la cabeza y se fue a llevar la bolsa a la cocina.

Después de cenar juntos (lasaña recalentada que Pòra había elegido en la tienda y pan hindù naan que había cogido por equivocación en lugar de pan de ajo), su hija se fue a su cuarto a jugar mientras su hijo recogía la mesa. Entendía claramente que su estallido había afectado a su madre y a su hermana, pero no era capaz de pedir disculpas. Pòra hizo como si no pasara nada, confiando en que estaba siguiendo la conducta adecuada... que el muchacho acabaría por confiarle, sin necesidad de forzarlo, què era lo que tan irritado le tenía. Creìa haberle dejado bien claro que podía acudir a ella en cuanto quisiera y para lo que la necesitara. Le dio un beso cuidadoso en la mejilla, y le agradeció la ayuda, y a cambio recibió una sonrisa grotesca. Luego se marchò a su cuarto.

Pòra decidió a aprovechar la tranquilidad que se había creado de pronto para mirar las cosas que había copiado del ordenador de Harald. Sacò su portátil y se instalò en el sofà del salòn. Contemplò varias fotos de las preparaciones culinarias y de la operación de la lengua. Las fotos de la intervención eran del 17 de septiembre. Las fue abriendo una tras otra y ampliando aquellas en las que aparecía algo que pudiera ser de interés. Durante un rato todas las imágenes eran igual de desagradables. El tema principal de todas era la boca abierta y la operación en sì, pero de vez en cuando se llegaba a vislumbrar la barbilla de Harald. Al parecer, la intervención se había realizado en una casa particular (hasta ahì estaba claro), pues lo poco que se veìa del entorno no permitìa pensar en una clínica ni en un despacho de dentista. Se podía ver una mesita baja de tresillo, cubierta hasta el último centímetro de vasos vacíos o medio llenos, de latas de cerveza y otras cosas de èsas... asì como un gran cenicero lleno hasta el borde. También estaba claro que no era la casa de Harald. Aquel apartamento parecía mucho màs desarreglado y decorado con un gusto radicalmente inferior al que caracterizaba las immaculadas y minimalistas habitaciones de Harald. En una foto se veìa el cuerpo del que realizaba la intervención, o que ayudaba en ella. Èl, o ella, llevaba puesta una camiseta marròn claro con una inscripción que Pòra no podía leer porque unos pliegues se lo impedían. Pero consiguió distinguir el número 100 y las letras ... lico... No habían empezado aùn a cortar cuando se tomaron esas dos fotos, pero a tercera la habían hecho después de clavar el bisturí: la sangre corrìa por las comisuras de la boca de Harald y el brazo se veìa cubierto de manchas de sangre. Debía de haber salpicado por todas partes cuando cortaron la lengua: si los tajos eran como las heridas de la cabeza, habría sangrado muchísimo. Pòra desplazò el puntero al brazo y aumentò una zona en la que creyó ver un tatuaje. Resultò ser cierto: en el brazo se distinguía la palabra crap. Nada de adornos ni de dibujos: sòlo crap. En las fotos de la lengua no había nada màs que ver.

Las fotos de cocina habían despertado la atención de Pòra porque estaban datadas justo antes del asesinato de Harald: en la época en la que, según Hugi, había estado prácticamente aislado, sin relacionarse con los amigos. Las indicaciones de los archivos lo confirmaban: las fotos se habían tomado un miércoles, tres días antes del asesinato de Harald. Pòra estudiò detenidamente dos de las imágenes, en especial las manos, que estaban atareadas preparando una ensalada y cortando pan. Hasta un ciego se habría podido dar cuenta de que se trataba de dos personas distintas. Unas manos estaban cubiertas de cicatrices: tatuajes de cicatriz, que formaban entre otras cosas una estrella de cinco puntas y un tipo sonriente con una herradura y unos cuernos. Aquèl tenía que ser Harald. Las otras eran mucho màs finas,

manos de mujer con dedos finos y bien cuidados, uñas cortas. Pòra ampliò una de las fotos, en la que se podía distinguir en el anular un anillo sencillo con lo que parecía un diamante o alguna piedra preciosa blanca. El anillo tenía un aspecto demasiado corriente para ser de autor, pero quizá podría enseñar la foto a Hugi y comprobar si le resultaba conocido.

Algo surgió de pronto de la memoria de Pòra: algo que la había perturbado en su primera visita al apartamento de Harald. El ejemplar de la revista alemana Bunte en el cuarto de baño. No había duda de que Harald no leía esas revistas de mujeres. También era evidente que los islandeses tampoco las leían. Tenía que haber llegado con alguien venido de Alemania... alguien de género femenino. En la portada de la revista, un famosísimo actor y su mujer sonreían por el previsible éxito de la procreación. Si la memoria no la engañaba, aquel niño había llegado al mundo en el otoño pasado. ¿Podía ser que Harald hubiese recibido una visita de Alemania... de alguien que vivía en su casa precisamente en el tiempo en que, precisamente por esa razón, no podía verse con sus amigos? Pòra telefoneò a Matthew, que respondió a la tercera llamada.

-¿Dònde estàs? ¿Te pillo en mal momento? –preguntò en cuanto oyò el clic.

-No, no –respondiò èl, evidentemente con la boca llena. Tragò-. Estoy fuera, comiendo, he pedido carne. ¿Què pasa? ¿Quieres venir a acompañarme con el postre?

-¿Eh? No, gracias –Pòra descubrió que se moría de ganas de hacerlo. Era estupendo eso de salir a comer, acicalarse y brindar con unas copas que otra persona tendría que fregar-. Mañana es día de colegio y tengo que ocuparme de que los niños se vayan a la cama a una hora prudencial. No, sòlo llamaba para saber si tendrías el número de teléfono de la mujer que limpiaba en casa de Harald: tengo la sospecha de que hubo alguien en su casa justo antes del crimen... alguien que incluso dormía allí. Creo que todo apunta a que era alguien de Alemania: una mujer.

-Pues sì, lo tengo en algún sitio, en la agenda del móvil. ¿Quieres que la llame yo? Ya tuve una conversación con ella, y habla inglès estupendamente. Quizá sea eso lo màs fácil... a ti no te conoce pero seguramente se acordarà de mì, porque le paguè el sueldo que le debía.

Pòra se mostrò de acuerdo, y Matthew prometió llamarla enseguida. Ella aprovechò el rato para decirle a su hija que se fuera a acostar, y estaba ayudándola a lavarse los dientes cuando Matthew volvió a llamar. Pòra se puso el teléfono al hombro y lo sujetò con la mejilla, para poder hablar y ayudar a su hija con su higiene dental, todo al mismo tiempo.

-Oye, dice que la cama del dormitorio de invitados había sido usada. Además, en el baño había unos trastos... maquinillas de afeitarse desechables.... Maquinillas de èsas para mujer, lo que indica que tienes razón.

-¿Informò a la policìa?

-No, pensaba que no tendría importancia, porque a Harald no le habían asesinado en casa. Ademàs dijo que muchas veces había huéspedes, màs de uno y màs de dos. Y había habido varias fiestas, que al parecer coincidieron en el tiempo con la visita del huésped.

-¿Puede ser que Harald tuviera una novia alemana?

-¿Que atravesaba el mar para venir a visitarle y luego se acostaba en el cuarto de invitados? Me parece absurdo. Y nunca he oído hablar de una novia alemana.

-Claro que podrían haberse peleado –Pòra se lo pensò mejor-. O quizá no era una novia, sino una amiga o un familiar. ¿Su hermana, quizá?

Matthew callò por un momento.

-Creo que de ser asì, deberíamos dejarlo correr.

-¿Estàs loco? –chillò ella-. ¿Pero què demonios?

-Todo se ha complicado mucho últimamente... su hermano asesinado, y ella está pasando una crisis por su propio futuro.

-¿Y eso? –preguntò.

-Es una magnífica intérprete de cello y quiere seguir formándose. Su padre quiere que estudie comercio y se ponga a trabajar en el banco. No le queda nadie más... y aunque Harald hubiese vivido, no habría habido forma de convencerle. Pero el asunto de los estudios de su hermana es algo que surgió antes de que lo mataran.

-¿Usa joyas? –preguntò Pòra. Las manos de las fotos habrían podido ser perfectamente las de una chelista: muy finas, las uñas recortadas.

-No, en absoluto. Ella no es así –respondió Matthew-. No le gustan nada esas cosas de presumir.

-¿Ni siquiera un sencillo anillo con un diamante?

Un breve silencio, y luego:

-Bueno, eso sí. ¿Cómo lo sabes? –Pòra le habló de las fotos y concluyeron la conversación con la promesa de Matthew de pensar en la posibilidad de ponerse en contacto con la chica.

-¿Temino ya o todavía do? –dijo su hija a través de una boca llena de espuma de dentífrico. Había dejado que el cepillo siguiera trabajando mientras durò la conversación telefónica: hoy por lo menos no vendría de visita el señor Caries. Pòra la llevó en brazos a su cuarto y le leyò un poco hasta que empezó a quedarse dormida. Le dio un beso en la frente, apagò la luz y cerrò la puerta. Luego volvió al ordenador.

Después de pasarse dos horas repasando otros archivos de Harald sin encontrar nada que pudiera serle de utilidad, se dio por vencida y apagò el ordenador. Decidió relajarse un poco leyendo un trozo del Malleus Maleficarum, que Matthew le había dicho que se llevase para echarle un vistazo. Tenía que ser interesante.

Abrió el libro y de él cayó una hoja doblada.

-Cállate –exclamò Marta Mist con brusquedad-. Esto no saldrá a menos que estemos perfectamente concentrados.

-Cállate tù –respondió Andri a voz en cuello-. Yo hablo cuando me da la gana.

Briet creyó ver que Marta rechinaba los dientes pero no podía estar segura, pues allí dentro reinaba la oscuridad... la única claridad procedía de unas velitas que habían colocado por distintos sitios de la habitación. Suspirò.

-Ay, venga, dejad de pelearos y vamos al asunto. –Se acomodò, estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, formando un anillo.

-Sí, por todos los dioses –farfullò Dòri, frotándose los ojos-. Quería irme a dormir temprano y no estoy dispuesto a seguir eternamente con este rollo.

-¿Rollo? –exclamò Marta Mist, a quien evidentemente no se le había pasado el mal humor-. Creía que estábamos todos de acuerdo en hacerlo. ¿Acaso os he engañado?

Dòri dejó escapar un pesado suspiro.

-No, no tergiverses lo que estoy diciendo. Acabemos con esto de una vez.

-Es completamente distinto que en casa de Harald –se oyò la voz de Brjànn, que había guardado silencio hasta ese momento-. No es sólo la casa. –Mirò a su alrededor-. Falta Harald. No estoy seguro de que esto vaya a funcionar sin él.

Andri hizo como si no había oído la observación sobre el apartamento.

-No podemos hacer mucho si falta Harald –alargò la mano hacia el cenicero-. ¿Cómo se llama la tía esa?

-Pòra Guòmundsdóttir –respondió Briet-. Abogada.

-Vale –dijo Andri-. Empecemos pues. ¿De acuerdo? –Mirò a los demás, sentados en círculo a su alrededor; unos mostraron su acuerdo con un gesto de cabeza; otros, encogiéndose de hombros.

-¿Quièn quiere empezar?

Briët mirò a Marta Mist.

-Empieza tù –dijo, intentando borrar la mala cara de su amiga-. Tù eres la mejor en estas cosas, y es importante que esto se haga bien.

Marta no se hizo de rogar. Les mirò a uno tras otro.

-Sabèis que esa mujer puede meternos en un problemón de todos los demonios si se huele algo del asunto. Fue una verdadera suerte que la poli diera un patinazo como el que dio.

-Eso lo tenemos perfectamente claro –intervino Brjànn en representación de todos los demás-. Cien por cien.

-Bien –dijo Marta Mist. Se puso las manos en los muslos-. Silencio absoluto, por favor. –Nadie dijo nada. Se estirò para coger un grueso fajo de papel que estaba en medio del círculo y un pequeño cuenco con un líquido de color rojo. Colocò el fajo en el suelo delante de ella y se puso el cuenco al lado. Hecho esto, Briët le entregò, con gesto de total seriedad, un palillo chino de comer. Marta Mist metió el palillo en el espeso líquido y dibujò con hábiles trazos dos signos en el papel. Cerrò los ojos y dijo después, en voz baja y embrujadora: “Si deseas que tu enemigo te tema...”.

---

## 9 DE DICIEMBRE

---

### CAPÍTULO VEINTE

---

La lectura se alargò hasta bien entrada la madrugada, de ahì que Pòra se despertase con sueño y con la cabeza pesada. Pasò mucho tiempo estudiando la hoja de papel que había caído del libro, y que parecía contener una colección variopinta de palabras y años, escrita a mano. Supuso que habría sido Harald quien había anotado lo que había en la hoja: al menos, el libro en el que estaba metida era suyo. Además, parte del texto estaba en alemán. No había sido especialmente cuidadoso con la caligrafía, de ahì que Pòra no estuviese nada segura de haber leído correctamente todas las palabras. Lo primero que leyò fue: 1485 Malleus y al parecer Harald había escrito varias veces ese año, además de que lo había subrayado dos veces. Debajo ponìa J.A. 1550?, pero estaba tachado. Luego lo que parecían dos L juntas y detrás Loricatur Lupus. Debajo había una cosa en alemán, que Pòra tradujo como: ¿Dònde? ¿Dònde? ¿La cruz antigua? La mitad de la hoja era una especie de plano con puntos señalados por años y lugares unidos por flechas. Por la disposición de los puntos, Pòra sacò la conclusión, a falta de otra mejor, de que aquello era un tosco mapa. Uno de los puntos estaba marcado Innsbruck-1485, debajo de èl Kiel-1486, y debajo de èste Roskilde. Este lugar estaba marcado con dos años: 1486-muerto y luego 1505-defunciòn. Había dos puntos por debajo de esos tres y el de màs arriba tenía la indicación Hòlar-1535, pero estaba tachado, igual que su enlace con el otro punto marcado Skàlholt. Detrás de esta indicación estaban dos años, 1505 y 1675. De este último año salian dos flechas que terminaban en signos de interrogación. A su lado sòlo ponìa¿¿La cruz antigua?? Con una pluma diferente se había añadido la palabra Gastbuch y justo después habían dibujado otra crucecita y una t. ¿Libro de visitas? ¿Libro de visitas de la cruz? Por debajo decía: humo-tintorera-hogarjij-3º signojij, si no se confundìa con el alemán. Pòra acabò por renunciar a su intento de descifrar aquello y se lanzò a leer el libro.

Leer el *Malleus Maleficarum* resultò ser todo lo contrario que un pasatiempo, pues su inimaginable contenido tuvo como consecuencia que el libro absorbiese toda su atención. No lo pudo leer de cabo a rabo; sus dos partes eran demasiado densas para poder digerirlas en su totalidad. El libro està construido en forma de preguntas o asertos sobre la brujerìa. Estaban puestas al principio de cada uno de los capítulos o secciones, y se respondían o explicaban con una serie de argumentos religiosos de lo màs pasmosos, que no resistirían el menor escrutinio racional.

Las historias y explicaciones de los actos y las intenciones de los brujos eran totalmente absurdos. Las fuerzas de estos personajes no tenían límite; entre otras cosas eran capaces de convocar a animales salvajes, podían volar, transformar a los hombres en toros u otros animales, causar impotencia y hacer que el miembro sexual de los hombres se soltara del cuerpo. Se gastaba una considerable cantidad de energía en argumentar si la susodicha pèrdida del miembro era mera alucinación o pèrdida real. La lectura no le dejó claro a Pòra cuàl era la conclusión de los autores. Para adquirir tales poderes, los brujos tenían que dedicarse a ocupaciones como quemar y (o) devorar niños y tener relaciones sexuales con el propio demonio en persona. Pòra no era psicóloga, pero la lectura la convenció de que los autores se resentían de la santa castidad a la que se veían obligados como monjes negros. Todo ello quedaba claramente de manifiesto en sus comentarios sobre las mujeres. La misoginia chorreaba por todas y cada una de las explicaciones, y Pòra se hartò. Las razones inducidas para explicar lo perversas y demoniacas que eran las mujeres resultaba absolutamente absurdas, entre otras cosas se mencionaba que la costilla de Adàn, que se utilizò para formar a la primera mujer, estaba curvada hacia dentro, lo que tenía como consecuencia toda una serie de desviaciones. Según esta argumentación, las mujeres serían perfectas si Dios hubiese utilizado un fémur. Todas estas cosas iban dirigidas a convencer al lector de que las mujeres eran presa màs fácil del demonio, de ahì que la mayoría de los brujos fueran mujeres. Las mujeres pobres recibían una buena somanta adicional: eran mentirosas y unas piltrafas, al tiempo que seres poderosos. A Pòra le costò imaginar el ser una mujer pobre en aquellos tiempos.

Pero lo que màs le llamò la atención a Pòra fue la tercera y última parte del libro, que trataba sobre los procedimientos legales en la investigación y la litigación contra las brujas. Como jurista, le resultaron especialmente impactantes la abominación que representaba, entre otras cosas, asegurar a las acusadas que si confesaban se les perdonaría la vida, y luego ofrecerles tres diferentes vías para retractarse de sus declaraciones sin que se dieran cuenta. Se explicaba con mucha insistencia a las detenidas que estaba prohibido que los pies de las brujas tocasen la tierra en su camino a la cárcel: había que llevarlas allí en parihuelas. De otro modo, recibirían a través del suelo fuerzas del demonio que les posibilitarían negar las acusaciones, incluso cuando estuvieran entre las llamas. Había que registrarlas a su llegada a la cárcel, pues frecuentemente las brujas llevaban consigo objetos utilizados para despedazar a los niños pequeños, que les daban su fuerza. También se estipulaba que había que cortarles el pelo pues en èl podían esconder los trozos de niño, y por eso era imprescindible afeitadas hasta llegar al cuero cabelludo. Asimismo, se indicaban las vías que permitían dificultar la defensa, por ejemplo se señalaba que habría que registrar los testimonios de los testigos de la defensa en dos hojas: en una estaban los testimonios, pero los nombres de los testigos se anotaban en otra, de modo que fuera imposible saber quièn decía què. La única finalidad, naturalmente, era dificultar la identificación en los casos en los que un testimonio se daba a conocer a la acusada, lo que no siempre estaba autorizado, y había una pormenorizada discusión acerca de las ocasiones en que tal autorización era posible y cuàndo no. Cualquier persona estaba autorizada a actuar como testigo, a diferencia de lo que sucedía en otros casos, cuando las personas de reputación dudosa no se consideraban testigos fiables.

Se explicaba còmo había que aplicar el tormento, cuànto tiempo tenía que transcurrir entre una sesión y otra, y que era preciso comprobar con regularidad si la persona a la que se estaba torturando era

capaz de llorar ante los jueces, en el potro de tortura, pues tal cosa podía indicar su inocencia. Pero se hacía la reserva de que las mujeres solían utilizar saliva para aparentar que lloraban. Era de esperar que a la pobre gente a la que se torturaba sin pausa le quedaran pocas lágrimas cuando el juez y sus auxiliares les ordenaban llorar. Pòra se dijo, pensativa, que aquello era privarlas de toda defensa. El llanto que se producía sin que estuvieran presentes los jueces (en la mazmorra, el potro, etc) no era válido. Todo iba dirigido a obtener confesiones, confesiones que se utilizaban para demostrar la naturaleza demoniaca de las brujas. A cualquier persona en su sano juicio le habría resultado obvio, al leer aquello, que las confesiones eran totalmente inválidas, al haberse obtenido mediante tortura, y que no podía haber duda alguna de que se hacían con la finalidad de detener la tortura y acabar así con los sufrimientos.

Pòra hizo una pausa y se sentó en la cama. Dirigió los ojos hacia la mesilla de noche, a aquel libro perverso. Intentó calmarse fijándose solamente en lo único positivo que había sacado de todo aquello: la sensación de que desde aquellos años, en torno a 1500, la humanidad no había hecho más que progresar. Se levantó y se metió en la ducha. De paso tocó la puerta del dormitorio de su hijo para despertarle. El desayuno fue un tanto patético como de costumbre, pues la única que podía sentarse a comer tranquilamente era su hija. Camino del coche, Pòra les recordó que tenían que ir a casa de su padre esa tarde. Nunca parecía que les apeteciera mucho ir, pero después siempre se alegraban de haber estado con su padre. Si conseguían evitar que les hiciera montar a caballo.

Después de despedirse de los niños, Pòra se dirigió al bufete. Llevaba consigo la hoja manuscrita que había aparecido en el libro para enseñársela a Matthew. No había llegado nadie todavía, pues faltaba media hora para que abriera la oficina, a las nueve. Tiempo de sobra para un café y para echar un vistazo al correo... para ver lo que pasaba fuera de aquel extraño caso que ahora le absorbía todo el tiempo.

Briet llegaba a tiempo a la clase que empezaba a las ocho y cuarto, pero Gunnar, el decano, la detuvo cuando estaba a punto de entrar en el aula. Después de hablar unas palabras con ella, desapareció toda posibilidad de llegar a la hora. En lugar de entrar en el aula, se dirigió a toda prisa a las escaleras y salió del edificio a fumar. Tenía que calmarse un poco... además, debía llamar a los demás para contarles la noticia. Dio una profunda calada a su cigarrillo verde mentolado, un tipo que a Marta Mist le parecía tan ridículo y tan flojo que decía que Briet habría podido afirmar con pleno convencimiento que no fumaba. Marta Mist prefería el Marlboro y mientras Briet marcaba su número de teléfono, confiaba en que su amiga tendría cigarrillos suficientes... le harían falta.

-Hola –dijo precipitadamente en cuanto contestaron al otro lado-. Soy Briet.

-Què tempranito llamas. –La voz de Marta estaba ronca; evidentemente, Briet la había despertado.

-Tienes que bajar a la uni: el Gunnar ese anda como loco y dice que va a hacer todo lo que haga falta para que nos expulsen de la universidad con deshonor, como una puta mierda, si no hacemos lo que nos dice.

-Pero què estupidez es èsa. –La voz de Marta Mist indicaba ahora que ya estaba perfectamente despierta.

-Tenemos que llamar a los demás y decirles que vengan. Yo no estoy dispuesta a que me echen de la universidad. Mi padre se pondría hecho una furia y me quedarè sin beca.

-Càlmate un momento –la interrumpió Marta Mist-. ¿Còmo cree Gunnar que nos va a echar de la universidad? Yo no sè tù, pero mis notas están todas perfectamente.

-Dice que va a presentar en el claustro una queja por consumo de drogas... dice que tiene bastantes cosas en el saco. Así podría echarnos a Brjànn y a mì inmediatamente, y luego se encargará de que os hagan lo mismo a ti, a Andri y a Dòri. Tendremos que hacer lo que dice. Por lo menos, yo no estoy

dispuesta a jugármela. –Briet estaba enardecida. ¿Qué le pasaba a Marta Mist?... ¿nunca sería capaz de hacer lo que se le decía?

-¿Qué quiere que hagamos? –El nerviosismo de Briet había hecho mella en Marta.

-Quiere que hablemos con unos abogados que trabajan para los padres de Harald. Desean tener una reunión con nosotros y Gunnar está empeñado en que colaboremos. Lo cierto es que dijo que no era tan tonto como para creer que íbamos a decir la verdad en todos los extremos, aunque a él le daba lo mismo... bastaba con que habláramos. –Dio una fuerte calada y dejó escapar una espiral de humo. Le pareció oír que había alguien con Marta, que preguntaba qué pasaba.

-Vale, vale –dijo Marta Mist-. ¿Qué hacemos con los demás? ¿Ya les has llamado?

-No, tienes que ayudarme tú. Quiero acabar con esto... nos reunimos todos a las diez y nos quitamos este asunto de encima. Hoy tengo que ir a clase.

-Yo hablo con Dòri. Tú llama a Andri y Brjänn. Nos vemos en la librería. –Marta Mist colgó sin decir más.

Briet se quedó mirando el teléfono, enfadada. Claro que era Dòri el que estaba con Marta. Así que ella no tenía que telefonar a nadie... le dejaba a Briet toda la faena, como de costumbre. Si se hubiera ofrecido a hablar con Andri o Brjänn, pues estupendo. Briet tirò destemplada el cigarrillo, lo apagò en las escaleras y se puso en pie. Se fue en dirección a la librería mientras se dedicaba a localizar el número de Brjänn en su teléfono.

Desde la ventana de su despacho de Àrnagaròur, Gunnar vio a Briet alejarse. “Estupendo”, pensò; “les tengo bien agarrados por el cuello”. Cuando se lanzó a hablar con la chica un rato antes, tuvo que usar todas sus fuerzas para no perder el ànimo. No tenía nada contra aquella gente: ni siquiera la convicción de que estuvieran metidos en drogas y Dios sabe qué otras cosas más. Cuando se ofreció a ir con ellos a la reunión con la abogada, en realidad lo hizo sin intención de cumplir: hasta entonces aquellos chicos no habían hecho nunca el menor caso de lo que les decía, por eso no esperaba que aceptasen ahora con tanta facilidad. Así que echò mano de las amenazas... Tenía que ser algo que les importara, y al parecer su artimaña había resultado.

Aquel grupo siempre le había sacado de sus casillas. Harald parecía el peor, pero los demás no le iban demasiado a la zaga. Claro que lo importante era que su aspecto externo no les había deformado la inteligencia. Cuando se le metió entre ceja y ceja librarse de aquella estupidez que llamaban “sociedad histórica”, expulsándolos de los locales de la facultad, revolvió Roma con Santiago y descubrió, con gran asombro, que algunos de ellos eran alumnos de sobresaliente.

Dejó caer la cortina y cogió el teléfono. Delante de él, sobre la mesa, estaba la tarjeta de la abogada... tenía que mantener buenas relaciones con ella y con el alemán si quería encontrar el documento que había robado Harald. ROBADO. Era inaguantable tener que hacer semejante papelón... creía conocer bien a aquel joven tan desagradable, y siempre hablaba de él con respeto. Y resulta que era un ladròn como una casa, para vergüenza de sí mismo y de todos los demás. Gunnar dejó el teléfono. Tenía que calmarse un poco: no podía llamar a aquella mujer en el estado de nervios en el que se encontraba. Respirar hondo y pensar en otra cosa. La beca Erasmus, por ejemplo. La solicitud ya había entrado y había bastantes opciones de que la aprobaran. Gunnar consiguió tranquilizarse. Levantò el teléfono y marcò el número que figuraba en la tarjeta.

-Pòra, buenos días, aquí Gunnar –dijo con toda la amabilidad de la que era capaz-. Respecto a los amigos de Harald... quería una reunión con ellos, ¿verdad?

## CAPÍTULO VEINTIUNO

---

Pòra no había vuelto a ver personalmente un grupo tan peculiar desde que su hijo celebrò su decimosexto cumpleaños. Y eso que los jóvenes que tenía delante eran casi diez años mayores. Estaban todos sentados en unas posturas que demostraban que habían caído sobre el sofá del cielo (con excepción de la chica alta pelirroja), y se contemplaban los pies con gran interés. Después de recibir la llamada de Gunnar, aquella misma mañana, Pòra se puso en contacto con Briet, y acudió a la reunión con el grupo, en compañía de Matthew. Briet no se mostrò excesivamente feliz con la reunión, pero pese a todo aceptò a regañadientes a convocar a sus amigos y celebrar una reunión a las once... en algún sitio donde se pudiera fumar. En vista de que no había mucho donde elegir, Pòra propuso celebrar la reunión en casa de Harald. Aceptò tan a desgana como a la reunión misma, pero a juzgar por el tenor de la breve conversación, Pòra vio con claridad que igual podría haberlos invitado a París: la reacción habría sido la misma. Matthew estaba encantado con la elección del lugar, pues pensaba que podría ponerles nerviosos y aumentar las posibilidades de que dijeran la verdad.

Mientras esperaban la llegada de los jóvenes, Pòra aprovechò la ocasión para enseñarle a Matthew la hoja manuscrita que salió del Martillo de las Brujas. Dedicaron un tiempo a estudiarlo pero no llegaron a ninguna conclusión firme, aparte de que aquello de Innsbruck-1485 estaba relacionado evidentemente con la llegada de Kramer a la ciudad y la supuesta carta antigua que tanto había interesado a Harald. En cuanto a J.A., Pòra creía con bastante seguridad que se trataba del último obispo católico de Islandia, Jòn Arason, y el año 1550 era la fecha de su ejecución. Pero no conseguía explicarse por qué Harald la había tachado. A lo más que llegaron fue a que debía de tratarse de una especie de repetición mental, por Harald, del viaje de algún objeto muy valioso. Matthew no sabía qué podía ser aquel Libro de visitas de la cruz: en la casa no se encontró ningún libro de visitas, que él supiera, ni tenía idea de que la policía se hubiese llevado uno en su registro domiciliario. El timbre de la puerta les impidió seguir con sus especulaciones sobre los garabatos de aquel papel.

Los jóvenes entraron en el salón del apartamento de Harald, se sentaron todos en los dos sofás y Pòra y Matthew se instalaron en las butacas frente a ellos. Pòra había hecho acopio de ceniceros y el aire del salón estaba atestado de humo.

-¿Y qué queréis de nosotros? –preguntò la chica pelirroja, Marta Mist. Sus amigos la miraron, contentos de que uno de ellos se hubiera hecho con el papel de líder atrayendo la atención sobre sí. Siguieron fumando.

-Sòlo queríamos charlar con vosotros sobre Harald –respondiò Pòra-. Como sabéis, hemos intentado varias veces tener una reunión con vosotros, pero sin éxito.

Marta Mist pareció recibir esas palabras con indiferencia.

-Estamos muy ocupados en la universidad y tenemos demasiadas cosas que hacer como para ponernos a charlar con unas personas que no conocemos de nada y con las que no tenemos nada que ver. De modo que nada nos obliga a hablar con vosotros. Ya le dimos toda la información a la policía.

-Sí, claro, magnífico –dijo Pòra intentando que no la pusiera nerviosa aquella chica, bueno, el grupo entero-. Os estamos muy agradecidos por renunciar a algo de vuestro tiempo para venir a vernos, y prometemos no entreteneros mucho. Como sabéis, estamos investigando el asesinato de Harald por encargo de la familia en Alemania, y entendemos que sois vosotros quienes más trato tuvisteis con él.

-Pues eso no lo sè; sí que le tratábamos bastante, pero de lo que hacía el resto del tiempo no sabemos nada –respondiò Marta, y Briet asintió con la cabeza en muestra de acuerdo. Los hombres se limitaron a mirarse las palmas de las manos.



-Hablas como si fuerais una sola persona –dijo Matthew-. Hemos charlado con Hugi Pòrison, al que, naturalmente, todos conocéis, y según èl eras tù, Halldòr, el màs cercano a Harald... le ayudabas con las traducciones y demás. –Se dirigió a Dòri, que estaba sentado pegado a Marta Mist-. ¿No es así?

Dòri levantò los ojos.

-Sì, sì, ìbamos juntos bastante. Harald tenía problemas con los documentos islandeses y eso, y yo le echaba una mano. Èramos buenos colegas. –Se encogió de hombros para dar a entender que su amistad había sido de lo màs normal.

-Tambièn eres buen colega de Hugi, ¿no? –preguntò Pòra.

-Claro que sì. Somos amigos desde la infancia –dijo Dòri, mirando al suelo. Dejó que el flequillo le cayera sobre los ojos con un rápido movimiento de cabeza, para evitar el contacto ocular.

-Entonces està completamente en tu propio interés que podamos aclarar lo que sucedió. Un amigo tuyo ha sido asesinado y otro amigo es sospechoso del asesinato. Habrìa que pensar que tendrías que estar ansioso de poder ayudarnos. ¿No es cierto? –Matthew sonriò a Dòri, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. Mirò a los otros jóvenes-. Y vosotros, naturalmente, lo mismo puede decirse de vosotros, ¿o no?

Todos los del grupo indicaron su conformidad musitando un sì, claro, hacia el cuello de sus camisas, o con una inclinación de cabeza.

-Bien. –Matthew se golpeò el muslo-. Pues ya estamos listos. Excepto en lo referente a por dònde empezar, claro. –Mirò a Pòra-. Pòra, ¿quizà querriàs tù romper el hielo?

Ella sonriò y se volvió hacia los jóvenes.

-¿Què tal si nos contàis cuàndo conocisteis a Harald y còmo se creò esa sociedad vuestra para estudios de magia? Todo ese asunto nos resulta de lo màs misterioso.

El grupo mirò a Marta Mist con la esperanza de que fuera ella la primera en hablar. Pero ella envió la pregunta a Dòri con un codazo que a Pòra le pareció excesivamente violento. Èste hizo una mueca pero respondió.

-¿Còmo nos conocimos? La primera vez que vi a Harald fue con Hugi, el año pasado. Se habían citado en un bar del centro. Me pareció simpático y muy distinto a Hugi, y a partir de entonces empezamos a tratarnos como de lo màs normal. Salìamos a comer y de bares y a conciertos y cosas de èsas. Harald nos preguntò un dia si nos apetecía entrar en una sociedad que estaba intentando crear, y le dijimos que sì. Así nos conocimos.

Marta Mist tomò la palabra.

-Yo entrè en la asociación a través de Briet. Ella había conocido a Harald en la uni y querìa que fuese con ella para ver de què iba el rollo. –Briet asintió en señal de conformidad.

-¿Y vosotros? –Pòra se dirigió ahora a Andri y Brjànn, que estaban sentados uno al lado del otro, fumando.

-¿Nosotros? –preguntò Andri pesadamente, atragantándose con el humo que se había olvidado de echar.

-Sì –respondiò Pòra-. Vosotros dos. –Se dirigió a ellos dos para que no cupiese la menor duda.

Brjànn levantò el guante.

-Yo estoy en Historia y conocì la asociación de la misma forma que Briet... antes había charlado un par de veces con Harald y me invitò a participar. Yo metì a Andri en el invento èse. –El mencionado Andri se limitò a sonreír como un tonto.

-¿Y de què iba la asociación, si no os importa que os lo pregunte? Tenìamos entendido, por lo que contò Hugi, que se trataba màs que nada de orgias.. disfrazadas de reuniones de interesados en magia.

Los tres chicos sonrieron como idiotas, pero Marta Mist puso muy mala cara antes de decir, ofendida:

-¿Orgias? Nada de orgias. Estábamos estudiando magia y la cultura de la brujería del pasado. No son estudios tan extraños, a fin de cuentas, y son realmente interesantes. Que acabáramos las reuniones con un poco de diversión no afecta al estudio, Hugi sigue tan fuera de onda como el primer día. Era un completo inútil en todo lo referente a la asociación. –Se echó hacia atrás y cruzó los brazos. La cara de enfado seguía en su sitio. Clavó los ojos en Pòra y Matthew, irritada-. Naturalmente, vosotros no tenéis ni idea de qué es eso, como les pasa a los demás... seguro que pensáis que nos dedicábamos a descabezar gallinas y a clavar alfileres en muñecos que nos hacíamos nosotros mismos.

-¿Y no queríais enseñarnos la verdad de la brujería? –preguntó Matthew.

Marta Mist soltó un profundo suspiro.

-No me da la gana hacer de profesora. Os basta con comprender que la magia no es nada más que un intento de la gente para gobernar sus propias vidas con independencia... por lo menos, con independencia a ojos de sus contemporáneos. En su época, era de lo más normal. Consistía, principalmente, en realizar ciertas acciones para que las cosas sucedieran en provecho de uno... a veces a costa de otros, a veces no. Mi opinión es que cuando se llega a sentir la necesidad de practicar la magia, se da un paso en dirección a una meta determinada, lo que hace crecer la determinación de la persona por lograrla, y eso mismo facilita la consecución.

-¿Puedes darme un ejemplo de uno de esos objetivos? –preguntó Pòra.

-Conseguir el amor de alguien o mayor riqueza; curar, hacer daño a un enemigo. En realidad no son objetivos. La mayoría de las brujerías antiguas tienen que ver, naturalmente, con las necesidades fundamentales: la vida no era tan fácil ni variada como ahora.

Pòra se permitió no estar de acuerdo, después de haber leído el Malleus Maleficarum. En su opinión, era pura cuestión de supervivencia en un sistema judicial que alteraba y transformaba las reglas del juego según el capricho de las autoridades represoras.

-¿Y qué se usa para practicar los conjuros? –preguntó, añadiendo para fastidiar a Marta-: ¿Aparte de gallinas y muñecos artesanales?

-Muy graciosa –dijo Marta Mist, aunque sin dejar escapar sonrisa alguna-. En Islandia eran sobre todo signos mágicos... aunque, muchas veces, para poder completar el encantamiento hacía falta algo más que grabarlos o dibujarlos. Los signos mágicos se conocen también en otras partes de Europa y se le puede aplicar lo mismo que a los islandeses: con frecuencia era necesario algo más que simplemente dibujarlos.

-¿Cómo qué? –preguntó Matthew.

-Pronunciar encantamientos, reunir huesos de animales, huesos de persona, pelo de una virgen. Algo por el estilo. Nada serio –respondió Marta con voz gélida.

-Eso, y a veces partes del cuerpo de personas muertas –interrumpió Briet. Aquello produjo el silencio del grupo. Enrojeció y se quedó en total silencio.

-¿Y? –preguntó Matthew con falso asombro-. ¿Cómo cuáles? ¿Manos? ¿Pelo? –Soltó una risa en medio de la lista-. ¿O quizá ojos?

Nadie dijo nada hasta que Marta Mist se aventuró a responder.

-Yo nunca he leído de ningún conjuro que necesitase ojos... excepto ojos de animales.

-¿Y los demás? ¿Conocéis algún conjuro que los exija? –preguntó Matthew.

Ninguno dijo nada, pero todos sacudieron la cabeza.

-No –dejó escapar Brjänn.

-¿Y dedos de la mano? –se apresuró a añadir Pòra-. ¿Habéis leído o practicado algún conjuro en el que se tuvieran que usar dedos?

-No. –La voz de Dòri era decidida y se apartò el pelo de los ojos para poder ayudar a su argumento mirando a los ojos a Pòra y Matthew-. Lo mejor es que quede bien claro que nosotros no nos hemos dedicado a practicar ninguna clase de magia que necesitara partes del cuerpo humano. Sè lo que estàis dando a entender, y es total y absolutamente absurdo. Nosotros no matamos a Harald... eso podèis descartarlo desde ya. La policía comprobò lo que estábamos haciendo cada uno de nosotros y les quedò bien claro. –Dòri se echò hacia delante para coger un cigarrillo de uno de los paquetes que había sobre la mesa. Lo encendió, dio una profunda calada y fue echando el humo despacio.

-¿De modo que fue Hugi quièn lo matò? –preguntò Pòra-. ¿Es eso lo que estàis diciendo?

-No, yo no he dicho nada por el estilo. No te inventes cosas –dijo Dòri, su voz delataba su nerviosismo. Se echaba hacia delante de nuevo para decir algo màs, pero Marta Mist extendió el brazo y lo empujó hacia el respaldo del sofà.

Tomò la palabra, aunque màs tranquila que Halldòr.

-No sè dònnde estudiaste lógica, pero que nosotros no matáramos a Harald no significa automáticamente que fuese Hugi quien lo hiciera. Lo único que ha dicho Dòri es que nosotros no matamos a Harald. Punto. –Ahora le tocò a Marta Mist el turno de reclinarsse en el sofà. Sacò el cigarrillo de entre los labios de Dòri, dio una chupada y lo devolvió a su lugar. En el rostro de Brìet se vio brotar la rabia; aquella muestra màs que evidente de amistad íntima la había alterado.

-Hugi no le matò. Èl no es así –farfullò Dòri con gesto de enfado. Apoyò el brazo en Marta Mist y se inclinò sobre la mesita para tirar la ceniza del cigarrillo.

-¿Y tù? ¿Eres tù así? Si no recuerdo mal, no tenias una coartada tan buena como tus amigos. – Matthew mirò fijamente a Dòri esperando su reacción.

Èsta no se hizo esperar. La voz de Dòri se hizo màs grave por la ira y cuando empezó a hablar avanzò hacia el borde del sofà... acercándose tanto a Matthew como podía sin llegar a caerse.

-Harald era amigo mìo. Un buen amigo. Hizo muchísimo por mì y yo por èl. Yo no le he matado. No. Estàis màs perdidos que la policía y tù no tienes ni puta idea de lo que estàis insinuando –añadiò énfasis a sus palabras apuntando a Matthew con su cigarrillo encendido.

-¿Què hacías tù por èl? Aparte de ayudarle a traducir documentos –añadiò Pòra para meter baza.

Dòri apartò los ojos de Matthew y dirigió su mirada a ella, sin abandonar la còlera. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se detuvo. Después de una última calada y de apagar el cigarrillo, volvió a su lugar en el sofà.

Brjànn, el estudiante de Historia, se asignò a sì mismo el papel de conciliador.

-Venga, entiendo perfectamente lo que pretendèis decir: naturalmente, alguien matò a Harald, y si no fue Hugi, ¿quièn fue? Pero os ahorrariais tiempo y trabajo simplemente con creer que estamos diciendo la verdad, ninguno de nosotros matò a Harald. No teniamos ningún motivo para ello... era simpático e imaginativo, un anfitrión espléndido, un gran amigo y un estupendo colega. Sin èl, por ejemplo, nuestra asociación no es nada. Además, no podríamos haberle matado nosotros... no estábamos cerca de donde andaba èl, y hay un montòn de testigos que lo pueden confirmar.

Andri, el que estudiaba el màster de Química, tomò la palabra a continuación. Sus ojos estaban empañados, y Pòra pensò que debía de estar pasando un mal trago.

-Eso es totalmente cierto. Harald era único; ninguno de nosotros habría querido jamás quitarle la vida. Podía ser càustico y desconcertante, pero siempre era tremendamente amistoso cuando llegaba el momento.

-Què bonito –exclamò Matthew en tono de burla-. Hay una cosa que quiero saber. Estabais todos en la fiesta menos Halldòr; ¿podèis recordar si Hugi y Harald entraron juntos al baño y luego salieron con manchas de sangre en la ropa?

Todos los jóvenes sacudieron la cabeza excepto Dòri.

-A nadie le iba nada en la ropa de nadie –dijo Andri encogiéndose de hombros-. Puede ser perfectamente cierto, pero, al menos yo, no lo recuerdo. –Los otros tres asintieron.

Estuvieron un rato sin decir nada. Se apagaban cigarrillos y se encendían otros nuevos. Matthew rompió el silencio.

-¿De manera que no sabéis quièn matò a Harald?

-No –dijo el grupo al unìsono, con determinación.

-¿Y nunca habéis utilizado partes del cuerpo humano, como por ejemplo, dedos, en vuestras pràcticas? –continuò Matthew.

Ya no todos a la vez.

-No.

-¿Y no conocéis esta signo mágico? –Matthew arrojò sobre la mesita un dibujo del signo que habían grabado en el pecho de Harald.

Todos a la vez:

-No.

-Resultarìa màs convincente si miraseis el papel –dijo Matthew en son de burla. Ninguno de ellos había concedido al dibujo màs que una mirada brevísima.

-Los maderos nos enseñaron el dibujo èse. Sabemos perfectamente adònde quieres llegar –respondiò Marta Mist. Puso la mano con descuido en el muslo de Dòri.

-Vale... comprendo. ¿Pero podèis decirnos què fue de todo ese dinero que Harald se trajo al país poco antes de morir? –preguntò entonces Matthew.

-No, de eso no sabemos nada –dijo Marta Mist-. Èramos amigos de Harald, no inspectores de Hacienda.

-¿Comprò algo o hablò de comprar algo? –preguntò Pòra dirigiéndose a Briet, que le parecía, de todos ellos, quien màs probablemente diría la verdad.

-Siempre estaba comprando algo –respondiò èsta, mirando de reojo a Marta Mist y Dòri. Cuando vio la mano de Marta en el muslo de Dòri, se volvió otra vez hacia Pòra y añadió:- Si no era para èl mismo, era para Dòri. Estaban muy unidos. –Sonriò con desvergüenza.

Pòra vio que las mejillas de Dòri se encendían.

-En realidad, no me compraba cosas así, sin màs. A veces me daba una cosa u otra en señal de agradecimiento por la ayuda que le prestaba yo.

Pòra no le dejó escapar.

-¿Còmo què?

Dòri se ruborizò aùn màs.

-Vamos. –Volviò a echarse el pelo sobre los ojos.

Matthew volvió a darse una palmada en el muslo... ahora con màs decisión que antes.

-Muy bien, buena gente. Tengo una idea. Marta Mist, Briet, Brjànn y Andri... vosotros no sabéis nada, según decís, y no parece que se os pueda sacar mucho. ¿Què tal si os vais a casa a estudiar o a las clases, o a lo que sea que os tiene ocupados... y nos dejàis a Pòra y a mì charlar con Dòri en paz y tranquilidad? –Se dirigió a Halldòr-. ¿No es lo mejor? Así no te resulta tan forzado.

-¿Pero què rollo es èste? –gritó Marta Mist-. Dòri no sabe màs que cualquiera de nosotros. –Se girò hacia èste-. No tienes por què quedarte. Nos marchamos todos.

Al principio Dòri no dijo nada, pero apartò de su muslo la mano de la muchacha y se encogió de hombros.

-Vale.

-¿Vale? ¿Vale què? ¿Vienes con nosotros?? –preguntò Marta, intranquila.

-No –respondiò Dòri-. Quiero terminar con esto. Me quedo. –Una mueca de furia recorrió el rostro de Marta Mist, pero se dominò y tratò de mostrar indiferencia. Se inclinò hacia Dòri y le dijo algo al oído antes de levantarse. Èl asintió, con la mente puesta en otro sitio. Pòra se fijò en el leve beso que ella depositò en la coronilla de Dòri, y del que Briet aparentò no darse cuenta. Andri y Brjànn estaban màs que deseosos de apagar sus cigarrillos y ponerse en pie. Se les notaba a kilómetros lo contentos que estaban.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

---

Matthew acompañò al grupo hasta la puerta. Mientras tanto, Pòra y Dòri esperaban en el salón hipermoderno, rodeados por los horrores del pasado. Pòra sentía làstimoa por el joven, que claramente habría preferido estar en cualquier otro sitio. Las circunstancias le recordaban en cierto modo a su propio hijo: un hombre joven sometido a una lucha interior que resultaba imposible de desentrañar.

-Sabràs que lo único que buscamos es la verdad. No estamos pensando en la estupidez de que pudieseis estar involucrados vosotros –aclariò Pòra para romper el silencio y aliviar la opresiva atmòsfera-. En realidad estamos de acuerdo contigo en los puntos principales del caso: que Hugi es inocente o que por lo menos si està donde està no es solamente por las pruebas objetivas que le acusan.

Dòri no la mirò.

-Yo no me creo que Hugi le haya matado –dijo en voz baja-. Todo eso es una imbecilidad.

-Obviamente, estimas mucho a tu amigo –respondiò ella-. Si quieres ayudarle, lo mejor es que no nos ocultes nada. Recuerda que tu amigo no puede esperar apoyo de nadie màs que de nosotros.

-Huh –mascullò Dòri, pero no dio ninguna otra pista de si estaba o no dispuesto a ayudarles.

Matthew volvió y se repanchingò en el sillòn. Observò a Dòri pensativo un rato.

-Menudo grupito raro al que te has juntado. Mientras salian, las chicas no parecían muy dispuestas a darse besos y abrazos.

Dòri se encogió de hombros.

-Estos días andan un poco enfadadas.

-Tù lo has dicho. Bueno, ¿què tal si entramos en faena? –preguntò Matthew.

-A mì me da igual –respondiò el chico-. Vosotros preguntad, yo intentarè responder. –Se estirò para coger un cigarrillo y lo encendiò. Pòra se dio cuenta de que le temblaban las manos.

-Bien, amigo –dijo Matthew en tono fraternal-. Nos interesan bastantes cosas en las que, sin duda, tù puedes ayudarnos. Una de ellas es en què se gastaba Harald el dinero, y otra es su investigación histórica, en la que tù le ayudabas. ¿Què puedes decirnos sobre el asunto del dinero?

-¿El asunto del dinero? Yo no estaba metido en eso, si es lo que pensàis. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que estaba forrado. –Dòri señaló a su alrededor y se encogió de hombros-. No hay muchos estudiantes que vivan en una casa como èsta, si es que hay alguno. Y su coche tampoco era ninguna tontería, y solia comer fuera muy a menudo. Desgraciadamente no es un tren de vida que pudiéramos permitirnos los demás.

-¿Salìa a comer solo? –preguntò Pòra-. Ya que los demás eràis unos pobres estudiantes.

La pregunta resultò visiblemente incòmoda.

-Sí, a veces –dio una calada-. A veces iba yo con èl. Èl pagaba.

-De forma que te llevaba con èl y pagaba la cuenta, ¿es eso? –preguntò Matthew, y Dòri asintió con la cabeza-. ¿Màs veces de las que iba solo o no? –Dòri volvió a asentir-. ¿Què màs cosas pagaba por ti?

Un repentino interés en el cenicero se apoderò de Dòri, apartò la mirada de ellos y fijò la vista en el objeto como si allí pudiera encontrarse la respuesta a la pregunta.

-Bueno, pues cosas.

-Eso no es una respuesta –dijo Pòra con tranquilidad-. Cuéntanoslo... no estamos aquí para juzgaros ni a ti ni a Harald.

Una breve pausa y entonces:

-Me lo pagaba todo, joder. El alquiler, los libros de estudio, la ropa, los taxis, la mierda. Pues eso, todo.

-¿Por què? –preguntò Matthew.

Dòri se encogió de hombros.

-Harald decía que el dinero era suyo y que hacía con èl lo que le daba la gana... no estaba dispuesto a renunciar a lo que le apetecía sòlo porque sus amigos estuvieran sin blanca. A mì aquello me resultaba màs bien incòmodo, pero estaba sin un céntimo y era divertido salir con èl. Pero nunca hubo ningún mal rollo. Yo intentaba devolverle el favor ayudándole con las traducciones y eso.

-¿Y eso què? –preguntò Matthew.

-Nada. –El rubor de las mejillas de Dòri se acentuò-. No había nada sexual, si eso es lo que pensáis. Ni yo ni Harald èramos, somos, de èsos. A los dos nos iban las chicas.

Pòra y Matthew se miraron. Aquellos gastos de los que hablaba Dòri no eran màs que calderilla en comparación con la cantidad desaparecida.

-¿Sabes algo de una gran inversión en la que Harald metió dinero justo antes de su asesinato? –preguntò Matthew.

Dòri levantò los ojos. El gesto de su rostro indicaba a todas luces que lo que iba a decir era verdad.

-No, ni idea. Nunca hablò de nada parecido. En realidad, la semana anterior no nos vimos prácticamente nada... èl estaba liado con algo y yo estaba intentando ponerme al dìa en la facultad.

-¿No tienes ni idea de en què estaba metido y por què no se citò con vosotros durante aquellos días? –interrumpió Pòra.

-No, hablè con èl por teléfono varias veces pero no estaba de humor para decir nada. No sè el motivo.

-De modo que cuando le asesinaron llevabas sin verle unos cuantos días, ¿no? –preguntò Matthew.

-Eso es... sòlo hablábamos por teléfono.

-¿Y no te parece un poco raro, o acaso tenía la costumbre de encerrarse unos cuantos días y dejar de veros? –preguntò Matthew.

Dòri pensó la respuesta.

-Nunca lo había pensado, pero ahora que lo dices, no era tan extraño. Por lo menos ya lo había hecho antes, si recuerdo bien. Le preguntè què pasaba pero dijo que necesitaba un tiempo para estar consigo mismo. Pero estaba de buen humor, y eso.

-¿No te enfadaste con èl esa vez? –preguntò Pòra. Tenía que haberle resultado extraño al muchacho perder a su mejor amigo durante varios días sin ninguna explicación, especialmente si se tiene en cuenta la frecuencia del trato.

-No, en absoluto. En la facultad tenía trabajo de sobra. Además, hacía guardias, y eso. Así que tenía otras cosas en què pensar.

-Trabajas en el hospital universitario de Fossvogur, ¿verdad? –preguntò Pòra. Dòri asintió-. ¿Còmo consigues trabajar, encontrar tiempo para atender tus estudios y disfrutar tanto de la vida?

Dòri se encogió de hombros.

-No es un trabajo a tiempo completo, què va. Hago algunos turnos de sustitución, eso es todo. Trabajo allí los veranos, y en invierno cuando me llaman si hay alguna ausencia. Bajas por enfermedad y otras cosas inesperadas. En lo que respecta a los estudios, resulta que soy bastante organizado cuando me pongo a estudiar. Por un motivo u otro, siempre me ha resultado fácil aprender.

-¿Què haces en el hospital? –preguntò Matthew.

-Un poco de todo. Trabajo como celador en el departamento de cirugía. En realidad soy màs el chico para todo: hago cosas como limpiar trastos después de las operaciones, sacar cosas y faenas por el estilo. Nada especial.

Matthew siguió mirándole, intrigado.

-¿Sacar cosas? Lo pregunto por pura curiosidad; sè poco de hospitales.

-Nada –respondió Dòri estirándose para coger la cajetilla-. La basura y eso.

-Ah, ya –murmurò Matthew-. ¿Y còmo se llama tu jefe, o alguien con quien podamos hablar sobre el trabajo este tan... especialmente en lo que respecta a la noche en que asesinaron a Harald?

Dòri se inclinò para estudiarse una de las uñas de la mano izquierda, obviamente sin saber si debía responder o no, y luego sin saber còmo hacerlo.

-Gunnur Helgadóttir –farfullò enfadado-. Es la enfermera jefe de cirugía.

-Una pregunta –interrumpió Pòra mientras anotaba el nombre-. ¿Quièn le hizo el corte de la lengua a Harald? ¿Fuiste tù, verdad?

Dòri dejó de intentar encender el cigarrillo y la mirò muy nervioso.

-¿Por què? ¿Què importa eso?

-Quiero saberlo. Harald tiene fotos de la intervención en su ordenador, y se ve que la hicieron en una casa particular. Uno creería que tiene que ser alguien conocido. El caso no tiene que ver con el asesinato; es sòlo que quiero saberlo.

Dòri los mirò alternativamente a uno y a otro. Pòra estaba segura de que el muchacho estaría pensando si la operación había sido legal o ilegal. Se mordió el labio inferior un rato y por fin habló.

-No. Yo no lo hice.

-¿Puedo verte el brazo? –preguntò Pòra con una sonrisa, recordando que Hugi había dicho de Dòri y su preocupación por el tatuaje que llevaba en el brazo.

-¿Por què? –preguntò el chico, echándose hacia atràs en el sofà para aumentar la distancia entre ellos.

-Venga –dijo Matthew, que se movió hasta quedar en el borde del sillòn. No tenía ni idea de lo que pretendía Pòra-. Sè buen chico y sùbete las mangas para hacerle un favor a la señora.

El rostro de Dòri se puso lívido. Matthew avanzò aún màs hacia el borde de la butaca y Dòri se echò aún màs atrás en el sofà. Se le desataron los nervios. Con un gesto de furia se levantò las mangas.

-Ya està –dijo enfadado, estirando los brazos.

Pòra alargò la cabeza y sonrió.

-¿Crap? –dijo mirando el tatuaje del brazo derecho, justo por encima de la muñeca.

-Sì... ¿y què? –dijo Dòri volviéndose a bajar las mangas.

-Nada, que es curioso... –respondió ella-. El que le hizo la operación a Harald tenía exactamente el mismo tatuaje. –Sonrió a Dòri y señaló su brazo derecho con la punta del dedo-. ¿Què pasa?

-Nada –respondió Dòri testarudo. Se pasó los dedos por el pelo y volvió a taparse los ojos-. Vale, pues sì, lo hice yo. Estábamos en casa de Hugi. Harald había estado dándome la tabarra con aquello y al final accedí. Saquè prestados unos trastos del hospital y birlè unos anestésicos. Nadie los echò en falta. Hugi me ayudò. Fue un tanto repulsivo. Pero el resultado era de lo màs cool.

“Màs o menos”, pensó Pòra.

-Me imagino que al hospital no le gustaría demasiado enterarse de que robaste medicinas, ¿me equivoco?

-No, claro que no. Por eso no tengo ninguna gana de que esto se sepa –respondió Dòri-. Además, es una cosa que la mayoría de la gente no comprende, y no quiero que me cuelguen el sambenito de majareta.

Matthew sacudió la cabeza pero enseguida decidió cambiar de tema.

-Querría preguntarte una cosa sobre un asunto que me parece raro... pero... imagino que debes de tener cierta experiencia en estos temas. –Hizo una pausa para mirar a Dòri a los ojos antes de continuar-. ¿Asististe alguna vez a esas actividades sexuales que practicaba Harald, en las que se impedía la respiración para aumentar el placer?

Dòri se puso rojo como un tomate.

-No me apetece hablar de eso –respondió secamente.

-¿Por qué no? –preguntó Matthew-. ¿Quièn sabe si fue eso lo que llevó a Harald a la muerte? –Las rodillas de Dòri subían y bajaban mientras llevaba el ritmo con los pies sobre el resplandeciente parque.

-No murió de eso, para nada –dijo con un hilo de voz.

Pòra tomó la palabra.

-¿Qué sabes del tema?

El ritmo que marcaba Dòri con los pies se hizo màs rápido. Callò y ni Pòra ni Matthew dijeron nada... se limitaron a mirarle fijamente y a esperar. Por fin se rindió, respirò hondo y empezó a hablar.

-Esto no tiene una mierda que ver con el caso, pero sí, yo sabía que Harald hacía esas cosas.

-¿Còmo lo supiste? –preguntó Matthew agrio.

Los pies de Dòri se detuvieron.

-Porque me lo dijo èl. Estaba empeñado en que lo probara yo también. –Callò, apartò la vista de Matthew y mirò a Pòra.

-¿Lo hiciste? –preguntó ella.

-No –fue la decidida respuesta, y Pòra le creyó-. Puede ser que yo haga cosas raras, pero eso es lo màs aberrante que he visto nunca.

-¿Visto? –exclamó Matthew.

Dòri se puso lívido.

-No es verlo, exactamente... me he expresado mal. “A lo que he asistido” sería màs correcto. –Mirò al suelo-. Fue una vez, el otoño pasado. Me había quedado frito en el sofà después de una fiesta estupenda que hicimos aquí y me despertó por la noche un traqueteo espantoso. –Levantò los ojos y mirò a Matthew-. No sè què locura era aquella que me encontrè... yo no tenía ni idea de ese tipo de cosas... el caso es que me despertè y fui a ver què ocurría y vi a Harald prácticamente con las convulsiones de la muerte. –Pòra tuvo la sensación de que un escalofrío recorría al joven recordando la escena-. Soltè el cinturón que tenía totalmente apretado al cuello. No fue fácil porque tenía un extremo sujeto al radiador de su cuarto. Pero le hice el boca a boca y pude revivirle... pues eso.

-¿Estàs seguro de que no estaba intentando suicidarse? –preguntó Pòra.

Dòri la mirò y sacudió la cabeza.

-No, no era un intento de suicidio. Crèeme. No me apetece lo màs mínimo explicar con màs detalles el resultado. –Ahora le tocò a Pòra el turno de ruborizarse y, al verlo, Dòri pareció alegrarse. Continuò, aunque algo màs seguro de sí mismo-: Luego lo hablè con Harald, que no tuvo pega alguna en reconocerme de què se trataba. Además, me propuso que probara yo también... dijo que era el no va màs. Pero se había pasado de la raya esta vez, y se daba perfecta cuenta de ello. Estuvo al borde de la muerte.



-¿Así que no crees que murió de una de esas? –preguntó Matthew.

-No, seguro que no –respondió Dòri-. Claro que no puedo saberlo seguro... -Se quedó de lo más serio y turbado.

-¿Recuerdas cuándo fue? –preguntó Matthew.

-La noche del 10 al 11 de septiembre. –No necesitó pensarse la respuesta.

Matthew asintió preocupado. Miró a Pòra y dijo en alemán:

-Cambiò su testamento unos diez días después. –Pòra asintió... estaba segura de que Dòri era el heredero islandés del que se hablaba. Acababa de salvarle la vida cuando cambiò el testamento; en realidad no hacía falta nada más para comprender que le hubiera metido allí...

-Entiendo perfectamente el alemán. –El sonido surgió desde dentro de Dòri, que sonrió con malicia.

Matthew no respondió, sino que preguntó a su vez, con el mismo gesto malicioso que Dòri:

-Hugi nos dijo que a veces Harald se dedicaba a incordiarte delante de los demás... a humillarte, si no recuerdo mal. ¿Eso no te molestaba?

Dòri dejó escapar un bufido.

-¿Pero qué dice ese tío? Como sabéis, Harald no era como el resto de la gente. Podía ser despótico pero seguía siendo divertido. Prácticamente siempre se portaba cojonudamente conmigo, sobre todo cuando estábamos solos, pero cuando íbamos con los demás, a veces se dedicaba a hacerme bromas pesadas. A mí no me afectaba. Hugi puede confirmarlo, porque después Harald siempre me pedía perdón. No tenía la menor importancia, sólo el cabreo mientras duraba. –A los ojos de Pòra, no hacía falta ser muy listo para percatarse de lo que había detrás de aquellas aclaraciones. Al chico, aquello le resultaba claramente insoportable. Pero de nada serviría seguir preguntándole sobre el tema.

-Pero, ¿qué puedes contarnos de la investigación de Harald? –preguntó Pòra-. ¿Puedes explicarnos en qué consistía tu ayuda?

Dòri respondió al momento, feliz del cambio de tema.

-Era un poco especial. En realidad sólo le ayudaba con traducciones, aunque también con la búsqueda de fuentes. Él andaba en muchas cosas distintas... yo no veía del todo la relación, pero tampoco soy historiador, de modo que no tenía mucho que decir. En cierto modo pasaba de una cosa a otra; me pedía que le leyese en voz alta algo que yo pasaba del islandés al inglés, y de pronto me decía que le leyese otra cosa, y así sucesivamente.

-¿Puedes darnos algún ejemplo de los artículos o los temas en los que estaba interesado? –preguntó Matthew.

-Mmm, no os puedo dar una lista exhaustiva ni nada por el estilo. Al principio, yo traducía principalmente artículos de la tesis doctoral de Ólína Þorvarðardóttir sobre la época de la quema de brujas, luego se interesó por el seminario de Skálholt, por textos sobre magia de uno de los seminaristas de allí, y por un libro de brujería que circulaba mucho. También tenía una carta antigua en danés, si recuerdo bien... yo no me aclaraba mucho para traducirla, pero hice lo que pude. Tratava de un enviado y de algo que no conseguí comprender. Cuando llegó a aquel punto cambiò de dirección a toda prisa, dejó de ver cosas sobre la quema de brujas y se fue para atrás un siglo, más o menos. Recuerdo haberle traducido un texto del *Íslandslýsing* de Odd Einarsson, obispo de Skálholt, de hacia 1590. El texto era sobre el Hekla, y recuerdo una historia acerca de un hombre que enloqueció al escalarlo y mirar el cráter. También estaba muy interesado en la erupción del Hekla de 1510, y por el obispo Jón Arason y su ejecución en 1550, y por el obispo Brynjólfur Sveinsson... bueno, y además quería saberlo todo sobre los monjes irlandeses, de modo que puede decirse que cuando lo asesinaron estaba viajando hacia atrás en el tiempo... en realidad, hacia un tiempo anterior a la colonización de Islandia.

La lista de años dejaba claro que aquel muchacho tenía una memoria de elefante. No era tan raro, a fin de cuentas, que pudiese obtener buenos resultados en la universidad pese a su tumultuosa vida nocturna, pensó Pòra, que preguntò:

-¿Los monjes irlandeses?

Dòri asintió.

-Sí, los monjes irlandeses. Èsos que hubo por aquí.

-Ah, ya –contestò Pòra, aunque no estaba segura de què preguntar a continuación. Entonces recordò a aquel tipo, Gunnar, que les había facilitado la reunión con los amigos de Harald-. Esa carta danesa... ¿sabes de dònnde la sacò o dònnde està?

Dòri sacudió la cabeza.

-No tengo ni idea de dònnde la encontrò... tenía màs cartas antiguas que relacionaba con aquèlla. Estaban en una funda... aunque esa carta danesa no. Supongo que andarà por aquí.

-¿Te suena el nombre de Mal? –preguntò Matthew por decir algo.

Dòri les mirò y sacudió la cabeza.

-No, no lo he oído nunca. ¿Por què?

-No, por nada –respondiò Matthew.

Dòri iba a decir algo cuando sonò su móvil. Lo sacò, mirò la pantalla, se incorporò un poco y volvió a metérselo en el bolsillo.

-¿Tu mamá? –le preguntò Matthew, mirando divertido a Pòra.

-Justo –respondiò el muchacho con voz de disgusto.

El aviso de SMS sonò en el bolsillo del pantalòn. Dòri no hizo ademàn de coger el teléfono, de modo que Pòra le lanzò una nueva pregunta.

-¿Te suena un libro de visitas del que Harald pudiese haber hablado? Libro de visitas de la cruz.

Dòri la mirò sin llegar a comprender.

-¿Libro de visitas de la cruz? ¿De la comunidad religiosa?

-¿Nunca oìste mencionar algo por el estilo?

-No.

Matthew le apretò los tornillos.

-Dinos algo del cuervo que andaba buscando Harald como loco.

La nuez de Dòri se quedó atascada en la garganta.

-¿Un cuervo? –Su voz era casi un gemido.

-Sí, un pájaro. Un cuervo –intervino Pòra-. Sabemos que andaba como loco buscando un cuervo. ¿Sabes algo de eso?

Dòri se encogió de hombros.

-No. Pero puedo entender perfectamente que quisiera tener un cuervo. Un pájaro interesante.

Pòra estaba convencida de que estaba mintiendo, pero comprendió que era mejor detenerse en aquel punto. Matthew le quitò la palabra antes de que llegara a ninguna conclusión.

-¿Sabes algo de un viaje de Harald a Hòlmavik a ver el Museo de Brujería de Strandir?

-No –respondiò el chico; una nueva mentira, sin duda.

-¿Y al Hotel Rangà? –preguntò Pòra.

-No. –Otra mentira.

Matthew mirò a su compañera.

-Strandir... Rangà. ¿Quizà deberíamos hacer un viajecito?

El gesto de Dòri indicaba a las claras que sus planes de viaje no le hacían totalmente feliz.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

---

Dòri se sintió tremendamente aliviado cuando saliò a toda prisa de la casa. Mirò hacia atrás después de atravesar la puerta de la calle y llegar a la acera, pero ni Matthew ni Pòra parecían estar observándole desde la ventana. Creyó ver moverse la cortina en el piso de debajo de la casa y maldijo a aquella vecina tan cotilla. Aquella puta seguía acechando desde su guarida... nunca dejaba en paz a Harald, siempre quejándose de cada tos y de cada suspiro. Después de una de las primeras fiestas, el verano anterior, Dòri tuvo que ir a abrir la puerta a la mañana siguiente y recibir la bronca de la buena señora, y joder cómo bufaba la tía. Él estaba tan flojo que tuvo la sensación de que cada palabra y cada onda sonora que la acompañaba le repercutían como un martillazo en la frente. Sintió un escalofrío al recordarlo, sobre todo por cómo terminó todo... tuvo que quitarse a la tía esa de encima a base de sacar la cabeza por el quicio y vomitar. Aquello no le gustó demasiado, como puede comprenderse, pero Harald consiguió amansarla por la tarde, ese mismo día. En lo sucesivo tuvo que acostumbrarse a mantener en secreto sus visitas. Pero al resto de los invitados a la fiesta les pareció divertidísimo, cuando Dòri se decidió por fin a contárselo. Sonó el móvil. Dòri lo sacó del bolsillo y en la pantalla vio que era Marta Mist... otra vez. Ahora contestó:

-¿Qué?

-¿Has terminado? –preguntó impaciente y enfadada-. Te estamos esperando, vente para acá.

-¿Adónde? –En realidad, a Dòri no le apetecía nada reunirse con ellos en aquel momento. Lo único que quería era irse a su casa a tumbarse, pero sabía que no le dejarían en paz. Marta Mist llamaría y acabaría por ir a buscarle si no contestaba. Lo mejor era acabar ya con el asunto.

-En el 101... date prisa. –Colgó y Dòri se puso a caminar un poco más rápido. Hacía frío y estaba agotado. Antes de darse cuenta estaba en la entrada del hotel, y se sacudió la ropa para desprenderse de la nieve que se le había acumulado encima durante el camino. Se pasó los dedos por el pelo y se lo sacudió. Después abrió la puerta y entró. De pronto, Dòri sintió unas ganas enormes de beberse una cerveza. Fue hacia sus amigos y se sentó en una silla libre, aunque Marta Mist y Briet se habían movido para dejarle un sitio entre ellas. Ni pensar en sentarse al lado de ellas en esos momentos. Las chicas intentaban no dejar traslucir que aquello les había sentado mal, y Dòri observó la tranquilidad con que se volvían a correr para llenar de nuevo el espacio vacío sin que se notara mucho. Marta Mist era maestra en una sola cosa: sabía conservar la calma y la dignidad. No solía mostrar otros sentimientos que furia implacable y desprecio. Orgullo herido era algo que no figuraba en su vocabulario.

-¿Por qué demonios no respondías al teléfono? –preguntó enfadada-. Llevamos un buen rato aquí con el corazón en un puño, esperando noticias tuyas.

Dòri se enfadó.

-¿Pero qué os pasa? Estaba hablando con los abogados esos. ¿Qué os iba a decir por teléfono? – Nadie dijo nada, así que Dòri repitió la pregunta-. ¿Eh? ¿Qué os podía decir?

Marta Mist encontró una escapatoria.

-Pues podías haber contestado al mensaje por lo menos. Eso no habría sido demasiado esfuerzo.

-Ah, sí, claro –dijo Dòri, irónico-. Nada más sencillo. ¿Pero qué te crees que soy yo para dedicarme a los mensajitos? ¿Un adolescente?

Brjänn intervino.

-Pero bueno... ¿te pasa algo? –dijo con tranquilidad, y bebió un sorbo de cerveza. Aquella visión fue más de lo que Dòri podía aguantar. Hizo señas al camarero y pidió una cerveza grande. Luego se volvió a los demás.

-Todo fue estupendamente... màs o menos. Sospechan un poco de todo pero, en realidad, saber, no saben nada. –Dòri tamborileaba con los dedos de la mano derecha en el borde de la mesa mientras utilizaba la izquierda para buscar la cajetilla de tabaco en los bolsillos del abrigo. No la encontró-. Me he dejado los cigarrillos... ¿me dais uno? –Briet le pasò su cajetilla... y Dòri suspirò para sus adentros. Eran unos cigarrillos típicos de niña, blancos como la tiza, con mentol, y para colmo, màs que suaves. Pese a todo cogió el paquete y sacò un cigarrillo. Eso era lo peor cuando Marta Mist estaba enfadada con èl: ella fumaba cigarrillos de verdad, Marlboro. Dio una calada y, tras quitarse el cigarrillo de los labios, mirò el cilindro humeante y sacudió la cabeza: ¿Còmo puedes fumar esta porquería?

-Algunos dicen “gracias” –le espetò Briet, molesta.

-Perdona, estoy un poco tenso. –Llegò la cerveza y, después de tomarse un buen trago, Dòri inflò de aire las mejillas, soplò y suspirò-. Aah, esto ya està mejor.

-¿Les dijiste algo? –preguntò Marta Mist... ya se le estaba pasando el enfado.

Dòri se tomò otro trago mientras sacudìa la cabeza.

-No, nada importante. Naturalmente, les dije un montòn de cosas... no hacían màs que chorrear preguntas, y algo tenía que contestar.

Marta le mirò pensativa y asintió, visiblemente satisfecha.

-¿Seguro, seguro?

Dòri le guiñò un ojo como signo de reconciliación.

-Seguro, seguro... no te preocupes.

Marta Mist sonriò.

-Mi héroe.

-¿Algo màs? –dijo Dòri casi con indiferencia, moviendo el elegantísimo cigarrillo delante de la cara-. ¿Verdad que soy listo?

Andri soltò unas risillas, puso su propio paquete de cigarrillos en la mesa y le dio un empujoncito para acercárselo a Dòri.

-¿Què crees que harán ahora? ¿Querràn volver a reunirse con nosotros?

-No, eso lo dudo.

-Bien –dejò escapar Brjànn-. Esperemos que se vean metidos en un bucle infinito y acaben por rendirse.

Briet era la única que no se había puesto de buen humor.

-¿Y què pasa con Hugi? ¿Ya os habéis olvidado de èl? –Fue mirando a los demás uno a uno, con gesto escandalizado. La sonrisa desapareció de los labios de Dòri.

-No, claro que no. –Se pidió una cerveza màs grande, que no le supo tan bien como la primera. Marta Mist le dio un buen pellizco a Briet en la parte superior del brazo, y la muchacha se quejó.

-Pero bueno, ¿què te pasa? No, no van a rendirse... sacaràn algo de todo esto. Lo principal es que nosotros no nos veamos involucrados en el asunto. Esto tiene una mala pinta de todos los demonios.

-La gente no es condenada por crímenes que no han cometido... le declararàn inocente, podèis estar tranquilos –dijo Andri con la boca pequeña.

-Pero, ¿de dònde sales tù? –preguntò Briet, que no estaba dispuesta a rendirse pese al escozor del brazo. No era nada frecuente que intentara contradecir a Marta Mist, pero seguía enfadada con Dòri-. Toda la vida han condenado a la gente por errores judiciales... ¿te acuerdas del caso de Geirfinn? ¿Eh?

-Dejaos de idioteces –espetò Marta Mist, que no apartaba los ojos de Dòri.

-Toda saldrá bien, ya verèis. Vámonos a comer algo. Estoy muriéndome de hambre.

Se pusieron en pie y recogieron sus cosas. Cuando fueron a pagar las bebidas, Marta Mist se quedó aparte con Dòri.

-Aùn no te has librado de todo... lo sabes.

Dòri apartò la mirada pero ella le cogió por la barbilla y le obligò a mirarla a los ojos-. ¿No has acabado de librarte de eso?

Dòri asintió con la cabeza.

-Ya està, se acabò. No te preocupes por nada.

-Yo ya no me atrevo ni siquiera a tener marìa en mi casa. No estaría nada mal que tù también tomaras precauciones. Si esos dos se ponen a revolverlo todo, a los maderos se les puede ocurrir cualquier cosa y registrarnos la casa a todos. ¿Estàs seguro de que te lo has quitado todo de encima?

Dòri carraspeò y la mirò fijamente a los ojos. Con voz decidida, le dijo:

-Lo juro. No hay nada.

Marta Mist sonriò y le soltò la barbilla.

-Venga, tenemos que pagar la cuenta.

Dòri la vio alejarse. Què curioso, le había creído. Siempre se daba cuenta cuando èl intentaba alguna mentira. Había progresado en deshonestidad. Cool.

Pòra estaba intentando que las espesas cejas del hombre que estaba sentado delante de ella no la distrajeran demasiado. Matthew y ella se encontraban en el despacho de Porbjörn Òlafsson, el director de la tesis de Harald.

-Muchas gracias por recibirnos –dijo Pòra sonriendo.

-De nada –respondió Porbjörn-. Si querèis dar gracias a alguien, tendría que ser a Gunnar: es èl quien nos ha reunido. Pero me parece estupendo que hayàis podido venir con tan poco tiempo de aviso. – Porbjörn les había telefoneado poco después de que Dòri dejase la casa de Harald, y Pòra y Matthew acordaron que irían a verle de inmediato. Porbjörn dejó el lápiz que había estado haciendo girar entre sus dedos-. ¿Pero què es lo que tenèis tantas ganas de saber?

Pòra fue la primera en hablar.

-Imagino que Gunnar te habrá explicado nuestra relación con Harald, ¿no? –Porbjörn asintió y Pòra continuò-. Queríamos oír tu opinión sobre Harald y lo que pudieras decirnos sobre sus estudios, en especial sobre su investigación.

Porbjörn rio.

-Bueno, no puedo decir que le conociera. No tengo por costumbre socializar mucho con mis alumnos... no me tienta demasiado. Me interesan sus proyectos de estudios, pero como individuos me quedan un tanto lejanos.

-Pero tendràs que haberte formado alguna opinión sobre èl, ¿no? –preguntò ella.

-Naturalmente que sì. Sobre todo me parecía un personaje peculiar... y no sòlo por su aspecto. Pero no me resultaba especialmente molesto... a diferencia de Gunnar, por ejemplo, que no le soportaba. En realidad, a mì me divierte tener alumnos que no lo hagan todo igual que el resto del mundo. Además era una pasada trabajando, y tenía las cosas muy claras. Y yo no pido màs.

Pòra levantò las cejas.

-¿Tenìa las cosas claras? Teníamos entendido, por lo que nos dijo Gunnar, que su investigación era bastante errática.

Porbjörn resoplò.

-Gunnar es de la vieja escuela. Harald no. Gunnar quiere que un alumno se mantenga siempre en el rumbo establecido. Harald se acercaba màs a mis propias preferencias: aparcaba unas cosas y se ponìa a observar las callejuelas laterales, si se puede expresar de este modo. Es asì como hay que actuar en estos

temas. Uno no sabe nunca adònde lleva un camino, aunque este modo de proceder exige màs tiempo que el otro. En cambio, uno se puede encontrar en el camino muchas cosas inesperadas.

-Entonces, ¿Harald no estaba a punto de cambiar de tesis, como piensa Gunnar? –preguntò Matthew.

-En absoluto –respondiò Porbjörn-. Gunnar anda siempre pisando huevos, convencido de que todo se va a ir al demonio de un momento a otro. Lo mismo que le preocupaba que Harald se instalara aquí y se convirtiese en estudiante eterno. Pero lo que ha sucedido es algo completamente distinto.

-¿Què te parece si nos cuentas algo de la investigación de Harald? –solicitò Pòra-. Estamos intentando comprobar si su interés por la magia tiene alguna relación con el crimen.

Ahora fue Porbjörn quien elevò las cejas.

-¿Hablàis en serio? –Ambos contestaron que sì-. Bueno, pues vaya. Nunca me habría esperado algo así. La historia no es tan apasionante como para que la gente asesine por ella –dijo-. Sea como fuere, Harald iba a comparar las cazas de brujas en este país y en el continente europeo. Como sabréis, aquí fueron sobre todo hombres a los que se quemò por brujerìa, a diferencia de lo sucedido en otros lugares. Èste era, digamos, el punto de partida de su investigación. Como Harald estaba muy familiarizado con la brujerìa en el continente, se dedicò a estudiar fuentes islandesas y a aprender la historia de este país durante ese período. En mi opinión, había logrado adquirir una visión muy completa de la misma cuando lo asesinaron.

-¿Y què es de esas callejuelas laterales? –preguntò Matthew.

Porbjörn reflexionò un momento.

-Al principio estaba interesadísimo en el obispo Jòn Arason y en la imprenta que hizo traer al país. En un primer momento yo no comprendìa què relación creìa èl que pudieran tener esas cosas con la caza de brujas, pero le dejè que siguiera ese camino, a ver què salìa. Luego dejó el asunto y se interesò por el obispo Brynjòlfur Sveinsson de Skàlholt. Eso me gustò màs.

-¿Tenìa alguna relación con la caza de brujas? –preguntò Pòra.

-Naturalmente –respondiò el profesor-. Era obispo en esa época, pero se le consideraba bastante blando. Se sabe que impidió que llevaran a la pira a un grupo de escolares de Skàlholt, aunque les habían encontrado un prontuario de conjuros. Pero mirándolo con detenimiento, la verdad no parece tan clara. Por ejemplo, no hizo nada por disuadir a su pariente el reverendo Pàll de Selàrdal, que fue de los primeros en formular acusaciones de brujerìa. Siete personas fueron quemadas en la pira bajo la sospecha de haber causado enfermedades en la granja del reverendo Pàll.

-Ese prontuario de conjuros que has mencionado, ¿estaba Harald muy interesado en èl? –preguntò Matthew.

Porbjörn sacudió la cabeza lentamente.

-No, no recuerdo que lo estuviese. Es conocido como Skàholtsskraeda y es probable que Brynjòlfur lo hiciera desaparecer. Pero copiò ochenta de los conjuros que se mencionaban en èl, si recuerdo bien. El caso es que Harald tenía un interés enorme por la biblioteca de Brynjòlfur, en la que había manuscritos y libros impresos. Su propia historia personal, ciertamente, también despertó su interés.

-¿Y eso por què? –preguntò Matthew. Como excusa, añadió-: No sè nada sobre la historia de Islandia.

Porbjörn le lanzó una sonrisa que denotaba compasión.

-Resumiendo mucho, tuvo siete hijos, pero sòlo dos sobrevivieron màs allà de la infancia, Ragnheiður y Halldòr –explicò-. Ragnheiður tuvo un hijo fuera del matrimonio nueve meses después de que Brynjòlfur la hubiera hecho prestar juramento, en presencia de un grupo de sacerdotes, de que era virgen sin mancilla. El tener que jurar se debió a unos chismorreos de que había tenido amores con un

joven auxiliar de su padre, de nombre Daði. El hijo de Ragnheiður, Sveinbjörn, fue llevado a vivir con la familia de su padre, pero murió enseguida, apenas con un año de edad. Halldór, el hijo de Brynjólfur, falleció varios años después, cuando estaba estudiando en el extranjero. Brynjólfur buscó al único que quedaba de todos sus descendientes, Þórður, otro hijo de Ragnheiður, que por entonces tenía seis años. Se convirtió enseguida en el ojito derecho de su abuelo. La esposa de Brynjólfur murió tres años después de que el muchachito fuera a vivir a Skálholt y, para colmo de males, Þórður murió de tuberculosis cuando contaba sólo con doce años. De modo que Brynjólfur, uno de los hombres más grandes de la historia de Islandia, quedó sin descendencia ni familia alguna. Yo tuve la sensación de que Harald se sentía muy atraído por la historia del obispo y la lección que se podía aprender de ella. Si Brynjólfur hubiera tratado a su hija mejor en sus malos momentos, uno se ve tentado a pensar que les habría ido mejor, a él mismo y a su familia. Por decirlo de alguna manera, Ragnheiður saltó de la sartén al fuego. Cuando prestó juramento dijo la verdad, pero aquella misma noche hizo que Daði la dejara embarazada, a fin de vengarse del anciano.

-No me extraña que a Harald le atrajese tanto esta historia –dijo Þóra-. ¿Seguía Harald estudiando a Brynjólfur cuando lo asesinaron, o había empezado a pensar en otra cosa?

-Si no recuerdo mal, su interés por Brynjólfur había disminuido un poco... el caso es que ya lo sabía todo sobre él, por activa y por pasiva. En realidad, me dijeron que se había tomado libre la semana antes de ser asesinado, de modo que no sé muy bien en qué andaba metido en ese momento.

-¿Sabes si Harald había venido a este país para alguna otra cosa, además de los estudios? ¿Andaba en busca de objetos antiguos, o de algo que pudiera considerarse valioso desde el punto de vista histórico? –preguntó Matthew.

Porbjörn rio.

-¿Te refieres a tesoros o cosas así? No, nunca hablamos de nada de eso. Harald me parecía tener los pies en la tierra; era un estudiante muy aplicado y a mí me encantaba trabajar con él. No dejéis que Gunnar os arrastre a compartir sus puntos de vista.

Þóra decidió pasar a hablar de otra cosa, y le preguntó por la reunión que se había celebrado en el edificio la noche antes del crimen.

-Ah, muy bien –dijo el profesor. La cara de diversión había desaparecido de sus ojos-. Estuvimos aquí la mayoría de los profesores del departamento. ¿Estás insinuando algo?

-En absoluto –respondió Þóra de inmediato-. Pregunto solamente por si acaso hubieras notado algo que pudiera ayudarnos; algo de lo que no te dieras cuenta cuando te tomaron declaración. Es frecuente que uno se acuerde de cosas más tarde.

-No creo que se pueda sacar mucho de los que estuvimos en la reunión. Hacía ya tiempo que nos habíamos marchado cuando apareció el asesino, si comprendí bien a la policía. Estábamos festejando la solicitud conjunta de una beca Erasmus en colaboración con la universidad noruega. No somos tan noctámbulos como para pasarnos demasiado tiempo en reuniones de este tipo. Nos habíamos ido todos antes de las doce.

-¿Estás seguro de eso? –preguntó Matthew.

-Totalmente: yo me fui el último, y además conecté el sistema de alarma. Si se hubiera quedado alguien en el interior, se habrían puesto a sonar todas las alarmas del edificio. Me ha pasado a mí, y no es nada divertido. –Miró a Matthew, que no parecía muy convencido y añadió:- Los datos del sistema te lo confirmarán.

-No me cabe la menor duda –dijo Matthew sin el menor gesto.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

---

En la información metereològica de la noche anterior habían predicho buen tiempo y, efectivamente, así parecía ser. Se encontraban en la oficina de la escuela de vuelo, donde habían ido Pòra y Matthew el día anterior para alquilar un aparato. Matthew se encontraba en ese momento totalmente enfrascado en rellenar el formulario para el piloto, mientras Pòra aprovechaba la ocasión para tomar el café que le habían ofrecido. El precio del vuelo la había cogido realmente por sorpresa: el vuelo a Hòlmavik llevaría apenas una hora en cada sentido y el precio era màs bajo que si hubiesen ido en coche, y se hubiesen alojado en un hotel. Además, le habían ofrecido una rebaja... si aceptaban que fuera un alumno quien llevase los mandos. Pòra decidió pagar la tarifa màs alta.

-OK, pues entonces, listos para el combate –dijo el piloto sonriendo. Era tan joven que no debía de haber pasado mucho tiempo desde que pilotaba a tarifa reducida.

Volaron sobre Reikiavik, que parecía màs grande desde el cielo que a ras de tierra. Matthew miraba hacia el lago muy interesado, pero Pòra parecía dirigir la vista màs bien hacia el infinito, nunca se sentía demasiado a gusto en un avión. El viaje hasta Hòlmavik pasó rápidamente, y enseguida apareció a la vista el aeródromo. Pòra vio que no era màs que una pista estrecha y un pequeño edificio. El campo estaba justo al lado del pueblo, junto a la carretera. El piloto volò sobre la pista para examinarla; luego virò, satisfecho con lo que había visto, y aterrizò con suavidad. Se soltaron los cinturones y bajaron.

Matthew sacò su móvil y se dispuso a llamar.

-¿Cuàl es el número de la parada de taxis? –preguntò al piloto.

-¿Parada de taxis? –respondiò, sin poder reprimir una risilla-. Aquí no hay ni siquiera un taxi... no digamos una parada. Tendrán que caminar.

Pòra sonriò al piloto, como diciendo que ya lo sabìa. Pero en realidad, al igual que Matthew, ella también se había hecho a la idea de ir al museo en taxi.

-Vamos, no està lejos –le dijo al escandalizado Matthew.

Fueron caminando por la carretera, que no tenía ni asomo de tràfico, y llegaron a la gasolinera y a la tienda que daban la bienvenida al pueblo. Entraron a preguntar el camino. La chica que atendìa era la simpatía en persona, y saliò con ellos para indicarles cuàl era el edificio del museo. No habría podido ser màs sencillo, caminar un poco por la calle que seguía la línea de la playa hasta entrar en el pueblo; allí mismo, al lado del puerto, estaba el museo. Desde lejos se podía distinguir un edificio de madera con techo verde de turba. Eran sòlo unos cientos de metros y hacìa buen tiempo. Allà fueron.

-Reconozco este sitio por las fotos que había en el ordenador de Harald –dijo Pòra mirando a Matthew, que iba detrás de ella. La acera era tan estrecha que no podían caminar uno al lado del otro.

-¿Muchas fotos de este lugar? Algo significativo, quiero decir.

-No, no tanto –respondiò ella-. En realidad, eran sòlo las típicas fotos de turista, si descontamos varias que tomò dentro del museo, donde no se puede fotografiar –precisò pisando con mucha prudencia una zona resbaladiza de la acera-. Ten cuidado aquí –advirtiò a Matthew, que pasó por encima de una zancada-. Realmente no vas muy bien calzado para caminar –le dijo, clavando los ojos en sus zapatos negros de vestir. Iban conjuntados con el resto de la ropa de Matthew, eso sí: pantalones planchados con raya, camisa y chaqueta de lana. Ella llevaba vaqueros y zapatos de caminar y se había puesto un jersey de cremallera y el chaquetón de pluma. Matthew no quiso saber nada de ponerse el abrigo; cuando fue a



recogerla y ella entrò en el coche se limitò a levantar las cejas: la parte superior de su cuerpo ocupaba tres veces mäs espacio.

-Cuando muera, espero no tener que seguir sintiendo la tierra bajo los pies –dijo Matthew con fastidio-. Me podía haber avisado el tipo ese. –El tipo al que se referìa era el director del Museo de Brujerìa, a quien Matthew había avisado el dìa anterior para asegurarse de que no se encontrarìan el edificio vacío.

-Te sentarà bien. Ya se nota que no eres muy andarìn –respondiò Pòra-. Eso no es nada pràctico en Islandia. Si no acabamos pronto tendrè que arrastrarte hasta el pueblo y comprarte un jersey tipo campestre.

-Jamàs –respondiò Matthew malhumorado-. Por encima de mi cadáver.

-Ese dìa llegarà antes de lo que te imaginas, si sigues así –repuso ella-. ¿Pero no tienes frìo? ... ¿quieres ponerte mi chaquetón? –añadiò.

-Hice la reserva para el hotel Rangà para esta noche –dijo èl y cambiò ràpidamente de tema-. Y voy a dejar el coche alquilado y coger un todo terreno –añadió.

-Vaya, ya eres medio islandés.

Finalmente llegaron al final del camino y al museo... sin un solo resbalòn. Por fuera, el museo tenía un aspecto de edificio tradicional. La explanada de delante, que estaba delimitada por un bajo murete de piedra, se encontraba cubierta de cantos rodados y habían unos cuantos tocones arrastrados por las mareas. La puerta era de un color rojo fuego que desentonaba un poco con el aspecto terroso del edificio. En un banco de madera que había en el exterior estaba sentado un cuervo gordo y rechoncho. Cuando Pòra y Matthew se acercaron, mirò hacia el cielo, abriò desmedidamente el pico y graznò. Entonces extendió las alas y se elevò hacia el alero del tejado, desde donde les mirò entrar.

-Muy apropiado –dijo Matthew mientras abría la puerta y dejaba pasar a Pòra.

Ante ellos apareció un pequeño mostrador, a la derecha, y justo delante varias estanterías con objetos a la venta relacionados con la brujerìa. Todo muy limpio y nada ostentoso. Detrás de la mesita había un joven que levantò los ojos del diario Morgunblaðið que estaba leyendo.

-Buenos días –dijo con una sonrisa-. Bienvenidos al Museo de Brujerìa de Strandir.

Pòra y Matthew se presentaron y el joven señaló que les estaban esperando.

-Estoy aquí haciendo una sustitución –dijo después de darles la mano y presentarse como Pòrgìmur. El apretón de manos de Pòrgìmur era de los de estilo antiguo, firme y franco-. El conservador del museo està de año sabático, pero espero que no les importe demasiado.

-No, no, perfecto –respondiò Pòra-. ¿He entendido bien que estaba usted aquí ya el otoño pasado?

-Sì, en efecto, me incorporè en julio. –La mirò con curiosidad y preguntò:- ¿Puedo preguntar por què lo pregunta?

-Como le dijo Matthew ayer, estamos investigando un caso relacionado con una persona interesada en temas de brujerìa. Estuvo aquí el otoño pasado, y nos encantaría poder hacernos una idea precisa sobre su forma de pensar. Confio en que le recordará.

El hombre rio.

-Pues eso no es tan seguro. Por aquí viene mucha gente. –Se dio cuenta de que en aquel momento no había nadie mäs que èl mismo y los dos visitantes y añadió, apurado:- Claro, no en esta época del año... esto suele estar lleno de gente en la temporada turística.

Matthew sonriò irónico.

-Pues mire, a ese hombre no se le olvida fácilmente. Era un estudiante alemán de historia y con un aspecto poco convencional. Se llamaba Harald Guntlieb y fue asesinado recientemente.

El rostro de Pòrgìmur se iluminò.

-Ya, sì, ¿era... bueno, iba todo lleno de, còmo expresarlo... de adornos?

-Sì, si quiere llamar adornos a eso –repuso Pòra.

-Pues sì, claro... lo recuerdo perfectamente. Vino con otro hombre, algo màs joven, pero èste no se atrevió a mirar nada, por la resaca. Hace no mucho leì en un periódico que habían asesinado al alemán aquel.

-Pues sì –dijo Matthew-. Y del flaco... ¿puede decirnos algo de èl?

El joven sacudió la cabeza.

-No directamente... al despedirse dijo que era mèdico. Creo que debía de estar bromeando. Despertó a su amigo a gritos al irse a marchar. Yo estaba en la puerta mirando. Recuerdo que me pareció poco probable que aquel muchacho fuese mèdico, tumbado como estaba en el banco de ahì fuera.

Pòra mirò a Matthew y los dos intercambiaron miradas de reconocimiento: Halldòr.

-¿Y recuerda algo màs de la visita? –preguntò ella.

-Recuerdo que sabìa muchísimo. Es estupendo tener un visitante tan preparado en historia y brujerìa. Por regla general, la gente no sabe nada; la mayoría ni siquiera distingue un chupaleches de unas calzas de muerto. –Por el gesto de sus visitantes, se dio cuenta de que se trataba de dos de la misma especie-. ¿Què tal si empezamos dando un paseo por el museo y les explico lo màs importante que tenemos expuesto? Mientras, podemos charlar de su amigo.

Pòra y Matthew se miraron, se encogieron de hombros y siguieron al joven al interior del museo.

-Ignoro si saben mucho de estas cosas, pero seguramente lo mejor es contarles lo màs esencial. –Porgrìmur se acercò a una pared donde colgaba el pellejo de un animal desconocido. La piel estaba vuelta hacia la pared, pero en el cuero que daba hacia fuera había un signo mágico grabado, aunque mucho màs hábilmente que el encontrado en el cuerpo de Harald. En la pared, debajo de la piel, había una caja de madera que parecía un plumier de los de antes. Estaba entreabierta, parecía llena de pelo y contenía también una moneda de plata. En el cierre estaba grabado un signo mágico bastante complicado, y encima había una cosa informe que a lo que màs se parecía era a un puercoespín mutante-. En la época de las brujas, las condiciones de vida de la gente baja del país no eran nada boyantes. Unas poquíssimas familias eran dueñas de la mayor parte de las tierras agrícolas, mientras las grandes masas pasaban hambre y privaciones. No parecía existir escapatoria alguna a la miseria excepto recurriendo a la magia y a las fuerzas sobrenaturales. En esa época, esas cosas no se consideraban antinaturales; por ejemplo, se pensaba que el demonio estaba siempre rondando a las personas, a la caza de almas. –Se volvió hacia la piel de la pared-. Èste es un ejemplo de brujerìa para enriquecerse: el signo del ratòn de mar o yelmo de anillo. Hacìa falta una piel de gato macho y luego dibujar en ella el signo mágico con la sangre menstrual de una doncella intacta.

Matthew frunció las cejas y echò la cabeza a un lado, para ver si Porgrìmur contaba algo màs del signo. El otro se dio cuenta y dijo secamente al alemán:

-Utilizamos tinta oscura roja. –Luego continuò-. Era preciso cazar una especie de gusano marino que, según las leyendas populares, vivìa en las costas del país y se llama ratòn de mar. Había que cazarlo con una red hecha con pelo de una doncella intacta. –Pòra sintió que Matthew le pasaba la mano por su largo cabello. Hizo lo posible por no echarse a reír y le apartò la mano como si nada-. Luego había que preparar para el ratòn un nido o madriguera con una caja de madera y el cabello, y colocar allí un penique robado, y entonces el ratòn se dedicaría a traer tesoros del mar a la caja. Después se tenía que poner encima el yelmo de anillo para que el ratòn no se escapara, provocando una tormenta en el mar. –Se volvió hacia ellos-. Èse era el abracadabra, por así decirlo.

-¡Anda! –respondió Matthew señalando una pared en la que, dentro de una vitrina de cristal, había algo parecido a la parte inferior de un cuerpo humano-. ¿Què demonios es eso?

-Ah, eso es uno de los objetos más populares del museo. Calzas de muerto. También con ellas puede hacerse uno rico. -Porgrimur se dirigió hacia la vitrina-. Naturalmente, esto es una reproducción artificial... obviamente. -Pòra y Matthew asintieron enérgicamente con la cabeza. Lo que se veía detrás del cristal era la piel de la parte inferior de un cuerpo de varón, a la que se le había eliminado el contenido... Aquel objeto le recordaba a Pòra unas mallas de punto de color rosa, sin desbatar, peludas y con órganos sexuales-. Para hacerse con unas calzas de muerto, había que firmar un contrato con una persona viva a fin de poder quitarle la piel de la parte inferior del cuerpo cuando muriese. Cuando fallecía la persona en cuestión, era preciso sacar el cuerpo de la tumba y despellejarlo de cintura para abajo... en una sola pieza. De este modo se preparaban unas calzas de muerto, que se calzaba la otra parte del contrato. Las calzas de muerto crecían a la vez que la persona, y si se metía una moneda en el escroto (moneda que tenían que haber robado a una viuda pobre en Navidades, Pascua o Domingo de Pentecostès) nunca se le quedaría la bolsa vacía, pues la del muerto estaría siempre llena de dinero.

-¿No podrían haber elegido un sitio mejor? -preguntò Pòra con una mueca. Porgrimur se limitò a encogerse de hombros.

-¿Y què es esto? -preguntò Matthew, y el guía fue con ellos hacia una gran fotografía de una mujer con vestido largo, al estilo de las mujeres de siglos atrás. Estaba sentada y tenía levantada la falda hasta dejar el muslo al descubierto. Sobre èste había una verruga o alguna otra cosa horrible, que destacaba encima de la piel.

-Naturalmente sabrán que en Islandia fueron varones la mayoría de los ejecutados por brujería, veinte por una sola mujer. Se piensa que fue porque los hombres en su mayor parte fueron los que practicaron la brujería en este país, a diferencia de otros países de Europa. Este conjuro, llamado chupaleches, es peculiar porque se trata del único conjuro islandés que sólo las mujeres podían practicar. Para conseguir un chupaleches, había que robar una costilla de una tumba, el domingo de Pentecostès, envolverla en lana y llevarla entre los pechos; ir tres veces al altar y derramar vino de misa sobre aquella abominación, pues de este modo volvía a la vida. El chupaleches empezaba a crecer, y para poder seguir ocultándolo debajo de las ropas, la mujer tenía que formar una verruga artificial con piel en su muslo. De ella obtenía el chupaleches su alimento... cuando no estaba dedicado a recorrer la comarca durante la noche para chuparles la leche a las vacas y ovejas. Después, al llegar la mañana, la escupía en la mantequera de su dueña.

-El bichejo este no era precisamente simpático -dijo Pòra señalando al objeto allí expuesto: una imitación de chupaleches envuelto en lana, y por lo mismo apenas vivible, pero con la boca desdentada abierta y dos ojitos blancos, sin pupilas.

A juzgar por el gesto de Matthew, era de la misma opinión.

-Esa única mujer a la que se quitò la vida por brujería, ¿fue acusada de este conjuro?

-No, en realidad no. Sì que hubo un caso en el suroeste en el año 1635, una mujer y su madre sospechosas de poseer un chupaleches. Se investigò pero no se llegó a ningún resultado, de modo que no se tomò medida alguna.

Continuaron por el museo observando los objetos expuestos. Lo que más impresionò a Pòra fue un poste de madera y una pila de leña. Mientras estaba contemplándolo en silencio, vino Porgrimur y le explicó que todos los quemados por brujería, veintiuna personas en total, habían sido puestas vivas en la pira. Le dijo también que hubo tres que intentaron escapar de la pira al quemarse las ligaduras con las que estaban atados. Volvieron a echarlos al fuego, donde murieron. Señalò que la primera ejecución tuvo lugar en 1625, pero que la auténtica caza de brujas comenzó en Trèkyllisvík, en la zona norte de los Fiordos Occidentales, en el año 1654. Pòra calculò mentalmente què breve era el tiempo transcurrido desde entonces.

Después de mirar todo lo que quisieron, Porgrìmur subió con ellos al piso superior. En el camino pasaron por un cartel que advertía de la prohibición de sacar fotografías dentro del museo: el mismo que Pòra había visto en una de las fotos del ordenador de Harald. El guía les llamó la atención de un gran árbol genealógico en el que se representaban las relaciones de parentesco de las personas más destacadas de la brujería del siglo XVII. Les mostró cómo la clase dominante había situado espléndidamente a sus descendientes, algunos fueron gobernadores regionales, y señaló a los que habían actuado como jueces. Después de mirar el árbol genealógico, Pòra tuvo que mostrarse de acuerdo con él. Matthew no prestó demasiada atención a aquello. Les dejó y fue a una vitrina en la que había copias de prontuarios de conjuros y otros manuscritos. Cuando Pòra y Porgrìmur llegaron hasta él. Se hallaba inclinado sobre la vitrina.

-Es realmente increíble que se hayan podido conservar libros de brujería –dijo Porgrìmur señalando uno de los manuscritos.

-¿Quiere decir por lo antiguos que son? –preguntó Pòra inclinándose a mirar.

-Sí, también, pero sobre todo porque ser hallado en posesión de uno de ellos significaba la sentencia de muerte –respondió Porgrìmur-. Algunos están copiados a mano de manuscritos más antiguos y ya muy deteriorados, de forma que los originales no son todos de los siglos XVI y XVII.

Pòra se incorporó.

-¿Existe algún catálogo de los signos mágicos que se conocen?

-No, y es curioso. Nadie se ha puesto a ello, que yo sepa. –Con un movimiento circular de la mano atrajo la atención hacia sus palabras-: Aquí se exponen muchísimos signos, y éstas son sólo algunas páginas de los manuscritos y listas de conjuros... una exposición mínima. Así que pueden imaginarse la cantidad de signos que existen.

Pòra asintió con la cabeza. Demonios. Habría sido estupendo que Porgrìmur les hubiera referido alguna lista con los signos en la que encontrar el signo de brujería desconocido. Se dispuso a mirar más manuscritos. El expositor estaba en mitad de la sala y se podía pasear alrededor de él. Enseguida, Matthew señaló algo con el dedo.

-¿Qué signo es este? –preguntó excitado, dando un golpecito sobre el cristal.

-¿Qué signo, dice? –preguntó Porgrìmur mirando la vitrina.

-Èste –dijo Matthew, señalándolo de nuevo. Aunque Pòra tuvo que inclinarse sobre el expositor para ver lo que estaba indicando Matthew, fue más rápida que Porgrìmur en darse cuenta de cuál era el signo que tanto le había llamado la atención. Precisamente porque era uno de los pocos que conocía: el signo mágico grabado en el cuerpo de Harald-. ¡Demonios! –dijo en voz baja.

-¿El de más debajo de la página? –pregunto Porgrìmur, indicando el signo.

-No –respondió Matthew-. El del margen. ¿Para qué se usaba?

-Puf, pues no lo sé –respondió el joven-. Desgraciadamente no se lo puedo decir. El texto de la página no tiene nada que ver con él... es un ejemplo de signo mágico que el dueño del libro añadió personalmente al margen. Era bastante frecuente, se encuentran signos de éstos en otros libros y manuscritos que no tienen relación directa con la magia.

-¿De qué manuscrito es esto?

-Este manuscrito es del siglo XVII, propiedad del Real Instituto de Antigüedades de Estocolmo. Es conocido como Libro islandés de conjuros. Como es lógico, el autor es desconocido. Contiene una cincuentena de conjuros de diverso tipo... la mayoría son inocentes, destinados a proporcionar auxilio a la gente o a protegerlos de algo.

Se inclinó para leer el mismo texto que Pòra intentaba descifrar.

-Claro que hay varios mucho màs tenebrosos... uno es, por ejemplo, un conjuro de muerte, destinado a matar a la persona contra la que se dirige. Uno de los dos conjuros amorosos que hay resulta también bastante tétrico. –Levantò los ojos del expositor-. Què curioso. Su amigo, Harald, mostrò un especialísimo interés, precisamente, por esta parte del museo, los prontuarios y los manuscritos.

-¿Preguntò por este signo en particular? –inquirió Matthew.

-No, que yo recuerde –respondió Porgrìmur, pero enseguida añadió-: En realidad, yo no soy especialista en este campo y no podía ayudarle demasiado... pero recuerdo que le puse en contacto con Pàll, que es el verdadero director del museo. Èl lo sabe todo sobre estos temas.

-¿Còmo podemos localizarlo? –preguntò Matthew, inquieto.

-Pues va a ser un problema... està en el extranjero.

-Bueno, tengo su número de teléfono por alguna parte –respondió Porgrìmur, mucho màs tranquilo que ellos-. Quizá sería mejor que le llamara yo primero... para explicarle el asunto. Después, èl mismo puede ponerse en contacto con ustedes. –Porgrìmur volvió a la mesa del mostrador y sacò una agenda que se puso a hojear. Luego alargò la mano hacia el teléfono y marcò un número, procurando que ellos no le viesan. Pasò un ratito hasta que empezó a hablar, de repente... sòlo para dejar un mensaje en el buzòn de voz.

-Lo siento. No responde. Supongo que llamarà en cuanto reciba el mensaje... quizá esta noche, quizá mañana, quizá pasado. –Pòra y Matthew le entregaron sus tarjetas sin hacer nada por disimular su decepción. Pòra le pidió que les informase en cuanto se pusiera en contacto con Pàll. Èl dijo que sì, y colocò la tarjeta dentro de la agenda-. Y volviendo a su amigo, ¿no querían saber què es lo que estuvo haciendo aquí? –preguntò finalmente.

-Sì, claro, desde luego –respondió Pòra-. Aparte de los manuscritos, ¿hubo algo que le interesara especialmente, o mencionò algo que estuviera buscando?

-Fueron sobre todo los manuscritos, si no recuerdo mal –dijo Porgrìmur pensativo-. En realidad, me hizo una oferta por el cuenco de sacrificios de ahì dentro... nunca lleguè a estar seguro del todo de si bromeaba o no.

-¿Cuenco de sacrificios? ¿Què cuenco de sacrificios? –preguntò Matthew.

-Siganme... està justo aquí al lado. –Le siguieron hasta un cuartito donde había un cuenco de piedra, guardado en una vitrina de cristal en mitad del cuarto.

-Esto es un cuenco que se usaba en los sacrificios: se encontró cerca de aquí, y la policía científica confirmò que contiene restos de sangre. Restos antiquísimos.

-Menudo mamotreto –dijo Pòra en voz alta-. ¿No podían haber hecho el cuenco de madera? –Aquel mastodonte de piedra pesaba sin duda una gran cantidad de kilos. Lo habían tallado para formar en el centro una cavidad.

-¿Y no estaba a la venta? –preguntò Matthew.

-No, de ninguna manera. Se trata del único objeto del museo que no es rèplica, y por si fuera poco, yo no estoy autorizado para comerciar con los bienes del museo.

Pòra observò la piedra con mucho detenimiento. ¿Quizà era el trasto aquèl el tesoro que Harald codiciaba? Difícilmente.

-¿Seguro que se trata de la misma piedra?

-¿Què quiere decir? –preguntò Porgrìmur, extrañado.

-No, nada. No existe ninguna posibilidad de que el director le tomara la palabra a Harald, le vendiera la piedra y la sustituyera por otra, ¿verdad?

Porgrìmur sonrió.

-Ni la màs mínima posibilidad. Èsta es la misma piedra que ha estado siempre aquí. Me atreverìa a apostar la cabeza. –Se dio la vuelta y saliò de la sala con los dos visitantes justo detrás-. Como les he dicho, lo propuso medio en broma.

-¿Pero había alguna otra cosa que dijera, o preguntò por algo màs? Inquirió Pòra-. Algo que no pudiera considerarse normal.

-Sì, ya les dije que lo que màs le interesaba fueron los manuscritos y los prontuarios de conjuros – repitiò Porgrìmur-. Y me preguntò por el Martillo de las Brujas, si yo había visto, o por lo menos había oído decir, que hubiese en el país una edición realmente antigua. Nunca había oído tal cosa, y se lo hice saber. ¿Ustedes saben quizá de què estoy hablando? –Les mirò.

-Sì, sì que lo conocemos. –Matthew respondiò por los dos.

-Le preguntè de dònnde había sacado la idea y me respondiò que había unas cartas antiguas que indicaban que un ejemplar había acabado aquí.

## CAPÍTULO VEINTICINCO

---

No hay muchas construcciones en Islandia que puedan presumir de un acceso tan esplèndido como el edificio central de la Universidad de Islandia. Briet disfrutaba de la vista, sentada en las escalinatas que daban paso a los vehículos, en forma de herradura. Por algùn motivo le apeteciò de pronto tener coche. Pero de eso no se podía ni hablar, con aquella porquerìa de beca... le encantaría agarrar al miserable que calculaba el importe de los gastos de mantenimiento que servìa para establecer la cuantìa de las becas. Sería estupendo acabar los estudios y ponerse a trabajar... no es que los historiadores fueran gente con elevados ingresos; si en lo que pensaba era en el sueldo, no habría podido escoger un camino màs equivocado. Por eso le vino a la cabeza la idea de buscarse un buen partido como su hermana, que se había casado con un abogado. El marido trabajaba en uno de los grandes bancos y estaba forrado, y su hermana vivìa como una reina. Ahora se estaban construyendo una casa enorme en Vatnsendi y ella, licenciada en Ciencias Polìticas, no trabajaba màs que media jornada en un ministerio y podía pasarse el resto del día de compras. Briet se inclinò sobre el hombro de Dòri, que estaba sentado a su lado. Era tan guapo, y un chico estupendo y, por si fuera poco, los médicos se lo montaban muy bien.

-¿En què estàs pensando? –preguntò el joven al tiempo que arrojaba la bola de nieve que había estado preparando.

-Nada, no sè –respondiò Briet cansinamente-. En Hugi, màs que nada.

Dòri siguiò con los ojos el recorrido de la bola de nieve... subiò muy alto y aterrizò justo al lado de la estatua de Saemundur el Sabio.

-Era mago –dijo Dòri-. ¿Lo sabìas?

-¿Quièn? –preguntò Briet, extrañada-. ¿Hugi?

-No, Saemundur, el Sabio.

-Ah, ya. Sì, claro que lo sabìa. –La chica sacò una cajetilla del bolso-. ¿Quieres uno? Es tu marca favorita. –Le dio el paquete con una sonrisa.

Dòri mirò el paquete, luego a ella y sonriò también.

-No, gracias, ya tengo. –Cogiò uno de sus propios cigarrillos y cada uno encendiò el suyo. Se inclinò hacia delante, de modo que Briet tuvo que quitar la cabeza de su hombro-. Menuda mierda.

-Cuéntame. -Briet no sabía qué decir y decidió poner los pies en el suelo con mucho cuidado. No quería que Dòri hiciera una tontería que pudiera dañarla a ella y, naturalmente, a él mismo. Pero quería demostrarle que ella era mucho más comprensiva y estaba más en sus cabales que Marta Mist.

-Estoy ya hasta las narices de todo este rollo. -Mirò hacia delante y pensó antes de continuar-. Los demás estudiantes son completamente distintos a nosotros.

-Ya lo sé -dijo Briet-. No somos precisamente unos estudiantes universitarios típicos. Yo también estoy hasta las narices. -Pero por qué, no lo sabía.

Dòri continuó y Briet tuvo la sensación de que no había escuchado lo que ella acababa de decirle.

-Realmente, lo que más me choca es que los demás estudiantes... que no andan siempre de juerga y de pedo todo el día como nosotros... no parecen menos contentos de la vida y de la existencia de lo que podamos estarlo nosotros. Si acaso, están más contentos.

Briet se dio cuenta de que hasta allí habían llegado. Pasó el brazo sobre los hombros de Dòri e inclinó el rostro hacia el suyo.

-He estado pensando exactamente lo mismo. Hasta aquí hemos llegado; si Andri y los demás quieren seguir, tendrá que ser sin mí. Me voy a centrar en los estudios y en todo lo demás. Esto ya no me resulta divertido. -Había omitido el nombre de Marta Mist adrede, por miedo a traicionarse.

-Qué curioso... yo digo lo mismo. -La mirò y sonrió-. No somos tan distintos tú y yo.

Briet le besó suavemente en la mejilla.

-Hacemos una buena pareja. A la mierda con los demás.

-Con Hugí no -dijo Dòri y la sonrisa desapareció tan rápidamente como había venido.

-No, claro que no -se apresuró a decir la muchacha-. Siempre estoy pensando en él... ¿cómo estará?

-Horrible. Ya no aguanto esto más tiempo.

-¿El qué? -Briet se sintió mal por preguntar... habría sido mejor poder limitarse a adivinar a qué se refería, pero no estaba segura de acertar, y para eso no valía la pena intentarlo.

Dòri hizo ademán de levantarse.

-Le voy a conceder unos días más a la abogada esa... luego iré a la policía. Me importa una mierda lo que pueda pasar.

Demonios. Briet intentó por todos los medios pensar en algo que pudiera devolverle el sentido común a Dòri... no le habría molestado nada dejarlo en manos de Marta Mist si hubiera estado allí con ellos.

-Dòri, tú no mataste a Harald, ¿verdad? Tú estabas en el Kaffibrennsland, ¿no es cierto?

El joven se levantó y la mirò, con un gesto que podría indicar cualquier cosa menos alegría.

-Claro que estaba en el Kaffibrennsland. ¿Y dónde estabas tú? -Se marchó.

Briet se sintió herida. Se apresuró a ponerse en pie y decirle:

-No quería decir eso, perdona. Sólo quería decir... ¿por qué ir a la policía?

Dòri dio media vuelta.

-Sabes... soy incapaz de comprender por qué Marta Mist y tú os oponéis tan radicalmente. Esas cosas siempre se deben a algún sentimiento de culpabilidad. No lo olvides. -Se alejó dando zancadas.

Briet no sabía qué decir. Después de pensarlo un momento cogió el móvil y llamó.

Laura Amamig se dirigió hacia el porche del Àrnagarôur, donde Gloria estaba ajetreada pasando la aspiradora por la moqueta. Laura no había conseguido hablar con ella en toda la mañana, de ahí que aprovechara encantada aquella oportunidad.

-Gloria -le dijo en la lengua materna de ambas-. Tengo que preguntarte una cosa.

Èsta levantò la vista, extrañada.

-¿Què? Estoy pasando la aspiradora como tù me enseñaste.

Laura hizo un gesto con la mano, para apartar aquella idea.

-No pienso hablarte de trabajo. Querria saber si notaste alguna cosa rara en la sala de alumnos el fin de semana que cometieron el crimen. Tù limpiaste allí esos días. Antes de que encontraran el cuerpo.

Los oscuros ojos de Gloria se encendieron.

-Ya os lo dije, a vosotros y a la policía. No había nada.

Laura la mirò con gesto serio. Estaba mintiendo.

-Gloria. Dime la verdad. Sabes que mentir es pecado. Dios sabe lo que viste allí. ¿Seguiràs mintiéndole a Èl también cuando le mires a los ojos? –Cogiò a la muchacha por el hombro y la obligò a mirarla a los ojos-. No pasa nada. No podias saber que se había cometido un crimen. Aquel fin de semana no entrò nadie en el cuartito de impresoras. ¿Què viste?

Una làgrima se escurrió por la mejilla de Gloria. Laura no le dio la menor importancia, no era la primera làgrima de la muchacha en el trabajo.

-Gloria. Tranquilízate. Dímelo... yo encontrè restos de sangre en la manija de la ventana. ¿Què había allí?

Las làgrimas ya eran dos, luego se hicieron tres y a continuación fluyeron en un caudaloso torrente. Dijo de repente entre sollozos:

-No lo sabìa... no lo sabìa.

-Lo sè, Gloria. Todo el mundo lo sabe. ¿Còmo ibas a saberlo? –Secò las làgrimas de la muchacha-. ¿Pero què era lo que viste allí?

-Sangre –dijo la muchacha mirando de reojo a Laura-. Pero no era un charco de sangre o eso. Sòlo sangre que alguien había intentado limpiar pero sin conseguir hacerlo a fondo. No me di cuenta hasta que limpiè el suelo con una bayeta. No podía imaginar nada entonces... no tenía ni idea de que... ya sabes.

Laura suspirò aliviada. Restos de sangre... nada màs. Y tampoco sería tan terrible para Gloria; difícilmente podría verse envuelta en un problema por haberlo ocultado. La misma Laura había ocultado también la bayeta con sangre de la ventana, y ahora podía dársela a Tryggvi, y èl a la policía. Ellos tenían métodos para saber de quièn era aquella sangre. A Laura ya no le cabía duda de que el crimen se había cometido allí dentro.

-Gloria, niña, no te preocupes por eso. Son insignificancias y no tienen ninguna importancia. –Sonriò pero, para su asombro, la chica siguió llorando.

-Hay màs cosas –dijo entre sollozos.

-¿Màs? –preguntò Laura asombrada. ¿El què, què màs?

-Encontrè màs allí por la mañana. En el armario de los cubiertos. Te lo enseñarè –dijo llorando-. Lo escondì. Ven.

Laura siguió a Gloria a uno de los cuartos de limpieza del primer piso. Allí aquèlla se subió a una escalerilla, anegada en làgrimas, y llegó hasta el último estante. Bajò con una cosa pequeña envuelta en una toalla y se la dio a Laura; por fin había conseguido dominar el llanto.

-Lo escondì porque sabìa que era algo extraño. Y cuando se encontró el cadáver, descubri lo que era y me asustè mucho. Ahora tiene mis huellas dactilares y estaba segura de que la policía creerìa que era yo quien le había matado. Pero yo no le matè.

Laura desdoblò la toalla con mucho cuidado. Dio un alarido y se santiguò. Al verla, Gloria volvió a echarse a llorar.



Guôrùn, o Gurra, como la llamaban sus amigos, necesitò un gran esfuerzo para reprimir el deseo de limarse las uñas. Hacía tanto tiempo desde la última vez que tuvo ocasión de hacerlo, que ni siquiera era capaz de recordar cuándo había sido: si antes o después de casarse con Alli. Se mirò las manos bien cuidadas. Por desgracia, no llevaba laca de uñas; mordérselas sería un buen tranquilizante para el nerviosismo. Pensó en ponerse laca simplemente para esperar a que se endureciera y entretenerse después en ir quitándosela, pero no lo hizo. En lugar de eso, se levantò y fue a la cocina. Era sábado y había pensado en hacer algo de comida. Allí trabajaba todos los días menos los domingos, por eso las tardes de los sábados eran los únicos días en los que podía relajarse un poco. Mirò el reloj: aún faltaba demasiado para la hora de la cena como para ponerse ya a cocinar. Suspirò. Todo està limpio y ordenado... así que ni limpiar podía. Pero algo tenía que buscarse para matar el tiempo si no quería volverse loca. Algo que le apartara la mente de aquella ansiedad tan opresiva. Recordó lo mal que se sintió cuando llegó a la puerta la policía con aquella orden de registro del piso de arriba. No pasó nada. Increíble pero cierto. Todas sus precauciones fueron inútiles, y pudo volver a relajarse. Hasta hacía muy poco.

¿Por qué andaba esa gente hurgando otra vez? ¿No estaba satisfecha la policía con el resultado? ¿Para qué revolverlo todo de nuevo? Suspirò en voz alta. ¿En qué había estado pensando? Aunque Alli fuera casi siempre más aburrido que un muerto y anduviera ya perdiendo todo interés en su matrimonio, eso no quería decir que ella deseara quitárselo de encima. Además, había muchas cosas que le hacían querer conservarlo. Tenía cuarenta y tres años y ya era demasiado mayor para entrar en el circuito.

Qué tonta había sido. Acostarse con aquel inquilino. Además, aquel apartamento se lo habían alquilado a hombres mucho más atractivos que aquel alemán majareta. No podía estar en su sano juicio... aparte de que sucedió más de una vez, y más de dos. El sexo con èl había sido divertido... eso no se podía negar. Hasta tenía algo de aventura; seguramente porque sabía que no debería estar haciéndolo. Además, Harald era mucho, pero que mucho más joven que su marido, tanto más delicioso por eso mismo. Si no hubiese estado siempre tan terriblemente chiflado por toda clase de anillos y cicatrices y alfileres.

Piensa, piensa... respirò hondo. ¿Cómo iban a enterarse? Nadie lo sabía, por lo menos ella no se lo había contado a ningún bicho viviente. Sólo la razón le había impedido ponerse a presumir delante de su mejor amiga. Y Harald difícilmente habría hablado de aquello. Èl no tenía necesidad de presumir: siempre había un montón de mujeres jóvenes subiendo a su apartamento. Si tuviese necesidad de alardear de su vida sexual, siempre podía presumir de ellas. Se pensó mejor el asunto... aquel montón eran en realidad principalmente dos chicas, una alta y pelirroja, la otra menudita y rubia. De lo otro difícilmente se habría puesto a hablar, por lo menos la policía no se había oído nada en absoluto. Había hablado brevemente con ellos varias veces y nunca salió nada, ni en lo que dijeron ellos ni en una insinuación que pudiese indicar que no viesan su relación con Harald como la habitual entre casera e inquilino. Además, ya se había acabado todo. Harald le había dicho que no podía continuar, que tenía una serie de cosas pendientes. Al recordarlo hizo una mueca. Habría preferido ser ella misma la que rompiera la relación... no èl. En realidad, el que le diera las gracias tan efusivamente por las horas que habían pasado juntos no impidió que la dejara tirada. Enrojeció al pensarlo. Pobrecita inocente. Le había fastidiado tanto saber qué era lo que pasaba y que èl no dijese nada. Y es que había empezado con una novia. Gurra los había visto entrando y saliendo del apartamento varias veces, la semana antes del asesinato. Era una chica nueva que Gurra supiese. Hablaban alemán entre ellos, de modo que la chica debía de ser compatriota suya... a lo mejor, a la hora de la verdad, las islandesas no le parecían suficientemente buenas. Su cólera creció con la hipocresía de Harald; no había nada malo en que ella siguiese engañando a su marido, pero èl era demasiado bueno para engañar a su mierda de novia.

Y qué, ya estaba acabado todo, y lo que había que hacer ahora era no darle vueltas a una cosa que quizá no llegaría nunca a salir a la superficie. Se dirigió hacia el lavadero. Hacía tiempo desde que pasó por

allí la última vez. Daba al pasillo y se podía entrar desde su propia casa y desde la puerta de la calle del apartamento de Harald. Aquél era uno de los pocos cambios que hicieron en la casa cuando decidieron comprarla y alquilar el piso de arriba. Quitò el pestillo y entrò. Claro que sí, aquí sí que podía encontrar algo que hacer. Aún había restos de los sabuesos que lo recorrieron todo husmeando en busca de drogas. Por suerte no encontraron nada de eso: Gurra no sabía si aquello los hubiera convertido en sospechosos a Alli y a ella, o si los hubieran puesto en una lista, caso de encontrarse droga en un espacio común. Por lo menos pidieron que les dejaran estar presentes en el registro. Y no es que no hubieran tocado nunca las drogas, al menos ella. Quién sabe si Alli la había probado en alguno de sus interminables viajes. En cualquier caso no sucedió nada: la policía puso a los perros a husmear allí dentro y cuando parecieron satisfechos, el grupo entero se marchò sin decir ni una palabra màs. Habían mirado dentro de la secadora y la lavadora, màs por curiosidad que por cualquier otro motivo. Pero tampoco hicieron las cosas demasiado a fondo.

Abrió el armario y sacò el cubo y la fregona. Al hacerlo apareció una caja grande. Se quedó mirándola. La última vez que había fregado allí, no había ninguna caja. En realidad estaba vacío, aparte de los trastos de la limpieza de las dos viviendas. Sacò la caja con mucho cuidado. Tenía que ser de Harald. Intentò recordar cuándo fue la última vez que había fregado allí. Dios mío... fue precisamente cuando Harald la dejó colgada. Entrò a poner la lavadora y cuando hizo notar ( para que no hubiese malentendidos) que estaba allí ocupada, apareció èl para comunicarle que el asunto se había acabado. Aquella caja la había dejado allí en algún momento justo antes del crimen. ¿Por qué? Nunca aceptò utilizar el espacio que ella le ofreció en el trastero. Las cuatro estanterías destinadas a los inquilinos estaban vacías. ¿Podía ser que le hubiese querido ocultar algo a su nueva amante, lo hubiese metido en la caja y la hubiese dejado luego allí dentro? Teniendo en cuenta cómo acabò y lo raro de la decoración de su apartamento, era dudoso que tuviese algo que ocultar. Gurra dio las gracias de todo corazón. A menos que se hubiera dedicado a hacer fotos a sus antiguas compañeras de sexo y luego hubiese querido evitar que la nueva chica las viese. Pocas cosas había màs repelentes que pensar en el sexo de esa forma: saber que al cabo de un rato una misma formaría parte de la colección. Gurra se cogió la cabeza entre las manos. Entonces podía ser que ella también estuviese allí, en un carrito o en una foto. Se quedó inmóvil mirando fijamente la caja que tenía a sus pies. Había que abrirla. No quedaba otra solución. Abrir la caja y comprobar que no había en ella nada que pudiera traicionar su secreto.

Gurra se inclinò y apretò las alas de cartón para abrirlas. Clavò los ojos en lo que había dentro. Nada de fotos, nada de carretes. Eran trapos que envolvían unos objetos, seguramente frágiles, así como unos papeles en fundas de plástico. Se sintió enormemente aliviada. Cogió uno de los papeles y vio que era una carta antiquísima, que imaginò sería valiosa. Pero no comprendía la letra ni el texto, de modo que se puso la carta debajo del brazo... la miraría màs tranquilamente después. Hojeò el resto de los papeles y comprobò, con gran alivio, que tampoco tenían nada que ver con su vida sexual, o de Harald. Una de las hojas le llamó la atención. Estaba muy mal escrita, unos fragmentos a medio terminar, en tinta roja, y el papel (si aquello era papel) era espeso, oscuro y con tacto de cera. El texto era de lo màs extraño, y había runas o signos de alguna clase dibujados en la parte inferior de la hoja. Y estaba firmada con los nombres de dos individuos; ninguna de las dos firmas era legible, pero por el contrato de alquiler reconoció una de ellas como la de Harald. Volvió a meter el papel en la caja. Qué raro.

Gurra hurgò entre las cosas que había hasta llegar a los objetos frágiles que estaban envueltos en paños, en el fondo del todo. Sacò uno de los envoltorios y lo levantò con cuidado. No pesaba mucho... en realidad era como si dentro de los paños no hubiese nada. Lo abrió con mucha cautela y se quedó perpleja mirando lo que contenía. Soltò un grito, estrujò la carta antigua y soltò el paño. Salió corriendo del lavadero y cerrò con llave.

Gunnar levantò el telèfono y marcò el número de Maria, la directora del Instituto Àrni Magnússon. Era bastante probable que siguiera allí, aunque fuera sábado. Se acercaba una importante exposición y si la última exposición del mismo tamaño había enseñado algo era que el Instituto estaba lleno a todas horas.

-Hola, Maria, aquí Gunnar. -Procurò que la voz sonara adecuadamente autoritaria: la voz de un hombre que no tiene nada que ocultar y que no alberga deseo alguno de aparentar màs de lo que era.

-Ah, eres tù -La lacónica respuesta indicaba que no lo había conseguido-. Justamente iba a ponerme en contacto contigo. ¿Tienes alguna noticia que darme?

-Sí y no -respondiò el decano lentamente-. Estoy en buen camino para encontrar el documento, creo.

-Me siento mucho mejor ahora que *crees* que lo estàs -dijo ella con ironía.

Gunnar se esforzó por no dejarse arrastrar a una discusión.

-He descartado la posible sospecha de que està aquí y me he puesto en contacto con los representantes de la familia de Harald, que van a buscar a fondo en su casa. El documento està allí... de eso estoy completamente seguro.

-¿Quieres decir que crees que estàs completamente seguro?

-Escucha, te he llamado sòlo para que sepas còmo van las cosas... no es hora de venirme con reproches -dijo Gunnar, aunque lo que realmente le apetecía era colgar.

-Muy bien, perdona. Esto anda muy revuelto por culpa de la exposición. Estoy un tanto cabreada. No te lo tomes a la tremenda -dijo Maria en un tono màs amable. Y añadió entonces, en el mismo tono:- Pero sigo manteniendo lo que dije, Gunnar. Sòlo te quedan unos días para encontrarlo. No puedo verme en un apuro así por culpa de vuestro estudiantes.

Gunnar pensó cuántos serían unos días. Seguramente no màs de cinco, màs probablemente andaría por los tres. No quería presionarla dando una respuesta màs precisa por miedo a que redujese el plazo.

-Me hago cargo.. te informarè en cuanto sepa algo.

Se despidieron bastante secamente. Gunnar escondió la cabeza entre las manos y se apoyò en los codos. Aquella carta tenía que aparecer. Si no... seguramente podía ir despidiéndose de su puesto. No resultaba admisible que un decano se viese involucrado en el robo de bienes a una institución extranjera. El odio ascendió por su interior. Aquel maldito Harald Guntlieb. Antes de que apareciese èl, Gunnar tenía ciertas expectativas de llegar a presentarse a rector en un plazo breve. Ahora había pasado a soñar con que la vida pudiese seguir como hasta entonces. Así estaban las cosas. Llamaron a la puerta.

Gunnar se incorporò y dijo en voz alta:

-Entre.

-Buenas, perdone que le moleste un momento. -Era Triggvi, el conserje. Entrò y cerrò la puerta tras de sù. Fue lentamente hasta el escritorio de Gunnar y rechazò el asiento que èste le ofreció. Extendió el brazo y abrió la mano, con la palma hacia arriba.

-Una de las limpiadoras encontró esto en el local de la asociación de estudiantes.

Gunnar se estirò para mirar una pequeña estrella de acero. La observò con detenimiento y luego mirò a Triggvi, extrañado.

-¿Què es esto? No debe de tener ningún valor.

El conserje carraspeò.

-Creo que es una estrella de los zapatos del Harald ese. La limpiadora lo encontró el otro día, pero hasta hoy no me dijo nada.

El decano le mirò sin comprender.

-¿Y què? No entiendo nada.

-Hay màs. Si la he comprendido bien, también encontró sangre en una de las ventanas. –Triggvi mirò a Gunnar a los ojos, esperando su reacción.

-¿Sangre? ¿No le estrangularon? –preguntò Gunnar perplejo-. ¿No será sangre vieja?

El conserje se encogió de hombros.

-No lo sè. Sòlo quería traerle esto... ya decidirá usted lo que hacer con ello. –Iba a darse la vuelta para marcharse, pero se detuvo-. En realidad le hicieron otras cosas, además de estrangularle.

Gunnar sintió que se le revolvía en estòmago al recordar su espeluznante encuentro con el cadáver.

-Sí, tiene razón. –Mirò desconcertado la estrella. Levantò la mirada cuando Triggvi volvió a hablar.

-Estoy seguro de que es de los zapatos que llevaba cuando lo asesinaron. Pero, naturalmente no tengo ni idea de si la estrella se le había caído antes.

-Ya, claro –murmurò el decano. Apretò los dientes, mirò decidido a Triggvi, se puso en pie y dijo:- Muchas gracias, a lo mejor no tiene ninguna importancia, pero hizo bien en informarme.

El conserje asintió con un lento movimiento de la cabeza.

-En realidad hay màs –dijo mientras sacaba del bolsillo una toalla plegada-. La que limpiò la sala de estudiantes el fin de semana en que se cometió el crimen hallò restos de sangre en el suelo, que alguien había intentado limpiar. Y también encontró esto. –Entregò la toalla a Gunnar-. Creo que no estaría mal hablar con la policía.

Dio las gracias y salió. Gunnar volvió a sentarse, clavò los ojos en la estrella y se puso a pensar qué debía hacer. ¿Tendría aquello alguna importancia? ¿Una llamada telefónica a la policía volvería a removerlo todo y habría que empezar de nuevo con el caso? Eso no podía ser. Eso no podía ser de ninguna manera, justo ahora que todo se estaba sosegando por fin. Aparte de aquella mierda de carta, claro. Aquello tendría que esperar hasta el lunes. Abrió la toalla. Le llevó un tiempo hacerse a la idea de la relación de aquel objeto sin importancia podía tener en el caso. Cuando se dio perfecta cuenta, apenas pudo poner una mano delante de la boca antes de soltar un grito. Levantò el teléfono y marcò el 112. Aquello no podía esperar hasta el lunes.

## **CAPÍTULO VEINTISÈIS**

---

El viaje a Rangà fue de película. El buen tiempo había continuado y, aunque todo estaba cubierto de nieve, la atmòsfera era tranquila y luminosa. Pòra iba sentada de lo màs contenta en el asiento delantero del nuevo todoterreno de alquiler, contemplando lo que se le ofrecía ante los ojos. Estuvo machacando a Matthew con la importancia de conducir despacio al descender por Kamar, contando historias y màs historias sobre accidentes de circulación, con la consecuencia de que atravesaron la zona a velocidad de tortuga. Pòra perdió enseguida la cuenta de los coches que les adelantaban. Aprovechò el tiempo para revisar una de las dos carpetas que les había entregado la policía, y que según dijeron contenía la totalidad de los informes. Se entretuvo en los detalles de la camiseta encontrada en el armario de Hugi.

-¡Toma? –exclamò sin darse cuenta.

Matthew se sobresaltò y la velocidad del coche se redujo aún màs.

-¿Què?

-La camiseta –dijo Pòra exaltada, golpeando con un dedo sobre la página abierta-. La camiseta esta es la que vi en las fotos de la operación de lengua. ¡00% silicon. Eso pone.

-¿Y? –preguntò èl sin comprender.

-En las fotos se veía una camiseta que ponía 100 y luego ...ilic... o algo por el estilo. Aquí dice que la camiseta que se encontró en el armario de Hugli tenía la inscripción 100% silicon. La sangre ha quedado fuera de juego. –Satisfecha consigo misma, cerró de golpe la carpeta.

-Èl tendría que recordarlo –dijo Matthew-. Uno no se mancha la ropa con sangre de otro todos los días.

-Tù y yo quizá no –respondió Pòra-. ¿Recuerdas que Hugli dijo que no había visto nunca la camiseta? Quizá no recordara ya nada de aquello.

-Quizá –convino èl. Continuaron en silencio un rato pero al atravesar el puente del río Ytri Rangà, en Hella, dejó escapar de pronto-. Las dos llegan mañana.

-¿Las dos? ¿Quiénes?

-Amelia Guntlieb y su hija Elisa –dijo Matthew sin apartar los ojos de la carretera.

-¿Eh? ¿Que vienen? –preguntó Pòra perpleja-. ¿Por qué?

-Tenías razón. La hermana de Harald estuvo en su casa justo antes del crimen. Quiere hablar con nosotros... tengo entendido, según me contó su madre, que Harald le había hablado de en qué andaba metido entonces. Aunque desde luego no en detalle.

-Ah, vaya –dijo Pòra-. Comprendo lo de la hermana... ¿pero, y la madre? ¿Viene a hacer de carabina mientras hablamos con su hija?

-No. Viene para charlar contigo. En privado. De madre a madre... son sus propias palabras. Ya sabes que tenía intención de hablar contigo. ¿Creías que iba a ser por teléfono?

-Sí, claro. De madre a madre. ¿Para comparar nuestros libros de educación de los hijos? –Nada le apetecía menos a Pòra que verse en persona con aquella mujer.

Matthew se encogió de hombros.

-No lo sé; yo no soy madre.

-¡Cojonudo! –exclamó ella dejándose caer sobre el respaldo del asiento. Empezó a reflexionar, pero volvió a tomar la palabra con prudencia-: La hermana... ¿puede estar involucrada en el caso de alguna manera?

-No. Excluido.

-Si se me permite preguntar, ¿por qué está excluido?

-Porque está excluido. Elisa no es así. Además, dice que regresó el viernes; cogió un vuelo de Keflavík a Francfort.

-¿Y eso te basta? ¿Qué lo diga ella? –preguntó la abogada, extrañada por la simpleza de Matthew.

Èste miró un instante a Pòra y luego otra vez a la carretera.

-No del todo. Lo comprobé y, créeme, cogió ese vuelo.

Pòra se quedó sin saber qué decir. Al final resolvió que era preferible no hacer más observaciones hasta hablar con la chica personalmente. Quizá Matthew tenía razón. También podía ser que ella no entrara en cuestión como posible asesina. Se percató de un cartel que decía: “Hòtel Rangà”.

-Allí. –Pòra le indicó la desviación a la derecha al lado del cartel, que conducía hasta el hotel. Siguieron la pista en dirección al río y llegaron a un gran edificio de madera.

-¿Sabes? Creo que hace dos años que no me alojo en un hotel –dijo mientras salía del coche y entraba en el edificio con su maletín-. Desde que me divorcié.

-Naturalmente, estás bromeando –dijo Matthew cogiendo su propia bolsa.

-No, te lo juro –respondió ella, y a nadie le pasaría desapercibido que estaba deseosa por romper esa rutina-. Hicimos un último intento de salvar nuestro matrimonio con un viaje de vacaciones a París hace dos años, y desde entonces no he salido al extranjero. Curioso, ¿no?

-¿El viaje a París tuvo efectos beneficiosos? –preguntó Matthew mientras abría la puerta.

Pòra resoplò.

-Ninguno. Estábamos en nuestro intento final de salvar nuestra relación, y en lugar de sentarnos frente a unas copas de vino para charlar del tema... para encontrar un clavo ardiendo al que agarrarnos... èl se pasó el tiempo pidiéndome que le hiciera fotos junto a un monumento tras otro. Fue una auténtica sentencia de muerte.

En la puerta, o justo al lado de ella, encontraron un gigantesco oso blanco... erguido sobre las patas traseras y dispuesto a atacar. Matthew fue hasta èl y se colocò a su lado.

-Hazme una foto. En serio, venga.

Pòra hizo una mueca y se acercò al mostrador de recepción. Detràs del monitor del ordenador estaba sentada una mujer de mediana edad con chaqueta oscura de uniforme y camisa blanca. Sonriò a Pòra, que le informó de que había reservado dos habitaciones y dio los nombres. La mujer tecleò algo en el ordenador, cogió dos llaves y les indicò dònde estaban las habitaciones. Pòra echò mano al bolso y estaba a punto de marcharse cuando decidió comprobar si la mujer recordaba que Harald se hubiese hospedado allí. A lo mejor había preguntado alguna dirección o alguna información que pudiera ponerlos a Matthew y a ella en el buen camino.

-El otoño pasado se alojò aquí un amigo nuestro, su nombre es Harald Guntlieb. ¿Quizà podrìa recordarlo?

La mujer mirò a Pòra con la expresión de quien recibe toda clase de preguntas sin que ninguna de ellas sea tan pueril como para que no se pueda plantear.

-No, ahora mismo no recuerdo ese nombre –respondiò con amabilidad.

-¿Podrìa comprobarlo en el registro? Era alemán, con toda clase de piercings en la cara. –Pòra intentò sonreír... y aparentar que era algo de todos los días.

-Puedo intentarlo. ¿Còmo se deletrea el nombre? –preguntò la recepcionista, volviéndose hacia la pantalla.

Pòra fue diciendo las letras una a una y esperò mientras la mujer obtenía los datos del registro de Harald. Desde donde se encontraba, al lado del mostrador, Pòra vio que el listado apareció en la pantalla, al pie de otros varios.

-Aquì lo tenemos –dijo por fin la mujer-. Harald Guntlieb, dos habitaciones para dos noches. El otro huésped era Harry Potter. ¿Es correcto? –La mujer no dio señal alguna de que el último nombre le hubiera resultado extraño.

Pòra dijo que sì.

-¿Les recuerda? –preguntò esperanzada.

La mujer estudiò la pantalla y sacudiò la cabeza.

-No, lo siento. En esa época ni siquiera estaba trabajando aquí. –Mirò a Pòra-. Estaba de vacaciones en el extranjero. Cuando trabajas en este ramo es difícil marcharse en verano.-Volviò a mirar la pantalla-. El barman quizá le recuerde. Òlafur (le llamamos Òli) sì que estaba. Tiene turno esta tarde.

Pòra le dio las gracias y se pusieron en marcha hacia sus habitaciones. Cuando estaban a punto de desaparecer por la esquina del pasillo, la mujer les llamò.

-Veo también que pidió prestada una linterna en recepción.

Pòra se volvió.

-¿Una linterna? –preguntò-. ¿Pone para què?

-No –respondiò la mujer-. Sòlo lo anotaron para asegurarse de que la devolvía al marcharse del hotel. Y es lo que hizo.

-¿Puede comprobar si fue durante la noche? –preguntò Pòra. Quizá Harald había perdido algo en la explanada del exterior y quiso ir a buscarlo.

-No, fue el del turno de día el que le prestò la linterna –respondiò la mujer-. Pero sòlo por curiosidad... ¿no es èste el nombre del estudiante alemán al que asesinaron en la universidad?

Pòra le dijo que sì y le dio las gracias por su ayuda. Matthew y ella continuaron hacia sus habitaciones, que resultaron estar contiguas.

-¿Nos tomamos media horita de descanso? –preguntò Pòra al ver su confortable habitación. La gran cama era atrayente y le despertò el deseo de tumbarse a la bartola un ratito... el edredòn era grueso y mullido, y las sàbanas estaban perfectamente planchadas. Ella no veìa una cosa así todos los días. Su propia cama la recibìa todas las noches completamente deshecha, pues siempre salìa por las mañanas a toda prisa.

-Sì, claro, perfecto –respondiò Matthew que, obviamente, era de su misma opiniòn-. Dame un toque en la puerta cuando estès lista. Y recuerda que siempre seràs bien recibida en mi habitación. –Le guiñò un ojo y luego cerrò la puerta antes de que Pòra atinase a decir algo.

Despuès de dejar el maletìn y el abrigo, y de echar un vistazo al baño y al minibar, Pòra se dejó caer de espaldas sobre la cama. Allì se quedó con los brazos en cruz, disfrutando del instante. Pero no durò mucho... desde su bolso sonò la señal de llamada del móvil. Se incorporò con un quejido y sacò el teléfono.

-Diga.

-¡Hola, mami! –dijo la alegre voz de su hija Sòley.

-¡Hola, bicho! –respondiò Pòra, que sonriò al oír su voz-. ¿Què estàs haciendo?

-Puf –exclamò la niña con bastante menos alegría-. Vamos a montar a caballo. –Y dijo algo en voz tan baja que Pòra casi no pudo entender las palabras, màs aùn porque su hija había pegado la boca completamente al teléfono para que nadie màs pudiera oírlo. Le hablò con el tono de estar contando algún secreto-. No tengo ni pizca de ganas. Los caballos son malos.

-¡Eh! –dijo Pòra, intentando dar ànimos a su hija-. No son malos, los caballos son siempre buenísimos. Ya veràs què bien lo pasàis... ¿Hace buen tiempo?

-Gylfi tampoco quiere ir –susurrò Sòley-. Dice que los caballos son cosa del pasado.

-Ahora cuéntame algo divertido, ¿què hicisteis hoy? –preguntò la madre, consciente de que no era la persona màs adecuada para salir en defensa de los caballos.

La niña se puso otra vez contenta.

-Tomamos un helado y vimos los dibujos por la tele. Fue divertidísimo. Oye, Gylfi quiere hablar contigo.

Antes de que Pòra pudiera despedirse de la niña, en el teléfono sonò la voz de su hijo.

-Hola –dijo en tono mustio.

-Hola corazón –respondiò Pòra-. ¿Qué tal todo?

-Horrible. –Gylfi intentaba no susurrar... si acaso, Pòra se dio cuenta de que había bajado el tono de voz-. Tengo que hablar contigo un momento cuando vuelvas a casa.

-Por fin corazón –contestò Pòra, sin saber si alegrarse de que por fin se hubiera decidido a abrirse o lamentarse por lo que le iba a decir-. Estupendo, ya tengo ganas de que sea pasado mañana para charlar un poco. –Se despidieron y la madre hizo otro intento de tumbarse... sin éxito. Al final se levantò y se dio una ducha caliente.

Mientras se secaba con las blanquísimas y mórbidas toallas, los ojos de Pòra fueron a dar con el folleto que reseñaba los principales atractivos turísticos de los alrededores. Lo estudiò por encima en busca de lugares que pudieran haberle resultado atractivos a Harald. Ciertamente no había mucho donde elegir, pero pocos sitios parecían guardar alguna relación con el caso. Sin embargo, algunos despertaron su atención. Obviamente era el caso de Skàlholt, por ejemplo, que tenía relación directa con Harald por el interés de èste por los obispos Jòn Arason de Hòlar y Brynjòlfur Sveinsson. Había otros dos lugares que le

parecieron posibles puntos de interés: el volcán Hekla y unas grutas de tiempos de los monjes irlandeses, las cuevas de Aegisiða, en las afueras de Hella. Pòra sintió auténtica curiosidad por leer algo al respecto, pues estaba bastante segura de no haber oído nunca hablar de ellas. Dobló la esquina de las páginas que trataban de aquellos tres lugares. Luego se vistió, cuidando de elegir ropa caliente —y en cantidad suficiente— aunque en principio no pareciera necesario. Si tenían que adentrarse en unas cuevas, era muy recomendable ir bien preparados. Se imaginó a Matthew con sus zapatos de vestir, trepando a gatas por las rocas. Por pura mala idea, decidió no hablarle de las cuevas hasta que hubieran salido hacia allá y estuvieran suficientemente alejados del hotel. Se sujetó el pelo con un elástico, cogió el chaquetón y salió. No había hecho más que separar la mano tras dar unos golpecitos en la puerta de la habitación de Matthew cuando éste abrió. Pòra miró su apariencia y sonrió.

—Espléndido traje —dijo, contenta al imaginar lo que iba a pasar—. Y magníficos zapatos. —Éstos en cuestión habían costado, sin duda, un montón de dinero, a juzgar por su elegante aspecto, y Pòra reprimió los remordimientos de conciencia por no advertirle. Evidentemente, Matthew debía de tener una buena colección de zapatos.

—Esto no es un traje —dijo Matthew medio enfadado—. Son pantalones y chaqueta de sport. Hay diferencia. Aunque supongo que tú no la conocerás demasiado bien.

—¡Oh, discúlpeme usted, señor Kate Moss! —exclamó ella, ya completamente en paz con su conciencia y carente de la más mínima piedad hacia aquellos zapatos.

Matthew prefirió no replicar y cerró la puerta tras de sí, blandiendo las llaves del coche.

—Bueno, ¿adónde vamos?

Pòra miró el reloj de su móvil, que había metido en el bolsillo del chaquetón.

—Creo que lo mejor será empezar por Skálholt. Van a ser las cuatro y deberíamos ir a ver.

—Genial, señora guía —dijo él mirando preocupado el aspecto de Pòra—. Sabes que hay un magnífico restaurante en el hotel, ¿verdad? ¡No necesitamos cazar para comer!

—Ja, ja —respondió Pòra—. Prefiero andar caliente aunque parezca ridícula que preocuparme por si voy a pasar frío. Además, creo que voy de lo más cool para el frío que hace.

Cuando llegaron a Skálholt había empezado a oscurecer. Entraron a toda prisa en la iglesia, que estaba abierta, y se pusieron a buscar a alguien con quien hablar. Al poco, encontraron a un hombre joven que les dio la bienvenida y les preguntó si podía ayudarles. Le explicaron que esperaban poder encontrar a alguien que pudiese haber recibido a un amigo suyo hacía cierto tiempo, y describieron el aspecto de Harald.

—Anda —dijo el joven cuando Pòra estaba en plena explicación del piercing de la oreja de Harald—. ¿No estaréis hablando del estudiante que asesinaron hace poco? ¡Fui yo quien le atendió!

—¿Sería posible que recordaras a qué había venido aquí? —preguntó Pòra con una gran sonrisa.

—Vamos a ver... si no recuerdo mal, lo que quería principalmente era hablar de Jòn Arason y su ejecución. Sí, y también de Brynjólfur Sveinsson. —Les miró y añadió rápidamente—: No es nada infrecuente... aquí vienen muchas personas que conocen esas historias al detalle y quieren saber más. Son historias de lo más apasionantes, aunque un tanto trágicas y penosas. A la gente le resulta especialmente interesante que hicieran falta siete hachazos para decapitar a Jòn Arason; a decir verdad le machacaron la cabeza.

—¿Simplemente quería saber cosas en general sobre los dos obispos? —preguntó Pòra—. ¿O se interesó por algo en especial, en relación con ellos?

El joven se dirigió a Matthew:

—No sé cuánto sabéis de la historia de Jòn Arason.



Matthew comprendió que la pregunta iba dirigida principalmente a èl, y no hizo esperar la respuesta.

-Pues sè tanto como sobre su madre. O sea, nada.

-Pues bueno. –El joven no parecía demasiado propenso a escandalizarse-. Para abreviar la historia, Jòn Arason fue el último obispo católico de Islandia; su sede estuvo en Hòlar, en el Hjaltadalur, al norte del país, a partir de 1524, y por un tiempo la otra sede episcopal islandesa, Skàlholt, también estuvo bajo su jurisdicción. Lo decapitaron aquí, en Skàlholt, en el año 1550, por orden de Chistian III, rey de Dinamarca desde 1537, pues el catolicismo romano tenía que ser erradicado de Islandia como de las demás tierras del rey. Jòn Arason intentò impedirlo y se enfrentò con los partidarios de la nueva fè, pero no consiguió nada y acabò en el patíbulo. La ejecución en sì es un capítulo especial, pues quince días antes había sido declarado inviolable hasta la próxima gran asamblea, lo que llamamos Alpingi, como nuestro actual Parlamento, de manera que el juez del Alpingi fue considerado parte del caso, igual que los dos hijos del obispo. También a ellos se les quitò la vida.

Matthew frunció las cejas.

-¿Sus hijos? ¿Pero no era un obispo católico? ¿Còmo podía tener hijos?

El joven sonriò.

-Islandia era una especie de excepción (desconozco a què puede deberse) pero, en todo caso, clérigos, diáconos y obispos podían tener una concubina o barragana. Màs aùn, podían hacerlo mediante un contrato que prácticamente tenía la misma validez que el matrimonio. Si tenían hijos, pagaban una multa y todos tan felices.

-Y contentos –apostillò Matthew, con gesto de asombro.

-Mucho. –Fue la alegre respuesta-. Vuestro amigo Harald parecía conocer bien la historia: la había estudiado a fondo. Lo que os estoy explicando ahora no es màs que un resumen apresurado y de todo menos exhaustivo. Pero que me conduce directamente a lo que me habíais preguntado. –Mirò a Pòra, que ya había olvidado por completo la pregunta, aunque procurò que no se le notara-. Este amigo vuestro estaba especialmente interesado en una cosa cuando hablò conmigo: la imprenta que Jòn Arason hizo traer a Islandia en 1534, la primera que hubo en este país, que se instalò en Hòlar, y también en lo que se había hecho imprimir en ella.

-¿Y? –preguntò ella-. ¿Cuàl fue la respuesta?

-A grandes preguntas... -respondiò el joven-. Para empezar, no se sabe prácticamente nada sobre lo impreso en los primeros tiempos. Algunas fuentes indican que se imprimió un libro de horas para sacerdotes: una especie de manual con la relación de los himnos, salmos y demás, y que también se imprimieron los cuatro Evangelios, el Nuevo Testamento, en algún momento. En segundo lugar, por lo que yo sè, es poco lo que se sabe de la imprenta en tiempos de Jòn Arason. Recuerdo que vuestro amigo hizo varias preguntas bastante extrañas... por ejemplo, si Jòn Arason habría podido querer editar un libro extraordinariamente popular en esos tiempos. Yo pensé que se refería a la Biblia, pero èl se riò de mì. No fui capaz de comprender su sentido del humor.

-Seguro, le creo –respondiò Matthew mirando a Pòra-. ¿El Malleus? –Ella había pensado lo mismo. El Malleus Maleficarum fue el libro màs impreso de la época, aparte de la Biblia. Quizá Harald estuviera intentando averiguar si se había llegado a imprimir en este país. Un ejemplar de esa edición sería extraordinariamente valioso, naturalmente, aparte del valor como pieza de colección que pudiese tener para un coleccionista entusiasta como èl.

-¿Y què es lo que quería saber sobre Sveinsson? –preguntò Pòra.

-Pues era un tanto peculiar –respondiò el joven-. Al principio lo único que le interesaba era ver su tumba... lo que no es posible, porque aùn no ha sido hallada.

La abogada le interrumpió.

-¿No se ha encontrado? ¿No le enterraron aquí?

-Sí, desde luego que sí, pero había expresado su deseo de ser enterrado fuera de la iglesia, al lado de su mujer y sus hijos. Èsa es la explicación habitual, pero aún no se ha podido excavar. Quiso descansar en una tumba sin nombre.

-¿No era eso un poco raro? –preguntò Pòra.

-Sí, mucho. La tumba fue marcada màs tarde, con una làpida que permaneció durante treinta años. Después se deshizo y no fue sustituida... aunque se dieron instrucciones de hacerlo. En realidad, nadie sabe por què no se hizo enterrar bajo el suelo de la iglesia, como era costumbre en la época. Se dice que había visto el tumulto que se formaba cuando asistió al sepelio de uno de los sacerdotes de la iglesia de Skàlholt. Quizá deseaba que aquella costumbre se aboliera.

-¿Y fue así? –preguntò Matthew-. ¿Se abolió?

-No, no, què va. Quizá tampoco era èse el motivo. Èl era un hombre derrotado cuando falleció. Es comprensible... morir solo, aquel hombre tan importante, toda su familia muerta y ningún descendiente. Es un destino que conmueve a quien oye la historia.

-Pero dijiste que Harald al principio tenía interés en ver la tumba de Brynjòlfur... ¿Luego cambiò de parecer, o què pasò?

-Sí, desde luego. Me puse a hablar con èl sobre Brynjòlfur, un poco de todo, cuando vi que se había llevado una decepción con la tumba. Le enseñè el sótano y le mostrè la exposición de antigüedades que tenemos allí. Luego salí a enseñarle las excavaciones arqueológicas. Después surgió el tema de los manuscritos de Brynjòlfur; ¿sabiais que tenía una colección de manuscritos, islandeses y extranjeros? – Pòra y Matthew sacudieron la cabeza: no tenían ni la menor idea al respecto-. ¿Sabiais que le regalò a Federico, rey de Dinamarca, algunos de los pergaminos màs importantes del país? –Pòra sacudió la cabeza-. Vuestro amigo se puso de lo màs excitado cuando empecè a hablarle de manuscritos, y quiso saber què había sido de ellos tras la muerte de Brynjòlfur. No se lo pude decir con exactitud, aunque sì sabía que los libros extranjeros se los dio a un hijo, por entonces aún muy niño, del corregidor de Bessastaðir, un danès llamado Johann Klein, y los libros islandeses los repartió entre su sobrina Helga y su cuñada Sigríður. Sì que recuerdo que parte de los libros extranjeros desaparecieron; por lo menos, algunos ya no estaban cuando Johann Klein vino desde Bessastaðir para recogerlos. Se dice que la gente de Skàlholt escondió parte de esas obras para que no se las llevaran a Dinamarca. Esos libros y manuscritos nunca han aparecido. Ni siquiera se sabe exactamente de què libros se trata.

-¿Dònde pudieron haberlos escondido? –preguntò Pòra mirando a su alrededor.

El joven sonriò.

-Aquì dentro no. Este edificio es de 1956. La iglesia antigua, que Brynjòlfur mandò construir en los años 1650-1651, se derrumbò en un terremoto en 1784.

-¿Y no habéis intentado encontrarlos?

-Aún no hemos encontrado la tumba de Brynjòlfur y su familia, aunque exista una descripción del lugar. Murió en 1675. Mucho menos aún podemos encontrar unos libros que pudieron haber estado enterrados aquí en la época... quizá. Tampoco se sabe a ciencia cierta què fue de los libros que fueron a parar a los herederos de la biblioteca, aunque tengo entendido que el Instituto Àrni Magnússon consiguió hacerse con alguno de ellos al fundar su colección de manuscritos. Pudieron identificar los libros de Brynjòlfur por su monograma.

-¿BS? –preguntò Pòra por decir algo.

-No. LL –respondiò el joven sonriendo.

La mujer preguntò extrañada:

-¿LL?

-Loricatus Lupus, expresión latina que significa lobo acorazado, lo mismo que el islandés Brynjòlfur. –Sonrió a Pòra, que no pudo evitar chasquear los dedos: Loricatus Lupus figuraba en la hoja de Harald. Ciertamente, estaban en el buen camino, si es que aquello guardaba alguna relación con el crimen.

La conversación no se alargò mucho màs. Ambos le dieron las gracias por su paciencia y se despidieron. Antes de poner el coche en marcha, Matthew se volvió hacia ella y dijo:

-Loricatus Lupur, vaya. ¿No deberíamos esperar a que se vaya todo el mundo y ponernos a excavar en todas partes donde se puede meter una pala?

-Si, faltaria màs –respondió Pòra sonriente-. Empezaremos por el cementerio.

-Tù manejas la pala... estàs vestida para ese papel. Yo te iluminarè con los faros del coche.

Abandonaron Skàlholt.

-Sè adònde tenemos que ir ahora –dijo Pòra con cara de inocente-. Al lado de Hella hay unas cuevas excavadas probablemente por los monjes irlandeses, a lo mejor vemos allí algo que explique el interés de Harald por esos anacoretas. Y ahora recuerdo que me dijeron que Harald cogió prestada una linterna para ir a echar un vistazo allí.

Matthew se encogió de hombros.

-Valdrà la pena echar una ojeada... ¿y la linterna?

-Nos pasamos por la gasolinera y nos compramos una.

Cuando llegaron a Hella, era ya noche cerrada. Empezaron en la gasolinera, donde compraron dos linternas. Cuando le preguntaron al encargado, èste les dijo que podían obtener información sobre las grutas en el Hotel Mosfell. Estaba muy cerca, de modo que fueron caminando. Un hombre ya mayor y muy amable salió con ellos para indicarles la localización de las cuevas, que encontrarían junto a la carretera, al otro lado del río. Les indicò además el mejor sendero, pues no era posible llegar a las cuevas en coche. Tras darle las gracias muy cordialmente, regresaron al coche y fueron hasta el lugar donde el hombre les había recomendado que dejaran el coche. Para gran alegría de Pòra, tenían que caminar un trecho por un herbazal que parecía pertenecer a una granja que había cerca. Matthew resbalaba una y otra vez debido a la suela lisa de sus zapatos, pero siempre consiguió mantener el equilibrio a base de mover los brazos a un lado y a otro como un poseso, como si estuviera intentando elevarse por el aire. Cuando llegaron al borde de la hondonada que llevaba hasta las cuevas, Pòra estaba ya del mejor de los humores.

-Allì –dijo, señalando con el dedo. Mirò a Matthew con cara de preocupación-. ¿Crees que podràs llegar allí abajo, pobrecito mìo?

Matthew frunció las cejas mirando muy serio a Pòra, intentando comportarse como un hombre. Empezó a descender por la cuesta con muchísimo cuidado, como si fuera un anciano de noventa años, mientras Pòra triscaba cuesta abajo como un corderito. Se detuvo debajo de èl, decidida a disfrutar del momento, y le gritò, movida por una irrefrenable malicia:

-¡A moverse!

Matthew dejó que aquello le entrara por un oído y le saliera por el otro, y por fin llegó al final del sendero.

-¡Menudo fregado! –exclamò mientras encendía la linterna-. ¿Tanta prisa tienes por cenar conmigo cuando acabemos con esto?

Pòra encendió su linterna y dirigió el haz de luz hacia los ojos de Matthew.

-Pues no, precisamente no. Vamos. –Dio media vuelta y entraron en la primera gruta-. ¡Toma! ¿Còmo se les ocurriò hacer una cosa como èsta? –dijo estupefacta, y con el rayo de luz fue recorriendo todo aquel inmenso espacio. Si había comprendido bien, aquellas grutas las habían excavado los monjes en la arenisca, con herramientas primitivas.

-¿Para qué utilizarían esto? –preguntó Matthew.

-Como refugio principalmente –se oyó decir a una voz desconocida desde la boca de la cueva.

Pòra dio un respingo del susto, y se le cayó la linterna. Fue rodando por el suelo irregular de la cueva, con el rayo de luz iluminando la pared de enfrente, hasta detenerse.

-¡Dios mío, qué susto! –exclamó y se inclinó para coger la linterna-. No sabíamos que hubiera alguien aquí.

-Perdona, mi intención no era meteros miedo en el cuerpo –se excusó el hombre, aunque ella pensó que lo había conseguido maravillosamente bien-. Estamos empatados –dijo el hombre entonces-. Hace mucho que no me llevaba un susto como el que me ha causado tu grito. Me llamaron desde Mofell a decirme que había unos turistas que venían para las cuevas. Pensé que a lo mejor estabais interesados en un guía. Me llamo Grìmur, y soy el propietario de las tierras de ahí arriba. Las cuevas están en mi propiedad.

-Ya –dijo Pòra extrañada-. No está mal la finca. Y le agradeceremos que nos sirva de guía... no sabemos prácticamente nada sobre lo que estamos viendo.

El hombre entró en la cueva y empezó a explicarles lo que tenían ante sus ojos. Lo hacía en islandés y Pòra traducía la mayor parte para Matthew. El hombre les mostró entre otras cosas cómo se pensaba que habían producido aquellos cubículos en las paredes. Luego observaron un tubo de chimenea que había sido excavado en el techo para permitir la entrada de aire o la salida de humo. Les mostró el altar que, supuestamente, los monjes irlandeses habían tallado o esculpido en la pared de detrás de la chimenea.

-Ah, aquí –exclamó Pòra emocionada y asombrada-. Esto es de lo más interesante.

-Sí, desde luego –convino el hombre con gesto de broma-. Esta tierra siempre ha sido buena para vivir, por lo que se sabe. Hay muchos sitios donde encontrar buen cobijo.

-Desde luego. –Pòra recorrió otra vez lo que se abría a su alrededor, con ayuda de la linterna-. ¿Se han estudiado las cuevas? Quiero decir si no podría haber objetos ocultos.

-¿Objetos? –El hombre parecía extrañado. Se rio-. Querida amiga, esto se estuvo utilizando como establo hasta 1950. Difícilmente puede haber nada oculto. A menos que lo hubieran ocultado con mucho cuidado, te lo aseguro.

-Aah –dijo ella decepcionada-. ¿Pero investigaron estos sitios, por decirlo así?

-No, no es eso lo que digo –respondió el hombre-. Que yo sepa, sólo una vez hubo una investigación aquí en mis cuevas.

-¿Y cuándo fue eso? –preguntó Pòra-. ¿Recientemente?

El hombre rio.

-No, recientemente no se puede decir que fuera. No recuerdo cuándo fue, pero hace un montonazo de años. Prácticamente no sacaron nada en claro, como era de esperar. Se encontraron restos de huesos de animales y unos cuantos agujeros que, según tengo entendido, se utilizaban para cocinar. –Señaló unos agujeros en el suelo, cerca del altar-. No, lo poco que había que encontrar salió a la luz hace mucho tiempo... eso te lo aseguro.

Pòra preguntó al hombre finalmente si tenía alguna idea de la visita de Harald a las cuevas. No supo dar razón, pero añadió que aquello no significaba nada en absoluto que no hubiera estado allí: las cuevas no estaban valladas y cualquiera podía deslizarse hasta allí abajo sin que él se enterase.

-Ahora ve a cambiarte de ropa, Cocodrilo Dundee –dijo Matthew cuando estuvieron de vuelta al hotel-. Estoy encantado de poder quitarme la chaqueta e ir al bar. Digamos que a recuperar el tiempo perdido en la hondonada aquella.

Pòra hizo una mueca pero a pesar de todo se fue a cambiar de ropa. Se puso unos pantalones de vestir y una sencilla camisa blanca; se lavò la cara y se pintò un poco los labios. No había nada malo en arreglarse una pizca cuando la invitaban a cenar fuera... aunque, a fin de cuentas, tampoco tenía nada de malo andar vestida con cualquier cosa. Pero se detuvo un poco en aquel "a fin de cuentas". No era suficientemente convincente, y daba què pensar. Dejó de darle vueltas y se dirigió hacia el bar. Allí estaba Matthew en animada charla con el barman... seguramente el famoso Òli. Matthew le envió a Pòra una sonrisa, visiblemente satisfecho con la transformación.

-Estupendo –dijo lacónico y conciso-. Èste es Òli. Estaba hablándome de Harald y Harry Potter... les recuerda bien. Bebían como locos y eran diferentes a los demás huéspedes.

-Eso es màs bien un eufemismo –puntualizó Òli, y preguntò a Pòra què quería beber.

-Un vino blanco, por favor –respondió ella, que preguntò a su vez què quería decir con aquellas palabras.

-Bueno, ya ves –contestò èl-. Se fueron tomando un tequila tras otro... pidieron una guitarra aérea y otras cosas que no se ven mucho por aquí. Hasta ahora, con excepción del Harald ese. Otros huéspedes permanecían sentados con la boca abierta, mirando como tontos a Harald y a su amigo. Fumaban como carreteros... estuve a punto de quedarme frito con tanto cigarro.

Pòra mirò a su alrededor; a aquel comfortable bar instalado bajo el techo de tablas. Habría podido mostrar su acuerdo... lo primero que a uno se le ocurría pedir no era precisamente una guitarra aérea... como mucho, un violín aéreo, si existía semejante cosa. Se volvió hacia Òli:

-Y Harry Potter... ¿tienes idea de cuál era su verdadero nombre?

El barman sonrió.

-Se llamaba Dòri. Los dos acabaron demasiado borrachos para recordar que se llamaba Harry Potter, según fue avanzando la noche. No lo tenían muy claro, todo lo que tenía algo que ver con la realidad.

Màs no se le pudo sacar a Òli. Se acomodaron en un gran sofá de cuero, brindaron y charlaron sobre los sucesos del día. Vino el camarero con el menú y, cuando hubieron pedido, Matthew decidió tomarse otra copa. Para gran asombro de Pòra, ella misma también había acabado la suya y no dijo que no a otra màs. Después de la cena volvieron al bar, y en tercer Cointreau, Pòra ya estaba a punto de pedir una guitarra aérea para Matthew y Òli. En lugar de eso, se recostò sobre el primero.

---

## **ONCE DE DICIEMBRE**

---

### **CAPÍTULO VEINTISIETE**

---

Pòra despertó con un dolor de cabeza pulsante, opresivo, como si el cerebro estuviese intentando salir del cráneo. Se sujetò la frente con las manos y soltó un quejido. Precisamente Cointreau. Ya era mayorcita para saber que el licor significa resaca en latín. Respirò hondo y se dio la vuelta de costado. Al hacerlo, su mano rozò algo caliente, se despertó con un enorme sobresalto y sus ojos se abrieron de par en par. Junto a ella, en la cama, había un hombre. Estaba viendo la espalda de Matthew. ¿O la de Òli, el barman? Intentò refrescar sus recuerdos de la noche anterior y suspirò muy bajito, pero con la alegría de haberse decantado por la mejor de sus opciones. La niebla que llenaba su cabeza le hacía difícil encontrar una escapatoria para aquella situación... ¿cómo podía salir sin ser vista y sin despertar a Matthew? Y lo que era aún peor: ¿què

cara tenía que poner? ¿Podría hacer como si no hubiera pasado nada? A lo mejor, él no recordaría ya nada. Ésa era la cuestión... escaparse sin que lo notara y confiar en que él hubiese bebido cuatro veces más que ella.

Sus buenas intenciones se vinieron por tierra cuando Matthew se dio la vuelta y le sonrió.

-Buenos días –dijo con la boca totalmente reseca-. ¿Qué tal estás?

Pòra levantò el borde del edredón. Estaba desnuda. Si se le hubiera concedido un solo deseo, habría sido estar totalmente vestida bajo el edredón. Necesitó carraspear fuerte varias veces antes de que las cuerdas vocales se le pusieran en movimiento.

-Una cosa. Para que todo quede claro, ya entiendes. –Matthew la mirò sin entender, pero la permitió continuar-. Lo de anoche no era yo, fue el alcohol. Digamos que dormiste con una botella de Cointreau... no conmigo.

-Ah, ya –dijo Matthew, incorporándose un poco y apoyándose en el codo-. Estas botellas de licor son totalmente imprevisibles. Desconocía por completo que acostumbraran a hacer ciertas cosas. Te dedicaste a decir maravillas de mis zapatos. Insististe en que me los dejara puestos.

Ella enrojació. Intentò recordar algo que pudiera defender mínimamente su integridad moral, pero no se le ocurrió nada. Poco a poco los recuerdos se le fueron haciendo más claros y tuvo que reconocer ante sí misma que tampoco había estado tan mal.

-No sé lo que me pasó –se excusò sonrojándose aún más.

-Tienes encima una resaca tremenda –dijo Matthew poniendo la mano sobre el edredón de ella.

-Es que yo no hago estas cosas... eso es todo. Soy madre de dos hijos y tú eres un extranjero.

-Pues ya que tienes hijos, no debería pillarte con la guardia tan baja. –Esbozó una sonrisa-. Esto sucede más o menos igual en todas partes, me parece a mí.

El rubor de las mejillas de Pòra empezó a acrecentarse. Su nerviosismo se multiplicò por dos cuando, de repente, Amelia Guntlieb apareció en su memoria.

-¿Le vas a contar esto a los Guntlieb?

Matthew echò la cabeza hacia atrás y estallò en una carcajada. Después de hartarse de reír, la mirò y dijo tranquilamente:

-Naturalmente. Una de las cláusulas de mi contrato como asesor establece que tengo que presentarles un informe sobre mi vida sexual a finales de mes. –Cuando se dio cuenta de que Pòra no estaba nada segura de si lo había dicho en serio o en broma, añadió-: Claro que no, ¿cómo se te puede ocurrir algo así?

-No lo sé... pero es que no quiero que la gente piense que tengo por costumbre acostarme con mis colaboradores. Nunca lo había hecho hasta ahora. –Teniendo en cuenta que trabajaba con Bragi, ya muy mayor, aquella horrible Bella y el empalagoso Pòr, aquella justificación era prácticamente palabras vacías.

-Yo no me lo he tomado así –dijo Matthew-. Lo he tomado como que en aquel preciso momento te apeteció acostarte conmigo... que no fuiste capaz de resistirte a mi atractivo sexual. –La mirò con gesto de estar tomándole el pelo.

Pòra apretò los ojos. No quería replicar a lo que le había dicho, porque en cierto modo Matthew no dejaba de tener razón... al menos, había sido ella quien dio pie a aquella situación, si la memoria no la engañaba.

-La resaca me está matando. No puedo ni pensar con claridad.

Matthew se incorporò.

-Tengo Alka Seltzer. Te puedo preparar uno, enseguida te sentirás mejor.

Antes de que ella pudiese gritar “¡no!” ( pues estaba segura de que él estaba igual de vestido que ella misma) Matthew se había levantado y se había dirigido hacia el baño. Totalmente desnudo. “¿A qué se

deberá que a los hombres no les importe que les miren como a las mujeres?”, pensó Pòra. Aquella cavilaciones buscaban reprimir otros pensamientos que le llegaron de pronto, como que Matthew tenía una complexión magnífica, alto y fuerte. A fin de cuentas, aquello no había sido una estupidez tan grave. Oyò correr el grifo del cuarto de baño y volvió a cerrar los ojos.

No los abrió hasta que advirtió que Matthew estaba otra vez acostado y bajo el edredón. Tenía en la mano un vaso de agua espumeante, y Pòra se sintió mejor: se incorporò y se bebió el líquido de un solo trago. Después volvió a dejarse caer sobre la almohada y esperò a que se le pasara el malestar. Después de estar así unos minutos, notò un golpecito en el hombro a través del edredón. Abrió los ojos.

-Oye. –Matthew movió la cabeza de Pòra hacia èl-. ¿Què te parece otro?

-¿Què? –consiguiò decir Pòra sin avergonzarse. Era evidente que se sentía algo mejor.

-¿Què te parecería corregir eso de que esto no fue màs que un error? –Le sonrió-. Puedo ponerme los zapatos finos si quieres.

Pòra se despertó con el rumor de la ducha. Saltò de la cama como una exhalación y fue recogiendo sus ropas dando saltitos por el suelo. No encontró uno de los calcetines y cogió en brazos el resto de las prendas. Desde la puerta del baño, le dijo que se verían en el desayuno. Se sintió feliz cuando por fin entrò en su propia habitación y cerrò la puerta.

Después de una larga ducha caliente, se sintió mejor psíquica y físicamente. Antes de salir cogió el móvil y marcò el número de su amiga Laufey.

-¿No sabes la hora que es? –respondió èsta enfurruñada.

Pòra no le hizo caso, pues ya casi eran las diez.

-¡Dios mìo! ¡Adivina! –dijo como una exhalación.

-Vaya, a juzgar por lo excitada que estàs y que te pones a llamar a unas horas intempestivas, tiene que ser una noticia espantosa.

-¡Què va! ¡Me he acostado con un hombre! –La reacción no se hizo esperar. Se notò que Laufey se incorporaba en la cama al oír la noticia, y al tiempo que Pòra pronunciaba la última palabra, se oyeron unas exclamaciones tremendas.

-¡Hala! ¡Cuèntame! ¿Con quièn, con quièn?

-Con Matthew. El alemán. En otro rato te cuento el resto, porque ahora tengo que irme a desayunar con èl. Estamos en un hotel.

-¿En un hotel? ¡Vaya, vaya, còmo te lo montas!

-Luego hablamos... estoy un poco nerviosa. Tengo que hacerle entender que no ha sido màs que la casualidad; no quiero una relación.

Una carcajada resonò desde el otro lado de la línea.

-¿Oye? ¿Dònde has estado últimamente? ¿Has visto demasiados programas infantiles? La mayoría de los hombres solteros de esa edad estàn como locos buscando relaciones complicadas. No te preocupes por eso, chica.

Pòra se despidió, un poco harta de unas noticias que habrían debido alegrarla. Se dirigió al comedor; pero antes se dedicò a deshacer la cama para que los empleados del hotel no fueran a pensar que era una casquivana. Matthew estaba sentado a una mesa para dos junto a la ventana del comedor, bebiendo café a sorbitos. No le pasò desapercibido a Pòra lo guapo que estaba, aunque nunca se lo habría reconocido a sì misma. Matthew tenía aquella rudeza en las líneas del rostro que tan atractiva le resultaba a ella. Mentón robusto, dientes grandes, pómulos prominentes y pàrpados pesados. Sin duda se trataba de una herencia recibida de sus antepasados desde el màs oscuro pasado, que le permitía atraer a las mujeres

gracias a unos rasgos que anunciaban perseverancia y resuelta rudeza: el semblante de un perfecto cazador. Pòra se sentò.

-Hmmm, què bien me va a venir comer algo –dijo para romper el hielo.

Matthew le sirvió café de una jarrita de acero.

-Te olvidaste un calcetín en mi habitación. Nada menos que un calcetín de lana... increíble, pero cierto.

Nada en su manera de comportarse delataba que estuvieran màs cercanos que la noche anterior, aparte de que Matthew puso su mano sobre la de Pòra y le guiñò un ojo co complicidad. Ella le sonriò pero no dijo nada. Matthew retirò la mano al poco y siguió comiendo. Después de desayunar todo lo que les apeteció, se fueron cada uno a su habitación para preparar el equipaje.

Mientras Pòra estaba esperando a Matthew en la recepción, sonò su móvil. Era Gylfi. Antes de responder, ella se convenció a sì misma de que, naturalmente, no podía saber lo que su madre acababa de hacer aquella misma noche.

-Hola, cariño –dijo, intentando sonar natural.

-Hola. –La voz de Gylfi sonaba espesa y pasò un momento antes de que empezara a hablar-. Eso, lo que tenía que contarte... ¿dònde estàs?

-Estoy en el Hotel Rangà. Estuve trabajando aquí ayer sábado. ¿No estàs aùn en casa?

-Sí, ya he vuelto. –Hubo una breve pausa-. ¿Tù cuando vienes?

Pòra mirò el reloj. Faltaban unos minutos para las once.

-Bueno, calculo que estarè ahì para la una.

-Vale, luego nos vemos.

-¿Por què no estàs con tu padre? ¿Dònde està tu hermana? –se apresurò a decir Pòra antes de que su hijo colgara.

-Sigue con èl. Yo me fui.

-¿Que te fuiste? ¿Por què? ¿Os peleasteis?

-Màs o menos –respondiò Gylfi-. Empezó èl.

-¿Y eso? –Pòra se había quedado boquiabierta. Hannes solìa tener mucho cuidado en montar números, y hasta entonces había conseguido siempre llevarse bien con su hijo, aunque èste no le consideraba un tipo demasiado divertido.

Soltò un gruñido.

-Se empeñò en que tenía que hablar conmigo, y cuando pensé que me comprendìa y le dije cierta cosa, se puso hecho una furia. Te juro que se puso como un energúmeno y me soltó un mogollòn de burradas. Yo me negué a seguir aguantando aquello. Creìa que me comprenderìa.

Los pensamientos de Pòra se atropellaban y se confundían. Por la descripción que acababa de hacer Gylfi de la reacción de su padre, el asunto era mucho màs que serio. Pero, ¿què había sucedido? Se arrepintiò de haberle pedido a Hannes que charlara con el chico... la charla no había mejorado las cosas lo màs mínimo.

-Anda, Gylfi, ¿què es eso que puso tan furioso a tu padre? ¿Es lo que quieres contarme a mì dentro de un rato?

-Sí. –Nada màs; era evidente que tendrìa que esperar hasta poder hablar con èl en persona, sòlo entonces podría saber de què se trataba.

-Òyeme, voy para allà. No me gustan los lios, asì que tendremos que hablar del asunto con màs tranquilidad. No te vayas.

-Pues tienes que estar aquí antes de la una. Tengo que ir contigo a ver a una gente.



¿Una gente? ¿Una gente? ¿Se habría metido en una secta? Su corazón se puso a palpar con vehemencia.

-Gylfi... tú no vas a ver a ninguna gente hasta que yo llegue a casa. ¿Entendido?

-Ven antes de la una –dijo èl entonces-. Papà estará también. –Se despidió y colgó.

El corazón de Pòra palpitaba hasta chocar con las costillas, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no ponerse a gritar. Como un autómata, marcò el número de Hannes, pero estaba sin cobertura o apagado. Se quedó como idiotizada, con la mirada perdida. Hannes nunca apagaba el móvil: dormía con èl en la mesilla por si alguien le necesitaba a medianoche. Los paseos a caballo, además, los organizaba siempre de modo que fueran en zona de cobertura: dudaba que Hannes se hubiera permitido nunca salir de una de esas zonas desde que se comprò el móvil. Volvió a llamar pero no hubo respuesta. ¿Què podía haber hecho el chico? ¿Habría empezado a fumar? No, què va. ¿Se habría hecho adicto a las drogas? No, imposible. Ella se habría tenido que dar cuenta. ¿Estaba saliendo del armario? ¿Quería ir con ellos a una reunión de la asociación? Pero Hannes no se habría puesto hecho un basilisco por eso, porque una cosa sí que habría que reconocerle: era bastante moderno. Además, ella había tenido siempre la sensación de que Gylfi estaba colado por aquella chica que nunca recordaba còmo se llamaba. No, no se trataba de eso. Su mente se veía atravesada por toda clase de ideas, cada cual màs abrupta que la anterior. Què será, será. Se puso en pie y mirò por el pasillo para ver si Matthew llegaba ya. Resultò que estaba en la puerta de su habitación intentando sacar la maleta.

En cuanto lo consiguió, Pòra le agarrò por el brazo y casi lo arrastrò.

-¿Què pasa? –preguntò extrañado cuando ella lo empujó para salir del hotel.

-En casa pasa algo gordo y tengo que llegar allí lo antes posible; inmediatamente.

Matthew no se hizo de rogar y, sin preguntar de què se trataba, metió las maletas en el coche y se sentò al volante. Salieron hacia Reikiavik, pasando por Hella, Selfoss y Hveragerður. Matthew apenas dijo nada. Sòlo al llegar a Kembar le preguntò si había algo que èl pudiera hacer, y Pòra le respondió que ni siquiera ella sabía lo que sucedía... fuera lo que fuese, se podría solucionar. Le dijo que era algo relativo a su hijo, algo que èl tenía que comunicarle. Al pasar por Skiðaskàl iban muy bien de tiempo, y también cuando atravesaron el Litla Kaffistofa. En Rauðatan, reventón.

-Maldita sea –exclamò Matthew, que agarrò con fuerza el volante para no perder el control del vehículo. Redujeron la velocidad y se detuvieron en el arcèn.

-¡Oh, no, no! –gritó Pòra. Mirò el reloj. Las doce y veinticinco. Aùn podrían llegar a Nes antes de la una, si conseguían cambiar pronto la rueda.

-¡Mierda de neumático del demonio! –bramò Matthew mientras se afanaba en sacar la rueda del maletero. Finalmente lo consiguió y se lanzaron a levantar el coche con el gato y a cambiar el neumático. Cuando terminaron, Matthew cogió la cubierta pinchada y la echò al maletero, con tanta precisión que aterrizò sobre el maletìn de Pòra. A ella no podía haberle importado menos. La hora se acercaba a toda velocidad.

Se metieron en el coche y Matthew arrancò.

-Espèrame –dijo Pòra cuando llegaron a su casa, y subió corriendo. Sacò las llaves mientras corría para no perder ni un segundo con el timbre. Llamò con la mano izquierda para que Gylfi supiera que llegaba, mientras con la derecha metía la llave en la cerradura y abría-. Gylfi –le llamò jadeante.

-Hola, mami. –Sòley vino corriendo hacia ella, una sonrisa tan luminosa. Si había pasado algo, a ella no le había afectado mucho.

-Hola, cariñito. ¿Dònde està tu hermano? –Pòra pasò al lado de su hija en busca de Gylfi.

-Se fue. Tengo un papelito para ti –dijo sacando del bolsillo del pantalòn un papel doblado.

Pòra le arrebatò la nota de las manos. Mientras la desdoblaba, preguntò:

-¿Cuàndo se fue? ¿Y adònde?

-Pues se tuvo que ir. Hace una hora. –Sòley todavía no se aclaraba mucho con las horas y los relojes. Gylfi podía haberse ido hacia un segundo o dos semanas, ella no veía la diferencia-. Se fue a donde pone ahí. –Un dedito señaló la nota como para evitar que se confundiera.

-Venga. –Pòra vio que la dirección era de Nes, de modo que no muy lejos de allí-. Vamos a dar un paseo en coche con un amigo mío. –Le echò a Sòley el plumífero de Gylfi sobre los hombros, le colocò unas botas de agua y se la llevó. Abrió de golpe la portecilla trasera del todoterreno y ayudò a su hija a entrar con movimientos rápidos. Luego se sentò ella en el asiento delantero y le dijo a Matthew que arrancara.

-Matthew, esta es mi hija Sòley. Sòlo habla islandés. Sòley, este es Matthew. No sabe islandés, pero seguro que serèis buenos amigos.

El hombre dedicò un segundo a mirar a la niña y le sonriò.

-Tan linda como su mamá –dijo, y girò hacia una calle lateral, siguiendo el gesto de Pòra-. Y el mismo gusto para vestir.

-Ahì... y luego a la derecha. Buscamos el número 45 –dijo Pòra, aún nerviosa. La casa apareció enseguida. Fue fácil reconocerla, porque vio la espalda de Gylfi que subía las escaleras de entrada.

-Allì, allì –exclamò Pòra como loca, señalando a su hijo. Matthew redujo la velocidad y detuvo en coche junto a la acera, justo delante de la casa: el paso de vehículos estaba ocupado. Pòra reconoció uno de los coches: era el de Hannes. Abrió la puerta a toda prisa en el momento en que el coche se detenía-. Sòley, espèrame aquí con Matthew.

Gylfi no mirò hasta que su madre hubo gritado su nombre varias veces mientras corría hacia la casa. Había llegado ya a la puerta de la calle y allí estaba èl, cabizbajo, que acababa de tocar el timbre.

-Hola –saludò con un hilo de voz.

-No pude llegar antes –dijo Pòra, animosa. Puso el brazo sobre los hombros de su hijo-. ¿Pero què es lo que pasa, corazón? ¿Quiènes viven aquí?

Gylfi la mirò, su gesto reflejaba autèntica desesperación.

-Sigga està embarazada. Sòlo està en dècimo. Yo soy el padre. Aquí viven sus padres.

La puerta se abrió justo cuando pronunciaba la última palabra. Pòra se quedó petrificada y boquiabierta. Por algún motivo, era incapaz de apartar los ojos del i-Pod que su hijo llevaba en torno al cuello, quizá porque era lo que estaba mirando cuando se derrumbò el mundo. Si quien abrió la puerta no hubiese estado dominado por la ira, seguramente habría sonreído al ver el estúpido gesto de Pòra.

-Hola –le dijo un hombre de mediana edad, que mirò luego a Gylfi, entornò los ojos con desprecio y añadió:- Buenas. –Pero tras esa simple palabra se ocultaba algo muy distinto que un deseo de felicidad y bienestar. Màs bien, en ella podía leerse entre líneas: Vete al infierno, violador de ingenuas e inocentes hijitas de personas honradas.

La cortesía intervino por pura costumbre y Pòra intentò sonreír.

-Hola, me llamo Pòra. La madre de Gylfi.

El hombre gruñò algo, pero pese a todo les invitò a entrar. Se despojaron del calzado bajo los irritados ojos del hombre, que permanecía apoyado sobre el marco de la puerta del vestíbulo. Pòra tuvo la clara sensación de que el hombre se estaba preparando para no ponerle los puntos sobre las ìes sòlo a Gylfi, sino que seguramente arrojaría su desprecio también sobre la señora.

-Gracias –dijo Pòra al vacío cuando pasó por delante del hombre y entrò en el salòn. Llevaba las dos manos sobre los hombros de su hijo, conduciéndole por delante de ella... por si acaso la furia de aquel hombre le empujaba a agredirla. Entraron sin màs a un gran salòn abierto donde había tres personas: Hannes, a quien Pòra reconoció inmediatamente por la posición del cuello, una mujer de la edad de Pòra

que se puso en pie cuando se acercaron y una chica jovencita sentada en una silla, con la cabeza baja, totalmente abatida.

-Bueno, por fin llegáis –casi gritò la mujer con voz chillona. “Oh, Dios mío, permite que el niño herede voz de contralto”, rezò Pòra en silencio. Intentò de nuevo esbozar una sonrisa. Las manos seguían sobre los hombros de su hijo.

-Hannes –dijo Pòra mirando a su antiguo marido. Intentò enviarle un mensaje para que ahora èl cumpliera con su obligación y le permitiera pasar lo màs desapercibida posible. Pero èl no dejó traslucir signo alguno de haber recibido el mensaje, sino que la mirò con gesto severo-. Hola, Sigga –le dijo amistosamente como pudo a la chica, que al oírla levantò la mirada. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y se veían dos làgrimas largas y gruesas en cada uno.

Gylfi se soltó de las manos de Pòra y corrió hacia la muchacha.

-¡Sigga! –gimoteò, visiblemente conmovido de ver a su amor en tan triste estado.

-¡Ah, estupendo! –aullò la madre-. ¡Igualito que Romeo y Julieta! Me hacéis vomitar.

Pòra se volvió hacia ella como movida por un resorte. Su rostro estaba rojo de ira. Allí estaban dos jovencitos que habían dado un traspie horrible, y la mujer tenía el valor de burlarse de su destino, aunque uno de los dos fuera su propia hija. Pòra no solía perder el control, pero esta vez sucedió.

-Perdona, pero esto es ya suficientemente difícil... no vayas a empeorar las cosas aún màs con ese humor islandés. –Hannes se puso en pie de un salto y Pòra notò que se la llevaba hasta el sofà antes de que pudiera oponer resistencia. La mujer jadeaba como una posesa: la furia relampagueaba en sus ojos aún màs que antes.

-Ya veo de dònde ha sacado la moralidad ese hijo tuyo –dijo, y se sentò toda fina. Su marido prefirió seguir en pie, se plantò en mitad del salòn y les bufò como un gigantesco ogro que les miraba de arriba abajo.

-¡Mamá! –se escuchò a Sigga, con el llanto atascado en la garganta-. ¡Cállate! –Desde aquel mismo instante, a Pòra le cayò muy bien la chica... su futura nuera.

-¡Menuda mierda! –se oyò decir al ogro-. Si somos incapaces de discutir este asunto como personas civilizadas, lo mejor será que lo dejemos. Hemos venido a afrontar esto sin tapujos, y eso es lo que vamos a hacer-.

Hannes se incorporò.

-De acuerdo. Intentemos tranquilizarnos... esto no es fácil para ninguno de los que estamos aquí.

La mujer volvió a gruñir.

-Sí, así es –continuò Hannes muy serio-. Yo empezaría quizá diciendo que esto me duele tremendamente y en nombre de mi familia quiero pedir mis màs sinceras disculpas por la actuación de nuestro hijo, y el daño que os ha causado.

Pòra respirò hondo para digerir aquellas palabras antes de matar a Hannes. Se volvió hacia èl, con fingida tranquilidad.

-Primero de todo, y para que las cosas queden bien claras, no somos una familia. Yo, mi hijo y mi hija formamos una familia. Tù eres un ejemplo patético de padre de fin de semana que además, a diferencia de la mayoría, no es capaz de apoyar a su hijo ni cuando las cosas se ponen difíciles. –Quitò la vista de Hannes y notò que èl le clavaba los ojos. El rostro de su hijo estaba deslumbrante de orgullo. Pòra repitió, para que quedase bien claro-: Lo digo simplemente para dejar las cosas claras.

Hannes estaba a su lado jadeante, pero tardò demasiado en decir algo, así que la otra madre tomò la palabra.

-¡Què asco! Voy a aprovechar la oportunidad para señalar que, dentro de muy poco, este corazoncito tuyo... este hijo tuyo, o vuestro... -saltaba a la vista que las habilidades histriónicas no faltaban

en aquella familia. La mujer enfatizó sus palabras señalando a Gylfi con un amplio movimiento de las manos- va a ser muy pronto uno de esos patéticos padres de fin de semana, igual que tu ex marido.

-No –se oyó gritar. Era Gylfi. Continuó orgulloso-: Yo... quiero decir, nosotros. Nosotros. Nosotros queremos seguir juntos. Alquilaremos un apartamento y nos haremos cargo del niño.

Pòra deseó de pronto echarse a llorar. ¡Gylfi alquilando un apartamento! El chico seguramente no tenía ni idea de que la mayor parte de las cosas que daba por supuestas (calefacción, electricidad, televisión, agua, recogida de basuras), todas costaban dinero. No interrumpió la conversación por miedo a quitarle los ánimos a su hijo. Si estaba convencido de que iba a alquilar un apartamento, así tendría que ser.

-¡Sí! –gritó Sigga-. Podemos hacerlo... yo voy a cumplir los dieciséis.

-¡Violación! –vociferó la mujer-. Naturalmente. ¡Aún no tiene ni dieciséis años! –Apuntó con el dedo a Gylfi y soltó un agudo chillido-: ¡Violador!

Pòra no veía en absoluto de qué forma aquello podía mejorar las cosas. Se volvió hacia Sigga.

-Dime, cariño. ¿de cuánto estás?

-No lo sé... como de tres meses, quizá. Por lo menos son tres meses lo que no he tenido la regla. –Su padre enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

Gylfi había cumplido dieciséis años hacía mes y medio. No es que aquello cambiase nada.

-Me permito señalar que, según la ley, la mayoría de edad está fijada en estos casos a los catorce años, no a los dieciséis. Además, mi hijo ni siquiera había cumplido los dieciséis cuando engendraron el niño, y además las leyes no hacen diferencias de género cuando se trata de relaciones sexuales de mutuo acuerdo, como seguramente es el caso.

-¿Qué gilipollez es esa? –bramó el padre-. ¿Es que una mujer puede violar a un hombre? Mucho menos cuando se trata de una niña, como es el caso de mi hija.

-Y de mi hijo –respondió Pòra sonriendo al hombre, con cierta cara de burla.

-¿Puedo señalar que tu hijo ya ha empezado el bachillerato pero que mi hija sigue aún en enseñanza obligatoria? Eso debe de tener alguna importancia en las leyes –dijo el hombre, jactancioso.

-Pues no, ni palabra –respondió Pòra-. NO se mencionan los grados escolares, te lo prometo.

Puso una mueca horrible.

-¡Esos maricones del Parlamento!

-¡Estáis chiflados! –aulló Sigga-. Es mi hijo. Soy yo la que tiene que cargar con él, y tener un barrigón enorme y unas tetas horribles y no poder ir al baile de fin de curso nunca más. –No pudo seguir, porque estalló en llanto.

Gylfi intentó consolarla con cosas que seguramente consideraba el no va más del romanticismo. Con voz llena de sentimiento, dijo para que todos pudieran oírle:

-Me da igual... aunque tengas una barriga asquerosa de gorda y unas tetas repugnantes. No me separaré de ti y no invitaré a nadie al baile de fin de curso. Iré solo. Te quiero más que a ninguna otra chica.

Sigga lloró aún con más fuerza mientras los adultos se contentaban con mirar boquiabiertos a Gylfi. De una u otra forma, aquella absurda declaración de amor sirvió para abrirles los ojos al hecho de que la madre naturaleza lo había confundido todo: eran niños teniendo un niño, y quién había sido el culpable quizá no fuera lo más importante.

Hannes no dejó escapar la ocasión de participar en la sesión de reproches mutuos. Se volvió hacia Pòra, con el rostro desfigurado por la rabia.

-Todo esto es culpa tuya. Vives una vida disoluta, acostándote con quien te hace el más mínimo caso. Cuando yo estaba en casa, el chico no hacía estas cosas... está siguiendo el único ejemplo que tiene.

Pòra quedó demasiado perpleja para responder. ¿Vida disoluta? ¿Haber hecho el amor una vez, bueno, dos, en realidad, en dos años? A eso no podía llamarse vida disoluta. Hasta su abuelo, con ochenta y ocho años, la animaba a salir más y a airearse un poco... por no mencionar a Laufey, que se burlaba de su moralina.

-¡Lo sabía, eres una degenerada! –gritó la madre de una forma tal que el tono mismo dañaba los oídos-. Una obsesa sexual... de tal palo tal astilla, lo digo siempre. –La mujer miró victoriosa a Pòra, victoriosa.

Èsta recibió la ayuda más inesperada cuando el padre entró en juego.

-¡Por lo menos, està claro que tu hija no ha heredado la frigidez de su madre!

Pòra sintió que hasta allí habían llegado. Era más información sobre sus futuros consuegros de la que estaba dispuesta a esperar. Tenían por delante un bautizo, una ristra de cumpleaños, una confirmación y Dios sabe qué más. No sentía el más mínimo deseo de recordar los más ocultos secretos de aquella gente en cada una de las ocasiones. Se puso en pie.

-¿Sabèis? No tengo ni idea de a qué genio se le ocurrió que nos reuniéramos justo en estos momentos. –Se volvió hacia Hannes-. Sois libres de charlar con el padre de Gylfi, hasta el amanecer si hace falta. Pero yo ya he tenido suficiente. –Se dio media vuelta, pero tuvo que girarse de nuevo hacia los demás cuando se dio cuenta de que no quería irse de allí sin su hijo-. Ven, Gylfi. –Dirigió sus últimas palabras a la pobre Sigga, que estaba con la cabeza gacha y llorando-. Mi querida Sigga, vuestro niño siempre será bienvenido en mi casa... y vosotros dos también, si querèis vivir juntos. Adiós. –Salió con Gylfi detrás de ella, totalmente extenuada. Cerraron con un portazo y fueron hasta el coche de alquiler que, afortunadamente, seguía en su sitio. Sin decir una palabra, Pòra se sentó delante y Gylfi en el asiento de atrás, al lado de su hermana.

-Hanns-ar-dóttir –Sòley le estaba enseñando a decir su patronímico en aquel momento.

-Vàmonos de aquí –dijo Pòra colocándose la frente entre las manos. Miró a Matthew... feliz de que los niños no comprendieran el alemán-. Adivina. Ya no soy nada. Al final, resulta que te fuiste a la cama con una abuelita.

Para asombro de Pòra, Matthew se echó a reír.

-Pues tengo que decir que las abuelitas islandesas son bastante más presentables que las alemanas. –Miró de reojo hacia el asiento de atrás, donde Gylfi apechugaba con la incertidumbre de la vida y la existencia. Su único apoyo en aquella hora era su madre, que se había puesto en una situación muy difícil, en buena parte porque aún no estaba del todo recuperada-. Hola, Pòrusonur; es así ¿no?, hijo de Pòra. Me llamo Matthew. –Le guiñó el ojo a Pòra. Ella se volvió en el asiento hacia atrás, dispuesta a pagar la ocurrencia con la misma moneda. Ahora le diría ella a su hijo que Matthew era más que un amigo y colaborador. Sus ojos cayeron sobre el i-Pod que seguía colgando del cuello del muchacho, y se contuvo.

-Mira, Gylfi. Èste es Matthew, que està trabajando conmigo. Lo había invitado a comer. Hablaremos tranquilamente cuando se vaya, ¿vale? –Se tragó una galleta que se le había metido en la garganta. Iba a ser abuela a los treinta y seis años de edad. Jesùs, María, Espìritu Santo y ese otro de la Santísima Trinidad que no conseguía recordar quièn era... que el niño sea sano y la vida de sus padres un baile sobre rosas a pesar de este paso en falso. Reprimió las lágrimas que acudían sin que nadie las llamara. Se le vinieron encima unas palabras que había oído muchas veces y otras cosas que debería de haber sabido comprender: “No es divertido quedarme en casa sola con Gylfi... està siempre saltando en la cama y gritando...”.

-Pòra. –Matthew la sacó de su ensimismamiento-. Hace un rato estuve hablando con los del Museo de Brujería. Han encontrado una explicación a lo que hicieron en el cuerpo de Harald.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

---

Pòra no terminaba de dar por concluida la cena. Echaba en las cacerolas, como loca, toda clase de cosas que sacaba del armario y el congelador, sin preocuparse mucho del resultado.

-Ya està –dijo con una voz artificialmente animosa. Matthew se sentò enseguida en la mesa de la cocina, mirando boquiabierto còmo iba apareciendo fuente tras fuente. Cuando todo estuvo sobre la mesa, la comida resultò consistir en judías verdes, patatas fritas, arroz, cuscùs, sopa, confitura de frutas y pan sueco.

-¡Què rico! –exclamò èl con cortesía cuando todos estuvieron sentados y se abalanzaron sobre las judías.

Pòra mirò lo que había sobre la mesa y suspirò.

-Falta el plato fuerte –dijo derrotada-. Sabìa que algo no iba bien. –Iba a levantarse otra vez para buscar algo e intentar salvar lo que se pudiera: lasaña congelada, pasta, carne o pescado. Pero sabìa que no tenía nada: había pensado ir a la compra pero todo se le había complicado. Matthew la sujetò por el brazo y la hizo volver a sentarse.

-Esto està perfectamente así. Esta cena no es muy habitual pero tampoco lo es el horario, de modo que todo està bien. –Sonriò a los chicos, que se estaban poniendo aquella mezcla en sus platos.

Pòra mirò el reloj y vio que sòlo eran las tres... evidentemente, estaba totalmente descolocada. Hizo un esfuerzo por sonreír.

-Estoy un tanto perdida, quizá dentro de un año vuelva a estar normal. Entonces volverè a invitarte a cenar.

-No, no, no te preocupes. Prefiero ser yo el que te invite a comer –dijo Matthew, que dio un mordisco al pan sueco, sin ponerle nada encima-. Exquisito –proclamò con un esbozo de sonrisa.

Nadie terminò su plato, y el cubo de la basura se llenò de restos cuando acabaron de comer. Sòley pidió permiso para ir a visitar a su amiga Kristina y Pòra se lo concedió sin plantear la menor objeción. En cuanto a Gylfi, se encerrò en su cuarto, diciendo que iba a conectarse a internet. Pòra confiò en que no fuera a entrar en páginas que trataran del cuidado de bebès. Cuando viera en què consistía aquello realmente, se le caería el alma a los pies, sin duda alguna. Cuando se quedaron solos, Pòra y Matthew pasaron al salòn y se sentaron. Había preparado café, y se lo llevaron para tomarlo allí.

-Bueno, vaya –dijo Matthew, apurado-. No te entretendrè mucho. ¿Las abuelitas no tienen que tumbarse un rato después de comer?

Pòra dejó escapar un bufido.

-Lo que a esta abuelita le apetece de verdad es un gintonic. –Pero se contentò con un sorbo de café-. Los dos sabemos perfectamente las consecuencias que eso podría traer, de modo que prefiero dejarlo por el momento. –Le sonriò y las mejillas se le ruborizaron un poco-. Estoy lista para oír lo que dijo el hombre del Museo de Brujería. –Volviò a reclinarse en el respaldo del sofà y se sentò sobre las piernas.

Matthew sacò un papel y lo desplegó sobre la mesita.

-Llamò Porgrimur, que acababa de contactar con el tal Pàll, aquel que lo sabìa todo. Dicho en pocas palabras, se había empollado todo lo que se puede saber sobre ese símbolo mágico... ¿sabes por què?

Pòra sacudió la cabeza. Vio que Matthew se esperaba una reacción algo màs participativa, así que respondió:

-No lo sè... ¿Porque es muy listo?

-No. O sì, a lo mejor lo es. Pero si sabìa todo lo sabido y por saber sobre dicho signo era porque no había podido olvidar còmo se emocionò Harald cuando hablò con èl.

-¿O sea que Harald habló con èl de modo especial sobre ese signo en particular? –preguntò Pòra.

-Sí y no. Inicialmente se puso en contacto con Pàll por los signos mágicos en general, buscaba información sobre signos que, por ejemplo, no estuvieran catalogados. Después, Harald empezó a preguntar sobre el libro islandés de brujería que estuvimos mirando tú y yo en el museo. Pàll le explicó los principales conjuros de ese libro y, según parece, hubo uno que despertó de modo muy especial el interés de Harald: uno que se considera un tanto repulsivo aunque està clasificado temáticamente entre los conjuros amorosos. Lo cierto es que preguntò si no lo habíamos visto nosotros; los papeles que estuvimos viendo nosotros en la exposición mostraban el principio de ese conjuro... aunque había mucho màs en el folio siguiente, que no estaba a la vista. Adivina què conjuro es.

-¿Le quitas los ojos a un muerto y haces algo con ellos? –respondiò Pòra esperanzada.

-No, desde luego que no, pero no por eso deja de tener importancia. Sin no comprendì mal al buen hombre, ese conjuro amoroso se practica para conseguir que una mujer deposite su amor en uno... como es obvio, vamos. Para ello es preciso excavar en el suelo un agujero, sobre el que tiene que caminar la mujer, y poner en el agujero sangre de serpiente y escribir el nombre de la susodicha juntamente con varios signos mágicos. Finalmente se procede a recitar el sortilegio, que es exactamente el mismo que fue enviado a la madre de Harald. –Matthew sonriò orgulloso.

-¿El poema aquel, quieres decir? –preguntò Pòra.

-Exactamente –respondiò èl-. Y eso no es lo único. El Pàll este dijo que Harald había mostrado un interés desproporcionado por aquel conjuro, y discutieron hasta los menores detalles.. si servìa únicamente para atraer a una amante, o si era válido también para otros tipos de amor, si el agujero tenía que hacerse en tierra, y así sucesivamente. Esto dio lugar a una charla sobre el signo escrito en el margen del conjuro. –Matthew hizo una breve pausa.

-¿Y què? –preguntò Pòra con impaciencia.

-Pues resulta que el signo del margen es desconocido, aunque recuerda a un antiguo símbolo mágico nórdico que es signo de venganza. Lo único que se parece, en realidad, es una raya del brazo superior. El signo nórdico sòlo se conoce por un fragmento de manuscrito, en el cual falta por completo el sortilegio. Solamente se conserva una descripción de lo que es preciso hacer, como primera línea del sortilegio, que es: Yo te miro: el mismo principio del conjuro amoroso. Pàll considera probable que el propietario del libro hubiese escrito el símbolo al lado del conjuro amoroso, pues el mismo sortilegio servìa para ambos, ya fuese porque lo sabìa con seguridad o sencillamente porque pensaba que correspondia al sortilegio, al comenzar de la misma forma. Pàll señaló además que era probable que el libro hubiese sido escrito por cuatro hombres distintos, tres de ellos islandeses y otro danès, y bien habría podido ser este último quien escribiera el signo al lado del conjuro, por las razones mencionadas. Me explicó también que aquel conjuro nórdico parecía màs macabro que todos los demás, y no estaba claro cuàl era su origen, aunque el texto que lo acompañaba en el fragmento del manuscrito era danès. El manuscrito es propiedad privada, pero se ha datado y se considera que procede del siglo XVI, mientras que se tiende a pensar que el libro islandés de magia fue escrito hacia 1650.

-¿En què sentido es ese signo màs macabro que los otros? –inquiriò la abogada.

-Màs tenebroso sería quizá una expresión mejor, o màs sombrìo. Lo que quería decir el hombre este es que la función del signo es simplemente causar daño a otros. Quien se lo hace grabar sobre sì mismo una vez muerto podrá acosar a la persona que le perjudicò en vida, estar siempre a su lado desde la tumba y recordarle permanentemente su conducta hacia el difunto, y al final la pena por su pèrdida acaba por conducir a la persona a su perdición. Y fijate... para realizarlo es precisa una parte del cuerpo que, sin duda, seràs capaz de adivinar.

-Los ojos –dijo Pòra convencida.

Matthew movió la cabeza en señal de asentimiento.

-Pero espera un poco más. Cuando Pàll le explicó el conjuro a Harald, éste se puso de lo más nervioso y se empeñó en que le explicara exactamente cómo se llevaba a cabo el conjuro. Pàll se lo explicó todo por teléfono y luego le envió una copia escaneada de la descripción del conjuro y del manuscrito en el que estaba.

-Sí. ¿Y qué más? –masculló ella, impaciente.

-Pues simplemente funciona de la siguiente forma: quien desea buscar venganza hace un contrato con otra persona para que lleve a cabo el conjuro tras su muerte. Más o menos como aquello de las calzas de muerto. En el contrato tienen que escribir el signo sobre un trozo de piel, para lo cual han de utilizar una mezcla de sangre de los dos y de un cuervo. No basta sólo con unas cuantas gotas, porque debajo del signo hay que escribir que X promete llevar a cabo el conjuro para Y, y entonces X e Y deben confirmarlo escribiendo sus propios nombres. –Matthew tomó un sorbo de café antes de continuar-. Y ahora viene lo mejor: tras la muerte de Y, X grabará el signo en el cuerpo y sacará suficiente cantidad de sangre para poder escribir con ella y (de nada, fue un placer) extraerá los ojos del cadáver.

-¡Dios mío! –exclamó Pòra con un estremecimiento-. ¿Para qué demonios... no basta con escribir con sangre y grabar un signo sobre el cuerpo?

Matthew sonrió.

-Evidentemente, no. Según dijo Pàll, había que grabar el signo en el cuerpo para recordar al muerto que los ojos le habían sido arrancados por su propio deseo. De otro modo, se levantaría de la tumba y se lanzaría a buscar sus ojos... y seguramente a matar al amigo que se los había arrancado. Además, la sangre ha de usarse para escribir el sortilegio que corresponde al signo, ese sortilegio que se ha perdido. Después de mezclarla con sangre de cuervo.

-Lo que explica los restos de sangre de ave de presa que se encontraron al analizar la sangre –intervino Pòra. “El cuervo es el principal ave de presa de Islandia”. Las ciencias naturales de los años de colegio estaban siempre a mano, para cuando fueran necesarias.

-Bueno, pero a cambio no es necesario añadir la sangre del superviviente. Luego hay que envolver los ojos en la piel que lleva el sortilegio y hacer llegar ambas cosas a manos de quien dañaba al muerto, y de quien éste quiere vengarse. Después de esto, no podrá estar a salvo en ningún sitio; el muerto le seguirá y le estará recordando constantemente sus afrentas, hasta que la persona en cuestión se rinda y sucumba de una horrible muerte.

-Y el sortilegio es el mismo que recibió la madre de Harald –dijo ella acongojada. Qué cosa tan espantosa. ¿Qué podía haber provocado en Harald un odio tan visceral hacia su madre? ¿Qué cosa tan horrible había podido hacerle esa mujer? Claro que todo podía ser pura imaginación; a lo mejor Harald simplemente estaba trastornado y culpaba a su madre de sus desgracias-. Pero aguarda un momento... ¿también le llegaron los ojos?

-No –contestó Matthew-. No estaban incluidos. No tengo ni idea de por qué. Quizá se perdieran, o se estropearan; no lo sé.

Pòra se quedó pensativa un momento.

-Halldòr, el estudiante de Medicina. Naturalmente, él fue quien mutiló el cuerpo –dijo Pòra-. Así que él mató a Harald.

-Eso parece –respondió Matthew-. A menos que Harald fuera el responsable de su propia muerte y Halldòr entrara después en escena.

-¿Pero cómo? –preguntó ella-. Fue estrangulado.

-¿No podría haber estado practicando el sexo con asfixia? Por lo menos es una posibilidad que no debemos olvidar. Bueno, o que fue cualquier otro quien mató a Harald e hizo el contrato con él. Lo cierto



es que todos pusieron la misma cara de tontos cuando les enseñamos el signo mágico. De modo que a fin de cuentas bien podría ser que Hugi hubiera hecho el trabajito.

-Tendremos que hablar otra vez con Halldòr... eso està claro. Y, a ser posible, con todos. Si conseguimos volver a echarles el lazo, después de nuestra reunión.

Matthew sonrió a Pòra.

-No somos tan rematadamente tontos. Hemos progresado bastante. Lo único que falta en el cuadro es el dinero. ¿Què puede haber sido de èl?

La abogada se encogió de hombros.

-A lo mejor Harald consiguió comprar ese desagradable manuscrito de brujería, eso lo explicaría.

Matthew pasó un rato meditando sobre esas palabras.

-Quizà. En realidad lo dudo, porque Pàll dijo que pertenecía a la Biblioteca Nacional de Noruega. Èsa es además, precisamente, la causa de que la policía no haya llegado hasta el signo: es muy poco conocido; en realidad no lo conoce nadie en este país, con excepción de Pàll, que està estudiando en el extranjero. Por eso nunca recurrieron a èl para averiguar el origen del signo.

-Pero a lo mejor introdujo el dinero en el país con la intención de comprar información de Pàll y conseguir el libro de la biblioteca, y lo asesinaron por causa de alguno de esos supuestos amigos suyos. Se podrían haber quedado con el dinero, ¿no? Hay quien comete un asesinato por mucho menos.

Matthew se mostrò de acuerdo. Mirò el reloj y luego a Pòra, ensimismado.

-El avión de Francfort aterrizò a las tres y media.

-¡Demonios! –exclamò ella-. Yo no puedo hablar con su madre ahora... es que no puedo. ¿Y si me pregunta por mis hijos? ¿Qué voy a decirle? Pues sì, señora, mi hijo es muy precoz... ¿no se lo había dicho? Va a ser papà.

-Crèeme, no estarà demasiado interesada en tus hijos –dijo èl con tranquilidad.

-No será mucho mejor tener que hablar con ella sobre su propio hijo. ¿Còmo voy a mirarla a la cara y decirle que Harald hizo un trato con el demonio, o casi, para convertir su vida en un infierno y empujarla finalmente a la muerte? –Pòra mirò a Matthew, esperando una respuesta constructiva.

-Serè yo quien se lo comunique, no te inquietes. Pero no te libraràs de hablar con ella. Si no lo haces hoy tendràs que hacerlo mañana. Esa mujer ha hecho un largo viaje solamente para hablar contigo, ¿recuerdas? Cuando me dijo que quería conocerte personalmente y tener una charla contigo en privado, su voz era màs débil de lo que se la he oído jamàs. No tienes por què tener ningún miedo.

Pòra tuvo la sensación de que Matthew no sonaba del todo convincente.

-Llamaràn en cuanto lleguen al hotel. –Mirò el reloj-. Probablemente dentro de muy poco. Si lo prefieres, puedo llamarlas yo.

Ufff. Quien golpea primero, golpea dos veces. Pòra no podía permitirse que la pillaran desprevenida.

-Sì, llama tù –le dijo rápidamente, aunque al momento añadió-: ¡No, no lo hagas!

Antes de que volviese a cambiar de opinión, sonò el móvil de Matthew. Pòra exhalò un suspiro mientras èl cogía el teléfono, lo miraba y decía:

-Son ellas –apretò el botón de respuesta y dijo-: Hola, soy Matthew.

Pòra escuchò sòlo la mitad de la conversación, aunque podía distinguir el sonido de una voz al otro lado mientras Matthew escuchaba. Parecían hablar de cosas muy superficiales: ¿Fue bien el viaje? Ah, me alegro. ¿Estàis en el hotel, verdad?, y cosas por el estilo. La conversación terminó cuando Matthew dijo:

-Nos vemos entonces, hasta luego. –Mirò a Pòra y sonrió-. Eres afortunada, abuelita.

-¿Què pasa? –preguntò Pòra, expectante-. ¿No ha venido?

-Sí, sí que ha venido. Pero tiene migraña y prefiere aplazar vuestro encuentro hasta mañana. Quien estaba al teléfono era Elisa; van en taxi de camino al Hotel Borg. Quiere que nos veamos dentro de media hora.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

---

La joven no compartía ninguno de los rasgos de su madre, pero el aspecto general era básicamente el mismo. Tenía la fisonomía oscura de su padre, y en general se parecía bastante a él, a juzgar por las fotos de familia que Pòra había visto. Todo en su talante carecía del menor asomo de ostentación, el largo cabello liso permanecía apartado del rostro con una goma, e iba vestida con unos elegantes pantalones negros y una camisa negra que a Pòra le pareció de seda. El único objeto valioso era un anillo de diamante en el dedo anular de la mano derecha, la misma joya que Pòra había visto en la foto de la cocina. Le llamó la atención lo delgada que era, y al darle la mano notó que la muchacha debía de ser aún más delgada de lo que parecía con aquella ropa. A Matthew le recibió de una forma mucho más íntima: Elisa le abrazó y se besaron en la mejilla.

-¿Cómo lo llevas? –preguntó Matthew después de quitar sus manos de los hombros de Elisa. Pòra se dio cuenta de que no la trataba de usted como había esperado, pues a fin de cuentas era un empleado de la familia. Evidentemente, Matthew estaba muy próximo a aquellas personas y debía de tener un puesto en la empresa muy superior al que Pòra había supuesto.

Elisa se encogió de hombros y esbozó una débil sonrisa.

-No demasiado bien –respondió la joven-. Ha sido bastante difícil. –Se volvió hacia Pòra-. Habría venido mucho antes si hubiese sabido que queráis hablar conmigo. No se me había ocurrido en absoluto que mi visita a Harald pudiese ser tan importante.

A Pòra aquello le pareció extraño; a fin de cuentas, la chica había estado en casa de su hermano justo antes de que lo asesinaran; pero se limitó a decir:

-Bueno, ahora estás aquí y eso es lo principal.

-Sí, compré un billete nada más llamar Matthew. Quiero ayudar –dijo, y pareció decirlo con total sinceridad. Y añadió enseguida-: Y mamá también.

-Bien –respondió Matthew con un tono inhabitualmente algo, y Pòra pensó si tendría miedo de que fuera a decir algo inconveniente.

-Sí, muy bien –le imitó Pòra, para demostrarle que no había pensado nada por el estilo.

-¿Por qué no nos sentamos? –preguntó Elisa-. ¿Os puedo invitar a un café o a un vino? –Pòra se había vuelto abstemia, así que aceptó un café, mientras los otros dos pidieron sendas copas de vino blanco.

-Bueeeeno –dijo Matthew echándose hacia atrás en la butaca-. ¿Qué puedes contarnos de tu visita?

-¿No es mejor que esperemos al vino? –propuso Elisa, mirando interrogante a Matthew.

-Naturalmente –le respondió, y se echó hacia delante para darle un apretoncito en la muñeca, que tenía apoyada en el brazo del sofá.

Elisa miró a Pòra como pidiendo disculpas.

-No puedo explicarlo bien, pero me resulta insoportable el recuerdo de esa visita. Aún tengo problemas con mis propios sentimientos, siento que fui una egoísta, que no hablé con él nada más que de mí misma. Si hubiese sabido que no volvería a verle nunca más, le habría dicho tantas cosas sobre mis sentimientos hacia él. –Se mordió el labio inferior-. Pero no lo hice, y ya nunca podré hacerlo.

Llegó el camarero con las bebidas y brindaron por nada especial. Pòra se arrepintió de haberse hecho abstemia en cuanto tomò el primer sorbo de café y los vio a ellos saborear el vino. Decidió volver a la primera oportunidad... no podía pedir un vino inmediatamente.

-Quizà estè bien que os cuente por què vine a ver a Harald –dijo Elisa tras dejar la copa sobre la mesa. Pòra y Matthew asintieron-. Como sabes, Matthew, estoy en una especie de crisis con mamà y papà. Quieren que estudie comercio y que entre en el banco, como casi todo el mundo que conozco. Harald fue la única persona que me dijo siempre que hiciera lo que me gusta: tocar el cello. Todo el mundo piensa que debería dedicarme al banco y tocar por mi propio placer. Pero Harald comprendía que no se trata de eso, aunque èl no fuera músico. Comprendìa que cuando uno ha alcanzado cierto nivel, y cierta capacidad, es eso o nada.

-Entiendo –dijo Pòra, aunque en realidad no era así.

-Por eso hablamos sobre todo de mì cuando estuve aquí –explicò Elisa-. Vine a verle en busca de alguien que me insuflara fuerzas, y eso es lo que conseguí. Harald me aconsejó que pasara de papà y mamà y siguiera tocando. Dijo que no era demasiado difícil encontrar una corbata con cabeza que fuera capaz de dirigir un banco, pero que había pocos capaces de tocar un instrumento musical con autèntico talento. –Y añadió a toda prisa: “Corbata con cabeza” son palabras tuyas... èl lo dijo así.

-Si puedo preguntarte, ¿què decidiste? –inquirió Pòra con curiosidad.

-Seguir tocando –respondió la joven, y sonrió ampliamente-. Pero me he matriculado en Comercio y voy a empezar enseguida la carrera. Uno decide una cosa y hace todo lo contrario.

-¿Y tu padre està contento? –preguntò Matthew.

-Sí, claro, pero sobre todo están los dos aliviados. Es difícil estar contento en esta familia. Sobre todo ahora.

-Elisa, sè que es muy incòmodo hablar de la propia familia, pero vimos los mensajes de correo que intercambiaron tu padre y Harald. No parecía que estuviesen demasiado cercanos el uno al otro. –Callò, pero enseguida continuò:- Y también tenemos la impresión de que su relación con vuestra madre era todo menos ejemplar.

Elisa bebió un sorbo de vino antes de responder. Mirò a Pòra directamente a los ojos.

-Harald fue el mejor hermano que nadie pueda imaginarse. Quizá no era como la mayoría de la gente, sobre todo en los últimos tiempos. –Sacò un poco la punta de la lengua y la doblò, como haciendo referencia a la lengua bífida de Harald-. Pero yo me habría sentido orgullosa de estar a su lado en cualquier ocasión. Era noble, y no sòlo conmigo... llevaba en brazos a nuestra hermana; no había nadie que se portase con esa invàlida mejor que èl. –Bajò la cabeza entristecida y mirò la copa de vino que estaba en la mesa, delante de ella-. Mamà y papà, ellos... En realidad, no sè què decir... Nunca dejaban a Harald gozar de las cosas con ellos. Mis primeros recuerdos de ellos son constantes abrazos, amor y cuidados hacia mì, pero nunca vi nada así cuando se trataba de Harald. Ellos... bueno, ellos, parecía que no le soportaban. –Se cubrió la cara con las manos, descorazonada-. No es que fueran malos con èl o algo así. Simplemente, no le querían. No sè por què, si es que se puede hablar de porqués en estas cosas.

Pòra intentò no dejar traslucir el poco aprecio que le merecía la familia Guntlieb. Sintió una corriente que la recorrìa: quería encontrar a quien matò a aquel desdichado. No podía imaginarse nada màs patético que crecer sin amor. La necesidad de cariño que tienen los niños la ve todo el mundo, y es un acto miserable negarles ese amor. No era de extrañar que Harald fuera un bicho raro. Pòra sintió de pronto que le apetecía la reunión del día siguiente con la madre.

-Sí –dijo para romper el silencio-. No suena demasiado bien, tengo que reconocerlo. Aunque quizá sea irrelevante para nuestros objetivos, creo que eso explica muchas cosas de la conducta de Harald. Pero

supongo que no es algo de lo que te apetezca hablar con una desconocida, así que más vale que pasemos a lo que hicisteis los dos cuando estabas aquí.

Elisa sonrió aliviada.

-Como os dije antes, hablamos sobre todo de mí y de mis problemas. Harald se portó de maravilla, y en realidad no hicimos nada especial. Fue conmigo al baneario èse, la Laguna Azul, y a ver los géiseres. Por lo demás, paseábamos por el centro o nos quedábamos en casa a ver algún DVD, a cocinar o a no hacer nada.

Pòra intentò imaginarse a Harald en la Laguna Azul, pero no consiguió evocar una imagen convincente.

-¿Qué visteis? –preguntò por curiosidad.

Elisa sonrió.

-El Rey Leòn, por increíble que pueda parecer.

Matthew le hizo un guiño a Pòra. Lo de la película que había en el vídeo no era mentira.

-¿Te contò algo sobre lo que estaba haciendo?

Elisa se quedó pensativa.

-No demasiado. Estaba de un humor estupendo y se encontraba muy bien en este país. Por lo menos, yo le he visto pocas veces igual de contento. A lo mejor era porque estaba lejos de nuestros padres. O quizá por un libro que había encontrado.

-¿Un libro? –preguntaron Pòra y Matthew a la vez.

-¿Qué libro? –añadiò Matthew.

Elisa estaba muy sorprendida por aquella reacción.

-Nada, un libro antiguo. El Malleus Maleficarum. ¿No està en su casa?

-No lo sè, ni siquiera sè de què libro me hablas –respondiò Matthew-. ¿Te lo enseñò?

Elisa sacudió la cabeza.

-No, aùn no lo tenía. –Callò de pronto-. A lo mejor le llegó justo antes de que lo mataran. Porque eso pasó justo antes.

-¿Sabes si tenía pensado ir a buscarlo a algún sitio? –inquiriò Matthew-. ¿Mencionò algo al respecto?

-No –respondiò la joven-. Claro que no le preguntè... ¿deberìa haberlo hecho?

-Eso no cambia nada –dijo èl-. Pero, ¿te dijo algo acerca de ese libro?

El rostro de Elisa se iluminò.

-Sí. Y además, se trataba de una historia tremenda. Espera un momento, ¿còmo era? –Pensò un momento antes de volver a hablar-. Te acuerdas de las cartas antiguas del abuelo, ¿verdad? –Se dirigió a Matthew, que asintió con la cabeza. Pòra no quiso molestar preguntando de què cartas estaban hablando, pero pensó que serían las cartas de Innsbruck que estaban en la funda de cuero-. Harald era igual que el abuelo –continuò Elisa-, estaba enamorado de ellas, las leía una y otra vez y otra y otra. Estaba convencido de que el autor de las cartas le había hecho a Kramer algo espantoso para vengarse de còmo había tratado a su mujer. –Mirò a Pòra-. Sabes quièn era Kramer, ¿verdad?

Ahora le llegó el turno a Pòra de decir que sí con la cabeza.

-Claro que sí, incluso he llegado a leer su obra maestra, si se puede aplicar ese tèrmino al Martillo de las brujas.

-Yo no me he puesto a ello, pero lo sè todo sobre èl, no es posible otra cosa en mi familia. A Harald se le metió en la cabeza descubrir lo que había pasado. Yo intentè hacerle ver que aquello había sucedido hace quinientos años y que no existía ninguna posibilidad de desenterrarlo ahora. Pero èl seguía convencido de que no era totalmente imposible. La Iglesia se había involucrado en el tema y se había

conservado la mayor parte de los documentos que tenían que ver con èl. Así que no se rindió ni lo más mínimo: se matriculó en Historia en la universidad para asegurarse el acceso a los archivos y decidió escribir su tesina sobre las persecuciones de brujas para hacer más fácil su búsqueda. Naturalmente estaba en terreno virgen en ese tema de investigación, disponía de la colección del abuelo y llevaba en la sangre el entusiasmo del viejo.

-¿Tu abuelo era, digamos, bueno con èl? –preguntó Pòra, que, aunque sabía que la pregunta recibiría una respuesta afirmativa, quería una confirmación.

-Oh, sí –respondió Elisa-. Se pasaban mucho tiempo juntos. Harald le visitaba con frecuencia, sobre todo una vez que el abuelo ingresó en el hospital y estaba ya en su lecho de muerte... y no sabía ya lo que era este mundo y lo que era el otro. El abuelo, como es lógico, fue entusiasmándose con èl más que con cualquier otro de sus nietos. Quizá también se daba cuenta del rechazo de nuestros padres hacia èl. De ahí sacó Harald su interés por la historia de la quema de brujas. Podían pasarse horas hablando y hablando del tema.

-¿Y su búsqueda tuvo éxito? –preguntó la abogada-. ¿Descubrió algo sobre lo que buscaba?

-Sí –respondió Elisa-. Por lo menos, Harald siguió con ello. A través de la Universidad de Berlín consiguió acceder al archivo del Vaticano, y fue a Roma la primavera anterior a terminar el segundo año. Estuvo allí mucho tiempo, probablemente la mayor parte del verano. Contó que allí había dado con un documento en el que Kramer solicitaba autorización para realizar otra campaña contra las brujas de Innsbruck: explica que le han robado una copia de un libro que había escrito. Según Harald, Kramer dice que aquella copia tiene gran valor para èl, en ella se encuentran las normas sobre el mejor método para revocar conjuros y acusar a brujas. Luego explica su preocupación de que éstas pudieran utilizar el libro para hacer caer sobre èl alguna desgracia. Por eso quiere recuperar el libro a toda costa. Pero Harald me contó que no había podido encontrar la respuesta del Vaticano a aquella solicitud, aunque no se sabe que Kramer regresara a Innsbruck, de modo que probablemente no accedieron. Pero Harald estaba de lo más emocionado, estaba convencido de saber qué era lo que le habían robado a Kramer, la copia más antigua del Martillo de las brujas propiedad del mismo Kramer. Claro que Harald dijo que la copia no sería exactamente igual al libro que se publicó al año siguiente; por ejemplo, sería manuscrita y estaría ilustrada. Además, Springer, el coautor con Kramer, habría añadido algunas cosas; pero no fue únicamente eso lo que despertó el interés de Harald. El manuscrito original de Kramer demostraría negro sobre blanco quien había escrito qué. Porque hay quienes dicen que Springer ni siquiera tocó el texto.

-Pero quien robó el manuscrito, ¿no lo destruiría? ¿No sería esa la afrenta que quería hacerle? –preguntó Pòra-. Uno pensaría que es probable que lo mandaran al infierno.

Elisa sonrió.

-En la última carta al obispo de Brixen se hablaba de un mensajero que había decidido ir al infierno. Pedía el apoyo de la Iglesia para su viaje. Así que no quemaron el libro, por lo menos no enseguida.

Pòra mostró su extrañeza.

-Un mensajero camino del infierno, vaya. Eso suena como lo más natural del mundo.

Matthew sonrió.

-Desde luego. –Dio un sorbo de vino.

-En esa época no era tan absurdo –aclaró Elisa muy seria-. El infierno era considerado un lugar real, en lo más profundo de la Tierra. Además, había un agujero que llegaba hasta èl, y se pensaba que estaba en Islandia. En un volcán que no recuerdo cómo se llama.

-El Hekla –se apresuró a decir Pòra antes de que Matthew intentara pronunciarlo. De modo que ahí estaba... aquèl era el motivo de la visita de Harald a Islandia. Estaba buscando el infierno, como dijo Hugi que le había contado en un susurro.

-Sí, eso –asintió Elisa-. Aquella era la meta del viaje con el manuscrito. O por lo menos lo que creía Harald.

-¿Y qué pasó? ¿Llegó al final del camino? –preguntó Pòra.

-Harald me contó que había buscado fuentes sobre el viaje de aquel mensajero y que había encontrado alguna referencia a él en un anuario eclesiástico de Kiel, del año 1486, o por lo menos él pensaba que se refería a la misma persona. En el anuario se decía que había un hombre que iba camino de Islandia y que llevaba consigo una carta del obispo de Bixen en la que se rogaba que le fuera proporcionado alojamiento y otras ayudas para su viaje. Había llegado a caballo y llevaba algo que era como la niña de sus ojos, algo negro y maligno. Por eso no pudo recibir el sacramento, pues aquel paquete no podía atravesar la puerta de la iglesia y él no estaba dispuesto a separarse de él. Se dice que estuvo alojado allí dos noches y luego continuó su viaje hacia el norte.

-¿Encontró Harald algo que indicara cómo acabó el viaje?

-No –respondió la joven-. Bueno, al menos no de inmediato. Harald vino a Islandia después de haber ido rastreándolo por Europa. Al principio no es que le fuera demasiado bien, pero luego encontró una carta antigua, de Dinamarca, en la que se menciona a un joven que murió de viruela en un obispado que no recuerdo ahora cómo se llama... un joven que iba de viaje a Islandia. Llegó al obispado de noche, en mal estado ya, muy débil, y falleció unos días más tarde. Pero antes de morir consiguió pedirle al obispo que cuidara del paquete que quería llevar a Islandia para arrojarlo al Hekla... con las bendiciones del obispo de Brixen. En la carta, que fue escrita varios años después, ese obispo danés expresa su deseo de que la Iglesia Católica de Islandia se encargue de llevarlo a cabo. Se dice que el paquete llegó a manos de un hombre que iba camino del país para vender bulas en beneficio del papa de Roma, para la construcción de la iglesia de San Pedro, si no recuerdo mal.

-¿Cuándo fue eso? –preguntó Pòra.

-Recuerdo que Harald dijo que había sido bastante más tarde, probablemente hacia 1505. El obispo era ya anciano y quiso quitarse ese peso de encima... lo había dejado pendiente durante casi veinte años sin poder enviar el paquete.

-¿De modo que el paquete llegó a Islandia? –inquirió Pòra.

-Harald insistía en que sí. –Elisa pasó la yema del dedo índice de la mano derecha por el borde de la copa.

-¿Pero acabaron por arrojar el manuscrito al Hekla? –intervino Matthew.

-Harald decía que era poco probable, porque nadie se había atrevido a escalar el monte. Las primeras fuentes que hablan de esa escalada se sitúan mucho, mucho más cerca de nuestros días. Lo cierto es que hubo una erupción varios años después y Harald pensaba que aquello habría acabado por espantar a los que hubieran podido estar dispuestos a semejante aventura.

-Pero, ¿dónde acabó el libro entonces? –preguntó él.

-En un obispado que se llama algo que empieza por la letra S, era la idea de Harald.

-¿En Skálholt? –dijo Pòra.

-Sí, algo parecido –respondió Elisa-. Por lo menos, allí fue el vendedor de indulgencias con el dinero que había recaudado.

-¿Y luego? En Skálholt nunca se ha encontrado un manuscrito del Martillo de las brujas –aclaró Pòra, y bebió un sorbo de café.

-Harald sostenía que el manuscrito estuvo allí, por lo menos hasta que llegó a Islandia la primera imprenta, momento en que lo llevaron a otra diócesis. Algo con P.

-Hòlar –soltó Pòra, aunque en ese nombre no había ninguna P.

-Realmente no me acuerdo –dijo Elisa-. Pero puede ser.

-¿Creía Harald que tenían intención de editarlo?

-Sí, eso entendí. Se trataba de uno de los libros más difundidos por Europa en esa época, aparte de la Biblia, y por eso es probable que al menos hubieran pensado en hacerlo.

-Posiblemente alguien hubiera abierto el paquete y descubierto lo que contenía... no hay nadie tan poco curioso como para no sentirse tentado a echar un vistazo –conjeturó Matthew-. Pero, ¿qué fue del libro? Aquí nunca llegó a aparecer, ¿o sí? –preguntó, dirigiéndose a Pòra.

-No –respondió ella-. Que yo sepa, no.

-Harald creía haberle encontrado la pista –dijo Elisa-. En realidad dijo que había estado dando palos de ciego con lo de la imprenta y ese obispado con P...

-Hòlar –intervino Pòra.

-Sí, eso –convino Elisa-. Harald había pensado que el obispo aquel habría escondido el libro antes de que lo mataran, pero ahora estaba seguro de que probablemente el libro no se había movido de la diócesis, la de la S.

-Skàlholt.

-O algo por el estilo –respondió la joven-. Encontró el libro, por lo menos, en cuanto fue a investigar en ese lugar... dijo que lo habían escondido para evitar que desapareciese del país.

-¿Y dónde estaba? –preguntó Pòra.

Elisa tomó un trago de vino antes de contestar.

-No lo sé. No quiso contármelo. Me dijo que prefería guardar el resto de la historia hasta que pudiera enseñarme el objeto en cuestión.

Pòra y Matthew intentaron esconder su desilusión.

-¿Le preguntaste algún detalle más? ¿No insinuó nada? –insistió Pòra con impaciencia.

-No, se había hecho muy tarde y estaba tan contento con todo aquello que no quise estropearle el placer poniéndome insistente. –Sonrió con dificultad-. Al día siguiente hablamos de otras cosas. ¿Creéis que esto puede tener alguna relación con el crimen?

-De verdad que no lo sé –dijo Pòra decepcionada. De repente le vino Mal a la cabeza. A lo mejor Elisa conocía a los amigos de Harald. A juzgar por lo que contó, debían de haber sido muy íntimos. Aquel Mal disponía quizá de la información que a ellos les faltaba-. Elisa, ¿tienes alguna idea de quién puede ser Mal? Harald tenía un mensaje suyo que indicaba que ese Mal sabía algo sobre la búsqueda del libro de Harald.

Elisa sonrió.

-Mal, sí, sí. Claro que sé quién es Mal. Se llama Malcolm y se conocieron en Roma. También es historiador. Me llamó el otro día... dijo que había recibido desde Islandia un mensaje rarísimo sobre Harald. Le dije que lo habían asesinado.

-¿Crees que él puede saber algo más sobre esto? –preguntó Matthew-. ¿Podrías ponernos en contacto con él?

-No, él no sabe nada –respondió Elisa-. Me asaltó con preguntas sobre el libro, dijo que Harald le contó que lo había encontrado, pero sin darle detalles. Malcolm siempre había pensado que lo que Harald intentaba estaba condenado al fracaso, y por eso se mostró tan interesado en saber cómo había ido todo.

Sonó el móvil de Pòra. Era el número de la policía. Intercambió unas palabras con alguien de la policía, colgó el teléfono y miró a Matthew.

-Acaban de detener a Halldòr, el estudiante de Medicina, por el asesinato de Harald. Quiere que yo sea su abogada.

## CAPÍTULO TREINTA

---

Pòra estaba sentada en la comisaría y se sentía de lo más incòmoda. No hacía más que darle vueltas al problema de si la podrían echar del Colegio de Abogados por un grave abuso de su estatus y por un escandaloso conflicto de intereses. Realmente no estaba segura de que hubiera algo así establecido en las leyes, pero entonces habría que corregirlas. La situación era la siguiente: por un lado, trabajaba para los parientes de un hombre que había sido asesinado, y por el otro, estaba camino de convertirse en abogada del supuesto asesino. La decisión la tomaron deprisa y corriendo, y ella salió pitando en un taxi. Matthew se quedó con Elisa, encargado de contarle la noticia a la señora Guntlieb y explicarle los motivos de la precipitada decisión que habían tomado. Las razones serían probablemente que, de ese modo, Pòra podría entrevistarse personalmente con el asesino y encontrar respuestas para todo lo que aún no estaba claro. “Que le vaya bien”, pensaba Pòra, que no le envidiaba la tarea. La gente migrañosa no solía ser nunca demasiado comprensiva.

-Buenas tardes. Está listo. –El policía se había acercado a Pòra sin que ella se diese cuenta.

-Ah, sí, gracias –respondió ésta, que se puso en pie-. ¿Puedo hablar con él a solas, o sólo puedo estar presente en el interrogatorio?

-Acaba de prestar declaración. Fue entonces cuando requirió los servicios de asistencia letrada. Fue una situación bastante desagradable... no estamos acostumbrados a interrogar a nadie sin asistencia letrada en casos tan serios como éste. Pero él se empeñó en hacerlo así, y al final tuvimos que acceder. Sólo al final de la toma de declaración pidió un abogado. Usted.

-¿Está por aquí Markùs Helgason? –preguntó la abogada-. Me preguntaba si podría tener unas palabras con él antes de reunirme con Halldòr –añadió con toda la humildad que pudo reunir.

El agente le indicó dónde podía encontrar a su colega.

Pòra saludó a Markùs, que se encontraba en su despacho con su taza del Manchester United en la mesa.

-No le molestaré mucho tiempo, quería hablar un momento con usted antes de ir a ver a Halldòr.

-Faltaría más –dijo Markùs, aunque el tono de su voz indicaba que no le hacía demasiada gracia.

-Seguramente recordará que estoy trabajando para la familia de Harald Guntlieb, ¿verdad? –El policía asintió pensativo con la cabeza-. Así que me encuentre de pronto en una situación bastante complicada... estoy a ambos lados de la mesa, si se puede expresar así.

-Sí, es indudable. Conviene que sepa que insistimos en desaconsejar a Halldòr que la eligiera a usted, precisamente por ese motivo. Pero no aceptó el consejo. A sus ojos, usted es una especie de Robin Hood. No ha confesado el crimen. Imagino que debe de pensar que usted puede librarle de este embolado. –Markùs esbozó una sonrisa maliciosa-. Pero no va a poder.

Pòra dio por no oída la glosa.

-¿Así que en opinión de ustedes es culpable?

-Oh, sí –respondió el policía-. Se han ido sumando pruebas que demuestran su participación. Convicción blindada... por completo. Los amiguitos de la infancia han realizado el trabajito juntos. Lo curioso, si se puede decir así, es que las pruebas han llegado de dos direcciones diferentes, pero en el mismo día. Siempre me han encantado las coincidencias. –Sonrió.

-¿Y eso sucedió así, sin más? –preguntó Pòra.

-Ayer, a última hora. Recibimos llamadas de dos personas relacionadas con el difunto. Las dos aportaron información que por un lado apuntaba a la culpabilidad de Halldòr y, por otro lado, al lugar donde probablemente se perpetró el crimen.



-¿Qué información era esa, si puedo preguntar?

-Da más o menos igual que lo sepa ahora o después. -Pòra se encogió de hombros-. En casa de Harald, en la zona común, se encontró una caja llena de toda clase de objetos desagradables. En su interior había un trozo de piel en el que figura un con...

-Un contrato sobre la extracción de los ojos -intervino Pòra tan tranquila-. Ya lo conocía. Las mejillas del agente se pusieron rojas.

-¿Y no se le pasó por la cabeza ponerse en contacto conmigo? ¿Sabe algo más que afecte a la investigación y ha preferido ocultárnoslo?

Pòra dejó pasar la última pregunta contestando sólo la primera.

-Le diré que Matthew y yo no nos enteramos de ese particular hasta hoy mismo, y que se trataba solamente de una sospecha. No disponíamos de ninguna confirmación como la que ustedes parecen haber encontrado.

-Sin embargo, lo normal habría sido informarnos -insistió Markùs, todavía molesto.

-Y lo habríamos hecho, sin duda -respondió Pòra, molesta también-. Hoy es domingo... no íbamos a molestarle un día de fiesta por una sospecha más bien poco clara. Pensábamos intentar verle mañana. -Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

-Usted lo dice. Espero que tenga razón. -La miró como si no la creyera.

-¿Y qué otros objetos desagradables fueron los que encontraron? -preguntó Pòra.

-Dos dedos de una mano, una mano entera, un pie y una oreja toda magullada. -La observó con cierta prevención de que fuera a decir que eso también lo sabía. Pero el gesto de Pòra le indicó que no era así-. Cada uno de una persona, según creemos. -Esperó la reacción de Pòra.

-¿Qué? -Pòra estaba pasmada. Sólo sabía del dedo al que había hecho referencia Gunnar. El dedo que apareció en el Àrnagarôur pero que no consiguieron relacionar con Harald. ¿Qué estaba pasando allí?-. ¿Me está diciendo que se trata de un crimen múltiple? ¿Una colección de partes de cuerpos de víctimas?

-No sabemos nada al respecto en estos momentos. Su representado afirma no saber nada de todo esto. Pero miente. Sè cuándo la gente miente.

-Pero ¿qué pruebas son las que tienen? ¿Solamente el contrato, que probablemente está firmado por Halldòr?

-Sí -respondió Markùs-. Eso, y también apareció una estrella de acero de los zapatos que llevaba puestos Harald la noche en que lo asesinaron... debajo del quicio de la puerta de la sala de alumnos de Àrnagarôur. Eso indica que el cadáver fue arrastrado desde allí, pasando por el quicio de la puerta, y es conveniente recordar que Halldòr tenía acceso a esa sala. De modo que, sin duda, el crimen se cometió allí. Y es que, además, en el mismo lugar se encontró una cucharilla de tè. Se han comprobado las huellas y, entre otras, aparecieron las de Halldòr. La sangre de la cucharilla es de Harald; por lo menos es a lo que apuntan las primeras indagaciones.

-Una cucharilla -repitió Pòra extrañada-. Una cucharilla manchada de sangre. ¿Cómo creen que se relaciona eso con el caso?

El policía no respondió en el acto.

-El conserje, que además es el supervisor de limpiezas del edificio, se la entregó a un profesor que nos llamó sin más dilación. -Markùs miró a la abogada con gesto menos alegre-. Ese hombre decidió no esperar hasta el lunes, como hacen otros.

-Pero una cucharilla manchada de sangre. No entiendo en absoluto qué relación puede tener, y tampoco por qué se ha encontrado justo ahora. ¿No se llevó a cabo un registro de todo el edificio cuando apareció el cadáver?

-Se cree que la cucharilla fue utilizada para extirparle los ojos al cadáver. En cuanto al registro... - Markùs vacilò, y ella se dio cuenta de que había atinado en el punto débil-. Naturalmente que se practicò el registro. Por el momento no està claro còmo se nos pudo pasar por alto la cucharilla esta. Lo averiguaremos.

-De modo que tienen un contrato y una cucharilla manchada de sangre –resumiò Pòra mientras observaba còmo Markùs se recolocaba en la silla. Había algo màs-. No me parece que eso demuestre la culpabilidad de Halldòr, se lo aseguro. Tiene coartada, si no recuerdo mal.

-¿El camarero del Kaffibrennslan? –dijo el agente con ironía-. Aùn tenemos que hablar otra vez con èl. No se extrañe demasiado si en su declaración aparecen grietas en cuanto le apretemos las clavijas. –La mirò con gesto jactancioso-. Pero tenemos otras cosas màs contra su cliente. Dos para ser exactos.

Pòra frunció las cejas.

-¿Dos?

-Sí... o un par, màs exactamente. Aparecieron al registrar la casa de Halldòr esta mañana. No tengo ninguna duda de que se trata de algo capaz de convencer de su culpabilidad hasta a su misma madre. –El gesto de Markùs delataba tal satisfacción que a Pòra le entraron ganas de bostezar y despedirse sin preguntar màs detalles. Pero aquel deseo fue derrotado por la curiosidad.

-¿Y què es lo que encontraron?

-Los ojos de Harald.

## **CAPÍTULO TREINTA Y UNO**

---

Pòra miraba a Halldòr, que estaba allí sentado delante de ella, con la cabeza caída sobre el pecho... no había dicho ni una sola palabra desde que la mujer entrò, por indicación de un agente, en la sala de entrevistas. Había levantado la vista cuando ella se sentò, pero al instante volvió a intentar taladrar el suelo con los ojos.

-Halldòr –dijo la abogada, bastante malhumorada-. No puedo estar aquí mucho rato. Si no quieres hablar conmigo, tengo otras cosas que hacer en este momento.

El joven levantò los ojos.

-Quiero un cigarrillo.

-Imposible –respondiò Pòra. Aquí està prohibido fumar. Si has venido aquí para fumar, llegas con diez años de retraso.

-Eso no cambia el hecho de que quiera un cigarrillo.

-A lo mejor la policía puede darte permiso para fumar después en algún sitio. Aquí dentro no podràs fumar, de modo que vayamos al grano. ¿De acuerdo? –èl moviò cansinamente la cabeza para decir que sí-. Sabes por què estàs aquí, ¿no es cierto?

-Sí. Màs o menos.

-Entonces te das cuenta de que estàs en una situación complicada. Bastante complicada.

-Yo no le matè –dijo Halldòr mirándola a los ojos sin parpadear. Al comprobar que no reaccionaba, se puso a enredar con un agujero que había en la rodilla de los vaqueros que llevaba puestos: un agujero que seguramente ya tenía cuando los comprò, lo que habría reducido su precio a la mitad.

-Hay una cosa que tenemos que dejar bien clara antes de hablar. –Pòra esperò hasta que hubo recuperado por completo la atención del joven, y no continuò hasta que èste levantò la cabeza y la mirò-. Trabajo para la familia de Harald. Eso quiere decir que tus intereses y los suyos no coinciden. Y ahora

menos que nunca. De modo que te aconsejo que te busques otro abogado, cuanto antes mejor. Lo único que voy a hacer por ti es tener esta reunión, aquí y ahora. Te puedo dar nombres de gente estupenda que te prestarà todo el apoyo que necesitas.

Halldòr entornò los ojos y reflexionò.

-No te vayas. Quiero hablar contigo. Ninguno de esos abogados me va a creer.

-¿No se te ha ocurrido pensar que podría deberse a que les estàs mintiendo? –le preguntò Pòra secamente.

-No miento. En lo principal, no miento –respondiò Halldòr enfadado.

-E imagino que eres tù quien decide què es lo principal y cuàles son los detalles, ¿no?

Aquellas palabras hicieron subir la ira al rostro de Halldòr.

-Sabes perfectamente lo que quiero decir. El asunto principal es que yo no le matè.

-¿Y los detalles? ¿Cuàles son? –preguntò ella.

-Venga –dijo Halldòr, dejando caer la cabeza.

-Si tengo que servirte de algo, quiero que hagas una cosa por mì –pidiò Pòra, inclinándose sobre la enorme mesa que les separaba-. No me mientas. Sè cuàndo me estàn mintiendo. –Confìo en haberlo dicho con la misma convicción que la policía.

Halldòr asintió, pero visiblemente enfadado.

-Muy bien... pero lo que se diga aquí se secreto, ¿vale?

-Desde luego –asegurò Pòra-. Acabo de decirte que no voy a actuar como defensora tuya si vas a juicio, y por eso mismo puedes decirme con total tranquilidad lo que sea... excepto, naturalmente, si hablas de delitos que vayas a cometer en el futuro. De eso no debes hablar conmigo. –Le sonriò.

-No pienso cometer ningún delito –dijo èl con dureza-. ¿Me prometes que todo lo demás no saldrá de aquí?

-Te prometo que no se lo dirè a la policía... aunque lo único que pasarìa es que mejoraría mucho la situación ante ellos. Estàs en el trullo; eso no puede empeorar mucho. Pero si lo prefieres así, podemos acordar que solamente trataremos de lo que pueda mejorar tu situación. ¿De acuerdo? Así habràs encontrado alguna ayuda y en realidad no habràs dicho nada.

-Vale –convino èl, aunque su voz delataba la duda. Añadió entonces con vehemencia-: Pues pregunta, entonces.

-Parece que los ojos de Harald fueron encontrados en tu casa. ¿Còmo llegaron allí?

Las manos de Halldòr temblaron. Tosió, nervioso, sobre el dorso de la mano izquierda. Ella esperò tranquila mientras èl decidìa si decirle la verdad o negar cualquier relación con los ojos. Pòra estaba determinada a dejarle plantado en este último caso.

-Yo... yo...

-Los dos sabemos quièn eres –dijo Pòra impaciente-. Contéstame o me voy ahora mismo.

-No pude enviarlos –logrò decir el joven inmediatamente-. No me atrevì. Habìan encontrado el cuerpo y tenía mucho miedo de que los descubrieran en el correo. Pensaba hacerlo màs tarde, cuando todo se hubiera calmado. Utilicè la sangre para escribir el sortilegio y metì la carta en un sobre el domingo mismo. Luego la echè en el buzòn del centro. –Respirò hondo después de la confesiòn y pegò los labios como si no tuviera intención de decir nada màs.

-¿Fue por el contrato? –preguntò la abogada-. ¿De verdad ibas a cumplir ese absurdo contrato del conjuro de venganza?

Halldòr la mirò furioso.

-Sì. Había jurado que lo haría y quería cumplir la palabra que le di a Harald. Para èl era una cosa de extraordinaria importancia –respondiò con el rostro enrojecido-. Su madre era un autèntico monstruo.

-¿Te das cuenta de que esto es una completa chifladura? –preguntò Pòra, pasmada-. ¿Còmo es posible siquiera que se te pasara algo así por la cabeza?

-Venga –fue la azorada respuesta-. Pero yo no le matè.

-Aguarda... àùn no hemos llegado a eso –dijo ella, molesta-. Así que le sacaste los ojos... ¿lo he comprendido bien?

Halldòr asintió, abrumado.

-¿Y te los llevaste a casa?

Volvió a asentir.

-Y si me permites la pregunta, ¿dònde los guardaste?

-En el congelador. En un pan. Los metì dentro y puse el pan en el congelador.

Pòra volvió a apoyarse en el respaldo.

-Naturalmente. Dentro de un pan. Dònde si no. –Procurò recomponerse y apartar la imagen de su mente-. ¿Còmo pudiste hacer eso, quiero decir, realizar el trabajo en sì?

Halldòr se encogió de hombros.

-No fue difícil. Utilicè la cucharilla. Lo màs difícil fue grabar el signo. No saliò demasiado bien. Me encontraba totalmente desquiciado... tuve que ir varias veces a la ventana y abrirla para respirar aire fresco.

-No fue difícil, dices –repuso Pòra intrigada-. Perdóname, pero me permito dudarle.

El joven clavò los ojos en ella.

-He visto cosas mucho màs repugnantes. Y he hecho cosas mucho màs desagradables. ¿Còmo te crees que puede ser partir en dos la lengua de un amigo tuyo? ¿O ver los procedimientos en una sala de autopsias?

Pòra no podía imaginárselo, pero siguió dudando de que fuera tan repugnante como sacarle los ojos a un amigo con una cucharilla. A partir de ese momento revolverìa el café con una cuchara sopera.

-En todo caso, no debe de haber sido muy agradable.

-Claro que no –exclamò Halldòr-. Estábamos todos completamente borrachos. Ya te lo he dicho.

-¿Todos? –preguntò Pòra extrañada-. ¿Asì que no estabas solo?

Halldòr esperò antes de hablar. Juguetè con el agujero de la rodilla y luego volvió a toser sobre el dorso de la mano. Pòra tuvo que repetir la pregunta antes de que èl se decidiera a responder.

-No, no estaba solo. Estábamos todos; yo, Marta Mist, Brìet, Andri y Brjänn. Estábamos yendo desde el centro, querìamos volver a la fiesta... a Marta Mist le apetecía algo de droga y Brìet dijo que Harald tenía una pastilla de éxtasis en la sala de alumnos.

-Y Hugj, ¿no estaba con vosotros?

-No. Esa noche no le vi. Había salido de fiesta con Harald y no le volvimos a ver. Tampoco a Harald. Es decir, con vida.

-¿De modo que fuisteis al Àrnagarôur –preguntò Pòra, extrañada-. ¿Còmo pudisteis entrar... si el sistema no detectò a nadie?

-El sistema no funcionaba... tengo entendido que en realidad nunca funciona. ¿Quièn te crees que va a estar dispuesto a recorrerse todo el edificio para comprobar si queda alguien? Casi nadie.

-Porbjörn Òlaffson, el director de la tesis de Harald, sostiene sin asomo de duda que èl mismo conectò el sistema –dijo la abogada-. Lo dice con total seguridad.

-Pues no estaba conectado cuando llegamos. El que matò a Harald debió de desconectarlo.

-Pero en todo caso, la puerta estaba cerrada con llave y es necesaria la clave de acceso para entrar –puntualizò Pòra-. Todo se graba en un archivo de ordenador y, según èste, no cruzò nadie la puerta. –La

impresión del archivo electrónico estaba entre los papeles de la investigación de la policía, y Pòra había podido verla con sus propios ojos.

-Entramos por una ventana abierta que hay en la parte de atrás del edificio. Siempre està abierta... te lo aseguro... hay algún gilipollas con un buen cargo que nunca se acuerda de cerrarla. Eso es lo que dice Brìet, por lo menos. Fue ella quien nos indicó el lugar. También salimos por allí. Ni ella ni Brjànn llevaban las llaves encima.

-¿Y què màs? –preguntò Pòra-. ¿Harald estaba allí? ¿Durmiendo la mona? ¿Muerto? ¿Eh?

-Acabo de decirte que yo no le matè. No estaba durmiendo cuando llegamos. Se encontraba dentro de la sala de alumnos. En el suelo. Muerto. Completamente muerto. Con la cara azul y la lengua fuera. No hacìa falta un mèdico forense para ver que lo habían estrangulado. –Un leve estremecimiento en la voz de Halldòr indicò que no estaba tan sereno como pretendía aparentar.

-¿Podrìa haberse asfixiado en un acto sexual? ¿Quitasteis algo que pudiera indicar tal cosa?

-No. Nada. No tenía nada en el cuello... sòlo una contusión horrible.

Pòra reflexionò sobre lo que acababa de oír. Claro que Halldòr podía haberle contado una pura y dura mentira, pero entonces era un magnífico mentiroso, eso estaba claro.

-¿Y què hora era?

-Hacia las cinco. Quizá las cinco y media. O las seis. No lo sè. Recuerdo haber ido al bar alrededor de las cuatro. No tengo claro cuànto tiempo pudimos andar por ahì. No estábamos demasiado interesados en mirar el reloj.

Pòra respirò hondo.

-Y luego... tú te dedicaste a sacarle los ojos y todo lo demás allí dentro, ¿no? ¿Y còmo terminò Harald dentro del cuartito de las impresoras?

-Naturalmente no empecè enseguida. Estábamos allí como alucinados. No teníamos ni idea de què hacer. Además, Marta Mist tuvo un ataque de histeria, y cuando tiene uno es como si no existiera. Estábamos hechos polvo y totalmente perdidos, borrachos y drogados. Y de pronto Brìet se pone a hablar del contrato, arremetiò contra mì y dijo que tenía que cumplirlo, porque si no Harald me perseguiría. Lo habíamos firmado en una de nuestras reuniones, delante de los demás, sobre todo para presumir, pero Harald lo hizo con toda la seriedad del mundo. Hugi fue el único que no sabìa del contrato. Harald dijo que no se tomaba la magia con la suficiente seriedad.

-¿El contrato sòlo se referìa al conjuro de venganza? –preguntò Pòra.

-Sì... el escrito –respondiò el chico-. En realidad hicimos otro màs, del mismo estilo. Era un conjuro amoroso que tenía la función de reforzar al otro despertando en la madre de Harald un amor desmesurado hacia èl, haciéndole màs difícil la pèrdida. Ese contrato era sòlo oral, yo tenía que hacer un agujero en un extremo de la tumba de Harald, y escribir en èl una serie de signos mágicos y el nombre de su madre. Y también tenía que echar sangre de serpiente en el agujero. Harald comprò una culebra para poderlo hacer. Me lo pidió una semana antes de morir, y todavía tengo el bicho. Me va a volver loco. Hay que darle de comer hámsteres vivos y me muero de asco.

De modo que Harald comprò los hámsteres para alimentar a la serpiente. Claro.

-¿Es que se estaba preparando para morir? –preguntò Pòra, asombrada.

Halldòr se encogió de hombros y no mostrò reacción alguna a aquellas palabras.

-Yo sòlo hice lo que había que hacer; recuerdo que Marta Mist y Brjànn no hacían màs que echar la pota. Luego dijo Andri que teníamos que sacar a Harald de aquella sala, porque si no nosotros nos convertiríamos en sospechosos. Èramos los que màs uso hacíamos de aquel local de estudiantes. La idea nos pareció muy sensata, así que lo cargamos y lo llevamos al cuarto de impresoras. Allí lo colocamos de pie porque no había sitio suficiente en el suelo para dejarlo tumbado. Costò mucho trabajo y muchos

huevos. Luego salimos de allí... fuimos a casa de Andri, que no vive lejos, en el barrio oeste. Marta Mist siguió metida en el váter hasta la mañana siguiente. Los demás nos quedamos sentados en el sofá hechos una piña hasta que nos quedamos dormidos.

-¿Dònde conseguisteis sangre de cuervo para escribir?

En el rostro de Halldòr se dibujò lo màs parecido a un gesto de vergüenza.

-Harald y yo le pegamos un tiro a uno. En Gròtta. No había otra forma. Èl ya había ido al zoológico a ver si había alguien que nos pudiese regalar un cuervo, o vendèrnoslo, y hablamos con todas las tiendas de animales. Pero no hubo forma. Teníamos que hacer el contrato con su sangre.

-¿Dònde conseguisteis una escopeta?

-Le birlè el arma a mi padre. Es cazador. Ni se enterò.

Pòra no sabìa què decir. Recordó entonces la caja con partes de cuerpos.

-Oye, Halldòr –dijo con tranquilidad-. ¿Què hay de las partes de cuerpos que se encontraron en casa de Harald? ¿Tenèis algo que ver vosotros o era algo suyo? –Algo no encajaba con la expresión “algo suyo” en ese contexto, pero tendría que servir.

Halldòr tosió y se pasò el dorso de la mano por la nariz.

-Mmmm, ya, eso –dijo con timidez-. No son de cuerpos, si eso es lo que crees.

-¿Lo que creo? Yo no creo nada –respondiò Pòra irritada-. Me parece que ya voy acostumbrándome a todo. Podrías decirme que estuvisteis desenterrando ataúdes y me parecería normal.

-No son màs que cosas del trabajo. Cosas para tirar.

Pòra soltò una carcajada sarcástica.

-Eso es quizá lo único que me permito dudar. Cosas para tirar. –Hizo el gesto de levantar algo y mirarlo bien por todos lados-. A ver què pie es èste... al demonio con todo. A tirarlo. –Echò a un lado el pie imaginario que tenía en las manos-. No te hagas el tonto. ¿De dònde salió todo eso?

Halldòr, con el rostro lívido, miraba a la abogada fijamente.

-No soy tonto. Eran cosas para tirar... no exactamente tirar, sino quemar. Si la policía investiga, descubrirà que eran miembros dañados que había que destruir. Mi trabajo consiste entre otras cosas en llevar a incinerar cosas de èsas. En vez de hacerlo, me las llevè a casa.

-Creo màs bien que èse era tu trabajo, amigo mìo. Me permito dudar de que vayas a hacer màs guardias. –Pòra intentò alejar la plétora de ideas y preguntas que se le amontonaban-. ¿Còmo se puede almacenar un pie y un dedo de la mano, y lo que fuera en cada ocasión? ¿No se corrompe la carne humana cuando se tiene almacenada? ¿No guardarías esas cosas también en el congelador?

-No, las asè –respondiò Halldòr como si fuera la cosa màs natural del mundo.

Pòra volvió a reír, con una risa nerviosa.

-Asaste unos miembros humanos. A lo mejor, en vez de Halldòr, debo llamarte Eduardo Manostijeras. ¡Dios mìo, pobre de tu abogado!

-Ja, ja. Vaya sentido del humor. No los asè propiamente –dijo Halldòr irritado-. Los sequè en el horno a baja temperatura. De ese modo no se estropean. Por lo menos, lo hacen màs despacio. Ademàs, se dice “podrirse”, y no “corromperse” cuando se trata de carne. –Se reclinò sobre el respaldo de la silla-. Teníamos que utilizarlos en los conjuroa... eso los hacía mucho màs entretenidos.

-Y el dedo que encontraron en el Àrnagarôur... ¿era también de los que asabas tù?

-Èse fue el primero. Querìa usarlo para tomarle el pelo a Briet y se lo metì en la capucha de su chaquetón. Pensaba que se le caería en la cara y que le daría un ataque, pero se le cayò sin que se diera cuenta. Pero, en todo caso, no se pudo relacionar con nosotros, afortunadamente. Yo dejè de hacer bromas con partes del cuerpo después de aquello, porque estuvimos en un tris de tener màs que problemas.

Pòra tuvo que digerir aquellas palabras. Decidió cambiar de marcha... ya bastaba de asquerosidades por el momento.

-¿Por qué nos mentiste sobre el viaje a Strandir y Rangà? Sabemos que fuiste con Harald.

Dòri mirò al suelo.

-No quería que fuèrais a relacionarme con el Museo de la brujería. Fue allí donde Harald conoció los conjuros de nuestro contrato. Allí no sucedió nada especial. Yo estuve esperando fuera en un banco, mientras Harald charlaba con el encargado del museo. Parece que se cayeron muy bien, se dieron la mano con mucha cordialidad cuando nos fuimos. Yo estaba con una resaca que me moría, así que no me atreví a entrar. Me estuvo haciendo compañía un cuervo muy amistoso.

-¿Y no te contò nada en el camino de vuelta? –preguntò Pòra.

-No, como es natural, el piloto iba con nosotros.

-¿Y en Rangà? ¿Qué hizo allí? –inquirió la abogada-. Sè que también estuviste allí con èl.

Dòri se sonrojò.

-No sè lo que hizo. Una cosa es segura: no fue allí a pescar. Pero en realidad no sè màs. Nos alojamos en el hotel y Harald salió mientras yo vagueaba por el hotel y estudiaba.

-¿Por qué no fuiste con èl? –preguntò Pòra.

-No quiso –respondió Dòri-. Me llevò porque le había dicho que estaba a punto de cagarla con la asignatura... dijo que me iba a encerrar bajo llave con los libros todo el fin de semana en un sitio en el que no había nada màs que hacer. Y lo cumplió.. aunque en realidad no literalmente, pero se negó a llevarme con èl cuando salió por los alrededores. Lo que hizo no lo sè exactamente, pero Skàlholt està allí mismo.

-Tenèis que haber pasado cierto tiempo juntos durante ese viaje... ¿no hablasteis de ello? –preguntò Pòra.

-Bueno, sí, claro, nos juntamos por la tarde: comimos y luego fuimos al bar –respondió Dòri, sonriéndole-. Pero entonces hablamos de otras cosas, ¿entiendes?

-¿Pero por qué dijiste que no sabías nada del viaje? –inquirió Pòra intrigada-. ¿Y por qué demonios te alojaste con el nombre de Harry Potter?

-Venga –dijo Dòri, molesto-. Harald me inscribió con ese nombre. Un chiste. Le parecía divertido ponerle nombres a la gente, y esta vez me tocò a mì la negra. –Callò por un momento-. ¿Y por qué no te contè nada de todo esto? No lo sè... mentì por mentir. ¿Vale?

-Desgraciadamente, creo que la policía no se ha equivocado en absoluto. Creo que Hugi matò a Harald y que vosotros participasteis, quizá sin daros cuenta cabal de ello. Quizá èl se había vuelto a casa, puede ser. Es evidente que no estàis en vuestros cabales... y probablemente èl està tan perturbado como tù y matò a Harald por alguna nimiedad que nadie puede comprender, aparte, quizá, de èl mismo.

-¡No! –La ira había desaparecido, y la desesperación había ocupado su lugar-. Hugi no matò a Harald... eso es una gilipollez.

-Encontraron una camiseta con sangre de Harald en un armario de su casa. Hugi no fue capaz de explicar còmo acabò allí. La policía piensa que se usò para limpiar la sangre de Harald. –Pòra le mirò-. La camiseta en cuestión es la misma que llevaba alguien mientras hacíais la operación de lengua de Harald. Encima pone 100% Silicon. ¿La reconoces?

Dòri agitó la cabeza con vehemencia para decir que sí.

-Es la camiseta que llevaba Hugi. Se salpicò de sangre y se la quitò. La utilicè yo para limpiar el suelo después de la operación. –Mirò a Pòra, avergonzado-. No se lo quise contar a Hugi. Me limitè a meter la camiseta en un armario. Hugi no matò a Harald.

-¿Quièn fue entonces? –preguntò Pòra-. Alguien lo hizo, y preveo que por lo menos Hugi será juzgado por ello y tus amigos también, por profanación de cadáver, si no es por algo peor.

-Brìet –dijo Halldòr de repente-. Creo que lo matò Brìet.

Pòra reflexionò un momento. Brìet. La chica menuda de pecho grande.

-¿Por què lo dices? –preguntò con tranquilidad.

-Venga –dijo Dòri débilmente.

-No, dímelo. Tiene que haber algo para que la nombres en primer lugar. ¿Por què ella? –inquirì con determinación.

-Pues eso. Desapareció de uno de los bares cuando estábamos en el centro. Dijo que no nos encontraba, pero seguimos todo el rato en el mismo sitio... por lo menos los demás.

-Eso no es suficiente –respondió Pòra. Prefirió no preguntar por què no le había dicho nada de todo eso a la policía. Según sus declaraciones, todos habían estado juntos todo el tiempo, màs o menos.

-La cucharilla –dijo Halldòr en voz baja-. Era ella quien tenía que librarse de la cucharilla, pero no lo hizo. Puede haber sido tan idiota como para dejarla en ese cajòn donde dice la policía que la han encontrado... no lo creo. Marta Mist se ocupò del cuchillo, y ese sí que ha desaparecido. Pero la cucharilla apareció precisamente ahora, de repente. Me parece que algo no cuadra.

-¿Por què iba a meterlo allí otra vez? No suena demasiado lógico.

-Querìa causarme problemas. Nunca cogió la cuchara con las manos desnudas, como yo. Ella llevaba guantes. Está enfadada conmigo porque ya no quiero seguir con ella. No sè. –Se revolvió en la silla-. Es noche estaba especialmente rara. Cuando encontramos el cuerpo, fue la única que no chillò ni gritò. Sólo ella siguió tranquila. Se quedó mirándole y no dijo ni una palabra mientras los demás estábamos atacados de los nervios. Ni una palabra hasta que me recordó en contrato. Querìa cargarme a mì todo aquello. Pregunta a los otros, si no me crees. –Se echò hacia delante y cogió la muñeca de Pòra al otro lado de la mesa-. Ella sabìa lo de la ventana... a lo mejor había salido por esa ventana esa misma noche; ¿còmo voy a saberlo? Estaba enfadada con Harald porque no había querido hablar con ella la semana antes, aunque tampoco con nosotros, pero es igual. A lo mejor se volvió loca o algo así; a lo mejor tuvo una cita con èl y èl se le puso pelma. Cualquiera cosa. Crèeme, he pensado mucho en esto y sè lo que estoy diciendo. Compruébalo: habla con ella, aunque sólo sea por mì.

Pòra liberò su brazo.

-La gente reacciona al shock de formas muy distintas... a lo mejor no es màs que una de esas personas que se quedan como petrificadas. No me apetece lo màs mínimo hablar con ella. Cuéntaselo a la policía.

-Si no te crees que està grillada, tienes que hablar con la universidad. Ella y Harald trabajaron juntos en un tema y todo se fue el garete. Sólo tienes que preguntar. –Se quedó mirándola con ojos suplicantes.

-¿De què trabajo se trataba y què pasó con èl? –preguntò Pòra despacio. A lo mejor sí que existía alguna relación con la investigación de Harald.

-Algo relativo con la catalogación y recogida de fuentes contemporáneas sobre el obispo Brynjòlfur Sveinsson, que están en diferentes colecciones. Ella se empeñò en que un documento había sido robado. Era una estupidez. Resultò ser una estupidez. Está grillada, pero hasta ahora no me había dado cuenta. Habla con la universidad... aunque sólo sea eso.

-¿Con què profesor estaban haciendo el trabajo? –preguntò Pòra, e inmediatamente lo lamentò. Se había dejado enredar en aquella explicación del joven, que no tenía ni pies ni cabeza.

-No lo sè... probablemente el Porbjörn èse; lo sabrán en la facultad. Pàsate por allí y pregunta. Hazlo, te prometo que no te arrepentiràs.

La mujer se puso en pie.

-Nos vemos en la guerra, asador. Si quieres, te buscarè un abogado.

Halldòr sacudió la cabeza y se tapò la cara con las manos.



-Creía que lo comprenderías... tú querías ayudar a Hugi y creí que podía conseguir que me ayudaras a mí también.

Al instante, Pòra empezó a compadecerle. La naturaleza materna se dejaba oír. ¿O sería la naturaleza de abuela?

-¿Quién ha dicho que no vaya a ayudarte? –repuso-. Ya veremos qué saco en claro de todo esto. Pero nunca, de ningún modo, seré tu defensor, amigo, ni nada que se le parezca. Pero estaré presente en la declaración ante el juez. No me la perdería por nada del mundo.

Halldòr levantò los ojos y esbozó una sonrisa. Pòra llamó a la puerta para salir. Aquello se estaba terminando. Lo sentía en los huesos.

---

## 12 DE DICIEMBRE

---

### CAPÍTULO TREINTA Y DOS

---

Pòra estaba sentada en su despacho, golpeando rítmicamente con un lápiz sobre el borde de la mesa. Matthew observaba en silencio su actividad.

-Creo que los Rolling Stones andan buscando una abuelita para tocar la batería –dijo.

Pòra cesò su tamborileo y dejó el lápiz.

-Muy gracioso. Esto me ayuda a pensar.

-¿A pensar? ¿Y qué tienes que pensar ahora? –El día anterior ella le había contado a Matthew el desesperado intento de Halldòr de desviar la atención hacia Briet, pero a él no le había resultado una sospecha demasiado creíble. También a Pòra le había parecido absurda, pero después de pasarse la noche en vela dándole vueltas y más vueltas, ya no estaba tan segura. Matthew continuò:- Eso sería como intentar pegar una serie de cabos sueltos. Crèeme, en cuanto la policía le apriete las tuercas al bueno de Halldòr, ya verás como aparece el dinero e incluso el manuscrito, si es que existe.

Mirò por la ventana.

-Pero vámonos a alguna cafetería a desayunar como es debido.

-Imposible. Hoy es día de descanso en hostelería –mintió Pòra-. No abren hasta mediodía. –Matthew suspirò-. Conseguirás sobrevivir... tenemos galletas –dijo, echando mano del teléfono y llamando a la secretaria-. Bella, ¿podrías traer la caja de galletas que hay al lado de la máquina de café? –El “no” ya flotaba en el aire, de modo que se apresurò a añadir:- Es para Matthew, no para mí. Gracias. –Se volvió hacia Matthew-. ¿No crees que haya motivo para comprobar lo que dijo sobre Briet? Quizá exista un grano de verdad.

Èste echò la cabeza hacia atrás y perdió la mirada en el aire por un momento antes de responder.

-Espero que te estès dando cuenta de que eso tiene ya poco que ver con Harald, ¿verdad? –Pòra asintió-. No hay nada que hayamos visto u oído que indique que esa chica pueda estar involucrada en el caso, aparte de que estè chiflada y haya participado en unas actividades de lo más peculiares, en las que se utilizaban miembros asados.

-A lo mejor hemos pasado algo por alto –apuntò Pòra con escaso convencimiento.

-¿Cómo qué? –preguntò Matthew-. Desgraciadamente, mi querida Pòra, todo parece indicar que, a fin de cuentas, fue Hugi quien matò a Harald, y que su amigo también està involucrado. Lo único que no està claro es si lo hicieron juntos y si el dinero fue a parar a sus bolsillos. Lo más probable, con mucho, es que la hayan contado una mentira pura y dura a Harald sobre el manuscrito, aparentando que sabían

dònde encontrarlo. Reconoceràs que Halldòr se hallaba en una posición clave para tramitar cualquier invención, pues ayudaba a Harald en sus traducciones. De forma que podían haberse inventado lo de la venta y embolsarse el dinero. Llegado el momento de entregarle el manuscrito, se vieron obligados a buscar alguna escapatoria y se cargaron a Harald. Esa explicación de Dòri sobre el asunto de la camiseta es una perfecta invención.

-Pero... -Bella entrò como una exhalación en el mismo instante sin preocuparse primero por llamar a la puerta, con las galletas en la mano. Había dispuesto artísticamente las galletas en una bandeja y llevaba una taza de café. Una única taza. La mente le dijo a Pòra que si las galletas hubieran sido para ella, Bella le habría tirado la caja cerrada, apuntando a la cabeza.

-Muchìsimas gracias –dijo Matthew mientras cogía las viandas-. Hay quienes no comprenden la importancia del desayuno. –Hizo una inclinación de cabeza dirigida a Pòra y le guiñò un ojo a Bella. Bella mirò a la abogada y levantò la nariz, toda ufana, dirigió a Matthew su mejor sonrisa y salió.

-Le has guiñado el ojo –dijo Pòra asombrada.

Matthew le guiñò el ojo dos veces seguidas a Pòra.

-A ti te lo he guiñado dos veces. ¿Satisfecha? –Se metió en la boca una galleta con grandes aspavientos.

Pòra puso cara de estupefacción.

-Pues ten cuidado, està desmelenada y me obligarà a decirle en què hotel te alojas. –Sonò su móvil.

-Hola, ¿hablo con Pòra Guômundsdòttir? –preguntò una voz de mujer que a Pòra le resultaba familiar.

-Sì, buenos días.

-Soy Guòrun, la que le alquilò el apartamento a Harald –dijo la señora.

-Ah, sì, buenos días –Pòra garabateò el nombre en una hoja de papel y la girò hacia Matthew, para que èste supiera con quièn estaba hablando. Luego escribió detrás un signo de interrogación para indicar que ignoraba el motivo de la llamada.

-No sè si llamo a la persona adecuada, pero tenía su tarjeta y... bueno, el caso es que me encontrè de Harald este fin de semana, con una serie de cosas dentro. –La mujer callò.

-Sì, sè lo que contenía esa caja –dijo Pòra para salvar a la mujer de tener que hablarle de los miembros asados.

-Sì, ¿verdad? –La alegría de su voz era conmovedora-. Me di un susto tremendo, como podrà comprender, y ahora el caso es que no sè què hacer con un documento que me guardè sin querer cuando salì corriendo del lavadero.

-Lo tiene aùn en su poder, ¿no es asì? –Pòra sentía que debía ayudar a la mujer.

-Sì, eso. Me lo llevè cuando fui a llamar a la policía y luego lo encontrè justo al lado del teléfono de la cocina.

-Se trata de un documento propiedad de Harald, ¿no es asì?

-Bueno, realmente no lo sè. Es una carta vieja. Antiquísima. Recordè que ustedes estaban buscando una cosa asì y pensé que quizá sería mejor dársela a ustedes que a la policía. –Pòra oyò còmo la mujer respiraba profundamente antes de continuar-. Ellos siguen buscando. No puedo imaginarme que esto tenga algo que ver con el crimen.

Pòra escribió a toda prisa en el papel: “Carta antigua”. Matthew enarcò las cejas y se comió otra galleta. La abogada dijo a su interlocutora:

-Nos encantaría por lo menos echarle un vistazo. ¿Podemos pasarnos ahora por su casa?

-Ejem, sì. Estoy en casa. Pero hay otra cosa. –La mujer callò.

-¿El què? –preguntò Pòra, alarmada.

-Pues que me temo que estropeè la carta un montòn, con las prisas. Tenía un autèntico shock. Pero no està rota. -Se apresurò a añadir-: En realidad es por eso por lo que no le dije nada a la policia sobre la carta. No querìa que montasen un número sòlo porque la dañè un poco. Espero que comprendan còmo son estas cosas.

-No importa. Vamos para allà. -Pora colgó y se puso en pie-. Tendràs que llevarte las galletas, nos vamos. Probablemente acabamos de dar con la carta danesa que había desaparecido.

Matthew cogió dos galletas y tomò el último sorbo de café.

-¿La carta que estaba buscando el decano?

-Sí, eso espero. -Se echò el bolso al hombro y fue hacia la puerta-. Si se trata de la carta podemos ir a devolvèrsela a Gunnar y a lo mejor sacarle algo de lo que Halldòr me contò sobre Briet. -Le lanzò una sonrisa de triunfo, feliz de lo bien que se le habían puesto las cosas-. Y aunque no se trate de la carta, podríamos hacerlo de todos modos.

-¿Piensas engañar a ese pobre hombre? -preguntò Matthew-. No està demasiado bien eso... teniendo en cuenta lo que ha tenido que sufrir el desdichado.

Pòra mirò por encima del hombro mientras salía al pasillo y le sonriò.

-La única forma de descubrir si se trata de la carta en cuestión es llevàndosela a Gunnar. Seguramente se pondrá tan contento que estará dispuesto a hacer lo que sea por nosotros. Dos o tres preguntitas sobre Briet no le harán demasiado daño.

La sonrisa de Pòra no era ya tan amplia cuando estuvieron sentados a la mesa de la cocina de Guòrùn, con la carta delante. Gunnar no iba a ponerse demasiado feliz cuando llegara a sus manos algo tan estropeado. Sin duda preferiría que hubiera seguido en paradero desconocido.

-¿Estàs segura de que no estaba ya rajada cuando la sacaste de la caja? -preguntò Pòra intentando con mucho cuidado alisar la gruesa hoja sin arrancar el trozo que estaba casi roto.

La mujer posò los ojos en el papel, avergonzada.

-Segurísima. Estaba entera. Debì de rajarla yo en mi conmoción. No lo hice a propósito. -Sonriò como pidiendo excusas-. Pero seguramente se podría pegar... ¿verdad? Y luego alisarla bien, ¿verdad?

-Sí, sí, claro que sí. Perfectamente -dijo Pòra, aunque sospechaba que la restauración del documento resultaría mucho màs problemática de lo que su comentario parecía indicar, si es que era posible-. Le agradecemos mucho haberse puesto en contacto con nosotros. Tiene razón... muy probablemente se trata del documento que estábamos buscando, y en realidad no tiene nada que ver con la investigación de la policia. La pondremos en manos convenientes.

-Bien, cuando antes saque de aquí todo lo que recuerde a Harald y a todas estas complicaciones, mejor. No han sido unos días nada agradables, en absoluto, para mì y para mi marido, desde que se cometió el crimen. Y además les rogarìa que se pusiesen en contacto con la familia de èl y les comunicasen que me encantaría que la vivienda quedase libre lo antes posible. Cuanto antes pueda olvidarme de todo esto, antes me podrè tranquilizar. -Puso sus delgadas manos sobre la mesa de la cocina, y mirò fijamente sus dedos llenos de anillos-. No es que no me llevara bien con Harald, personalmente. No me vayan a malinterpretar.

-No, no -dijo Pòra afable-. Puedo imaginarme que todo esto habrá sido cualquier cosa menos divertido. -Acompañò sus palabras con un esbozo de sonrisa-. Y ya para terminar, querrìa preguntarle si llegó a conocer a los amigos de Harald... si les vio o les oyò.

-¿Es una broma? -preguntò la mujer con repentina brusquedad-. ¿Que si les oì? A veces armaban tanto barullo como si estuvieran dentro de mi propia casa.

-¿Qué clase de barullo? -preguntò Pòra con prudencia-. ¿Discusiones? ¿Gritos?

La mujer resoplò.

-Principalmente era música a todo meter. Si eso se puede llamar música. Luego había golpetazos a hora y a deshora, como si estuvieran dando zapatazos en el suelo o saltando. Algunos alaridos y gritos y chillidos... muchas veces tuve la sensación de que igual podía haber alquilado el piso para que se dedicaran a domar caballos.

-¿Y por qué siguió teniéndole de inquilino? –intervino Matthew, que se había mantenido al margen durante casi toda la conversación-. Si no recuerdo mal, en el contrato de alquiler había una cláusula sobre el comportamiento y se establecía que se podía romper por incumplimiento de la misma.

La mujer enrojeció sin que Pòra comprendiese muy bien por qué.

-Me caía bien, supongo que por eso. Pagaba puntualmente y aparte de esas cosas era un inquilino magnífico.

-¿Quizá eran sobre todo sus amigos los causantes del ruido? –preguntó Pòra.

-Sí, seguramente se podría decir que sí –respondió la mujer-. Por lo menos aumentaba cuando estaban de visita. Harald tenía la costumbre de poner la música muy alta y de hacer ruido al caminar, o algo así... Cuando recibía a sus amigos, el barullo crecía muchísimo.

-¿Alguna vez presenció una discusión violenta o una pelea entre Harald y sus amigos? –preguntó Pòra.

-No, no puedo decir que viera nada de eso. En su momento, la policía preguntó lo mismo. Lo único que recuerdo fue una pelotera, una riña, entre Harald y una chica. Pero no me fijé demasiado, estaba ocupada preparando el pastel de Navidad. No es que estuviera yo también allí, con ellos, qué va; sólo les oí al pasar. –La voz se le fue apagando. Sin que se lo pidieran, les había enseñado el lavadero, les había explicado cómo y dónde había encontrado la caja. El cuarto daba al interior y no se podía pensar que hubiera pasado por allí, a menos que lo hubiera hecho ex profeso. La mujer se había puesto en evidencia y Pòra intentó hallar alguna forma de darle la oportunidad de que les contara lo que había oído... sin tener que reconocer que había pegado el oído a la puerta.

-¡Oh! –suspiró con su mejor espíritu de colaboración-. Yo también viví en un piso en el que la puerta del espacio común daba a mi vivienda, y no había forma. En cuanto había alguien allí, se oía prácticamente todo. Me resultaba insoportable.

-Sí –dijo la mujer, vacilante-. Harald solía ir solo al lavadero... así que bien. No sé si aquella chica le estaba ayudando con la colada o si simplemente le acompañó y estaban ya de malas. Era por culpa del documento desaparecido, si no recuerdo mal. A lo mejor era ése. –La mujer señaló con la barbilla en dirección a la carta antigua-. Harald le pedía que dejara en paz el tema; al principio muy tranquilamente, pero se fue calentando cuando ella insistió en que la apoyara. No hacía más que repetir que aquello podría ser un empujón maravilloso para la carrera... significara eso lo que significara. No oí nada más, porque fue sólo de pasada, como les he dicho.

-¿Reconoció la voz de la chica? ¿Podía haber sido una chica rubia, menudita, que formaba parte de su grupo de amigos? –preguntó Pòra, esperanzada.

-No, no la reconocí –dijo la mujer, nuevamente con hosquedad-. Había dos que venían por aquí, sobre todo una alta y pelirroja y luego la que acaba de describir usted. Las dos tenían en común que vestían como de putas reclutadas a toda prisa en el ejército... con pinturas de guerra y ropas de camuflaje completamente deformes. Ambas carecían del más mínimo atractivo y eran unas maleducadas. Puedo asegurarles que ni siquiera me saludaban, aunque nos encontrábamos bastantes veces. Por eso nunca les oí la voz.

Aunque Pòra estaba de acuerdo con la mujer en que Briet y Marta Mist eran bastante maleducadas, no se podía decir precisamente que carecieran de atractivo. Estaba empezando a sospechar que la mujer

podía estar enamorada de Harald, y por eso le molestaban tanto sus amigas. Cosas màs raras pasan. Intentò que no se le notara.

-Bueno, en todo caso, no importa demasiado. Sin duda, eso no tiene ninguna relación con el caso. – Se dispuso a levantarse y cogió la carta-. De nuevo, muchísimas gracias y transmitirè inmediatamente sus deseos en lo referente al apartamento.

Matthew también se levantò y le dio la mano a la señora. La mirò sonriente, y ella le devolvió la sonrisa, aunque no parecía tenerlas todas consigo.

-¿No le interesarìa a usted quedarse con el apartamento? –preguntò la mujer, que puso su mano izquierda sobre la de Matthew, de lo màs afable.

-Sì, no, sòlo estoy temporalmente de paso en este país –dijo èl con apuro, intentando pensar còmo recuperar la mano.

-En último caso, siempre podrías vivir en casa de Bella –intervino Pòra con una sonrisita perversa. Matthew le enviò una mirada asesina que sòlo se suavizò cuando la mujer le soltò la mano.

-Tù le das el documento –dijo Pòra, intentando pasarle a Matthew el grueso sobre. La mujer se lo había traído cuando se estaban marchando... para evitar mayores daños al documento. Si servìa de algo ya.

-De eso ni hablar –se quejò Matthew apretando contra el cuerpo los brazos cruzados-. Tuya fue la idea y yo pienso limitarme a sentarme con vosotros y ver lo que pasa... y a darle un pañuelo al buen hombre si se echa a llorar cuando le des el papelucho roto.

-No me sentía asì desde que acababa de sacar el carnet de conducir y le di por detrás al coche del vecino –dijo Pòra mientras esperaban. Les habían dicho que se sentaran, señalando que Gunnar estaba a punto de llegar de clase. No había nada que hacer entretanto, asì que Pòra se reclinò en el respaldo de la silla-. Y ni siquiera es que haya sido o quien rompió la carta.

-Pero eres tù a quien le toca comunicarle la noticia –dijo Matthew, mirando su reloj-. ¿Es que no va a llegar nunca? Tengo que comer antes de que vayas tù a hablar con Amelia. ¿Seguro, seguro, que el día de descanso de la hostelerìa dura sòlo hasta mediodía?

-No tardaremos mucho, no te preocupes. Te habràs ido a comer antes de que puedas darte cuenta. –Escuchò unos pasos que se acercaban desde el final del pasillo y levantò la vista. Era Gunnar, que caminaba rápidamente hacia ellos. Cargaba un montòn de papeles y libros en los brazos y pareció asombrado de verles.

-Buenos días –dijo mientras trataba de sacar la llave del despacho del bolsillo-. ¿Han venido a verme a mì?

Matthew y Pòra se levantaron.

-Sì, buenos días –dijo ella. Hizo hondear el sobre-. Queríamos comprobar con usted si una carta encontrada este fin de semana era la que andaba buscando.

El rostro de Gunnar se iluminò.

-¡Què me dice! –exclamò mientras abrìa la puerta de su despacho-. Sírvanse pasar, por favor. Es una noticia esplèndida. –Fue a su escritorio y dejó el cargamento. Luego se sentò y les hizo seña de que ellos hicieran lo propio-. ¿Y dònde apareció?

Pòra se sentò y puso el sobre encima de la mesa.

-En casa de Harald, dentro de una caja con otros objetos. Tengo que advertirle que la carta no està en buen estado de conservación. –Sonriò pidiendo excusas-. La persona que la encontró había sufrido un ataque de nervios.

-¿Un ataque de nervios? –preguntò Gunnar sin comprender. Cogió el sobre y lo abrió con mucho cuidado. Muy despacio fue sacando la carta y cuando pudo comprobar con claridad cuàl era el estado, se

fue disgustando màs y màs-. ¡Pero què demonios es lo que pasò! –Puso la carta sobre la mesa, delante de èl y se quedó mirándola fijamente.

-Mmmm, la mujer encontró toda clase de cosas que la desequilibraron por completo –explicò Pòra-. Y no sin motivo, se lo aseguro. Nos pidió que le dijéramos que lo sentía muchísimo, pero que esperaba que fueran capaces de recomponerla. –Sonriò pidiendo excusas.

Gunnar no dijo nada. Siguió mirando fijamente la carta, inmóvil. De pronto, se echò a reír. Con una risa bastante destemplada... nada parecida a la que se produce cuando alguien dice algo divertido.

-¡Dios mìo! –exclamò asfixiado cuando se le pasò el ataque de risa-. ¡Còmo se va a enfadar Maria! – Su cuerpo sufrió un estremecimiento al decir aquellas palabras. Acariciò el documento, lo levantò y lo observò-. Pero sì, èsta es la carta, así que al menos habría que alegrarse de que haya aparecido –resoplò.

-Maria –dijo Pòra-. ¿Quièn es Maria?

-La presidenta del Instituto Àrni Magnússon –dijo Gunnar con voz apagada-. Es ella quien està en pie de guerra por culpa de esta carta.

-Explíqueme lo de la mujer que la encontró –propuso Pòra-, que està apenadísima por lo sucedido.

Gunnar levantò la vista de la carta y mirò a Pòra. Su gesto indicaba que aquello no importaría mucho.

-Sì, eso harè.

-Y ya de paso, querrìa aprovechar la oportunidad, Gunnar, para preguntarle por una alumna de la facultad: Briet, una amiga de Harald.

Gunnar entornò los ojos, serio.

-¿Què pasa con ella?

-Nos han dicho que tuvieron un rifirrafe ellos dos. Algo relacionado con un trabajo sobre Brynjòlfur Sveinsson que estaban haciendo juntos. Su relación se agriò a causa de un documento desaparecido. ¿Sabe usted algo de eso? –Pòra se dio cuenta de que en la pared, detrás de Gunnar, había colgada una pintura, y le pareció que se trataba precisamente del dichoso Brynjòlfur-. ¿No es èse? –señalò el cuadro.

Gunnar permanecía en silencio, pensativo. No mirò hacia atrás, sin duda sabìa perfectamente lo que había en la pared.

-Èse no es Brynjòlfur Sveinsson, es un antepasado mìo, con cuyo nombre fui bautizado. El reverendo Gunnar Harðarson. Lleva hàbito de sacerdote, no ropas obispales del siglo XVII.

Pòra se sonrojò y decidió no preguntar por ninguna de las numerosísimas fotografías enmarcadas que colgaban también de las paredes... una foto que le pareció de Gunnar y el campesino de Hella que les había acompañado a Matthew y a ella cuando estuvieron de visita en las cuevas.

El hecho de que, al parecer, se sonrojara, irritò àun màs a Gunnar, que se inclinò sobre el borde de la mesa y dijo enfadado:

-Son ustedes los huéspedes màs fastidiosos que he tenido nunca –dijo secamente.

Pòra se quedó estupefacta.

-Lo lamento mucho. Pero sì querrìa pedirle que tuviera un poco de paciencia con nosotros... estamos intentando atar una serie de cabos sueltos y esto de Briet es uno de ellos. Si no quiere informarnos al respecto, puede darnos el nombre del profesor, o del catedrático, que se encargò del tema.

-No, no, claro que puedo informales yo... no me será nada dificultoso. Solamente les rogarìa que se abstuviesen de indagar demasiado en los asunto privados de la facultad. Èste es uno de ellos.

-¿Y eso? –preguntò Pòra extrañada-. Yo creìa que esto tenía que ver sobre todo con esa chica, Briet. Tenemos entendido que se comportò de una forma extraña, y por eso le hacemos la pregunta.

-Briet, sí. Exacto, se comportò de una manera harto extraña. Fue principalmente gracias a Harald por lo que se consiguió detenerla antes de que la institución se hallara en una situación muy comprometida. –Gunnar se aflojó el nudo de la corbata.

-¿Pero de qué se trataba exactamente? –preguntò ella mientras observaba el alfiler de corbata de Gunnar. Le recordaba a algo, pero no conseguía caer.

Gunnar bajò los ojos hacia la corbata, pues le extrañò que Pòra la mirase con tanta atención. Como por costumbre, se pasò la mano por encima, por si casualmente tenía allí un resto de comida. Se raspò en el borde aguzado del alfiler y retirò la mano al instante.

-¿De qué se trataba, me pregunta? Vamos a ver. Si no recuerdo mal, Harald y Briet decidieron catalogar todas las fuentes sobre Brynjòlfur Sveinsson de las que se tenía noticia, y aquel trabajo era parte de los estudios que cursaban. Creo que fue Harald quien propuso el tema, no Briet. Ella se limitò a sumarse a èl, estaba acostumbrada a engancharse a otros para hacer los trabajos de curso.

-¿Aquello tenía alguna relación con la tesis del màster de Harald? –preguntò Pòra, aunque pensò que debía de ser una manera de comprobar si Brynjòlfur había tenido la versión original del Malleus Maleficarum sin siquiera saberlo.

-No, de ningún modo –respondiò Gunnar-. Nosotros lo consideramos bastante irrelevante a ese respecto, creo habérselo mencionado a ustedes. En lugar de utilizar los trabajos de curso de las distintas asignaturas como temas preparatorios de su tesis, solìa dedicarse a asuntos que con frecuencia carecían de toda relación con la cuestión de la brujería.

-¿Fue usted el supervisor de ese trabajo? –preguntò Pòra.

-No, creo recordar que fue Porbjörn Òlafsson. Puedo comprobarlo, si quiere. –Gunnar moviò la mano en dirección al ordenador que había sobre la mesa.

Pòra declinò la oferta.

-No, seguramente no hace falta. Con que pudiera decirnos qué es lo que pasò, nos bastaría. Por ahora no queremos pedirle nada màs. No andamos demasiado bien de tiempo.

Gunnar mirò su reloj.

-Ni yo tampoco, desde luego... tengo que llevarle la carta a Maria. –En su gesto se podía leer que no le hacía mucha gracia la visita que tenía que hacer-. Fueron a las principales bibliotecas de la ciudad, al Archivo Nacional, a la Sección de Manuscritos y otros lugares semejantes para catalogar todos los documentos y cartas en los que se menciona al obispo Brynjòlfur Sveinsson. Les fue bastante bien, según tengo entendido, hasta que Briet creyò descubrir que una carta había desaparecido del Archivo Nacional.

-¿Eso sería posible? –preguntò Pòra mirando como sin querer el destrozado papel que había sobre la mesa-. Quiero decir, de una forma diferente a lo que ha pasado ahora.

-Bien, puede pasar, pero en esta ocasión se trataba de una mera cuestión de incompetencia del sistema de control. Ciertamente se desconoce qué fue de la carta, pero ella acusò del robo a cierto individuo que està por encima de toda sospecha en este contexto.

-¿A quièn? –preguntò Pòra.

-A quien està aquí presente –respondiò Gunnar, y guardò silencio. Les mirò alternativamente a uno y a otro, retándoles con los ojos a poner en duda su inocencia.

-Comprendo –dijo Pòra; mirò decidida a Gunnar y añadiò-: Perdone que se lo pregunte, pero ¿còmo se le ocurriò a Briet semejante idea?

-Como les he dicho, se habían producido ciertos errores en la catalogación. Según el catálogo, yo fui la última persona que pudo estudiar la carta, aunque nunca la he tenido en mis manos. Quizá alguna otra persona utilizò mi nombre, o la signatura se confundió. Brynjòlfur Sveinsson no me interesa, y jamás se me habría pasado por la cabeza buscar documentos relacionados con èl. Lo que hizo aùn màs desdichado el

asunto fue que la chica intentò aprovechar la ocasi3n para facilitarle las cosas en los estudios. Con toda desfachatez, me dijo que callarìa si le echaba una manita, por repetir su vulgar expresi3n. Hablè del asunto con Harald y èl me prometìó quitarle esa idea de la cabeza. Me puse en contacto con un amigo mìo del Archivo Nacional y le expresè mi deseo de que investigaran el asunto. No quiero que ninguna mocosa se crea con derecho a insubordinàrseme. Pero no pudieron encontrar nada en todo este tiempo, y ya ha transcurrido alrededor de un a1o. Al final reconocieron que debìa de haber sido un error por su parte, la carta habrìa acabado confundida con otros documentos y acabarìa por aparecer màs pronto o màs tarde. Briet tuvo el seso suficiente para no volver a hablarme del tema.

-¿Y què carta era èsa? –preguntò P3ra-. Quiero decir, ¿de què trataba?

-La carta fue escrita en el a1o 1702, y era de uno de los sacerdotes de Skàlholt, e iba dirigida a Àrni Magnùsson. Serìa la respuesta a una solicitud de Àrni acerca del paradero de los manuscritos extranjeros propiedad de Brynj3lfur Sveinsson, que habìa muerto unos a1os antes, en 1675. No hay duda alguna de que la carta estaba en la biblioteca. Muchos la recuerdan, ademàs. A todos les pareci3 bastante extra1o.

-¿Nada màs? –inquirì P3ra. ¿Nada sobre manuscritos que hubieran podido ser escondidos, o sobre intentos de sacarlos de Skàlholt?

Gunnar la mir3 con gesto pensativo.

-¿Por què lo pregunta, si conoce la respuesta?

-¿Què quiere decir? –preguntò P3ra, extra1ada-. Yo no sè nada sobre esa carta, aparte de lo que acaba de decirnos. –Sus ojos volvieron a dirigirse al alfiler de corbata de Gunnar. ¿Què demonios pasaba con aquel alfiler que tanto la irritaba? ¿Y què cosa rara pasaba con aquel hombre?

-Extra1a casualidad –dijo el decano secamente. Evidentemente estaba convencido de que sabían màs de lo que en realidad sabían-. Podemos seguir jugando a los desprop3sitos, si quieren. En la carta hay unas expresiones que se resisten a la interpretaci3n, un texto bastante oscuro sobr la protecci3n de unos tesoros contra el gobernador danès, y su dep3sito donde la cruz antigua. La mayorìa coincide en que se refiere a la santa cruz de la iglesia de Ka3lanes, que fue retirada de allì en la Reforma a causa de la prohibici3n de las reliquias.

-Sabe usted muchìsimo sobre esa carta –dijo Matthew, que intervenìa por primera vez-. Teniendo en cuenta que nunca la ha visto.

-Naturalmente me informè al respecto cuando se me quiso imputar aquel error –replic3 Gunnar al momento-. La carta es bien conocida entre los historiadores, y varios de ellos escribieron interesantes artìculos al respecto.

P3ra volvi3 a clavar los ojos en la corbata, como por aburrimiento. Era un alfiler nada corriente, de forma bastante irregular y, al parecer, de plata.

-¿D3nde consigui3 ese alfiler de corbata? –pregunt3, como si fuera tonta, se1alando la corbata azul ribeteada de cuero.

Gunnar y Matthew la miraron extra1ados. Gunnar cogi3 la corbata y mir3 el alfiler. Luego la solt3 otra vez y volvi3 a mirar a P3ra.

-Tengo que reconocer que ya no sè ad3nde va nuestra conversaci3n. Pero, ya que tanto parece interesarle, le dirè que fue un regalo en mi quincuagèsimo cumplea1os. –Se puso en pie-. Creo que no tiene sentido alguno continuar esta conversaci3n... no tengo especial interès en hablar de mì mismo. Me espera una reuni3n muy poco agradable con Maria, la presidenta del Instituto Àrni Magnùsson, y no puedo seguir perdiendo el tiempo con estas tonterias. Les deseo, sinceramente, el mayor èxito en su investigaci3n, pero confio en que no pierdan de vista el hecho de que el pasado no afecta en lo màs mìnimo al asesinato de Harald.

Les acompa13 a la puerta.



## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

---

Matthew mirò a Pòra y sacudió la cabeza. Estaban en la entrada del Àrnagarôur.

-¡Qué amabilidad la tuya!

-¿No viste el alfiler? –preguntò Pòra, muy excitada-. Era una espada. El alfiler de corbata consistía en una placa de plata sobre la que había una espada de plata que cruzaba la corbata. ¿No la viste?

-Claro que la vi. ¿Y qué? –dijo Matthew.

-¿No recuerdas la foto del cuello de Harald? ¿La señal parecía una daga o una cruz? ¿Qué había dicho el forense? *Esto parece una pequeña daga... pero hay algo más, porque la piel se ha rajado por la fricción con ese objeto, pero demasiado superficialmente para que esta daga, o lo que sea, haya podido causarlo.*

-Sí, es verdad –respondió Matthew-. Ya comprendo adònde quieres llegar. Pero no estoy nada seguro de que se trate del mismo objeto. Las fotos no eran suficientemente claras –suspirò-. Ese hombre es historiador. La espada vikinga del alfiler de corbata està claramente relacionada con su principal especialidad, la colonización de Islandia. Yo no le buscaría tres pies al gato en ese asunto. A mì la herida me pareció más parecida a una cruz. –Sonrió-. A lo mejor, quien matò a Harald fue un cura psicótico.

Pòra estaba nerviosa. Sacò su móvil.

-Quiero hablar con la Briet esa. En todo esto hay algo rarísimo.

Matthew agitó la cabeza, pero Pòra no le hizo caso. Briet contestò a la cuarta llamada, furiosa. Cuando Pòra le comunicò la detención de Dòri, la chica se sosegó y aceptò reunirse con ellos en la cafetería que había al lado de la biblioteca, en un cuarto de hora. Matthew no hacía más que refunfuñar y poner mala cara, pero cuando Pòra le dijo que allí podría comprar algo para comer, aceptò encantado. Estaba engullendo una pizza cuando apareció Briet.

-¿Qué le ha dicho Dòri a la policía? –preguntò con voz temblorosa mientras se sentaba a la mesa.

-Nada –respondió Pòra-. Todavía. Pero a mì sí que me ha contado algunas cosillas acerca de aquella noche y de vuestro papel en lo que sucedió. No me extrañaría que antes de que pase mucho tiempo contara más cosas. Sostiene que fuiste tú quien matò a Harald.

El color desapareció del rostro de la chica.

-¿Yo? –preguntò asombrada-. ¡Còmo le voy a haber matado yo!

-Èl dice que desapareciste de la panda esa noche y que te comportaste de forma extraña cuando encontrasteis el cuerpo... que no parecías tú.

Briet abrió mucho la boca y se quedó así un momento, paralizada, hasta que volvió a hablar.

-Me perdí veinte minutos... como mucho. Y me quedè hecha polvo cuando encontramos el cuerpo. Ni siquiera podía pensar. No digamos hablar.

-¿Adònde fuiste? –preguntò Matthew.

Briet le sonrió con ambigüedad.

-¿Yo? Estuve en el baño con un viejo amigo mío. Èl puede confirmarlo.

-¿Durante veinte minutos? –preguntò Matthew como dudando.

-Sí. ¿Y? ¿Quieres saber lo que hicimos?

-No –la interrumpió Pòra-. Nos hacemos idea.

-¿Y qué querèis de mì? Yo no matè a Harald. Me limitè a estar al lado de Dòri mientras se encargaba del cuerpo. El único que se va a ver metido en un buen llo si Dòri se lo cuenta a la policía es Andri. Èl le ayudò. Yo no toqué a Harald. –Con aquello, Briet intentaba darse ànimos a sí misma, pero no pareció darle buenos resultados.

-Querrìa preguntarte acerca del trabajo que estuviste haciendo con Harald sobre el obispo Brynjòlfur y la carta desaparecida –expuso Pòra-. Dòri dijo que Harald se había enfadado bastante contigo. ¿Es así?

Brièt mirò a la abogada sin comprender.

-¿Aquel rollo? ¿Què tiene que ver en todo este asunto?

-No lo sè, por eso te lo pregunto –respondiò Pòra.

-Harald fue patético –dijo Brièt de improviso-. Yo tenía a Gunnar bien agarrado del cuello. Se puso como un flan en cuanto fui a verle y le dije que sabía que había robado una carta del Archivo Nacional. Y lo hizo, eso seguro, diga lo que èl diga.

-¿En què sentido estuvo Harald patético? –preguntò Matthew.

-Primero la cosa le pareció divertida y me animò a ir a por Gunnar. Además, nos colamos en su despacho para buscar la carta, después de que el tipo me echara con cajas destempladas. Todo fue de lo màs raro. Cuando estábamos allí dentro, Harald cambiò de opinión, así, de repente. Encontró un artículo viejo sobre los monjes irlandeses y se echò para atrás, y se empeñò en que con aquello ya tenía bastante.

-¿Y eso? –preguntò Pòra.

Brièt se encogió de hombros.

-Era un artículo de Gunnar que estaba metido en un armario. Harald lo encontró y me pidió que le dijera lo que ponía al pie de las fotos. Estaba emocionadísimo con dos de ellas. Una era de una cruz y la otra de una mierda de agujero. Luego también quiso enterarse de todo sobre la otra ilustración. Yo estaba a punto de desmayarme de los nervios, aterrada de que pudiera venir Gunnar. No estaba para ponerme a traducir textos a Harald. Al final se guardò el artículo en el bolsillo y dejamos de buscar. Nos largamos.

-¿Qué te dijo exactamente? ¿Lo recuerdas? –inquiriò Pòra.

-Exactamente no. Nos metimos en la sala de alumnos y me mandò que le dijera què agujero era el de la foto. Se trataba de una cocina en el interior de una cueva. La cruz también. Estaba esculpida en la pared. Una especie de altar.

-¿Y la otra ilustración? –preguntò Matthew-. ¿Què había en ella?

-Era una foto aérea de la cueva con unos signos que indicaban què era cada cosa. Si lo recuerdo bien, uno de ellos estaba junto a la cruz, el otro en un agujero que atravesaba el techo... creo que era un tubo de chimenea... y luego estaba el tercer signo en el agujero que se supone que era el fogòn. –Brièt mirò a Matthew-. Recuerdo que se puso de lo màs excitado con el tercer signo y me preguntò si me parecía posible que los monjes cocinaran al lado del altar. Yo le dije que no tenía ni idea. Entonces preguntò si yo no creía que por lo menos habrían puesto el fogòn debajo de la chimenea. En el dibujo no era así, en absoluto. El fogòn estaba al lado del altar y el tubo de la chimenea se encontraba cerca de la entrada. Parecía algo tan insignificante y tan impropio de Harald excitarse de aquel modo por una memez como aquèlla.

-¿Què pasò luego? –preguntò Matthew.

-Se fue a hablar con Gunnar. Y después me prohibió volver a preocuparme de aquella carta. –Les mirò con gesto de enfado-. Y eso que fue èl quien originalmente me empujó a ir contra Gunnar... contra ese maldito Gastbucht, como le llamaba èl.

-¿Gastbucht? –repitiò Pòra. ¿Què ponía en el papel de apuntes de Harald? ¿Gastbucht? No era el Libro de Visitas de la cruz, como había creído ella... no era una cruz sino una t, no era Gastcuch, sino Gastbucht, la traducción alemana del nombre Gestvìk.

Pòra y Matthew volvieron a entrar a toda prisa en el Àrnagaròur. Mientras corrían, llamò a la policía y le habló a Markùs de las sospechas suyas y de Matthew sobre Gunnar, pero èl no pareció muy impresionado.

Después de mucho forcejeo aceptò comprobar los movimientos de la cuenta del decano. El despacho de Gunnar se encontraba vacío cuando llegaron. En lugar de esperar fuera, decidieron ellos mismos tomarse el permiso de entrar y sentarse, y entonces se dieron cuenta de que Gunnar estaría con Maria, la presidenta del Instituto Àrni Magnússon, entregándole la carta.

Matthew mirò el reloj.

-Tiene que venir algún día este hombre.

En esto se abrió la puerta y entrò Gunnar. Se quedó pasmado al verles allí.

-¿Pero quièn les ha dado permiso para entrar?

-Nadie. Estaba abierto –respondiò Pòra tranquilamente.

Gunnar corrió a su escritorio.

-Creìa que ya nos habíamos despedido. –Se sentò en su silla y les mirò con cara de pocos amigos-. No estoy en el mejor de los momentos posibles. A Maria no le gustò demasiado ver el pésimo estado en el que se encontraba la carta.

-No le entretendremos mucho –dijo Matthew-. Pero antes no conseguimos aclararlo todo.

-¿Y eso? –respondiò Gunnar con acritud-. Les dije todo lo que quisieron saber.

-Pero es que queríamos preguntarle por unos cuantos detalles que están aún sin aclarar –puntualizó Pòra.

Gunnar inclinò la cabeza hacia atrás y fijò la vista, irritado, en el techo. Exhalò un profundo suspiro antes de volver a mirarles.

-Pues muy bien. ¿Què tienen tanta urgencia por saber?

Pòra mirò primero a Matthew y luego a Gunnar.

-La cruz antigua que se menciona en esa carta a Àrni Magnússon... ¿no podría ser la cruz que està en la cueva de los monjes, en Hella? –preguntò-. Se supone que usted es el principal experto en ese periodo... ¿es eso correcto? Por lo menos, la cruz estaba en este país ya antes de que empezara la colonización propiamente dicha.

Gunnar se quedó lívido.

-¿Còmo voy a saberlo? –bramò. Pòra se encogió de hombros.

-Pues yo creo que lo sabe todo sobre estas cosas. ¿No es esa foto de usted y el propietario de las tierras donde se encuentran las cuevas? –Señalò la foto enmarcada de la pared-. ¿Las cuevas de los monjes irlandeses?

-Sí, en efecto. Pero no logro descubrir la relación –dijo Gunnar-. Me parece que hacen ustedes unas preguntas muy extrañas y no acabo de explicarme su interés por la historia. Si quieren matricularse en la facultad, en secretarìa tienen impresos de solicitud.

Pòra hizo como que no le había oído.

-Pues creo precisamente que sí que logró descubrir la relación. Usted estuvo en la reunión Erasmus, que se prolongò hasta medianoche, cuando asesinaron a Harald. –Al ver que Gunnar no decía nada, añadió-: ¿Podría ser que viera a Harald esa noche?

-¿Pero què horrible monstruosidad es esta? Ya le he dado toda clase de explicaciones a la policía sobre la horrible muerte de Harald. Tuve la inmensa desgracia de encontrarme con su cadáver, pero el asunto no me afecta a mì en ningún otro sentido. Es mejor que salgan de aquí ahora mismo. –Señalò la puerta, tembloroso.

-Estoy segura de que la policía tendrá que revisar todos sus interrogatorios, ahora que se sabe què es lo que causò las heridas del cadáver –dijo Pòra, sonriendo maliciosamente a Gunnar.

-¿Què quiere decir? –preguntò Gunnar, pasmado.

-Han descubierto lo que se utilizò para extraer los ojos y para grabar el signo en el cadáver. El tremendo susto que se llevò al ver el cadáver no le garantiza que la policía le trate con guantes de seda. Las cosas van a ser muy distintas a la luz de las declaraciones de ese hombre.

Gunnar jadeò.

-Ustedes andan mal de tiempo. Yo también. No quiero retenerles ni un segundo màs. Debemos concluir esta conversación.

-Usted lo estrangulò con la corbata –continuò Pòra-. El alfiler de corbata lo confirmará. –Se puso en pie-. Aùn tiene que salir a la luz el móvil, pero en estos momentos en realidad no importa. Usted le matò. Ni Hugi, ni Halldòr, ni mucho menos Briet. Usted. –Le mirò a los ojos y se sintió invadida por el asco y compasión. Un estremecimiento recorrió a Gunnar, y Matthew se puso en pie muy lentamente, utilizando al mismo tiempo una mano para empujar a Pòra hacia atrás... en dirección a la puerta. Como si temiera que Gunnar fuera a saltar sobre la mesa enarbolando la corbata para estrangularla también a ella.

-¿Ha perdido usted el juicio? –preguntò Gunnar mirando fijamente a la abogada. Se puso en pie con grandes aspavientos-. ¿Còmo se le ha podido ocurrir semejante cosa? Le aconsejo que se busque un psiquiatra, y cuanto antes, mejor.

-No es ningún absurdo... usted le asesinò. –Pòra se mantenía firme-. Tenemos diversos datos que indican que usted es el culpable. Crèame. Cuando la policía le eche el guante y le interrogue en serio, le será difícil defenderse.

-Imposible, yo no le matè. –Gunnar mirò a Matthew, esperando apoyo.

-Quizà la policía estè interesada en oírle decir eso... nosotros no. –Matthew no dejaba que una sonrisa se dibujara en sus labios-. A lo mejor la facultad puede ayudarle poniéndose de su parte. Un registro domiciliario quizá pueda proporcionar algunas pruebas màs, si el alfiler de corbata no resulta suficiente.

Sonò el teléfono de Pòra. No apartò los ojos de Gunnar mientras durò la breve conversación telefónica. Èl la mirò hablar, desfallecido, sin entender lo que estaba pasando. Pòra volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

-Era la policía, Gunnar.

-¿Y? –preguntò èl. La nuez le subía y le bajaba en la garganta.

-Me pedían que fuera a comisaría. Han descubierto que existe una serie de movimientos muy interesantes en su cuenta bancaria, y quieren que les explique mejor las cosas. Tengo la plena impresión de que la policía lo tiene a usted en el punto de mira.

Gunnar les mirò alternativamente a uno y otro, enloquecido. Abrió la boca una vez para decir algo, pero al momento volvió a cerrarla. Al final, se dejó caer, vencido.

-¿Van a por el dinero? –preguntò con voz inarticulada-. No he gastado mucho. –Les mirò, pero no hubo reacción-. También tengo el libro, pero no estoy dispuesto a dárselo a nadie. Es mío. Yo lo encontrè. –Se cogió la frente con las manos, aparentemente desesperado-. No tengo ninguna otra cosa que pueda decirse que posee un valor incalculable, o que sea única. Harald parecía tenerlo todo, por lo menos le sobraba el dinero. ¿Por què tenía que anhelar esto precisamente, y no cualquier otra cosa?

-Gunnar, creo que tendríamos que llamar a la policía –dijo Pòra con voz baja y afable-. A nosotros no tienes que decirnos nada màs... reserva tus fuerzas. –Vio que Matthew sacaba su teléfono, dispuesto a llamar-. Ciento doce –dijo, sin que Gunnar mostrara reacción alguna. Matthew salió a llamar.

-Estaba siempre esperando que la policía me acusara del crimen cuando me interrogaron sobre el hallazgo del cadáver. Estaba convencido de que sòlo estaban jugando conmigo, que hacían como si no supieran quièn lo había matado. Luego resultò que ni siquiera habían sospechado de mì. –Levantò la mirada y sonriò débilmente-. Nunca habría podido fingir el susto que me llevè cuando el cadáver me cayò

encima. La última vez que lo vi estaba en la sala de alumnos, en el suelo. Por un momento creí que se había levantado de la muerte para tomar venganza. Tienen que creerme, yo no tuve nada que ver con los ojos. Yo solamente lo estrangulé.

-Eso parece más que suficiente, creo –contestó Pòra-. ¿Pero por qué? Porque quería comprarte el Martillo de las brujas, ¿verdad? ¿Tú lo tenías?

Gunnar dijo que sí con la cabeza.

-Lo encontré en la cueva. Tenía un permiso de investigación y me lancé a estudiar a los monjes irlandeses. El dueño de las tierras me autorizó a excavar allí, sólo con la esperanza de encontrar restos de presencia humana que probara que fueron ellos quienes habían excavado las cuevas, o que no fueron ellos. No se había investigado previamente... han pasado veinte años desde que estuve allí. Fui el primero que metió una pala en la tierra de ese lugar, aunque parte de las llamadas Cuevas de Aegisiða habían sido estudiadas bastante antes. Aquellas cuevas se habían usado como establo para vacas hasta mediados de siglo pasado, y por eso la mayoría estaban sin explorar. Pero en lugar de encontrar restos humanos de antes de la colonización, encontré un cofre bien oculto al lado del altar. En ella estaba este manuscrito, junto a otros más. Una Biblia manuscrita, en danés, un libro de salmos y dos bellísimos libros noruegos sobre ciencia natural. –Miró fijamente los ojos de Pòra-. No pude resistirlo. Escapé en mi coche con el cofre antes de que viniera el propietario y no le dije nada a nadie. Poco a poco me fui dando cuenta de los tesoros que tenía en mis manos, eran las propiedades de Skálholt. Dos de los libros estaban marcados con las iniciales de Brynjólfur: LL. Pero sólo cuando apareció Harald comprendí que estaba haciendo allí aquella extraña edición del Martillo de las brujas.

-¿Y cómo lo descubrió él? –preguntó Pòra, que añadió-: No tienes que decirme nada si no quieres.

Gunnar no hizo caso alguno de sus palabras.

-La suerte del principiante –dijo-. Yo no la califico, desde luego, como suerte, más bien como desgracia. Harald vino aquí expresamente a buscar ese manuscrito, como seguramente sabrán ustedes. Escarbó en todas las fuentes hasta que dio con el rastro, según pensaba él. Estaba convencido de que Jón Arason se había llevado el manuscrito para imprimirlo y que lo escondió cuando las cosas empezaron a volverse en su contra. Por entonces yo no veía claro adónde pretendía ir, y no hice nada por obstaculizar su marcha. Fue ex profeso a Skálholt para comprobar las peculiaridades del lugar de ejecución. Allí encontré la pista del manuscrito por pura casualidad... le hablaron de la colección de manuscritos de Brynjólfur y se dedicó a estudiar las fuentes que trataban de él con la esperanza de encontrar un catálogo de los manuscritos perdidos. Pero eso no sucedió hasta que vino a verme después de que Brìet descubriese lo de la carta desaparecida del Archivo Nacional.

Miró al suelo y después a Pòra.

-Naturalmente, en cuanto me di cuenta de lo que había encontrado, retuve la carta. Tenía mucho miedo de que pudiera conducir a otros hasta las cuevas... a que alguien llegase a las mismas conclusiones que usted sobre la sagrada cruz. Aquello fue un error nefasto. No me había librado de los problemas con Brìet cuando entró en juego Harald. Él conocía el contenido de la carta. Entró directamente en materia, dijo que sabía que yo había encontrado El Martillo de las brujas de Kramer, y que él lo quería. Había robado un artículo sobre los monjes y las cuevas de mi despacho... un viejo artículo que me vi obligado a escribir a la conclusión del permiso de investigación. Cometí la estupidez de incluir en él una foto del agujero del que desenterré el cofre. Dije que era un viejo fogón. Nadie se extrañó por esa conclusión... en realidad estoy seguro de que nadie llegó a leer el artículo. Harald se limitó a sumar dos y dos. Y yo que creía que eran las limpiadoras las que habían robado los papeles. –Gunnar guardó silencio unos segundos-. Él quería el Martillo de las brujas. Dijo que le daba igual todo lo demás que pudiera haber allí, pero que tenía que conseguir el libro. Y se ofreció a comprármelo. Mencionó una suma increíble, mucho más dinero

del que yo podría conseguir en el mercado negro, si hubiese tenido la menor idea de dònde estaba ese mercado. En lugar de negarme y echarlo del despacho, decidì aprovechar la oportunidad. Aquel dinero me tentò. Yo no tenía ni idea de lo importante que era ese manuscrito. Harald me contò toda la historia antes de entregarme el dinero. Entonces cambiè de opiniòn. Pero no podía decírsele, de ninguna manera –jadeò-. Naturalmente, son ustedes incapaces de comprender que cuando uno trabaja toda su vida cerca de la historia, se ve atraído involuntariamente por todo lo que había en ella. Y yo tenía en mis manos un tesoro único. Totalmente único.

-¿Asì que mataste a Harald para conservar el manuscrito... sin tener que devolver el dinero y reconocer su existencia, arriesgándolo todo? –preguntò Pòra-. A lo mejor èl habría preferido seguir viviendo sin èl, en vez de morir.

Gunnar riò débilmente.

-Claro que lo intentè. Se limitò a reírse de mì y dijo que era mucho màs conveniente tratar con èl que con las autoridades, y que no dudaría en denunciarme si lo engañaba. –Gunnar respirò con dificultad-. Lo vi. Venìa en bicicleta por Suòurgata cuando yo estaba yéndome a casa. Di la vuelta y le esperè en la entrada principal. Dejó la bicicleta a un lado y entramos juntos. Una de sus manos estaba llena de sangre, había sangrado por la nariz. Tenía una hemorragia nasal. Muy desagradable. –Gunnar cerrò los ojos-. Utilizò su llave y el número secreto para abrir. Estaba borracho e indudablemente drogado. Hice un nuevo intento de razonar con èl. Le pedí que me comprendiera. Èl se riò de mì. Lo seguí a la sala de alumnos, allí rebuscò en un armario y sacò una pastillita blanca, que se tragò. Enseguida se puso aún màs extraño. Se dejó caer en un sillòn, me dio la espalda y me pidió que le diera un masaje en los hombros. Creí que se había vuelto loco, pero màs tarde supe que se había tomado una pastilla de éxtasis, que aumenta la necesidad de contacto físico. Fui hasta èl y al principio pensé en hacer lo que me pedía, con la esperanza de que atendiera a mi ruego. Pero de pronto me inundò una furia tal que, sin darme cuenta siquiera, me quitè la corbata y se la pasè por el cuello. Apretè. Èl se resistió. Pero no pasò nada. Y entonces murió. Cayò lentamente al suelo desde el sillòn. Y me fui. –Gunnar mirò a Pòra esperando su reacciòn. Parecía haberse olvidado totalmente de Matthew.

Por la ventana llegó el ruido de unas sirenas, que fue haciéndose cada vez màs fuerte.

-Vienen a por ti –anunciò Pòra.

Gunnar apartò la vista de ella y la dirigió hacia la ventana.

-Yo quería llegar a ser rector –dijo con tristeza.

-Me parece que puedes olvidarte de eso.

---

## **13 DE DICIEMBRE**

---

### **EPÌLOGO**

---

Amelia Guntlieb, callada como una tumba, tenía la mirada fija en la superficie de la mesa. Pòra sospechaba que no acababa de atreverse a hablar. Si hubiera estado en su lugar, ella también habría preferido el silencio. Matthew acababa de repasar los pormenores del caso, tal como los conocían entonces. No era muy probable que pudieran salir a la luz màs cosas de auténtica importancia. Pòra admirò lo bien que había conseguido dulcificar las cosas que herirían sin duda a la madre de Harald. Pero la historia era repugnante y nada agradable de escuchar... incluso para Pòra, aunque conociera los detalles.

-Han encontrado el Martillo de las brujas y otras cosas que Gunnar sacò de la cueva.

Una vez que la policía hubo detenido a Gunnar el día anterior, se procedió a los interrogatorios, de modo que Pòra y Matthew no pudieron salir a comer juntos. Y ella no tenía nada claro ser capaz de reunirse con Amelia Guntlieb cuando la policía la dejó marcharse. En lugar de eso, se fue a su casa. Antes de sentarse a charlar con Gylfi sobre el niño que esperaban, tuvo una larga conversación con Laufey. Había aconsejado a Pòra que hiciera al muchacho consciente de las consecuencias, que lo invitara a hacer algo que diera auténtica realidad al niño, que lo hiciera de carne y hueso, por decirlo de alguna forma. Así podría aclararse un poco las ideas sobre lo que estaba sucediendo. Por ejemplo, podía animarle a hacer una lista de posibles nombres para el niño.

Estaban sentados en la cafetería del Ayuntamiento, que se encontraba vacía. Elisa había derramado unas lágrimas mientras Matthew hacía su relato, pero su madre estaba como petrificada, tapándose la cara con las manos y mirando luego la mesa. Entonces levantó la mirada y respiró muy hondo. Nadie dijo una palabra. Estaban todos esperando que dijera algo, que llorase o que dejase traslucir de alguna forma sus sentimientos. No fue así. No miró a ninguno de los tres, sino que centró su atención en una gran pared de cristal que daba a la laguna, y miró los patos que nadaban allí tan tranquilos, junto con algunos gansos. El viento agitaba la superficie del agua, y los pájaros alzaron el vuelo y se fueron uniendo a los patos. Una gaviota llegó como por casualidad y se posó en medio del nutrido grupo.

-¿Te parece que echemos un vistazo al mapa de Islandia? –dijo Matthew a Elisa-. Hay uno ahí al lado. –La joven asintió con un movimiento casi imperceptible de cabeza y ambos se levantaron y se dirigieron al gran salón que había al lado del café. Pòra y la madre de Harald se quedaron solas.

Nada parecía indicar que la mujer hubiese notado que había menos personas en torno a la mesa. Pòra carraspeó cortésmente sin que aquello tuviese el efecto esperado. Esperó un momento pero se dio cuenta de que tendría que recurrir a algo más directo para conseguir atraer la atención de aquella mujer.

-No tengo demasiada experiencia en este género de cosas, y me es difícil expresar cuánto lamento todo esto. Pero quiero que sepa que usted y su familia cuentan con toda mi simpatía.

La mujer dejó escapar el aire con un suspiro.

-No merezco simpatía... ni de usted ni de nadie. –Se volvió, dejando de mirar la ventana, y miró a Pòra. Su mueca de dolor parecía ir aliviándose-. Perdóneme. No me encuentro del todo bien. –Puso las manos sobre la mesa y empezó a jugar con sus anillos-. No sé por qué, siento algo que me impulsa a hablar con usted. –Apartó los ojos del oro de sus dedos y miró a Pòra-. Quizá porque ya no volveré a verla. Quizá porque necesito una oportunidad para justificar mis actos, pues mi conducta ha tenido estas espantosas consecuencias.

Pòra sólo pudo pensar que aquellas espantosas consecuencias se referían a la muerte de Harald.

-No tiene que justificarme nada en absoluto –dijo Pòra-. No soy una ingenua y sé que con frecuencia detrás de lo que parece a primera vista se esconden muchas otras cosas.

La mujer esbozó una sonrisa apagada. A Pòra le llamaba la atención lo cuidada que estaba. Claro que la edad había dejado ya sus marcas en ella, pero seguía siendo elegante, aunque de una forma en que la belleza sólo cedía ante la dignidad. Sus ropas invitaban a mirarlas. Pòra adivinó que el vestido oscuro y el abrigo costaban más de lo que ella gastaba en ropa a lo largo de un año entero.

-Harald era un niño precioso –dijo la mujer, como en un ensueño-. Cuando nació, nos sentimos enormemente felices. Primero habíamos tenido a Bernd, que ya tenía dos años, y luego llegó aquel chiquillo precioso. Los años siguientes, hasta que nació Amelia, son en mi memoria como lo que uno se imagina que puede ser el cielo. En ningún momento apareció siquiera una nube.

-La niña era débil, ¿no es así? –preguntó Pòra-. ¿Nació ya con alguna enfermedad?

La sonrisa de Amelia desapareció tan rápidamente como había aparecido.

-No. No nació débil. Nació totalmente sana. Era mi vivo retrato, a juzgar por las fotos más de cuando era bebé. Era preciosa, igual que el resto de mis hijos... dormía y casi nunca lloraba. Ninguno de ellos tuvo problemas de estómago o padeció de los oídos. Unas criaturas encantadoras. –Pòra se limitò a asentir, porque no sabía qué decir en ese momento. Vio una lágrima aparecer en el rabillo del ojo de la mujer-. Harald... -Se le quebrò la voz. Hizo una pausa e intentò recomponerse antes de continuar. Restañò la lágrima con un rápido movimiento de la mano-. No he hablado de esto con nadie, aparte de mi marido y de nuestro mèdico. Mi marido hablò del tema con sus padres y nadie más. No somos una familia abierta y nos resulta difícil hablar las cosas... preferimos no andar recurriendo a la compasión de nadie. Al menos, creo que èse es el motivo.

-Puede ser difícil –dijo Pòra, sin hacerse una idea clara en realidad. Afortunadamente, ella nunca había llegado a necesitar compasión.

-Harald era muy celoso, por muy encantado que estuviera con su hermanita pequeña. Èl había sido mi favorito durante más de tres años y le resultò difícil hacerse a la idea de que había un nuevo miembro en la familia. No lo tomamos muy en serio, suponíamos que se le pasarìa –las lágrimas descendían ahora por las mejillas-. Èl la dañò, la dejó caer al suelo. –Guardò silencio y se volvió otra vez a observar a los pájaros.

-¿Dejó caer a la niña al suelo? –preguntò Pòra, intentando no mostrarse demasiado alarmada. Un violento escalofrío le recorrió la columna.

-La niña tenía cuatro meses, estaba durmiendo en el cochecito. Acabábamos de volver de hacer compras. Fui a quitarme el abrigo y, cuando volví, Harald tenía a la niña en brazos. En realidad, no exactamente en brazos. La sujetaba como si fuera un animalillo de trapo. Con aquellos meneos, la niña se despertó y se puso a lloriquear. Harald la riñò y la zarandeò. Corrí hacia èl, pero era demasiado tarde. Me mirò y sonrió. Y la dejó caer. La niña se estrellò contra las baldosas del suelo. –Las lágrimas corrian una tras otra, dejando tras de sí surcos brillantes en el rostro de la mujer-. Jamàs pude apartar aquella imagen de mi mente. Siempre que miraba a Harald veìa su gesto cuando dejó caer a la niña. –La mujer callò, hizo acopio de fuerzas y continuò-. Se le fracturò el cràneo, entrò en coma en el hospital y tuvo secuelas cerebrales. Cuando salió del coma ya no era la misma. Pobre angelito mío.

-¿Se produjeron sospechas de maltrato infantil? En este país se habría abierto una investigación. El gesto de Amelia indicò que pensaba que Pòra era un poco simple.

-Nosotros no tuvimos que aguantar nada por el estilo. Los mèdicos de la familia nos apoyaron, y otros que la atendieron mostraron también la mayor comprensión. Harald fue enviado al psicólogo, pero no sirvió de mucho. No mostrò señal alguna de tener un conflicto psicológico. No era más que un niño celoso que cometió un espantoso error.

Pòra se permitió dudar de que aquella manera de proceder pudiera considerarse una forma normal de conducta de un niño, pero no dijo nada. A fin de cuentas, ¿qué sabía ella de esos temas?

-¿Harald lo sabía, o lo olvidò con el paso del tiempo? –preguntò, en cambio.

-Sencillamente, lo ignoro. Hablábamos poco Harald y yo. Creo que probablemente lo sabía... por lo menos siempre se comportaba maravillosamente bien con Amelia Maria hasta que ella encontró el reposo de la muerte. Mi sensación fue siempre que èl estaba intentando compensar lo que había hecho.

-¿Y su relación con Harald estuvo marcada por eso todos estos años?

-No se podía hablar de relación. A mì me resultaba muy difícil mirarle, no digamos ya tener una verdadera relación con èl. Y lo mismo sucedìa con su padre. A Harald le resultaba muy difícil al principio, no comprendìa por qué su madre no le quería tener cerca. Luego se acostumbrò. –Habìa dejado de llorar y la rigidez había desaparecido de su semblante-. Naturalmente yo habría tenido que perdonarle... pero no



pude. Quizá habría debido acudir al psicólogo, y tal vez eso habría dado otro cariz a las cosas. Y Harald habría sido un hombre distinto del que fue.

-¿No era bueno? –preguntò Pòra, recordando lo que había dicho de èl su hermana-. Elisa parece recordarle como una buena persona.

-Siempre estaba buscando –dijo la mujer-, podríamos expresarlo así. Siempre estaba intentando ganarse el cariño de su padre... que nunca logró. Enseguida la tomo contra mì. Afortunadamente para èl, su abuelo se llevaba estupendamente con èl. Pero al morir, fue cuando Harald empezó a ir realmente mal. Estaba estudiando en Berlín y enseguida empezó a tomar drogas y a jugar con la muerte. Uno de sus amigos murió en una pràctica de aquellas. Por eso nos enteramos.

-¿Y no intentaron ustedes frenarle de alguna manera? –Pòra sabìa la respuesta de antemano.

-No –respondiò la mujer, lacónica-. Después de todo aquello vino un enorme interés por todo lo relacionado con la magia, se lo contagiò su abuelo. Cuando murió Amelia Maria, se enrolò en el ejército. No hicimos nada para impedirlo. Aquella decisión no tuvo consecuencias nada felices... no quiero hablar de ello, pero lo enviaron a casa al cabo de menos de un año. Por entonces tenía ya dinero de sobra, que había heredado de su abuelo, y no le veíamos mucho. Pero se puso en contacto con nosotros cuando decidió venir a este país; llamò para comunicárnoslo.

Pòra mirò pensativa a la mujer.

-Si espera una justificación, no soy yo quien puede dársela. Pero la compadezco. No sè còmo habría reaccionado yo en su lugar... quizá exactamente de la misma forma. Aunque espero que no.

-Ojalà hubiera sido capaz yo de edificar una nueva relación con Harald. Ahora es demasiado tarde y tendrè que cargar con ello.

A Pòra aquello le pareció frialdad, quizá el conjuro de venganza había tenido su efecto a fin de cuentas.

-No me agrada en absoluto aumentar su desgracia, pero me veo obligada a indicarle que este asunto afecta a otras personas màs. Por ejemplo, hay un joven en la cárcel, un estudiante de Medicina, que era amigo de Harald. No creo que vaya a recibir ningún premio por lo que hizo por èl.

La mujer mirò por la ventana.

-¿Què será de èl?

Pòra se encogió de hombros.

-Con toda probabilidad, le juzgaràn por no haber informado del hallazgo del cadáver y por la profanación del cuerpo, y le condenaràn a un tiempo de cárcel. Seguramente no podrá volver a la Facultad de Medicina. Imagino que salvarà a sus otros amigos de que se les acuse de complicidad... aunque nunca se sabe. Sospecho, además, que Harald le menciona en su testamento. Eso será una especie de compensación, en cierto modo.

-En su opinión, ¿demostrò ser un buen amigo de Harald? –preguntò la mujer, mirándola.

-Sì, creo que sì. Por lo menos cumplió la palabra que le había dado... por muy repugnante y absurdo que nos parezca lo que hizo. Harald no eligió a sus amigos guiándose precisamente por que fueran como la gente normal.

-Yo me ocuparè de èl –dijo la mujer quedamente-. Es lo menos que puedo hacer. Puede matricularse en medicina en otro país. No tendremos problema en garantizar que así sea, incluso si tiene que ir a juicio por lo que hizo. –Estirò los dedos y luego cerrò la mano como si le doliesen las articulaciones-. Me sentirè mejor si puedo hacer algo. Calmarà un poco este terrible sabor de boca.

-Matthew puede encargarse de ello, si me lo està diciendo usted en serio. –Pòra se dispuso a levantarse-. Espero que nos volvamos a ver –dijo, aunque en su interior confiaba en que no fuera así. Ya estaba màs que harta.

Amelia quitò su bolso del respaldo de la silla y se lo echò al hombro. Se puso en pie y se abotonò el abrigo. Alargò la mano para estrechársela a Pòra.

-Muchas gracias –dijo la mujer, y parecía sincera-. Envíenos la factura... le pagaremos en cuando llegue. –Se despidieron y Pòra se dirigió inmediatamente hacia la salida. Necesitaba respirar aire puro. En el camino atravesò el salón donde estaba el gran mapa de Islandia. Mirò a Matthew y a Elisa, que lo estudiaban detenidamente. Èl levantò la vista cuando la vio pasar, cogió suavemente el brazo de Elisa, le señaló a Pòra, dijo unas palabras y subió rápidamente la escalera para acercarse a ella.

-¿Qué tal fue? –preguntò cuando pasaban junto a los poemas de Tòmas Guðmudsson que adornaban las ventanas de la entrada principal.

-Bien... mal –respondió ella-. Simplemente, no lo sè.

-Me debes un almuerzo –dijo mientras le abría la puerta-. Pero como soy un hombre sincero y no tengo nada de hambre, estoy dispuesto a aceptar alguna otra cosa en su lugar.

-¿Como què? –preguntò Pòra, aunque entendía perfectamente por dònde iba aquello.

Se marcharon en dirección al Hotel Borg.

Pòra se levantò silenciosamente de la cama dos horas màs tarde y se vistió. Matthew ni siquiera se enterò. Buscò papel y pluma en el pequeño escritorio de la habitación y escribió una breve despedida, que puso en la mesilla de noche.

Salió sin que èl se despertase, llegó apresuradamente a la calle y fue hacia Skòlavörròustigur a recoger el coche con aquella bonita publicidad del Taller Mecànico Bibbi. Había decidido tomarse libre el resto de la jornada, después de todas aquellas vivencias del día.

Sonò el teléfono en el bolsillo de su abrigo y respondió.

-Hola, mamá –dijo su hijo, alegre.

-Hola, corazón –respondió Pòra-. ¿Què tal va todo? ¿Ya estàs en casa?

-Sì, Sigga y yo estamos aquí –respondió un poco dificultosamente-. Estamos pensando nombres, como me dijiste que hiciera. ¿Sabes si Pepsi es nombre de niña, o de niño?

**FIN**

---

